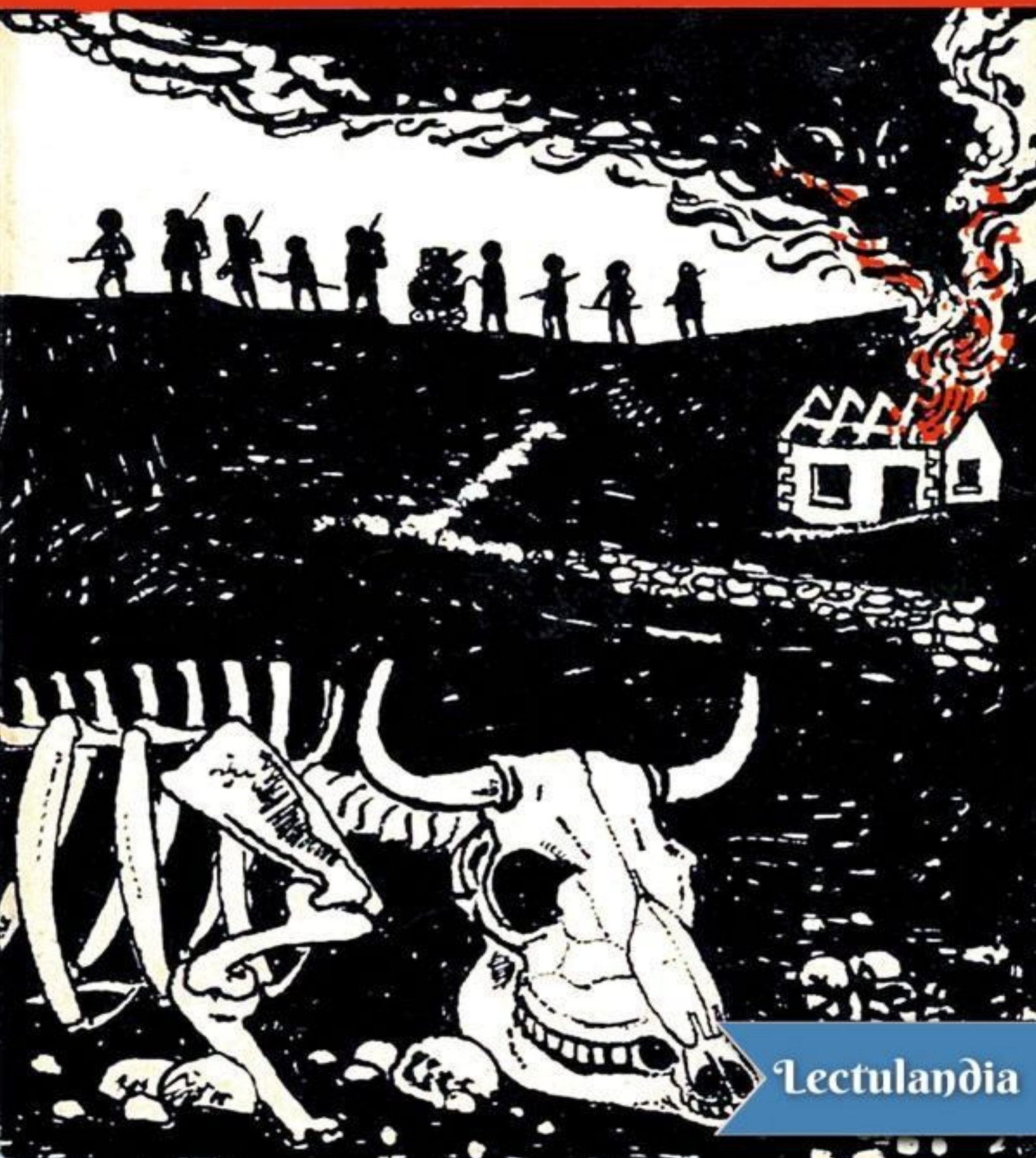


LA MUERTE DE LA HIERBA

JOHN CHRISTOPHER



Lectulandia

En el futuro, el nivel de contaminación y polución ha llegado a tal extremo, que se desarrolla un virus que acaba con todo tipo de hierbas, plantas y cultivos. De la noche a la mañana la humanidad se queda sin cosechas ni cereales. El caos es total, las ciudades son inhabitables y el ejército decide bombardear los focos mas conflictivos. Dos familias deciden huir a las montañas con la esperanza de encontrar una nueva vida.

Lectulandia

John Christopher

La muerte de la hierba

ePUB v1.0

GONZALEZ 03.06.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Death of Grass*

© 1956, JOHN CHRISTOPHER

Traducción: Ángel García Fluixá

ePub base v2.0

PRÓDROMO

Como sucede a veces, una muerte reconcilió a una familia.

Cuando Hilda Custance se quedó viuda a principios del verano de 1933, escribió por primera vez a su padre después de no haber tenido ninguna correspondencia con él desde que se casó, trece años atrás. Ambos se hallaban dispuestos para el encuentro: ella anhelaba contemplar los montes de Westmorland después de las duras estaciones climáticas vividas en Londres, y él, solo, antes de morir deseaba ver de nuevo a su única hija y a los nietos que aún no conocía. Los muchachos, que se encontraban internados en un colegio lejos de Londres, no habían regresado para el funeral, y hacia finales del verano volvieron a la pequeña casa de Richmond para pasar en ella una noche, antes de viajar hacia el norte, con su madre.

Ya en el tren, el hijo más joven, John, preguntó:

—Pero ¿por qué no tuvimos nunca ningún contacto con el abuelo Beverley?

Su madre, vacilante, como fatigada por el calor del día, contemplaba a través de la ventanilla las borrosas afueras de Londres.

—Es difícil saber cómo ocurren las cosas —dijo vagamente—. Las riñas empiezan y nadie las detiene, y luego se convierten en silencios que nadie rompe.

Comenzó a pensar con calma en la tormenta de emociones en la que se había precipitado cuando dejó la vida tranquila y sin problemas que había disfrutado en el valle durante su adolescencia. Había estado segura de que no obstante la infelicidad que viniera después, jamás lamentaría haber vivido aquella pasión. El tiempo demostró que se había equivocado en dos cosas; primero, en la satisfacción que le proporcionaron su matrimonio y sus hijos, y posteriormente en la perplejidad de que tal satisfacción podía proceder de lo que ella, en el pasado, había considerado como vil y mal dirigido. Ella no se había dado cuenta entonces de esa vileza, pero su padre difícilmente pudo dejar de notarlo y no había sido capaz de ocultar lo que sabía. En eso estaba el meollo del asunto: en el disgusto de él y en el resentimiento de ella.

John preguntó:

—Pero ¿quién empezó la pelea?

Lo único que ella sentía era la consecuencia de todo aquello, es decir, que los dos hombres no llegaran nunca a conocerse mutuamente. En muchos aspectos ambos no eran diferentes, y ella pensó que hubieran congeniado entre sí si su orgullo de mujer no lo hubiera evitado.

—Ahora —contestó—, eso no importa.

David bajó el ejemplar del *Boy's Own Paper* que estaba leyendo. Aunque un año mayor que su hermano, apenas era más alto que éste; los dos se parecían muchísimo físicamente, y con frecuencia les tomaban por gemelos. Pero los movimientos y el raciocinio de David se producían con más lentitud que los de John, y por otra parte le

apasionaban más las cosas que las ideas.

—Mamá —preguntó—, ¿cómo es el valle?

—¿El valle? Maravilloso. Es... No, creo que será mejor que represente una sorpresa para vosotros. Además, tampoco podría describirlo.

—Por favor, mamá —insistió John—; dínoslo.

David, pensativo, interrogó:

—¿Lo veremos desde el tren?

—¿Desde el tren? —rió la madre—. Ni siquiera sus principios. Está a casi una hora de Stavely.

—¿Cómo es de grande? —intervino John—. ¿Está todo rodeado de montañas?

—Ya lo veréis —respondió sonriendo ella.

Jess Hillen, el arrendatario de la granja de su abuelo, les recibió en Stavely con un coche para dirigirse inmediatamente hacia las montañas. El día estaba ya en el ocaso, y por fin vieron Blind Gilí cuando el sol se ponía a sus espaldas.

Un nombre mejor hubiera sido sin duda Cyclops Valley (Valle del Cíclope), ya que sólo disponía de un paso que se extendía hacia el Oeste. Esta abertura era como una salsera o semejante a un plato profundo, por cuanto las laderas, formadas por peladas rocas y ásperas brezos, ascendían sesgadas hacia el cielo. En agudo contraste con aquella cerrada esterilidad se hallaba la riqueza del valle; el verde trigo se inclinaba con la brisa del verano, y más allá de los sembrados, en donde empezaba a elevarse la montaña, vieron el jugoso verde de los pastos.

Era casi imposible que la entrada al valle fuese más estrecha. A la izquierda de la carretera, a unos diez metros de distancia, se *alzaba* la saliente faz de una afilada roca. A la derecha, el río Lepe lanzaba su espuma contra la misma orilla del camino. Su margen más lejano, a unos quince metros más allá, lamía la otra ladera del valle.

Hilda Custance se volvió para interrogar a sus hijos:

—¿Y bien?

—¡Caramba! —replicó John—. Este río..., quiero decir, ¿cómo penetra en el valle?

—Es el Lepe. Tiene sesenta y cinco kilómetros de recorrido y, si hay que dar crédito a las historias que se cuentan, cuarenta y cinco de ellos son subterráneos. En el valle sale, desde luego, del subsuelo. Por estos lugares hay muchos ríos así.

—Parece profundo.

—Lo es. Y muy rápido. Me temo que no podréis bañaros en él. Más allá está alambrado para mantener alejado al ganado, ya que si cae en él algún animal no tiene escapatoria.

John observó sagazmente:

—Supongo que en invierno se desbordará.

—Siempre ha solido ser así —asintió su madre—. ¿Continúa igual, Jess?

—El último invierno estuvimos aislados durante un mes. Pero ahora que tenemos la radio no se pasa tan mal.

—Debe ser terrible —intervino John—. Pero ¿de verdad que os quedáis aislados? Podríais salir por las montañas.

—Hay quien lo hace —replicó sonriendo Jess—. Pero el camino ascendente es rocoso y todavía lo es más la bajada de la otra parte de la montaña. Cuando el Lepe se sale de madre lo mejor es sentarse y agarrarse bien.

Hilda Custance miró a su hijo mayor. Este contemplaba con fijeza el valle, que se hallaba pesadamente sombreado por la puesta del sol. Ya se divisaban los edificios de la granja Hillen, pero no los de la granja Beverley, que estaba más arriba.

—Bueno —dijo ella—. ¿Qué te parece, David?

Esforzándose por apartar su vista del valle, David se volvió para encontrarse con la mirada de su madre. Luego contestó:

—Creo que me gustaría vivir aquí siempre.

Aquel verano, los niños corrieron a su antojo por el valle.

Medía unos cinco kilómetros de largo y por su parte más ancha casi un kilómetro de extensión. Contaba únicamente con las dos granjas y el río, el cual provenía del lado sur a unos tres kilómetros en el interior. La tierra era rica y estaba bien cultivada, pero había muchísimos espacios en los que podían jugar los niños de doce y once años, aparte de que los montes de los alrededores invitaban a ser escalados.

Los muchachos subieron por dos o tres puntos de las montañas y allí, jadeando pero de pie, observaron los quebrados macizos y los brezales. Detrás de ellos, el valle parecía ser diminuto. A John le complacía sentirse en alto, aislado y hasta cierto punto poderoso. Porque desde esta posición ventajosa las casas que componían la granja se asemejaban a edificios de juguete que pudieran cogerse y arrancarse del suelo. Y en su verdor, el valle parecía un oasis en medio de montañas desérticas.

A David le agradaba menos esta actividad, y después de su tercera escalada se negó a subir otra vez. A él le bastaba con estar en el valle. Las pendientes de los alrededores eran como manos semicerradas y protegidas, lo que hacía que su escalada se le antojara estéril e ingrata.

Esta divergencia de gustos entre los dos hermanos motivó que mucho de su tiempo lo pasaran separados. Mientras John vagaba por las laderas del valle, David no se apartaba de la granja, lo que proporcionaba una enorme satisfacción a su abuelo. A finales de la segunda semana, en una tarde calurosa y nublada, abuelo y nieto fueron juntos al trigal que había cerca del río. El muchacho observaba atentamente a su abuelo, quien acá y allá arrancaba espigas para examinarlas. Como veía poco a corta distancia, el anciano tenía que mirar el grano sosteniéndolo con todo el brazo estirado.

—A juzgar por lo que me dicen mis ojos —exclamó—, va a haber una buena cosecha.

A la derecha de ambos rugía continua y sordamente el Lepe, que golpeaba el continente rocoso para forzar su salida hacia el valle.

—¿Estaremos todavía aquí para la cosecha? —preguntó David.

—Eso depende. Es posible. ¿A ti te gustaría?

—¡Oh, claro, abuelo! —respondió el muchacho, entusiasmado.

Hubo luego un silencio, solamente interrumpido por el ruido del Lepe. El hombre paseó su vista rápidamente por el valle que los Beverleys habían cultivado durante siglo y medio; después se volvió hacia su nieto.

—No creo que vayamos a tener mucho tiempo para conocernos el uno al otro, muchacho —dijo—. ¿Crees que te agradaría cultivar este valle cuando seas mayor?

—Más que ninguna otra cosa.

—Entonces será tuyo. Una granja necesita tener un propietario, y me parece que a tu hermano no le va a entusiasmar esta vida.

—John quiere ser ingeniero —replicó David.

—Y probablemente lo será, y bueno. ¿Qué quieres ser tú?

—No he pensado todavía en eso.

—Quizá no debiera decirlo yo —observó el abuelo—, puesto que nunca he visto otra vida aparte de la que vislumbro en Lepeton Market; pero no sé de otra forma de vivir que dé tanta satisfacción. Y esta es una buena tierra y un buen cobijo para el hombre que se contente con su propia compañía y con unos pocos vecinos. Hay losas bajo tierra en el Top Meadow y dicen que en épocas pasadas el valle era una fortaleza. Reconozco que ahora, contra cañones y aviones, no podría defenderse igual, pero siempre que salgo fuera tengo la sensación de que al volver por el paso podría cerrar la puerta detrás de mí.

—Eso es lo que yo sentí —observó David—, cuando entramos en el valle.

—Mi abuelo —dijo el anciano— se enterró aquí en vida. A los demás no les gustó entonces la idea, pero en aquellos tiempos tenían que transigir con ciertas cosas que no les gustaban. ¡Maldita sea! En la actualidad esa gente tiene más apoyo. Pero cualquier hombre debería tener el derecho a ser enterrado en su propia tierra.

El hombre miró a través de los verdes tallos del trigo. Luego añadió:

—Sin embargo, no me sabrá tan mal tener que dejársela a mi propia sangre.

Otra de las tardes, John se hallaba de pie en la ladera sur, y después de considerar lo a gusto que se sentía empezó a bajar nuevamente hacia el valle.

Desde su emergencia hasta el punto en que abandonaba el valle, el Lepe lamía estas pendientes del sur, por lo que la escalada de éstas sólo podía efectuarse desde el extremo este del valle. Pero el muchacho se daba cuenta ahora de que, una vez sobre

el río, éste no podía impedirle el paso por los declives a cuyo fondo se agitaban y corrían apresuradamente sus aguas. Desde arriba había visto una grieta en la cara de la montaña que quizá fuera una cueva. Ayudándose con los pies y las manos, comenzó a bajar mientras arrancaba en su descenso piedras y tierra.

La bajada la realizó con agilidad, pero con cuidado, ya que si bien pensaba y se movía con celeridad, no era excesivamente temerario. Cuando llegó a la grieta, que se hallaba a unos cinco metros por encima de las oscuras y revueltas aguas, John descubrió que no era más que una simple raja en el suelo. Contrariado, buscó un nuevo motivo que diera satisfacción a su afán de aventura. Observó que, directamente sobre el borde del río, la roca se curvaba y se convertía en una especie de banco saliente. Desde ahí, quizá, podría meter un pie en las impetuosas aguas. Era menos gratificador que el hallazgo de una cueva, pero mejor sin duda que el regreso, frustrado, a la granja.

Ahora descendía con más prudencia aún. La pendiente estaba mojada y el ruido del Lepe sonaba a gruñido amenazador. Cuando por fin llegó al saliente rocoso, se dio cuenta de que tampoco podría hacer gran cosa desde él.

No obstante, ya le obsesionaba la idea de meter por lo menos un pie en el agua; eso habría bastado para satisfacer el objetivo que se había propuesto. Apretándose, pues, torpemente contra la pendiente, bajó la mano para desabrocharse la sandalia del pie derecho. Al hacerlo, el pie izquierdo resbaló en la roca lisa. Consciente de que caía, el muchacho trató furiosamente de agarrarse a algo, pero no había asideros para sus manos. Las aguas del Lepe, frías a pesar de hallarse en pleno verano, y salvajemente golpeaduras, le abrazaron al caer.

Aunque nadaba muy bien a pesar de su corta edad, era impotente contra la violencia de este río. La corriente le arrastró a las profundidades del canal que el Lepe había formado para sí durante siglos, mucho antes de que los Beverleys, u otros, llegaran para labrar sus orillas. Al igual que hacía con los guijarros de su lecho, el río rolaba a John para arrancarle a un tiempo la respiración y la vida. El muchacho no se daba cuenta de nada excepto de la opresiva violencia de las aguas y de su sofocante pulso.

Entonces, de repente, vio que disminuía la oscuridad que le rodeaba y que la luz del sol se filtraba a través de las aguas, todavía violentas, pero no de gran profundidad. Haciendo un último esfuerzo, luchó por alcanzar una posición superior y su cabeza pudo salir a la superficie. Después de respirar temblorosamente, comprobó que se encontraba próximo al centro del río. Como la fuerza de éste era demasiado grande, no podía mantenerse en pie, pero corría o nadaba a trechos con la corriente mientras era arrastrado hacia el paso que señalaba el final del valle.

Una vez fuera del valle, el río adquiría un curso más lento. Unos noventa metros más abajo el muchacho pudo nadar desmañadamente a través de unas aguas algo más

calmadas; cuando alcanzó la orilla, se dejó caer sobre ella. Empapado y exhausto, contempló la longitud de la volteadora avenida de agua que, en tan poco tiempo, le había llevado a él hasta aquel lugar. Todavía tenía puesta la mirada en el río cuando oyó el sonido de un carruaje ligero que subía por el camino e, instantes después, la voz de su abuelo.

—¡Eh, John! ¿Has estado nadando?

El muchacho se levantó tambaleante, y dando un traspié fue a caer junto al vehículo. Los brazos de su abuelo le recogieron y le alzaron del suelo.

—Estás temblando, hijo. ¿Entonces es que te has caído en el río?

La mente de John seguía estando agitada; con frases entrecortadas y voz apagada contó cuanto pudo. El anciano le escuchaba atentamente.

—Parece que hayas nacido para servir de muestra. Un hombre hecho no hubiera dado demasiado por su piel de haberse encontrado en una situación semejante. ¿Y dices que haciendo pie en el fondo saliste a la superficie? Mi padre solía hablar de un banco de arena en medio del Lepe, pero nadie quiso ir a comprobarlo. Es bastante hondo por ambas orillas.

Miró a su nieto, que ahora empezaba a tiritar, y más a causa de la experiencia vivida que por ningún otro motivo.

—Pero no tiene sentido que yo me esté aquí hablando toda la tarde. Hay que llevarte a casa y ponerte ropas secas. ¡Vamos, «Flossie»!

Mientras su abuelo hacía restallar el pequeño látigo, John dijo, rápidamente:

—Abuelo..., no le dirás nada a mamá, ¿verdad? Te lo ruego...

—¿Y cómo lo vamos a evitar? —replicó el anciano—. No tiene más remedio que verte calado hasta los huesos.

—Creo que podría secarme... al sol.

—¡Ay, pero no esta semana! Sin embargo..., tú no quieres que ella sepa que te has dado un chapuzón. ¿Temes que te regañe?

—No.

Sus ojos se encontraron.

—Está bien —dijo el hombre—. Reconozco que debo guardarte el secreto, hijo. ¿Qué te parece si te llevo a casa de los Hillen y te secas allí? En alguna parte tendrás que hacerlo.

—Sí —respondió John—. Eso no me importa. Gracias, abuelo.

Las ruedas del carruaje crujían sobre el escabroso camino de piedras que serpenteaba por la hondonada; cuando avistaron la granja Hillen el anciano rompió el silencio:

—Así que quieres ser ingeniero, ¿eh?

John apartó su fascinada mirada del impetuoso Lepe.

—Sí, abuelo —contestó.

—¿Entonces no te atrae la agricultura?

—No particularmente —replicó con cautela el muchacho.

El abuelo, aliviado, añadió:

—No, creo que no.

Empezó a decir algo más, pero se detuvo. No fue hasta después de aproximarse a los edificios de la granja Hillen cuando el anciano continuó:

—Me alegro de ello. Reconozco que yo amo más la tierra que mucha gente, pero hay casos en los que no merece la pena poseerla. La mejor tierra del mundo podría ser infecunda si siembra la discordia entre hermanos.

Luego tiró de las riendas al caballo y llamó a Tess Hillen.

1

Un cuarto de siglo más tarde los dos hermanos se hallaban de pie junto a la orilla del Lepe. David levantó su bastón y señaló a lo lejos, hacia la ladera de la montaña.

—¡Por allá van!

Siguiendo la indicación de su hermano, John divisó dos pequeñas figuras que subían trabajosamente por la pendiente. Se echó a reír.

—Como es habitual, Davey es quien marca el paso, pero yo apostaría a que la resistencia de Mary la lleva a coronar la cima en primer lugar.

—Recuerda que ella es un par de años mayor.

—Eres un mal tío. Te inclinas por el sobrino con demasiado descaro.

Ambos sonrieron. Luego dijo David:

—Es una buena chica, pero Davey... es Davey.

—Deberías haberte casado y haber tenido hijos.

—Nunca dispuse de tiempo para cortejar a nadie.

—Me parece —replicó John— que para vosotros los agricultores, eso y el plantar coles no encierra ninguna dificultad.

—Sin embargo, yo no planto coles. En estos tiempos no tiene sentido cultivar otra cosa sino trigo y patatas. Eso es lo que quiere el gobierno y eso es lo que les doy.

John le miró divertido.

—Me agrada de ti esa parte de granjero honrado y terco. ¿Pero qué me dices de tu ganado para carne y leche?

—Te estaba hablando de las cosechas. De todos modos, creo que el ganado para leche tendrá que desaparecer. Necesitan más tierra de la que se merecen.

John movió la cabeza.

—No puedo imaginarme el valle sin vacas.

—La vieja suposición falsa del hombre de la ciudad —dijo David—, que cree en la inmutabilidad de lo rural. Pero el campo cambia más que la ciudad. En la ciudad todo se reduce a una cuestión de edificios distintos, quizá mayores y más feos, pero la cosa no pasa de ahí. Cuando el campo cambia, lo hace de un modo mucho más fundamental.

—Podríamos discutir eso —atajó John—. Al fin y al cabo...

David miró por encima de su hombro.

—Aquí viene Ann —exclamó.

Y cuando ella se hallaba a una distancia desde la que podía oírle, añadió:

—¡Y tú me preguntas por qué no me he casado!

Ann cogió a ambos hermanos por los hombros. Luego explicó:

—Lo que me gusta del valle es la alta calidad de los cumplidos. ¿Quieres saber realmente por qué no te has casado, David?

—A mí me ha dicho que por no tener nunca tiempo —intervino John.

—Eres un ser híbrido —le dijo Ann—. Tienes lo suficiente de granjero como para saber que una esposa debería ser una esclava, pero como eres de la nueva ola y has recibido instrucción universitaria, tienes la decencia de sentirte culpable por ello.

—¿Y cómo conocer la forma en que yo trataría a mi mujer? —preguntó David—. ¿Pretendiendo que yo llegue al extremo de casarme? ¿La unciría al yugo cuando se estropeará el tractor?

—Eso dependería de ella, de si era capaz de dominarte o no.

—¡Quizás te atara al arado! —comentó John.

—Ann, tienes que buscarme una que me domine. Seguro que alguna de tus amigas se atrevería a vivir con un zoquete de Westmorland.

—Me tienes desalentada —respondió Ann—. Fíjate con cuánto interés lo he intentado y nunca ha llegado la cosa a ninguna parte.

—¡Y qué quieres! Todas ellas eran de pecho liso y con gafas, tenían los dedos sucios y un *New Statesman* escondido detrás de la oreja izquierda; o si no, llevaban vestidos escoceses de divertidos colores, nailon por todas partes y zapatos de tacón alto.

—¿Y qué me dices de Norma?

—Norma quiso ver al semental cubriendo a una de las yeguas —respondió David—. Pensaba que eso sería una experiencia muy interesante.

—Bueno, ¿y qué tiene eso de malo en la esposa de un granjero?

—No sé qué decirte —protestó, secamente, David—. Pero aquello confundió al viejo Jess cuando la oyó. A pesar de lo cómicas que puedan ser, tenemos nuestras toscas pero eficaces nociones respecto al decoro.

—Es lo que yo te he dicho —replicó Ann—. Sigues estando parcialmente civilizado. Te quedarás soltero toda tu vida.

David sonrió.

—Lo que me gustaría saber es si voy a poder convertir a Davey a mi condición de bárbaro.

—Davey va a ser arquitecto —intervino John—. Deseo tener planes sensatos para desarrollar en mi vejez. Deberías ver la monstruosidad a la que estoy contribuyendo ahora.

—Davey será lo que desee ser —atajó Ann—. Creo que su idea actual es la de que va a ser montañero. ¿Y qué me dices de Mary? ¿No os vais a pelear por ella?

—No me imagino a Mary como arquitecto —dijo su padre.

—Mary se casará —añadió el tío— como cualquier mujer digna.

Ann contemplaba a los dos hermanos.

—Sois realmente un par de salvajes —observó—. Supongo que todos los hombres lo son. Pero la capa de civilización de David está desde luego más

resquebrajada.

—¡Vaya, hombre! —replicó David—. ¿Y qué tiene de malo el dar por sentado que una buena mujer ha de casarse?

—Yo no me sorprendería si Davey se casa también —dijo Ann.

—En mi año de universidad —empezó a explicar David— había una chica que siempre estaba dándonos la lata con la teoría, y por lo que me dijeron, desde los catorce años había estado administrando más o menos la granja que su padre tenía en Lancashire. Ni siquiera se graduó. Se casó con un aviador norteamericano y se marchó a vivir con él en Detroit.

—Y por eso —observó Ann— no tenéis que preocuparos de vuestras hijas, quienes inevitablemente se casarán con aviadores norteamericanos y se irán a vivir a Detroit.

David sonrió con calma.

—Bueno —dijo—, algo así.

Ann le lanzó una mirada en la que había por igual tolerancia y exasperación, pero no hizo ningún otro comentario. Los tres echaron a andar en silencio por la orilla del río. El aire tenía la fuerza de mayo; el cielo era azul y blanco, con nubes que cruzaban lentamente la añil bóveda celeste. En el valle, y debido al marco que le proporcionaban las montañas circundantes, uno era más consciente del cielo. Una sombra avanzó hacia ellos, les envolvió por completo, y luego les devolvió nuevamente a la luz solar.

—Qué tierra tan pacífica —dijo Ann—. Eres afortunado, David.

—No os vayáis el domingo —sugirió él—. Quedaros aquí. Como Luke está enfermo, vamos a necesitar ayuda extra para las patatas.

—Mi monstruosidad me llama —replicó John—. Y los niños no harán nunca aquí sus tareas de vacaciones. Me temo que tendremos que volver a Londres según lo previsto.

—Hay tanta riqueza por todas partes. Mirad todo esto, y luego pensad en los pobres y desdichados chinos.

—¿Qué se dice últimamente? ¿Oísteis las noticias antes de salir?

—Los norteamericanos están enviando más barcos cargados de grano.

—¿Se sabe algo de Peking?

—Oficialmente, no. Se supone que está ardiendo. Y en Hong Kong se han visto obligados a repeler los ataques a la frontera.

—Una forma muy fina de decirlo —dijo, ásperamente, John—. ¿Visteis alguna vez aquellas viejas fotografías de las plagas de conejos en Australia? Mallas de alambre de tres metros de alto, y conejos, cientos, miles de conejos apilados contra ellas, subiéndose unos encima de los otros hasta que al fin escalaban las barreras o éstas caían bajo el peso de los animales. Eso es lo que pasa ahora en Hong Kong, con

la salvedad de que no son conejos, sino seres humanos los que se amontonan junto a la verja.

—¿Crees que la situación es tan mala? —preguntó David.

—Peor aún. Los conejos avanzan únicamente por el instinto ciego del hambre. Pero los hombres son inteligentes, y por lo mismo hay que tomar medidas más duras para detenerlos. Supongo que ahora disponen de suficientes municiones para sus armas, pero seguro que dentro de poco tendrán bastantes.

—¿Crees que caerá Hong Kong?

—Sin duda. La presión seguirá aumentando. Quizás les ametrallen primero desde el aire, y les arrojen bombas y napalm, pero por cada uno que maten tendrán cien que vendrán del interior para reemplazarlo.

—¡Napalm! —exclamó Ann—. ¡Oh, no!

—¡Y qué más da! La alternativa es esa o evacuarlos, y no hay barcos suficientes para evacuar a todo Hong Kong a tiempo.

—Pero aun en el caso de que tomen Hong Kong —intervino David—, no habrá bastantes alimentos para darles las tres comidas completas, y entonces volverán al punto de partida.

—¿Tres comidas completas? Me parece que ni siquiera una. Pero ¿qué importancia tiene eso? Esa gente está hambrienta, y cuando uno se halla en ese estado es capaz de asesinar por una migaja.

—¿Y la India? —preguntó David—. ¿Y Birmania? ¿Y el resto de los países asiáticos?

—Sólo Dios conoce su suerte. Pero al menos ya están advertidos. El gobierno chino, al resistirse a admitir que se estaban enfrentando a un problema insuperable, ha sido el que ha empeorado la situación.

—¿Y cómo es posible que imaginaran que podían mantenerlo en secreto? —dijo Ann.

—Recuerda que por medio de un estatuto abolieron el hambre —informó John—. Además, al principio las cosas parecían ser de fácil resolución. Ellos aislaron el virus al mes de ser atacados los arrozales. Hasta le dieron en seguida un nombre: el virus Chung-Li. Todo lo que tenían que hacer era descubrir la forma de matarlo sin dañar la planta. Por otra parte, estaban seguros de que podrían conseguir un cultivo de anti-virus. Y, por último, no había razones para creer que el virus se propagaría con tanta rapidez.

—Pero ¿cómo es que han tardado tan poco en quedarse sin alimentos?

—Habían hecho acopio de provisiones contra la carestía, y para ello habían recibido créditos. Pensaban que podrían tirar hasta que llegara el momento de las cosechas. Y no entraba en sus cálculos que para entonces no hubieran eliminado ya el virus.

—Los norteamericanos creen que han descubierto algo positivo contra él.

—Quizás puedan salvar al resto del Lejano Oriente. Pero ya es demasiado tarde para resolver el problema chino, y lo mismo puede decirse respecto a Hong Kong.

Los ojos de Ann se posaron en la ladera de la montaña y en las dos figuras que trepaban hacia la cima.

—Niños pequeños muriendo de hambre —dijo—. Supongo que nosotros podremos hacer algo.

—¿Algo? —replicó John—. Les estamos mandando alimentos, pero es una gota en el océano.

—Y estamos aquí, hablando y riendo y gastándonos bromas —contestó ella—, en una tierra tan pacífica y rica como es ésta mientras *eso* continúa.

—No creo que podamos hacer mucho más, querida —dijo David—. Antes de ahora, cada minuto, agonizaba mucha gente; lo que pasa en estos momentos es que ese número se ha multiplicado. Pero la muerte es la misma, suceda a una persona o a cientos de ellas.

—Sí, supongo que es así —respondió Ann.

—Nosotros hemos tenido suerte —continuó David—. Porque igualmente podía haber sido atacado el trigo por un virus.

—Pero no hubiera tenido el mismo efecto, ¿no es cierto? —atajó John—. Nosotros no dependemos tanto del trigo como en general dependen del arroz los chinos y los asiáticos.

—Con todo, la situación sería mala. Desde luego habría que racionar el pan.

—¡Racionar el pan! —exclamó Ann—. Y en China hay millones que luchan por una migaja.

Los tres quedaron silenciosos. Sobre ellos, el sol se mostraba en un espacio de cielo sin nubes. El canto de un tordo se elevó por encima del constante sonido del Lepe.

—Pobres diablos —dijo David.

—En el tren venía un hombre que explicaba con evidente placer que los chinos estaban recibiendo lo que se merecían por ser comunistas —observó John—. De no haber sido porque estaban los niños, creo que le hubiera dicho yo lo que opinaba de él.

—¿Y nosotros, somos mucho mejores? —preguntó Ann—. Ahora nos acordamos y lo sentimos, pero la mayor parte del tiempo lo pasamos ignorándolo y ocupados como es habitual en nuestras cosas.

—Y así tiene que ser —respondió David—. Supongo que ese tipo del tren no se pasa la vida regocijándose por lo que les ocurre a los chinos. Somos así. Y no es tan malo si comprendemos lo afortunados que hemos sido.

—¿Tú crees? ¿No decía algo así Dives^[1]?

De pronto, transportada por la brisa del principio del verano, oyeron una lánguida llamada que les hizo levantar los ojos hacia la montaña. Una figura puesta en píe se recortaba sobre el azul del cielo, en tanto que otra trepaba próxima para unirse a la primera.

John sonrió.

—Mary es la primera. La resistencia ha vencido.

—Di que ha sido la edad —protestó David—. Hagámosles señas de que les hemos visto.

Los tres agitaron sus brazos mientras los dos puntos lejanos les respondían de la misma forma. Cuando volvieron a echar a andar, Ann dijo:

—Creo que Mary ha decidido estudiar medicina.

—Vaya, me parece una idea juiciosa —replicó David—. Siempre podrá casarse con otro médico y tener una consulta a medias.

—¿Dónde? —bromeó John—. ¿En Detroit?

—Según David, es una de las artes útiles —declaró Ann—. Igualdad con una buena cocinera.

David golpeó un agujero con su bastón.

—Al vivir yo más cerca de las cosas sencillas —dijo—, las aprecio más que vosotros. A las artes útiles las pongo en primer, segundo y tercer lugar. Después de eso, me parece bien que la gente se ocupe en levantar rascacielos.

—Pero —intervino John— si no hubierais contado con ingenieros para levantar un tinglado tan grande en el que meter al Ministerio de Agricultura, ¿dónde estaríais todos los granjeros?

David no contestó a la burla. Su paseo les había llevado a un lugar en el que, con el río a la izquierda, el sendero estaba flanqueado a la derecha por terreno encharcado. David se inclinó hacia un grupo de hierbas cuyos tallos medían unos sesenta centímetros de alto. Al tirar de ellos, dos o tres vástagos se partieron sin dificultades.

—¿Hierbajos? —preguntó Ann.

David movió la cabeza.

—*Oryzoides*, del género *Leersia*, de la familia de las *Oryzae*.

—Sin tu preparación botánica —dijo John—, eso no quiere decir nada.

—Se trata de una hierba británica poco frecuente —continuó David—. Es muy rara por estos sitios, y ocasionalmente puede encontrarse en los condados del sur como Hampshire, Surrey y otros.

—Fijaos en las hojas —agregó Ann—, parece que se están pudriendo.

—Y también las raíces —observó David—. Las *Oryzae* comprenden tres géneros. El *Leersia* es uno y el *Oryza* otro.

—Suenan a nombres de hembras progresistas —comentó John.

—La *Oryza sativa* —añadió David— es arroz.

—¡Arroz! —exclamó Ann—. Entonces...

—Esta hierba es arroz —dijo David.

Tiró de una larga espiga tierna y se la enseñó a sus hermanos. En el centro de unas zonas de verde más oscuro había unas manchitas marrones; los tres últimos centímetros eran marrones por completo y estaban deshechos.

—Y éste es el virus Chung-Li.

—¿Aquí? —preguntó John—. ¿En Inglaterra?

—En esta verde y placentera tierra —contestó David—. Ya me imaginaba que atacaría también al *Leersia*, pero no esperaba que lo hiciera tan pronto.

Fascinada, Ann miraba fijamente la hierba manchada y corrompida.

—Esto —dijo—. Exactamente esto.

Levantando la vista del marjal, David miró a los sembrados que estaban más allá.

—Gracias a Dios, los virus tienen sus gustos. Esa maldita cosa ha recorrido medio mundo para venir a caer en este pequeño grupo de hierbas, o quizás en unos cuantos centenares de tallos que hay como éstos en toda Inglaterra.

—Sí —observó Juan—. El trigo es una hierba también, ¿verdad?

—El trigo —respondió David—, y la avena, y la cebada, y el centeno; y desde luego el forraje para las bestias. Lo siento por los chinos, pero podía haber sido mucho peor.

—Sí, claro —dijo Ann—. Podía habernos pasado a nosotros en vez de a ellos. ¿No es eso lo que quieres decir? Nos hemos olvidado de ellos nuevamente. Y es probable que dentro de cinco minutos encontremos otra excusa para volver a ignorarlos.

David apretó la hierba en su mano, y la arrojó luego en el río. Rápidamente desapareció entre las turbulentas aguas.

—Nosotros no podemos hacer nada más —dijo.

2

Ann, que hacía de muerto en la partida, puso la radio para escuchar las noticias de las nueve. John, que no tenía triunfos, había declarado tres bazas imposibles de conseguir por los otros, principalmente para evitar que Roger y Olivia acumularan tantos, ya que sólo necesitaban treinta más para ganar la serie de juegos. Con la mirada fija en sus cartas, John frunció el entrecejo.

—¡Venga, hombre! —apremió Roger Buckley—. ¿Por qué no echas ese nueve?

De los amigos que había hecho en el ejército, Roger era el único con el que John mantenía una estrecha relación. A Ann no le había gustado mucho en el momento de conocerle, y la mayor relación no había conseguido de ella sino algo más de tolerancia. A Ann le desagradaban casi tanto sus corrientes aires de colegial como sus rarísimos períodos de ruda depresión, y aún le gustaba menos lo que ella consideraba como una dureza esencial que se adivinaba detrás de ambos aspectos de su personalidad visible.

Ella estaba razonablemente segura de que él era consciente de estos sentimientos, pero al igual que hacía con otras muchas cosas, Roger no los tenía en cuenta por considerarlos triviales. En el pasado, tal actitud había aumentado el disgusto de ella, y si no hubiera sido por otra cuestión habría apartado a John de esta amistad.

La otra cuestión era Olivia. Cuando Roger, poco después de su primer encuentro, había traído consigo a aquella muchacha tímida, tranquila y más bien grandullona, y la había presentado como su prometida, Ann, sorprendida, confió sin embargo en que aquel noviazgo —el último de bastantes, según explicó John— nunca terminaría en boda. Pero se equivocó. Creyendo que Roger abandonaría pronto a Olivia, Ann se interesó en seguida por ella, y consecuentemente, después de celebrarse el matrimonio, pretendió continuar con su actitud protectora para cuando Roger mostrara su verdadero juego. No obstante, tuvo que pasar por la humillación de descubrir poco a poco que Olivia no sólo seguía disfrutando de lo que parecía ser un matrimonio completamente feliz, sino que ella también, en sus pequeñas crisis, había llegado a depender muchísimo de la comprensión cálida y apacible de Olivia. Y sin gustarle más Roger, se hallaba más dispuesta a tolerarle por causa de Olivia.

John puso un diamante pequeño junto al rey y la sota del muerto. Olivia, sin alterarse, echó un ocho. John dudó, pero luego puso la sota. Roger, riendo triunfalmente, puso la reina encima.

En la radio, y con el tono de la B.B.C., una voz dijo:

«En el informe que ha publicado hoy el Comité de Emergencia a Favor de la China, organismo de las Naciones Unidas, se declara que los muertos habidos por el hambre en dicho país no han sido menos de doscientos millones...»

—El muerto parece flojear en corazones —observó Roger—. Creo que vamos a

seguir probando ese palo.

—¡Doscientos millones! —exclamó Ann—. ¡Es increíble!

—¿Y qué son doscientos millones? —preguntó Roger—. Hay un montón de chinos en China. Los habrán recuperado de nuevo en un par de generaciones.

Ann ya se había enfrentado antes al cinismo de Roger, y prefirió dejarlo ahora. Su mente estaba absorta en los horrores de su propia imaginación.

«Una declaración posterior —continuó la voz del locutor— ha revelado que las pruebas efectuadas en los campos con el Isótopo 717 demuestran que éste es capaz de ejercer un control casi completo sobre el virus Chung-Li. El Ala Aérea de Socorro, departamento recientemente constituido en las Naciones Unidas, va a llevar a cabo una urgente operación fundamentada en el rociamiento de todos los arrozales con este isótopo. Se espera que de aquí a unos días haya la suficiente cantidad del isótopo como para cubrir todos los campos de arroz inmediatamente amenazados, y en el plazo de un mes los restantes.»

—Gracias a Dios, hombre —dijo John.

—Cuando acabes tu «Magníficat» —replicó Roger—, atiende ese corazoncito.

Olivia, en tono indulgente, protestó:

—¡Roger!

—Doscientos millones —continuó John—. Un gigantesco monumento al orgullo y la obstinación humanas. Si hubieran dejado que nuestra gente trabajara sobre el virus seis meses antes, todas esas personas estarían ahora vivas.

—Hablando de gigantescos monumentos al orgullo humano —intervino Roger—, y puesto que insistes en ahorcarte ese as de corazones, ¿cómo va tu pequeño Taj Mahal^[2]? He oído rumores acerca de problemas laborales.

—¿Hay algo de lo que tú no te enteres?

Roger trabajaba en el departamento de relaciones públicas del Ministerio de Producción. Vivía en un mundo de chismes e hipocresía que, según Ann, nutría su natural inhumanidad.

—No es nada importante —siguió Roger—. ¿Crees que lo terminareis en la fecha prevista?

—Informa a tu ministro —respondió John— que diga a su colega que no tiene necesidad de preocuparse. Su lujosísima vivienda estará acabada puntualmente.

—La cuestión es —comentó Roger— si el tal colega va a poder disfrutarla.

—¿Otro rumor?

—Yo no lo llamaría rumor. Podría ser desde luego que ese individuo estuviera bien agarrado a la cartera ministerial. Será interesante comprobarlo.

—Roger —preguntó Ann—, ¿tanto te divierte la contemplación de las desgracias humanas?

En cuanto hubo pronunciado la última palabra, Ann lamentó haberse dejado

arrastrar a aquella reacción. Roger fijó en ella una mirada divertida; puso cara de engañosa compasión, con la barbilla aparentemente recogida y unos grandes ojos castaños.

—Yo soy el chiquillo que nunca creció —dijo—. Si tú tuvieras mi edad, seguramente que te reirías también al ver resbalar a los gordos en cáscaras de plátano. Lo que te pasa a ti es que imaginas a esa gente teniendo que dejar los cargos y abandonando tras ellos a una serie de esposas desesperadas y a unos hijos desnutridos. Déjame que me divierta con mis juguetes a mi antojo.

—No tiene arreglo —observó Olivia—. Y tú, Ann, no le hagas caso.

Había hablado con la divertida tolerancia e indulgencia que una madre suele mostrar hacia un niño caprichoso. Pero —Ann pensó irritada—, lo que es lógico en el trato con un niño, no hay que considerarlo por eso adecuado en la relación con un adulto moralmente atrasado.

Con la mirada puesta todavía en Ann, Roger prosiguió:

—Lo que vosotros, gente sensible, debéis tener en mente es que las cosas, por el momento, están de vuestra parte, es decir, vivís en un mundo en el que todo está a favor del ser sensible y civilizado. Pero esa es una cuestión precaria. Contad los años de civilización que ha habido en China, y mirad lo que acaba de pasar allí ahora. Cuando las tripas empiezan a rugir, la carcajada recobra de nuevo su valor.

—Me siento inclinado a estar de acuerdo con quienes piensan que eres un caso de retroceso, Roger —dijo John.

—En algunos aspectos —indicó Olivia—, él y Steve vienen a ser de la misma edad.

Steve era el hijo de nueve años de los Buckleys; Roger estaba tanto por él, que ni siquiera le dejaba ir solo al colegio. El niño era más bien pequeño, indudablemente precoz, y capaz de cometer salvajadas primitivas.

—Pero Steve superará esa etapa —observó Ann.

—Si lo hace —dijo, sonriendo, Roger—, entonces no es hijo mío.

Cuando a los niños les dieron las vacaciones de mitad de curso, los Custances y los Buckleys se dirigieron a la costa para pasar el fin de semana. Tenían la costumbre de alquilar un remolque entre ellos; el remolque, que a la ida era arrastrado por un coche y a la vuelta por otro, daba cobijo a los cuatro adultos, en tanto que los tres niños dormían en una tienda de campaña.

Durante el viaje disfrutaron de un espléndido tiempo, y el sábado por la mañana ya estaban tirados en la arena, tomando baños de sol a la orilla del mar. Los niños, además, se bañaron en el agua y se dedicaron a la captura de cangrejos por la playa. De los adultos, a John y a las dos mujeres les encantaba ponerse al sol. Roger, de naturaleza más inquieta, cuidaba primero de los niños y luego andaba arriba y abajo

en medio de una clara y creciente frustración.

Después de que Roger hubiera mirado su reloj varias veces, John dijo:

—Bueno, ya está bien. Vamos a cambiarnos.

—Ya está bien, ¿qué? —preguntó Ann—. ¿Para qué vamos a cambiarnos? No iréis a proponernos que hagamos la comida, ¿verdad?

—Roger ha estado haciendo ruidos con la lengua durante la última media hora —replicó John—. Creo que será mejor que me lo lleve a dar una vuelta por el pueblo. Ya habrán abierto las tiendas.

—Hace media hora que están abiertas —observó Roger—. Iremos en tu coche.

—La comida es a la una —informó Olivia—. Y no esperamos a los tardones.

—No te preocupes.

Con los vasos ante ellos, Roger dijo: —Esto está mejor. La playa me da siempre sed. Debe ser la sal que hay en la atmósfera.

John bebió de su vaso. Luego señaló:

—Te noto un poco intranquilo, Roger. Me di cuenta ayer. ¿Hay algo que te preocupa?

Se sentaron en una mesa. La puerta del bar estaba abierta, y desde donde se hallaban podían contemplar el camino arenoso que había a esta parte de la carretera, y un poco más allá una extensa zona verde. El aire era cálido y suave.

—Este es el clima que le gusta al cuclillo —indicó Roger—. Cuando la gente se sienta a las puertas de sus casas y las chicas se visten de muselinas y los ciudadanos sueñan con el sur y el oeste. Eso es lo que hago yo. ¿Intranquilo? Quizás.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Roger le estudió durante unos instantes. Luego continuó:

—La primera obligación de un encargado de relaciones públicas es la lealtad; la segunda, la discreción, y el que tiene la lengua larga está siempre en peligro aquí. Mi problema es que yo siempre cruzo los dedos cuando prometo lealtad y discreción a alguien que no es amigo mío.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Si tú fueses yo —prosiguió Roger—, no lo dirías, ya que la honradez es uno de tus obstáculos. Lo que sí te pido es que no se lo cuentes a nadie. Ni siquiera a Ann. Yo no se lo he dicho a Olivia.

—Si es tan importante —replicó John—, quizá fuera mejor que no me dijeras nada.

—Francamente, creo que hubiera sido más sensato no mantenerlo en secreto, pero esa no es la cuestión ahora. Lo que sí me preocuparía es que el rastro de lo que se sepa condujera a mi persona. Porque desde luego va a saberse.

—Ya has despertado mi curiosidad.

Roger vació su vaso, esperó a que John hiciese lo mismo con el suyo, y llevó

ambos a la barra para que se los volvieran a llenar. Cuando regresó, bebió abundantemente antes de continuar:

—¿Recuerdas el Isótopo 717?

—¿La materia con la que rociaron los arrozales?

—Exacto. Había dos pareceres en cuanto a la forma de combatir ese virus. Uno pretendía encontrar algo que matara el virus; el otro declaraba que el modo mejor era descubrir un cultivo de arroz que fuera resistente al virus. Es obvio que el segundo punto de vista requería más tiempo, y por eso se le prestó menos atención. Luego los defensores de la primera opinión experimentaron el 717, descubrieron que era tremendamente eficaz contra el virus, y se lanzaron a la acción.

—Mató el virus —dijo John—. Yo he visto fotografías de ello.

—Por lo que he oído, los virus son unos bichos muy chistosos. Pero si hubieran descubierto un arroz resistente al virus, se habría resuelto adecuadamente el problema. Casi con toda certeza, puede encontrarse un cultivo resistente a cualquier cosa si se busca con la suficiente tenacidad o se trabaja a gran escala.

John le observaba con atención.

—Sigue —dijo.

—Por lo visto se trata de un virus muy complejo. Hasta ahora han identificado cinco fases de él por lo menos. Cuando aplicaron el 717 ya habían descubierto cuatro de ellas, y el isótopo las mató a todas. Descubrieron la quinta al notar que después de todo el tratamiento, el virus no había desaparecido.

—Pero en ese caso...

—Chung-Li —continuó Roger— sigue avanzando.

—¿Quieres decir —preguntó John— que aún hay indicios de la actividad del virus en los campos? Considerando lo eficaz que fue el 717, no puede ser mucho más de un indicio.

—Sólo un indicio —repitió Roger—. Claro que podríamos haber tenido más suerte y la fase cinco haberse movido con lentitud donde las otras cuatro habían avanzado más rápidamente. Pero por lo que me han dicho, se propaga con tanta celeridad como el original.

—Así que volvemos a estar en el principio —dijo, lentamente, John—. Aunque no puede ser igual. Al fin y al cabo, si encontraron algo para hacer frente a las cuatro primeras fases, serán capaces de eliminar la quinta.

—Eso es lo que yo me he dicho también —añadió Roger—. Sólo que hay otra cosa inquietante.

—¿Cuál?

—Antes de emplear el 717, las otras fases mantenían encubierta a la número cinco. Yo no sé cómo funcionan estas cosas, pero los otros cultivos de virus, al ser más fuertes, no le dejaban desarrollar su actividad. Cuando el 717 acabó con los

primeros, el quinto pudo salir a la luz y enseñar los dientes. Además, difiere de sus hermanos mayores en un aspecto importante.

John esperó. Roger bebió un trago de cerveza.

—El apetito del virus Chung-Li se saciaba con la subfamilia de las *Oryzae*, de la familia de las *Gramineae*. La fase cinco discrimina bastante menos. Le gustan todas las *Gramineae*.

—¿*Gramineae*?

Roger sonrió sin alegría.

—Te advierto que yo me he enterado de toda esta jerigonza ahora. Las *Gramineae* significan hierbas, todas las hierbas.

John pensó en seguida en David. «Nosotros hemos tenido suerte», habían dicho.

—Hierbas —repitió—. Eso incluye al trigo.

—Trigo, avena, cebada, centeno; y eso es sólo el comienzo. Luego la carne, los productos lácteos, las aves domésticas. Dentro de un par de años viviremos a base de patatas fritas y pescado, eso si podemos conseguir el aceite para freírlo.

—Descubrirán algo antes.

—Sí —replicó Roger—. Desde luego que sí. Encontraron algo contra el virus primero, ¿no es cierto? Me pregunto a qué clase se dirigirá la fase seis, ¿quizás a las patatas?

John expresó su pensamiento.

—Si lo están manteniendo en secreto, y supongo que esto es a nivel internacional, ¿no será porque están razonablemente seguros de disponer ya de una réplica para el virus?

—Esa es una manera de interpretarlo. Yo tengo la impresión de que están aguardando a tener colocadas las ametralladoras.

—¿*Ametralladoras*?

—Tienen que prepararse para los segundos doscientos millones.

—Eso no es posible. Ni con todos los recursos del mundo trabajando ya desde el principio. Después de todo, si los chinos hubieran pedido auxilio...

—Nosotros somos una raza brillante —observó Roger—. Descubrimos la forma de utilizar el carbón y el petróleo, y cuando hubo las primeras señales de extinción de estos combustibles nos pusimos inmediatamente a trabajar en la energía nuclear. La mente se asusta de los progresos del hombre en los últimos cien años. Sin embargo, si yo fuese marciano, ni aun con la ventaja del mil por uno apostarí por una inteligencia a la que derrota una cosita como un virus. No creas que no soy optimista, pero me gusta ponerme a cubierto aunque las posibilidades parezcan buenas.

—Aunque lo consideremos desde el punto de vista peor —dijo John—. Es probable que pudiéramos vivir a base de pescados y verduras. No se iba a acabar el mundo por eso.

—¿Tú crees? —respondió Roger—. ¿Habría para todos? Desde luego que no, si consideramos lo que comemos ahora.

—Uno aprende algunas cosas si tiene un agricultor en la familia —agregó John—. Un acre de tierra produce entre cincuenta y cien kilos de carne, o mil quinientos kilos de pan. Sin embargo, la rentabilidad en patatas puede ser de diez toneladas.

—Me estás animando —comentó Roger—. Ahora estoy dispuesto a creer que la fase cinco no hará desaparecer a la raza humana. Eso me permitirá preocuparme únicamente de mi círculo de relaciones más inmediato. Así podré apartar mi atención de las cuestiones mayores.

—¡Maldita sea! —exclamó John—. Esto no es China.

—No —continuó Roger—. Este es un país de cincuenta millones de personas que importa casi la mitad de los alimentos que consume.

—Es posible que tengamos que apretarnos el cinturón.

—Un cinturón apretado es ridículo en un esqueleto.

—Ya te lo he dicho —insistió John—. Si se plantan patatas en vez de granos, se puede obtener una cosecha seis veces mayor.

—Ahora vete y dile eso al gobierno. Si lo piensas dos veces no irás. Sea lo que fuere lo que se avecina, yo no estoy dispuesto a perder mi empleo. Por otra parte, y a menos que yo me equivoque mucho, tú has dado con la solución esencial. Pero aun cuando yo pensara que tú eres la única persona que posee esa información, y aunque esa información sirviera para salvarnos a todos del hambre, yo debería pensármelo dos veces antes de aconsejarte que fueras a advertírselo a mis débiles seguridades.

—Es posible que no bastaran dos veces —dijo John—, pero sí tres. También estaría en juego tu futuro.

—¡Ay! —exclamó Roger—. Pero ¿no ves que podría haber alguien más que tuviera esa información, que podrían haber otros medios de salvación para nosotros, que el virus podría morir por sí mismo, que el mundo podría incluso zambullirse antes en el sol? Y entonces yo habría perdido mi trabajo para nada. Ahora traslada eso a niveles gubernamentales y ponlo en términos políticos. Está claro que si no encontramos la forma de detener al virus, lo único sensato que podemos hacer es plantar patatas en todos los terrenos que las acepten. Pero ¿en qué etapa decide uno que el virus es imparable? Y si nosotros plantáramos patatas en todas las zonas verdes y de recreo de Inglaterra, y luego alguien descubriera algo que matara el virus, ¿te imaginas lo que iba a decir el electorado cuando les ofreciéramos patatas en vez de pan el próximo año?

—Yo no sé lo que diría. Sin embargo sí que sé lo que debería decir: gracias, Dios, por no habernos convertido en caníbales como los chinos.

—La gratitud —afirmó Roger— no es el aspecto más sobresaliente de la vida nacional, y mucho menos si se considera desde el punto de vista del político.

John dejó que su mirada traspasara de nuevo la entrada de la taberna. En la zona verde de la otra parte de la carretera, un grupo de chiquillos del pueblo jugaba al críquet. Sus voces parecían llegar a los oyentes a través de los rayos solares.

—Probablemente estamos siendo un poco alarmistas —dijo—. Las noticias no han dicho ni mucho menos que la fase cinco esté descontrolada y que las perspectivas sean o bien una dieta a base de patatas o el hambre y el canibalismo. Desde el momento en que los científicos se pusieron realmente a trabajar sobre el asunto, sólo tardaron tres meses en descubrir el 717.

—Sí —replicó Roger—. Eso es algo que también me preocupa. Cada gobierno del mundo va a tranquilizarse con el mismo pensamiento alentador. Hasta ahora, nunca nos han defraudado los científicos. Y hasta que no nos fallen jamás creeremos que pueden defraudarnos.

—Si una cosa no ha fallado nunca antes, no es una absurda presunción pensar que no va a fallar ahora.

—No —dijo Roger—. Supongo que no.

Y levantando su vaso casi vacío, añadió:

—Mira esta última cosa agradable de todas las horas. ¿Un mundo sin cerveza? Inimaginable. Bebamos y llenemos otra vez los vasos.

3

Las noticias sobre la fase cinco del virus Chung-Li se extendieron durante el verano, y como consecuencia de ello se produjeron grandes sediciones populares en aquellos lugares del Lejano Oriente que estaban más próximos al foco infeccioso. El mundo occidental observaba todo aquello con benévola preocupación. Barcos cargados de grano eran enviados a las regiones en dificultades, donde era necesaria la presencia de divisiones armadas para protegerlo. Entre tanto, en los laboratorios y en los campos apartados para la investigación continuaban los esfuerzos encaminados a la destrucción del virus.

Los agricultores recibieron instrucciones para que vigilaran lo más de cerca posible las probables señales de la presencia del virus, habiéndose establecido calculadamente unas fuertes multas por el fallo en la información y unas buenas compensaciones por la destrucción de las cosechas dañadas por el virus. Había quedado determinado que la fase cinco, al igual que el virus primero, se propagaba a través del contacto de las raíces y por medio del aire. Con la política de destruir las cosechas infectadas y limpiar bastante terreno de sus alrededores, se confiaba en controlar la propagación del virus hasta dar con un medio que lo erradicara por completo.

Este sistema tuvo un éxito moderado. La fase cinco, como sus predecesores, se extendió por todo el mundo, pero en Occidente se recogieron unas tres partes de la cosecha normal. En el mundo oriental, las cosas no fueron tan bien. En agosto ya estaba claro que la India tenía que afrontar una tremenda falta de grano, y en consecuencia el hambre. La situación en Birmania y Japón era muy poco mejor.

En occidente, la cuestión del socorro para las zonas perjudicadas empezó a adquirir un aspecto distinto. Con el intento de auxiliar a la China durante la primavera, las reservas mundiales de provisiones habían quedado drásticamente reducidas. Ahora, ante la perspectiva de recoger una pobre cosecha incluso en las zonas menos afectadas, lo que había sido instintivo se convirtió en razonamiento.

A primeros de septiembre, la Cámara de Representantes de los Estados Unidos presentó una enmienda a un proyecto presidencial de ayuda alimentaria, fijando una línea Plimsoll para las reservas nacionales de alimentos^[3]. Para ser consumida en los Estados Unidos únicamente, a partir de ahora tendría que guardarse una cierta cantidad mínima de todas las provisiones.

Ann no podía disimular su indignación:

—¡Millones de personas enfrentándose al hambre, y todos esos tíos gordos se niegan a darles comida!

Estaban tomando el té en el jardín de los Buckley. Los niños, cada uno con su ración de pastas, se habían ido a jugar entre los árboles, de donde procedían de vez en

cuando chillidos y risas.

—Como quiera que soy uno de los que piensan ser un tío gordo y viejo —dijo Roger—, no estoy seguro de que no deba molestarme por lo que has dicho, Ann.

—Debes admitir que todo esto suena a insensibilidad —replicó John.

—Cualquier acto de defensa propia es así. El problema de los norteamericanos es que sus cartas están siempre sobre la mesa. Los otros países productores de grano se sentarán sobre sus almacenes sin decir esta boca es mía.

—No puedo creerlo —replicó Ann.

—¿No? Cuando los rusos vayan a enviar a Oriente otro barco cargado de grano, me lo dices. Yo tengo un par de viejos sombreros que también pueden comerse.

—Aun así... Está el Canadá, Australia, Nueva Zelanda.

—No moverán un dedo si hacen caso al gobierno inglés.

—¿Y por qué va a decirles nuestro gobierno que no manden ninguna ayuda?

—Porque podríamos necesitarla nosotros. Confiemos seriamente —y quizás podría afirmar que desesperadamente— en que la sangre que nos une sea más fuerte que el agua que nos separa. Sí el virus no está vencido el próximo verano...

—¡Pero esa gente se está muriendo de hambre ahora!

—Cuentan con nuestra más profunda simpatía.

Ella clavó sus ojos en él con evidente disgusto.

—¡Cómo puedes hablar así!

—En una ocasión estuvimos de acuerdo en que yo era un caso de retroceso, ¿recuerdas? —replicó Roger, devolviendo la mirada—. Si yo irrito a las personas que me rodean, no olvides que ellas también pueden fastidiarme a mí a veces. Me molesta el individuo sin ideas claras. Yo creo en el instinto de conservación, y no estoy dispuesto a consentir que me pongan el cuchillo al cuello sin haber luchado antes. Yo no veo bien el dar el último mendrugo de nuestros hijos a un mendigo hambriento.

—El último mendrugo... —dijo Ann, contemplando la mesa, que se hallaba cubierta con los restos de una abundante merienda—. ¿Así llamas tú a esto?

—Si yo mandara en esta nación —respondió Roger—, llevaríamos ya tres meses sin galletas y sin delicados panecillos. Pero aun así no me habría sobrado nada para mandar a los asiáticos. ¡Dios mío! ¿Pero es que no vais a considerar nunca las realidades económicas de este país?

—Si nosotros nos cruzamos de brazos —dijo Ann—, y permitimos que todos esos millones de personas mueran de hambre sin mover un dedo para ayudarles, entonces somos merecedores de que nos pase a nosotros igual.

—¿De verdad? —preguntó Roger—. ¿Y quiénes son «nosotros?» ¿Es que Mary, Davey y Steve tienen que morir de hambre porque yo estoy endurecido?

—Creo que es mejor no seguir hablando de ello —intervino Olivia—. Parece ser que no hay nada que podamos hacer nosotros, quiero decir por nosotros mismos. Lo

único que podemos hacer es confiar en que las cosas no empeoren de ese modo.

—Según las últimas noticias —dijo John—, tienen ya algo que da buenísimos resultados contra la fase cinco.

—¡Exacto! —exclamó Ann—. Y si eso es así, ¿qué justificación hay para no enviar auxilios a Oriente? ¿Que tuviéramos que pasar por el racionamiento durante el próximo verano?

—¡Buenísimos resultados! —repitió irónicamente Roger—. ¿Sabéis acaso que han descubierto tres fases más, aparte de la cinco? Personalmente, yo sólo veo una salida: resistir hasta que el virus se muera por sí solo, de viejo. A veces pasa. Que por entonces haya un tallo de hierba para volver a empezar las cosas desde cero, es otra cuestión.

Agachándose, Olivia se puso a observar el césped sobre el que estaban sus sillas.

—Verdaderamente, cuesta creer que eso mate todas las hierbas sobre las que cae, ¿no es cierto?

Roger arrancó un tallo de hierba y lo sostuvo entre el pulgar y el índice.

—Se me ha acusado de no tener imaginación —dijo—. Eso no es verdad. Soy capaz de visualizar perfectamente la situación de los hambrientos indios. Pero también puedo visualizar a esta tierra marrón y pelada, desnuda y desierta, y a nuestros hijos masticando la corteza de los árboles.

Durante un rato permanecieron todos sentados y en silencio. Un silencio en cuanto a palabras, pero acompañado por el distante canto de un pájaro y los excitados gritos de felicidad de los niños.

—Mejor será que nos vayamos —dijo John—. Tengo que ir a buscar el coche, porque lo he aparcado bastante lejos de aquí.

Después de llamar a Mary y David, continuó:

—Es probable que eso no ocurra jamás, Roger. Tú lo sabes.

—Soy tan débil como vosotros —replicó Roger—. Pero yo debería aprender la lucha sin armas y la manera mejor de trinchar un cuerpo humano para asarlo. Ahora estoy a la expectativa.

De regreso a casa, Ann exclamó de pronto:

—Es una actitud bestial. ¡Bestial!

John movió la cabeza para advertirla de la presencia de los niños.

—Sí, ya lo sé —asintió Ann—. Pero es horrible.

—Habla mucho —dijo John—. Pero en realidad no dice nada.

—A mí me parece lo contrario.

—Olivia tiene razón, ya sabes. No hay nada que podamos hacer individualmente. Sólo esperar y ver, y confiar en lo mejor.

—¿Confiar en lo mejor? ¡No me digas que has empezado a dar crédito a sus lóbregas profecías!

Sin contestar inmediatamente, John miró a las dispersas hojas del otoño y a la limpia hierba del barrio. En su curso, el coche atravesó un espacio de diez o quince metros en donde la hierba había sido arrancada de raíz, quedando la tierra pelada: otra pequeña batalla en la campaña contra la fase cinco.

—No, creo que no —replicó John—. No sería posible, ¿verdad?

Durante la transición del otoño al invierno, las noticias procedentes de la zona oriental siguieron empeorando paulatinamente. Después de la India fueron Birmania e Indochina las que tuvieron que afrontar el hambre y la barbarie. No tardaron en seguirles el Japón y los estados orientales de la Unión Soviética, en tanto que del Pakistán salía una desesperada ola de conquista de Occidente que, aun cuando se componía de vagabundos hambrientos y desarmados, llegó hasta Turquía antes de ser detenida.

Los países que relativamente no habían sido afectados todavía por el virus Chung-Li, contemplaban la escena con un mero horror de credulidad. Las noticias oficiales subrayaban el volumen de este océano de hambre en el que cualquier auxilio no representaría más de una gota, pero eludían la cuestión de si se podía disponer realmente de alimentos para ayudar a las víctimas. Por otro lado, quienes clamaban a favor de enviar provisiones eran una minoría, y una minoría cada vez más impopular a medida que penetraba con más claridad la magnitud del desastre y el mundo occidental vislumbraba con más nitidez su propagación.

No fue hasta casi la Navidad que los barcos cargados de trigo volvieron a poner su rumbo hacia Oriente. Ello se debió a las alentadoras noticias procedentes del hemisferio sur en el sentido de que en Australia y en Nueva Zelanda se estaba siguiendo un cuidadoso sistema de inspección y destrucción del virus que lo mantenía bajo control. Al ser el verano particularmente brillante, las perspectivas eran de una cosecha que sólo sería un poco menor de lo normal.

De la mano de estas noticias llegó una nueva ola de optimismo. Se explicaba que el desastre en el Oriente se había debido sobre todo a la falta de entereza que era esperable en los asiáticos. Aunque era imposible sacar completamente al virus de los campos, los australianos y los habitantes de Nueva Zelanda habían demostrado que podía ser controlado en ellos. Con una vigilancia similar, Occidente podría sobrevivir por tiempo indefinido y sin grandes escaseses. Mientras tanto, en los laboratorios proseguía la lucha contra el virus. Cada día que pasaba estaba más próximo el momento del triunfo sobre el invisible enemigo. Fue en esta atmósfera de moderado optimismo que los Custances realizaron su acostumbrado viaje hacia el norte para pasar las Navidades en Blind Gilí.

La primera mañana, John paseó con su hermano por los alrededores de la granja. El espacio pelado más cercano se hallaba a menos de cien metros del edificio principal. Medía unos tres metros de largo; la tierra, helada y negra, estaba desnuda

frente al cielo del invierno.

John, lleno de curiosidad, se acercó a aquel terreno, y David le siguió.

—¿Tenéis muchos de éstos aquí? —preguntó.

—Alrededor de una docena.

La hierba que rodeaba la peladura, si bien se hallaba blanca por la escarcha, era claramente sana.

—Parece que tú vas capeando muy bien el temporal.

—Esto no significa nada —respondió David, moviendo la cabeza—. Hay bastantes evidencias de que el virus sólo se extiende durante la estación de desarrollo, pero nadie sabe si eso quiere decir o no que puede permanecer latente en la planta durante los demás períodos. Dios sabe lo que va a traernos la primavera. Las tres cuartas partes o más de mis pequeñas parcelas de plaga provienen del final de la estación.

—Así que a ti no te impresiona el optimismo oficial...

David señaló con su bastón el suelo desnudo.

—Lo que me impresiona es *eso*.

—Ya verás cómo acabarán con ello. Están seguros de lograrlo.

—Del Consejo salió un decreto —dijo David— por el que se establecía que toda la tierra anteriormente sembrada de grano debía convertirse ahora en cultivo de patatas.

—Ya me enteré —asintió John.

—Acaba de ser cancelado. Lo oí en la radio anoche.

—Por lo visto, confían en que las cosas van a ir bien.

—Ellos pueden confiar en lo que quieran —replicó, sonriendo, David—. Pero la próxima primavera yo planto patatas y remolachas.

—¿Ni trigo ni cebada?

—Ni un acre.

—Si por entonces es vencido el virus —dijo, pensativo, John—, el grano va a ponerse por las nubes.

—¿Y tú crees que no han pensado otros en lo mismo? ¿Por qué te imaginas que han anulado el decreto?

—La cosa es muy compleja, ¿verdad? Si se prohíben los cultivos de grano y el virus llega a ser dominado, este país tendrá que comprar todo su trigo en ultramar, y a precios elevadísimos.

—Es una jugada delicada —intervino David—. La vida de la nación contra impuestos más altos.

—Las probabilidades deben ser muchas.

David meneó la cabeza.

—A mí no me parecen bastantes. Yo plantaré patatas.

La tarde del día de Navidad, David volvió a sacar el tema. Mary y el joven David habían salido al exterior para eliminar los efectos de una copiosa comida navideña. Los tres adultos, que preferían un modo más plácido de digestión, se acomodaron en sus sillones mientras medio escuchaban una sinfonía de Haydn en el tocadiscos.

—¿Cómo te fue con tu monstruosidad, John? —preguntó David—. ¿Lo terminaste a tiempo?

—Me dieron ganas de vomitar cuando lo contemplé en toda su deformidad —contestó John—. Pero en cuanto a absoluta fealdad, aquél no es nada comparado con el que tenemos ahora entre manos.

—¿Y tienes que hacerlo?

—Hay que sacar comisiones de donde sea. Hasta los arquitectos tienen que amoldarse a los caprichos del que tiene el dinero, y yo soy sólo ingeniero.

—Sin embargo, tú no estás atado a nada, ¿no es cierto? Quiero decir personalmente atado.

—Sólo en lo que se refiere al dinero.

—Si quisieras tomarte un año de descanso, ¿podrías hacerlo?

—Desde luego que sí. El único problema sería el de convencer a la familia de que no comiera.

—Es que me gustaría que os vinierais aquí por un año.

John, medio incorporándose por la sorpresa, exclamó:

—¿Qué?

—Me haríais un favor. No tendríais que preocuparos por la cuestión económica. Sólo hay tres cosas que el agricultor pueda hacer con sus ilícitas ganancias: comprar más tierra, gastarlas libertinamente, o acumularlas. Nunca he deseado otras tierras que las del valle, y no sé gastar.

—¿Es por lo del virus? —preguntó lentamente John.

—Quizás parezca estúpido —respondió David—, pero no me gusta el cariz que está tomando esto. Y he visto las fotografías de lo que sucedió en Oriente.

John cruzó su mirada con Ann. Esta dijo:

—Pero eso fue en Oriente, ¿no es verdad? Aunque las cosas se pusieran realmente mal... este país es más disciplinado. Ya hemos padecido otras veces el racionamiento y la escasez. Y en la actualidad no hay signos de ninguna dificultad cierta. Para John sería demasiado tener que dejar sus cosas y veniros todos aquí, a comer la sopa boba durante un año; y sólo porque ese asunto puede empeorar.

—Ahora estamos aquí —replicó David—, sentados alrededor del fuego, en paz y con la tripa llena. Ya sé que es difícil imaginar un futuro en el que no sea posible vivir así. Pero estoy preocupado.

—Todavía no ha habido una sola enfermedad —afirmó John—, sea en las plantas o en los animales, que no haya desaparecido; mientras que las especies continúan

viviendo y resistiendo. Acuérdate de la muerte negra^[4].

David meneó la cabeza.

—Sería cuestión de investigarlo. Porque no lo sabemos. ¿Qué fue lo que mató a los grandes reptiles? ¿Las eras glaciales? ¿La competencia? Puede que fuera un virus. ¿Y qué les ocurrió a todas esas plantas que han dejado restos fosilizados pero no descendientes? Es peligroso argumentar partiendo del hecho de que no hemos dado con ese virus en nuestro corto período de observación. Un hombre puede vivir una larga vida sin ver un cometa visible al ojo normal. Pero eso no significa que no haya cometas.

Con aire de resolución, contestó John:

—Es una oferta muy bondadosa por tu parte, Dave, pero yo no puedo aceptarla, ya lo sabes. Me gusta mucho mi trabajo, aunque quizás no me preocupen sus resultados. ¿Cómo te sentirías tú si tuvieras que vivir durante un año en Highgate, y además comiéndote lo ahorrado?

—Te convertiría en agricultor en un mes.

—Es posible que lo consiguieras con Davey.

El reloj, que sonaba adormecedoramente sobre la pared, llevaba allí, aparte limpiezas, ciento cincuenta años. La idea del virus venciendo —pensó Ann— es aquí todavía más inverosímil de lo que parece en Londres.

—Después de todo —dijo ella—, supongo que podríamos venir a este lugar si las cosas se pusieran mal. Pero hasta ahora no hay señales de que eso vaya a ocurrir.

—Lo he estado considerando mucho —observó David—. El abuelo Beverley me dijo algo la primera vez que vinimos al valle; y es que cuando salía fuera y regresaba por el paso, tenía siempre la sensación de poder cerrar la puerta tras él.

—Sí que es verdad que se siente algo así —asintió Ann.

—Si las cosas se ponen mal —continuó David—, no van a haber muchos refugios seguros en Inglaterra. Pero éste puede ser uno de ellos.

—Por eso las patatas y las remolachas —intervino John.

—Y más cosas —respondió David.

Y después de mirarlos atentamente, agregó:

—¿Habéis visto la pila de troncos que hay junto al camino, justo a este lado de la hondonada?

—¿Nuevos edificios?

David se puso de pie y se acercó a la ventana para mirar por ella al paisaje invernal. Sin apartarse de allí, contestó:

—No. No son edificios. Es una empalizada.

Ann y John se miraron mutuamente. Ella repitió:

—¿Una empalizada?

—O una barrera, si lo prefieres así —dijo David, volviéndose—. Va a haber una

entrada en este valle. Una entrada que van a poder defender unos pocos contra una multitud.

—¿Hablas en serio? —preguntó John. Y al hacerlo observó a su hermano mayor que siempre había sido mucho menos aventurero y de menos imaginación que él. Su porte era ahora tan impasible y tranquilo como antes; apenas parecían preocuparle las implicaciones de lo que acababa de decir. —Totalmente en serio —replicó. —Pero si luego resulta que las cosas se arreglan... —protestó Ann.

—A la gente del campo —cortó David— siempre le alegra tener algo de qué reírse. El tonto de Custance, dirían. Sé que corro el riesgo de parecer tonto. Pero vivo desazonado y no tengo más remedio que tranquilizarme. Ante eso no me importa pasar por tonto.

Quedaron impresionados por su sosegada ansiedad. Ambos, pero particularmente Ann, sintieron el impulso a hacer lo que él les había pedido, esto es, venirse con él al valle y asegurar la entrada contra el incierto mundo del exterior. Pero el impulso duró muy poco; había toda una vida que recordar. Involuntariamente, Ann dijo: —El colegio de los niños...

David había seguido su línea de pensamiento; por eso no demostró ni sorpresa ni satisfacción. Sólo dijo:

—Está la escuela de Lepeton. Un año en ella no les perjudicaría.

Sin saber qué añadir, Ann miró a su marido. Este continuó:

—Hay otras muchas cosas...

La convicción comunicada por David se había esfumado ya; no era posible que pasara lo que estaban imaginando.

—Al fin y al cabo —agregó John—, si la situación empeora, tendremos tiempo suficiente. Nos pondríamos en seguida en camino hacia aquí.

—No lo demores demasiado —advirtió David.

Ann sintió un ligero estremecimiento. Luego, dijo: —Dentro de un año todo esto nos sonará raro.

—Sí —replicó David—. Es posible que sí.

4

La calma que parecía haber caído sobre el mundo continuó durante el invierno. En los países occidentales se elaboraron unos programas de racionamiento de comida, y en algunos casos llegaron a ponerse en práctica. Las pastas desaparecieron en Inglaterra, pero aún había pan para todos. La prensa siguió alternando el optimismo con el pesimismo, pero ya con altibajos menos violentos. La cuestión importante que con más frecuencia se examinaba era el tiempo que podría tardarse todavía en dar con algo que destruyera el virus para poder volver a la vida normal.

Para John era significativo que nadie hablara ya del socorro a las tierras muertas de Asia. Se lo mencionó a Roger Buckley un día de finales de febrero que comieron juntos. Se hallaba en el club de Roger, el Treasury.

—No —dijo Roger—. Intentamos no pensar en ellos demasiado, ¿no es cierto? Es como si nos las hubiéramos arreglado para eliminar al resto del mundo, dejando únicamente a Europa, África, Australasia y las Américas. La semana pasada vi algunas fotografías de la China central. Hace unos cuantos meses habrían aparecido en la prensa. Pero ahora no las publicarán.

—¿Qué se veía?

—Eran en color. Artísticas composiciones a base de marrones, grises y amarillos. Todo era arcilla y tierra pelada. ¿Sabes una cosa? A su manera causaban más horror que las fotografías de gentes hambrientas que solíamos ver.

El camarero les sirvió las cervezas especiales en medio de un paciente y lento ritual. Cuando se hubo retirado, John insistió:

—¿Más horror?

—A mí me horrorizaron. Hasta entonces no tenía una idea enteramente clara del asolamiento que produce el virus en un sitio. Automáticamente piensas en que deja crecer algunas hierbas, si bien son sólo ramilletes esparcidos acá y allá. Pero en realidad no es nada. Únicamente son hierbas muertas, desde luego, pero sorprende el comprender que hay una enorme cantidad de terreno cubierto con hierbas de una u otra clase.

—¿No hay rumores acerca de algo positivo contra ello?

Roger movió la cabeza en un gesto indeterminado.

—Digámoslo de este modo: en los círculos oficiales los rumores son tan vagos como los de la prensa; sin embargo sí que se aprecia una nota de confianza.

—¿Te había dicho que mí hermano se está parapetando? —preguntó John.

Roger adelantó la cabeza con curiosidad.

—¿El agricultor? ¿Y qué quieres decir por parapetarse?

—Ya te he hablado otras veces de aquel lugar, Blind Gilí, todo rodeado de montañas y con un estrecho paso únicamente para entrar en él. Se está construyendo

una barrera para impedir la entrada.

—Sigue. Eso me interesa.

—En realidad, eso es todo. Está muy intranquilo por lo que pueda ocurrir durante la próxima primavera. Nunca le había visto yo tan inquieto. Además, ha abandonado todos sus sembrados de trigo para plantar en su lugar tubérculos. Hasta quería que nosotros nos fuéramos con él durante un año.

—Hasta que se acabara la crisis, ¿no? Así que está preocupado.

—Con todo —prosiguió John—, he estado pensando mucho sobre ello desde entonces... Dave ha sido siempre más sensato que yo, y cuando uno empieza a considerarlo... bueno, llegas a darte cuenta de que las premoniciones de los granjeros en este tipo de asuntos no hay que tomarlas a la ligera. En Londres no sabemos nada excepto lo que se nos quiera decir.

Roger le miraba sonriente.

—Hay algo de cierto en lo que afirmas, Johnny. Pero recuerda que yo estoy en el bando de los que dicen. Oye, si yo te advirtiera con tiempo en el caso de que se avecinara la tragedia, ¿crees que podrías contar con un poco de sitio para nuestro pequeño trío en el agujero de tu hermano?

—¿Es que admites que vaya a haber una tragedia? —replicó, tensamente, John.

—Hasta ahora no hay ningún signo en ese sentido. Quienes deben estar al corriente difunden el mismo optimismo que te encuentras en los periódicos. Pero me gusta eso de Blind Gilí porque me suena a póliza de seguros. Aguzaré pues las orejas. En cuanto haya la más mínima señal de lo que hemos hablado, saldremos pitando con nuestras familias hacia el norte, ¿no? ¿Qué te parece? ¿Nos admitiría tu hermano?

—Desde luego que sí —replicó John, pensando en la idea—. ¿Hasta qué punto puedes conseguir tú esa información?

—Lo suficiente. Te tendré al corriente. En una situación como esta, puedes estar seguro de que me equivocaré por exceso de cautela, no por defecto. No me hace ninguna gracia la idea de quedar atrapado en Londres en medio de una carestía.

Un carrito, cargado con una selección de quesos, pasó junto a ellos. El aire tenía la cualidad adormecedora de los mediodías en el comedor de un club londinense. El murmullo de voces era suave y sosegado.

John hizo un gesto con la mano señalando a su alrededor.

—Es difícil pensar en algo que pueda envilecer todo esto.

Roger, a su vez, contempló la escena con ojos tiernos pero atentos.

—Sí, un cuadro exquisito, es verdad. Al fin y al cabo, y como la prensa no ha cesado de decirnos, nosotros no somos asiáticos. Con todo, va a ser interesante ver cómo nosotros, que somos ingleses y formales, nos comportamos mientras se fragua la tormenta. Exquisito. ¿Pero qué pasará si sobreviene la tragedia?

Apareció el camarero con los platos de ambos. Se trataba de un hombre pequeño

y locuaz, con menos *bauteur*^[5], que la mayoría de los demás del establecimiento.

—Sí —continuó Roger—. Va a ser interesante; pero no lo bastante como para que yo quiera quedarme aquí con el fin de verlo.

La primavera tardó en llegar. Durante todo el mes de marzo y parte de abril el tiempo fue seco, frío y nublado. Cuando en la segunda semana de abril empezó a hacer algo de calor y cayeron algunas lluvias, los ánimos volvieron a agitarse con la comprobación de que el virus Chung-Li no había perdido nada de su vigor. En cuanto crecían las hierbas, fuera en campos, jardines o paseos, sus tallos adquirían un verde más oscuro, verde que se extendía y se transformaba en un marrón putrefacto. No había modo de escapar a la evidencia de estas nuevas invasiones.

John se entrevistó con Roger.

—¿Qué noticias hay en tus círculos? —preguntó.

—A pesar de todo, muy buenas.

—Tengo el jardín plagado. He empezado a arrancarlo, pero luego me he dado cuenta de que toda la hierba de mi barrio está contaminada.

—Igual me ha pasado a mí —dijo Roger—. Una sombra marrón, cálida y corrompida. No obstante, las multas por dejar de arrancar las hierbas infectadas han sido anuladas.

—Entonces es que hay buenas noticias... Me parece formidable.

—Los periódicos lo publicarán mañana. La oficina de la UNESCO ha informado de que tienen la solución. Han conseguido un virus que se come al Chung-Li, en todas sus fases.

—La noticia llega en un momento que podía haber sido crítico —replicó John—. ¿Y no crees tú que...?

—Fue en lo primero que pensé yo —contestó, sonriendo, Roger—. Pero el informe está firmado por una serie de señores que no falsificarían los resultados de un pequeño experimento para salvar a sus ancianos padres del peligro. Es exacto, de verdad.

—Salvados por los pelos —comentó en voz baja John—. No quiero ni pensar en lo que habría pasado este verano...

—Eso me traía a mí sin cuidado —dijo Roger—. Lo que yo quería evitar de verdad era la participación.

—Me preguntaba si podría mandar los chicos a la escuela. Supongo que ahora no habrá problemas.

—Yo creo que estarán mejor allí —replicó Roger—. Todavía va a haber escasez, porque no van a poder cultivar el nuevo virus a tan gran escala como para poder salvar lo bastante de la cosecha de este año. Y es probable que Londres se vea en más

aprietos que muchísimos otros sitios.

El informe de la UNESCO recibió la más amplia publicidad, y al mismo tiempo el gobierno anunció su propia estimación del momento. Los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda habían hecho acopio de grano y estaban dispuestos a imponer el racionamiento a sus poblaciones con el fin de que las provisiones cubrieran todo el inmediato período de escasez. En las Islas Británicas se inició un racionamiento similar de los productos derivados del grano y de la carne, pero con mayor rigor.

De nuevo se apreció un alivio en la atmósfera. Al combinarse las noticias de la solución al problema del virus y el anuncio de la imposición del racionamiento se produjo un efecto reconfortante y esperanzador. Cuando llegó una carta de David, su tono parecía casi jocosamente absurdo.

Decía:

«No queda un tallo de hierba en el valle. Ayer maté las últimas vacas; ya sé que en Londres alguien ha tenido la sensatez de preparar durante el invierno un gran espacio refrigerador, pero no va a bastar para dar cabida a toda la carne que va a morir en las próximas semanas. Yo estoy curando en sal la que tengo. Porque aunque las cosas vayan bien, tendrán que pasar muchos años antes de que este país vuelva a probar la carne, o la leche, o el queso.

»Y a mí me gustaría poder creer que las cosas van a marchar bien. No es que dude de ese informe —ya conozco la reputación de las personas que lo han firmado—, pero los informes no suelen significar mucho para mí cuando yo compruebo que lo que se me dice que es blanco resulta ser negro.

»No olvidéis que seréis bien recibidos en cualquier momento que decidáis empaquetar vuestras cosas y venir para acá. Podemos vivir a base de tubérculos y de carne de cerdo; reservo a éstos porque son los únicos animales que conozco que pueden sobrevivir con una dieta de patatas. Nos arreglaremos muy bien aquí. Es la tierra del exterior lo que a mí me preocupa.»

John alargó la carta a Ann y se aproximó a la ventana de la salita de estar. Ann frunció el entrecejo al leer la carta.

—¿Todavía piensa que la situación es terriblemente grave? —preguntó a John. — Está claro que sí.

John contempló el exterior, lo que antes era césped y se había convertido ahora en una mancha de tierra marrón salpicada de hierbajos raros. Aquella vista ya era familiar.

—¿No crees —dijo Ann— que el vivir allá arriba con sólo los Hillen y los hombres de la granja le haya...? Es una lástima que no se casara.

—Que esté trastornado, quieres decir. No es el único que expresa su pesimismo en el asunto del virus. —Fíjate en lo que dice hacia el final —indicó Ann. Y leyó:

«En un sentido, creo que el virus tiene más derecho a ganar. Durante años hemos tratado la tierra como si fuese una hucha a la que luego hay que saquear. Y después de todo, la tierra es vida.»

—Nosotros vivimos con mucha comodidad —comentó John—. Como nunca hemos visto una gran cantidad de hierba, el no ver ninguna no nos afecta demasiado. Lo lógico es que cause más impresión en las zonas rurales.

—Pero es que casi parece que quiera la victoria del virus.

—Al rústico siempre le ha disgustado el hombre de la ciudad y ha desconfiado de él. Lo ha visto como una boca abierta en lo alto de un cuerpo ocioso. Supongo que a la mayoría de los granjeros les agradaría mucho contemplar el pequeño traspies de un hombre urbano. Sólo que ese traspies, si ocurriera, no sería sino pequeño. No creo que David desee que el Chung-Li nos haga daño. Simplemente lo ha pensado.

Ann estuvo callada un rato. John se volvió hacia ella. Estaba mirando fijamente la pantalla de la televisión, con la carta de David en la mano.

—Es posible que se esté preocupando más de lo que debe para su edad —dijo él—. Los granjeros solteros suelen hacerlo.

—Esta idea —replicó ella— del aviso de Roger para irnos al norte si las cosas se ponen mal, ¿sigue en pie?

—Sí, claro —contestó John con curiosidad—. Aunque no parece apremiante.

—¿Podemos fiarnos de él?

—¿Tú no lo crees así? Ann suponiendo que estuviera dispuesto a poner en peligro nuestras vidas, ¿piensas que también arriesgaría la suya, y la de Olivia, y la de Steve?

—Imagino que no. Sólo que...

—Además, en caso de que haya problemas no necesitaremos esperar al aviso de Roger. Los veremos venir, y con tiempo de sobra.

—Estaba pensando en los niños —dijo Ann.

—Ellos están bien. A Davey le gustan incluso las hamburguesas enlatadas que nos mandan los norteamericanos.

—Sí —contestó sonriendo Ann—. Siempre tendremos hamburguesas enlatadas a las que echar mano, ¿verdad?

Cuando los niños regresaron del colegio, debido a las vacaciones de mitad del verano, bajaron al mar con los Buckleys como ya era habitual. Fue un extraño viaje, efectuado a través de una tierra que únicamente mostraba la desoladora desnudez de un suelo ahogado por el virus, con campos intercalados en los que los tubérculos habían reemplazado a los sembrados de grano. Sin embargo, las carreteras se hallaban tan llenas de coches como siempre, y tuvieron las mismas dificultades de otras veces para encontrar un trozo de costa que no estuviera muy concurrido.

Aunque el tiempo era caluroso, el ambiente estaba oscurecido por nubes que

amenazaban con descargar. Por eso no se alejaron demasiado del remolque.

Su lugar de acampada era un saliente elevado que miraba a la playa y desde el que se contemplaba un extenso panorama del Canal. Davey y Steve se mostraban muy interesados por la circulación en el mar; había una flotilla de pequeños barcos a unos tres kilómetros de la costa.

—Pesqueros —explicó Roger—. Para suplir la carne que no llega, debido a que no hay hierba para los animales.

—Y racionado a partir del lunes —observó Olivia—. ¿Os imagináis? ¡El pescado racionado!

—Ya era hora —comentó Ann—. Los precios eran absurdos.

—El suave mecanismo de la economía nacional inglesa continúa tejiendo su trampa con silenciosa eficacia —intervino Roger—. Nos dijeron que éramos diferentes a los asiáticos, ¡y pardiez si estaban en lo cierto! El cinturón se estrecha agujero por agujero y nadie se lamenta.

—Tampoco ganaríamos mucho con lamentarnos, ¿no es verdad? —replicó Ann.

—Ahora es distinto —dijo John—, por cuanto las perspectivas son francamente buenas. De no ser así, no sé lo tranquilos y calmados que íbamos a estar.

Mary, que había ido al remolque para secarse después del baño, se asomó por la ventana.

—Las tartas de pescado en el colegio solían estar hechas de una lata de anchoas por cada ocho kilos de patatas. En la actualidad es una lata de anchoas por cada doscientos kilos. ¿Qué perspectivas hay respecto a eso, papá?

—Tartas de patatas —contestó John—, y la lata vacía pasando por las mesas para que la oláis. Muy alimenticio también.

—Lo que no entiendo —dijo Davey— es por qué han racionado los postres. Los postres no se sacan de la hierba, ¿verdad?

—Demasiada gente se atracaba ya de ellos —le respondió John—. Tú entre otros. Ahora tienes que limitarte a tu ración y a lo que Mary no obtiene de la de tu madre y la mía. Contempla tu buena suerte. Podrías ser huérfano.

—Bueno, ¿pero cuánto va a durar el racionamiento?

—Unos cuantos años todavía; así que mejor será que te vayas acostumbrando.

—Es una lata —comentó Davey—. Racionamiento sin el aliciente siquiera de una guerra.

Los niños volvieron al colegio, y para los demás la vida continuó como era habitual. Hubo un período, poco después de que hicieran el pacto, en el que John telefoneaba a Roger cada dos o tres días que pasaban sin verse; pero ahora no se preocupaba por ello.

El racionamiento de las provisiones fue aumentando gradualmente, pero había

comida suficiente para resistir los zarpazos del hambre. Se corrieron las noticias de que en otros países que sufrían escaseces semejantes, sobre todo en algunos de los situados en la ribera del Mediterráneo, había habido motines a causa de la falta de alimentos. La reacción de Londres fue de fastidiosa presunción, puesto que comparó aquella indisciplina con la paciencia y el orden demostrado por sus ciudadanos en parecidas circunstancias.

«Nuevamente —escribía un corresponsal al *Daily Telegraph*— les corresponde a los pueblos británicos el dar ejemplo al mundo de entereza y determinación frente a las desgracias. Es posible que las cosas se pongan todavía más negras, pero sabemos que esa paciencia y fortaleza no fallarán.»

John se hallaba en la obra en donde su empresa construía un nuevo edificio, a las afueras de la ciudad. Había problemas con la grúa y como consecuencia todo estaba detenido. Aunque su presencia no era estrictamente necesaria, al haber sido él quien eligiera la grúa, que además era de un tipo distinto al habitualmente utilizado por ellos, no quiso dejar de acudir.

Se encontraba ya en la cabina de la grúa, observando los cimientos del edificio, cuando vio que Roger le hacía señas desde el suelo. Al mover él la mano para indicarle que le había visto, los gestos de Roger se transformaron de tal modo que aun desde aquella altura podía apreciarse que eran de apremio.

John se dirigió al mecánico que estaba trabajando junto a él.

—¿Cómo va eso?

—Un poco mejor. Creo que lo arreglaré esta mañana.

—Volveré luego.

Roger le esperaba al final de la escalera.

—¿Qué? ¿Vienes a ver el lío en que estamos metidos?

Roger no sonrió. Miró a su alrededor como buscando algo.

—¿Hay algún sitio en el que podamos hablar en privado?

John se encogió de hombros.

—Podría echar de su oficina al administrador. Pero justo al cruzar la calle hay una tabernita que nos vendrá mejor.

—Donde tú quieras. Pero tiene que ser ahora, ¿de acuerdo?

El rostro de Roger mostraba la misma apacibilidad y tranquilidad de siempre, pero su voz era cortante y de urgencia. Cruzaron juntos la calle. «The Grapes», nombre de la taberna, contaba con un pequeño salón que no era muy utilizado y que ahora, a las once y media, se hallaba vacío.

John pidió en la barra dos güisquis dobles y los llevó a la mesa que se hallaba en el rincón más alejado del mostrador. Roger ya se había sentado a ella.

—¿Malas noticias? —preguntó.

—Tenemos que darnos prisa —replicó Roger.

Y después de beber unos sorbos de güisqui, continuó:

—La cosa se ha puesto muy fea.

—¿Cómo?

—¡Canallas! —exclamó Roger—. Canallas y sanguinarios asesinos. Así que no somos como los asiáticos, ¿eh? Claro, somos ingleses enteros y jugamos al críquet.

Su cólera, amarga y feroz, expuesta sin ningún disimulo, hizo comprender a John que se trataba de algo grave. Por eso preguntó en tono apremiante:

—¿Pero qué es? ¿Qué pasa?

Roger se terminó de un trago la bebida. Advirtiéndole que pasaba por allí la camarera, pidió dos dobles más. Cuando los tuvo sobre la mesa, dijo:

—Lo que es antes es primero: el combate y la bolsa es para Chung-Li. Hemos perdido.

—¿Y qué ha pasado con el anti-virus?

—Es divertido eso de los virus —comentó Roger—. Se alzan en el tiempo como imperios y poderes, sólo que a una escala menor. Lo vencen todo durante un siglo, o durante tres o cuatro meses, y luego desaparecen. No es habitual que haya una Roma cuyo poder se mantenga a lo largo de medio milenio. —Y bien...

—El virus Chung-Li es una Roma. Si el contra-virus hubiera sido siquiera una Francia o una España, todo habría resultado bien. Pero era sólo una Suecia. Aún existe, pero en la forma suave y modificada que suelen adoptar al cabo del tiempo los virus. No afectará al Chung-Li.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Sólo Dios lo sabe. Hace tiempo. Se las han arreglado para mantenerlo en secreto mientras trataban de reavivar el cultivo rival.

—Pero no habrán abandonado la investigación, ¿verdad?

—No lo sé. Supongo que no. Pero eso no importa.

—¡Claro que importa!

—Durante el mes último —agregó Roger— este país ha vivido prácticamente al día en lo que se refiere a reservas de alimentos, ya que las provisiones almacenadas no habrían dado de sí más de media semana. En realidad contábamos únicamente con los barcos de comida procedentes de Norteamérica y de la Commonwealth. Yo ya lo sabía, pero no lo consideré importante. Los alimentos se nos daban por compromisos adquiridos.

Volvió la camarera y empezó a limpiar unas mesas cercanas. Mientras lo hacía, silbaba una canción popular. Roger bajó la voz.

—Creo que mi error es perdonable. En circunstancias normales se alaba el cumplimiento de los compromisos. Gran parte del mundo había desaparecido ya en la barbarie; y los pueblos estaban dispuestos a hacer algunos sacrificios para salvar al resto.

Después de beber otro trago de güisqui, continuó:

—Pero la caridad empieza en casa. Por eso he dicho que no tiene importancia ya el que consigan o no el contra-virus. El hecho es que los pueblos que cuentan con alimentos no creen que lo logren. Y consecuentemente quieren estar seguros de que no van a dar ningún bien que les vaya a hacer falta a ellos durante el próximo invierno. El último barco con alimentos procedente de la otra parte del Atlántico arribó ayer a Liverpool. Quizá haya otros en el mar que vienen de Australasia, pero no estamos seguros de que no les hagan regresar a su patria antes de llegar a nuestros

puertos.

—Ya —dijo John—. Eso es lo que querías decir al hablar de canallas y asesinos... De todos modos, esa gente tiene que cuidar de sus propios pueblos. Es duro para nosotros, pero...

—No, yo no me refería a eso. Ya sabes que yo tengo un buen contacto en las altas esferas. Se trata de Haggerty, el secretario del primer ministro. Hace unos años le hice un gran favor. Y ahora él me lo ha hecho mayor a mí al revelarme los entresijos de lo que está sucediendo. Todo se ha desarrollado en las altas jerarquías del gobierno. Nuestro pueblo sabía lo que iba a pasar hace una semana. Han intentado conseguir nuevos suministros de alimentos para contener la catástrofe, esperando un milagro, supongo. Pero todo lo que han obtenido es la promesa de guardar silencio, una medida que ellos no dudarían en obstaculizar si creyeran que con propagar las noticias de la situación por el mundo iban a lograr el control del país. Pero de momento eso es lo que conviene a todos, y los pueblos del otro lado del océano habrán tomado sus posiciones antes de que se sepan las noticias; desde luego que esas medidas no serán comparables a las nuestras, pero serán preparadas mejor y sin alteraciones.

—¿Y las medidas que se van a tomar aquí? —preguntó John—. ¿Cuáles son?

—El gobierno cayó ayer. Welling se ha hecho cargo del poder, pero Lucas sigue aún en el Consejo. Aquel palacio parece atravesar una revolución. Lucas no quiere mancharse las manos de sangre. Eso es todo.

—¿Sangre?

—En estas islas hay unos cincuenta y cuatro millones de personas. Alrededor de cuarenta y cinco millones de ellos viven en Inglaterra. Si un tercio de ese número pudiera pasar a base de una dieta de tubérculos, sería estupendo. La única dificultad estriba en cómo seleccionar a los supervivientes.

—Yo creía que eso era evidente —dijo ásperamente John—. Se seleccionarán solos.

—Es un método inútil, aparte de que quebranta el orden público y la disciplina. En este país nos hemos tomado a la ligera eso de la disciplina, pero sus raíces son profundas. Siempre está pronta a surgir en una crisis.

—Welling —dijo John—. Nunca me han agradado sus ideas.

—Hay hombres que saben aprovechar las oportunidades que les brindan los tiempos. A mí tampoco me gusta ese tipo, pero alguien como él era inevitable. Lucas no tuvo nunca mucha imaginación política.

Roger echó una rápida ojeada al techo. Luego prosiguió:

—El ejército está tomando hoy posiciones en los suburbios de Londres y en otros lugares de gran población. Mañana al amanecer se cerrarán las carreteras...

—Si cree que es la manera mejor de... Ningún ejército del mundo podría detener

la rebelión de una ciudad acuciada por el hambre. ¿Qué piensa él que va a conseguir con eso?

—Tiempo —replicó Roger—. El suficiente como para completar a su comodidad los preparativos de su segunda operación.

—¿Y ésta es?

—Bombas atómicas para las ciudades pequeñas y de hidrógeno para capitales como Liverpool, Birmingham, Glasgow, Leeds, etcétera. En Londres arrojaría dos o tres de ellas. No les importa gastarlas: no las van a necesitar en el próximo futuro.

Durante un rato, John estuvo callado. Después dijo lentamente:

—No puedo creerlo. Nadie haría eso.

—Lucas no, desde luego. Lucas fue siempre el hombre que utilizaba el primer ministro de cara a las masas, el que se encargaba de refrenar a los suburbios y de los prejuicios y emociones de éstos. Sin embargo, Lucas será miembro del gabinete de Welling, y pomposamente se lavará las manos mientras se lleva a cabo el plan. ¿Y qué otra cosa podía esperarse del hombre de las masas?

—Jamás dispondrán de pilotos para tripular esos aviones.

—Nos encontramos en una nueva era, John —replicó Roger—. O quizá en una muy antigua, no lo sé. Las graneles lealtades son lujos de la civilización. A partir de ahora las lealtades van a menguar, y a medida que vayan decreciendo habrá más crueldad. Si ésa fuera la única manera de salvar a Olivia y a Steve, yo mismo pilotaría uno de esos aviones.

Sin poderse contener, John protestó:

—¡No!

—Cuando he hablado de canallas asesinos —continuó Roger—, lo he hecho con admiración y disgusto a la vez. Desde ahora me propongo ser uno de ellos si es necesario, y confío realmente en que tú estés dispuesto a hacer lo mismo.

—Pero arrojar bombas de hidrógeno en las ciudades... y al propio pueblo de uno...

—Sí, para eso quiere ganar tiempo Welling. Supongo que los preparativos le llevarán por lo menos veinticuatro horas; quizá, como mucho, cuarenta y ocho. ¡No seas estúpido, Johnny! No hace tanto tiempo que el pueblo de uno era el que vivía en la misma aldea. Por otro lado, es posible que Welling cubra la acción con una buena capa de generosidad.

—¿Generosidad? ¿Con bombas de hidrógeno?

—Van a morir. En Inglaterra van a morir por lo menos treinta millones de personas para que puedan sobrevivir las restantes. ¿Qué modo es el mejor: por hambre, por tus parientes o por una bomba de hidrógeno? Después de todo, la bomba es más rápida. Y luego se podrá mantener el número hasta los treinta millones, y conservar los campos para cultivar las cosechas con las que alimentar a los

supervivientes. Esa es la teoría.

Del otro lado del salón les llegó una suave musiquilla procedente de un transistor que había puesto en marcha la camarera. El mundo regular seguía su curso, inafectado, tranquilo.

—No saldrá bien —dijo John.

—Me inclino por opinar igual —contestó Roger—. Creo que la noticia se filtrará y que las ciudades reventarán antes de que Welling tenga dispuestos sus bombarderos. Pero no me hago ilusiones en cuanto a que las cosas vayan a ir mejor por eso. Según mis cálculos, eso significaría la agonía de cincuenta millones en lugar de treinta, y una existencia muchísimo más cruel y primitiva para aquellos que sobrevivieran. ¿Quién se iba a hacer cargo del poder para proteger los patatales contra las multitudes amotinadas? ¿Quién iba a guardar las simientes de patata para el próximo año? Welling es un cerdo, pero un cerdo de ideas claras. A su modo, está tratando de salvar el país.

—¿Crees que se propagarán las noticias? —preguntó John.

—Causa preocupación, ¿verdad? —dijo con sonrisa burlona Roger—. Es divertido, pero tengo una idea para marcharnos de Londres y liberarnos de la inquietud que supondría quedarnos en medio del hervidero de millones que va a ser esta ciudad. Y cuanto antes nos vayamos, mejor.

—Los niños... —empezó a decir John.

—Mary está en Beckenham y Davey en ese sitio de Hertfordshire. Ya lo había pensado. Podemos recoger a Davey en el camino hacia el norte. Tú tienes que ir a por Mary. Pero ahora mismo. Yo me acercaré a decírselo a Ann, para que empaquete lo esencial. Olivia, Steve y yo iremos a tu casa con el coche ya cargado. En cuanto regreses con Mary, pondremos vuestras cosas en tu coche y nos largaremos. Si puede ser, tendríamos que estar fuera de Londres antes de que oscurezca.

—Supongo que debe ser así —respondió John.

Roger siguió su mirada hacia el interior del bar; había unas flores en un bonito jarro de cobre y un calendario moviéndose a impulsos de una suave brisa; el suelo se hallaba todavía húmedo por un reciente fregado.

—Di adiós a todo esto —observó Roger—. Ese es el mundo de ayer. A partir de ahora somos campesinos, y gracias podemos dar por ello.

Roger le había dicho que Beckenham quedaba dentro de la zona que iba a ser acordonada. John fue llevado al despacho de la señorita Errington, la directora, y allí permaneció aguardándola. La habitación era sencilla, pero provista de un toque femenino. Él recordaba ahora que aquella combinación, así como la propia señorita Errington, habían impresionado a Ann. La directora era una mujer muy alta, con una suave afabilidad.

Al traspasar la entrada, la señorita Errington inclinó cortésmente la cabeza, y dijo:

—Buenas tardes, señor Custance. Siento mucho haberle hecho esperar.

John observó que eran las doce y media. Por eso trató de disculparse:

—Confío en no haber interrumpido su comida...

—Eso no es mucha molestia en estos días, señor Custance —replicó, sonriendo, ella—. ¿Ha venido usted por Mary?

—Sí. Quisiera llevármela conmigo.

—Siéntese —respondió la directora, señalando a una silla—. ¿Quiere usted llevársela? ¿Por qué?

En aquel momento experimentó todo el amargo sabor de su conocimiento secreto. No debía advertir a nadie de lo que iba a acontecer; Roger había insistido sobre ello y él estaba de acuerdo. Como ocurría con el extenso programa destructivo de Welling, para sus planes era también esencial que las noticias no se propagaran.

Y esta necesidad exigía que él dejara morir a aquella agradable mujer junto a los que estaban a su cuidado.

—Es un asunto de familia —explicó él débilmente—. Se trata de un familiar que está de paso por Londres. Ya me comprende...

—Verá usted, señor Custance; aquí tratamos de reducir al máximo estos paréntesis. Usted se dará cuenta de que eso es muy molesto. Es diferente a los fines de semana.

—Sí, claro, ya me doy cuenta de ello. Pero se trata de... su tío, y se va al extranjero esta noche.

—¿Sí? ¿Y por mucho tiempo?

Algo más tranquilo, John contestó:

—Es posible que permanezca fuera muchos años. Y antes de irse deseaba ardientemente ver a Mary.

—También podía usted haberle traído a él aquí —replicó con vacilación la señorita Errington—. ¿Cuándo la devolverá?

—Podríamos regresar aquí esta noche.

—Bueno, en ese caso... Voy a pedir a alguien que la llame.

Se aproximó a la puerta y la abrió. Dio una voz en el pasillo:

—¿Helena? ¿Quiere usted decir a Mary Custance que venga aquí, por favor? Su padre ha venido a verla.

Y dirigiéndose a John, añadió:

—Si es sólo para esta tarde, no se llevará sus cosas, ¿verdad?

—No —respondió él—. No se moleste por eso.

—Tengo que decirle —continuó la directora, volviéndose a sentar— que estoy muy satisfecha de su hija, señor Custance. A su edad es difícil adivinar lo que van a ser las chicas, aunque una ya vislumbra algo. Mary se ha portado muy bien últimamente. Y creo que si ella quiere puede tener un estupendo futuro académico.

John pensó en seguida en que el futuro académico de Mary poco podía contribuir al sostenimiento de un pequeño oasis contra un mundo desértico.

—Eso es muy gratificador —contestó.

—Si bien es probable —añadió sonriente la señorita Errington— que el problema radique en el hecho de ser un futuro académico. Una duda de que sus jóvenes conocidos, me refiero a los varones, la permitan dedicarse a una vida tan estéril.

—Yo no creo que sea estéril, señorita Errington. La suya mismo debe ser muy fructífera.

—¡Ha resultado ser mejor de lo que yo pensaba! —exclamó soltando una ligera carcajada—. Ya estoy considerando mi retiro.

Apareció Mary, saludó con una breve reverencia a la señorita Errington y corrió hacia su padre.

—¡Papá! ¿Qué ha pasado?

—Tu padre quiere llevarte con él por unas cuantas horas —intervino la directora—. Tu tío está de paso por Londres, camino del extranjero, y quiere verte.

—¿El tío David? ¿Al extranjero?

—Ha sido muy inesperado —replicó rápidamente John—. Ya te lo explicaré todo por el camino. ¿Estás preparada para venir conmigo?

—Sí, claro.

—Entonces no les retengo —dijo la señorita Errington—. ¿Puede usted traerla a eso de las ocho, señor Custance?

—Trataré de que sea así.

Ella le alargó su delicada mano.

—Adiós.

John vaciló; su mente se rebelaba contra la idea de tomarla la mano y dejarla sin ningún aviso sobre lo que se avecinaba; sin embargo, no se atrevió a decírselo; por otro lado, pensó él, tampoco le habría creído ella.

—Si no traigo a Mary a las ocho —dijo él de pronto—, será porque me habré enterado de que todo Londres va a ser tragado por un terremoto. Por tanto, si no volvemos, le aconsejo que reúna a todas las niñas y se las lleve al campo. Y sean cuales fueren los inconvenientes.

La señorita Errington le miró con indulgente sorpresa al escuchar aquella absurda y ridícula salida. Mary también se le quedó mirando asombrada. La directora indicó:

—Bueno, sí, pero ustedes regresarán naturalmente a las ocho.

—Desde luego —dijo él, sintiéndose miserable.

Cuando el coche abandonó la demarcación escolar, Mary inquirió:

—No se trata del tío David, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces qué es, papá?

—No puedo decírtelo aún. Pero nos vamos de Londres.

—¿Hoy? ¿Así que no voy a volver esta noche al colegio?

Y como él no diera ninguna respuesta, agregó: —¿Se trata de algo grave?

—Mucho. Nos vamos a vivir al valle. ¿Te gusta la idea?

—Yo no llamaría a eso grave —contestó, sonriendo.

—La parte grave —dijo él lentamente— será para otras personas.

Llegaron a casa poco después de las dos. Cuando avanzaban por el camino del jardín, Ann les abrió la puerta. Ella parecía nerviosa e infeliz. John puso un brazo alrededor de su cintura.

—Primer paso dado sin accidentes. Todo va bien, cariño. No tienes que preocuparte por nada. ¿No están aquí Roger y los suyos?

—Se trata de su coche. El bloque de los cilindros roto o algo así. Ha ido al taller para darles prisa. Regresarán en cuanto puedan.

—¿Te dijo el tiempo que iban a tardar? —dijo John.

—Creía que no más de una hora.

—¿Vienen los Buckleys con nosotros? —preguntó Mary—. ¿Qué es lo que pasa?

—Sube a tu alcoba, querida —le dijo la madre—. He metido algunas de tus cosas en la maleta, pero he dejado un poco de sitio para lo que tú consideres especialmente importante. Sin embargo, tendrás que seleccionar mucho, ya que como te digo el espacio es muy pequeño.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar fuera?

—Quizá un largo período —contestó Ann—. De hecho, debes actuar como si no fuéramos a volver nunca más.

Mary les observó por un momento. Luego dijo seriamente:

—¿Y las cosas de Davey? ¿Las echo un vistazo también?

—Sí, cariño —respondió su madre—. Mira a ver si me he dejado algo importante fuera.

Cuando Mary hubo subido las escaleras, Ann se estrechó contra su marido.

—¡No puede ser cierto, John!

—Sí. Pero no pueden hacer eso, no es posible.

—¿Te ha contado todo Roger?

—¿Y por qué no? Le acabo de decir a la señorita Errington que les devolveré a Mary esta noche. Sabiendo lo que sé, ¿soy yo muy distinto a ellos?

Ann se quedó callada. Luego preguntó:

—¿Crees que no vamos a terminar por odiarnos... antes de que todo esto finalice? ¿O quizá nos vamos a acostumbrar de tal modo a las cosas, que no nos daremos cuenta de la transformación que estamos sufriendo?

—No lo sé —replicó John—. Yo no sé nada excepto que tenemos que salvarnos

nosotros y nuestros hijos.

—Salvar a los niños, ¿para qué?

—Más tarde discutiremos eso. Ahora todo nos parece brutal, como el marcharnos sin decir ni una palabra a los demás, que no saben lo que va a acontecer. Pero no podemos remediarlo. Ya tendremos ocasión de vivir decentemente otra vez.

—¿Decentemente?

—La vida va a ser dura, pero no demasiado mala. Todo dependerá de lo que nosotros hagamos por ella. Por lo menos, seremos nuestros propios amos. Dejaremos de sufrir y de vivir en un estado que engaña, tiraniza y chupa la sangre a sus ciudadanos, para, al final, cuando éstos se convierten en una carga, asesinarlos.

—Sí, supongo que sí.

—¡Sinvergüenzas! —exclamó Roger—. Les pago el doble por hacer un trabajo rápido y se tiran tres cuartos de hora buscando las herramientas.

Eran las cuatro. Ann preguntó:

—¿Nos queda tiempo para tomar una taza de té? Sólo tengo que poner la tetera en el fuego.

—Teóricamente —respondió Roger— disponemos de todo el tiempo del mundo. Sin embargo, creo que debemos saltarnos el té. Se respira un ambiente... de inquietud. Deben haber habido otras filtraciones, y me pregunto cuántas habrán sido. De cualquier modo, me sentiré mucho mejor cuando estemos lejos de Londres.

—De acuerdo —asintió Ann.

Luego se dirigió a la cocina. John le preguntó, alzando la voz:

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Tenía la tetera llena de agua —contestó su mujer—. Voy a guardarla.

—Esa es nuestra esperanza —intervino Roger—. El equilibrante femenino. Se va de su casa para siempre, pero guarda la tetera. Lo más probable es que un hombre la hubiera tirado al suelo y luego pegara fuego a la casa.

Al fin salieron de la casa de los Custance. El coche de John iba delante, camino del Norte. La idea era seguir la Gran Carretera del Norte hasta una bifurcación que había más allá de Welwyn para luego torcer hacia el Oeste en dirección al colegio de Davey.

Al pasar por East Finchley, Roger tocó la bocina, y un momento después aceleró para adelantarles. Al ponerse junto a ellos en el adelantamiento, Olivia sacó la cabeza por la ventanilla y gritó:

—¡La radio!

John giró el botón para escucharla.

—... se hace hincapié en que los rumores que están circulando no tienen ningún fundamento. Toda la situación está controlada, y el país cuenta con grandes reservas

de alimentos.

Una vez parados los dos coches, Roger comentó:

—Alguien está preocupado.

—Se está plantando grano libre del virus —continuó la voz— en diversas partes de Inglaterra, Gales y Escocia, y se confía en obtener una buena cosecha para finales del otoño.

—¡Plantando en julio! —exclamó John.

—¡Una salida genial! —apuntó Roger—. Cuando haya rumores de malas noticias, di que el hada madrina está bajando por la chimenea. La credibilidad no importa en unos tiempos como estos.

La voz del locutor varió ligeramente:

—El gobierno cree que sólo habrá peligro si cunde el pánico entre la población. Como medidas preventivas se han promulgado varias normas provisionales que se pondrán en práctica inmediatamente. La primera de ellas se refiere a la limitación de movimientos. Quedan prohibidos de modo temporal los viajes inter-ciudades. Se confía en que mañana podrá arbitrarse un sistema de prioridades para los traslados imprescindibles que tengan que efectuarse, pero hasta entonces el veto es absoluto...

—¡Se han adelantado! —exclamó Roger—. De prisa, vámonos. Es posible que aún podamos salir.

Los dos coches se pusieron de nuevo en camino por el Cinturón del Norte y a través de North Finchley y Barnet. La firme y confiada voz de la radio seguía anunciando normas, y una vez acabadas éstas la misma emisora puso música de órgano. En las calles se observaba la circulación habitual, y la gente iba de compras o simplemente paseaba. No se notaban signos de pánico en los suburbios extremos de la ciudad. Los problemas, si los había, se habrían producido en el centro de Londres.

Un poco más allá de Wrotham Park se encontraron con el bloqueo de la carretera, en donde habían sido colocadas unas barreras. Al otro lado de ellas se veían unas figuras vestidas de caqui. Los dos coches se pararon. John y Roger se apearon y se dirigieron hacia la barrera. Ya estaban allí media docena de conductores discutiendo con el oficial encargado. Otros que lo acababan de hacer se disponían a maniobrar sus automóviles para dar la vuelta.

—¡Por diez cochinos minutos! —exclamó Roger—. No es posible que hayan sido más; habría más caravana.

El oficial era un hombre más bien joven, de aspecto agradable y sencillo, al que claramente se le veía disfrutar con lo que él consideraba como insólito ejercicio.

—Lo siento —estaba diciendo—, pero nosotros nos limitamos a cumplir órdenes. No se permite salir de Londres.

El hombre que estaba al frente de los disputantes, de unos cincuenta años de edad, fuerte complexión y aspecto judío, dijo: —¡Pero yo trabajo en Sheffield! Tuve que

venir ayer a Londres...

—Escuche usted las noticias en la radio —replicó el oficial—. Van a disponer alguna clase de arreglo para casos así.

—Esto no marcha, Johnny —dijo Roger aparte—. Ni siquiera podríamos sobornarlo con toda esta gente alrededor.

—No consideren esto que les digo como oficial —continuó el militar—, pero se me ha informado de que todo esto es sólo un ejercicio. Se trata de tomar precauciones contra el pánico, consolidar la seguridad. Es muy probable que se cancele mañana por la mañana.

—Si se trata sólo de un ejercicio —contestó el hombre de fuerte constitución—, usted puede dejarnos pasar a unos cuantos. Eso no tiene importancia, ¿verdad?

—Lo lamento —repuso el joven oficial con una sonrisa—. Pero para un tribunal militar la misma falta es el abandono de las obligaciones durante un ejercicio que en plena guerra. Les aconsejo, pues, que regresen a la ciudad y lo intenten mañana.

Roger, que echó a andar junto con John hacia los coches, meneó la cabeza y dijo:

—Una planificación muy inteligente. Aunque sin ser oficial, se trata sólo de un ejercicio. Eso elimina los escrúpulos de las tropas. Me pregunto si van a dejarlas arder con los demás. Supongo que sí.

—¿Crees que merecería la pena decirles lo que va a pasar en realidad?

—No se conseguiría nada. Y hasta quizá nos arrestaran por ir propagando falsos rumores. Esa es una de las nuevas normas, ¿o no lo oíste?

Al llegar a los coches, John preguntó:

—¿Pero entonces qué vamos a hacer? ¿Abandonar los coches y marchar a pie por los campos?

—¿Qué pasa? —quiso saber Ann—. ¿No dejan pasar?

—Tendrán patrullas por los campos —replicó Roger—. Probablemente con tanques. No tendríamos escapatoria a pie.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —dijo, en tono cortante, Ann.

Roger se echó a reír mientras la miraba.

—Tranquila, Annie. Todo está calculado.

A John le agradó la fuerza y la confianza que había en la risa de Roger, pues sintió renacer su ánimo.

Y al ver que los automóviles se iban amontonando tras ellos en la carretera, Roger continuó:

—Lo primero que hay que hacer es salir de aquí, antes de que nos veamos metidos en pleno atasco. Regresaremos hacia Chipping Barnet, en donde hay una bifurcación a la derecha. Yo abriré camino. Allí nos veremos.

Era una carretera tranquila: *urbs in rure*. Los dos coches fueron a detenerse en un lugar apartado de ella. En el otro lado había unas modernas casas separadas, mientras

que en éste la carretera bordeaba una pequeña plantación.

Los Buckley bajaron de su coche; Olivia y Steve montaron en la parte trasera del de John, al lado de Ann. Roger explicó:

—Punto número uno: esta carretera, aparte de llevarnos a Hatfield, nos evitará tener que coger la A. 1. Sin embargo, no creo que debamos intentarlo ahora. Seguro que también estará bloqueada, y tan improbable es que podamos circular por ella esta tarde como lo era por la A. 1.

Un Vanguard pasó a gran velocidad cerca de ellos, seguido inmediatamente por un Austin que John había visto en el bloqueo de la carretera. Roger movió la cabeza al decir:

—Lo intentarán bastantes, pero no lograrán ir a ningún sitio.

—¿Y no podríamos cruzar a la fuerza una de esas barreras, papá? —preguntó Steve—. Yo lo he visto en las películas.

—Pero esto no es una película, hijo —replicó Roger—. Mucha gente tratará de romper el bloqueo esta tarde. Sin embargo, será más fácil esta noche y también mejor en otros sentidos. Vosotros os quedaréis aquí con tu coche. Yo me llevo el mío a la ciudad... hay algo que creo que debo coger.

—¡Tú no vuelves allí ahora! —exclamó Ann.

—Es preciso. Confío en que no tardaré más de un par de horas.

John conocía tan bien a Roger, que comprendió en seguida que éste se estaba refiriendo a algo que habían omitido en los planes originales. Había que contar, pues, con un nuevo elemento. Por eso preguntó:

—No es probable que haya peligro en un sitio como éste, ¿verdad?

Y al ver que Roger asentía con la cabeza, continuó:

—En ese caso, iré contigo. Si se trata de dirigirse al Sur, dos irán más seguros que uno.

Roger pensó en ello durante un momento. Luego replicó:

—De acuerdo.

—Pero vosotros no sabéis lo que está pasando ahora en Londres —intervino Ann—. Es posible que haya tumultos. Sin duda que allí no habrá nada tan importante como para que os arriesguéis de esa manera.

—A partir de ahora —replicó Roger—, y si queremos sobrevivir, tendremos que correr algunos riesgos. Ya que insistes te diré que voy a por armas de fuego. Las cosas se están sucediendo a mayor velocidad de lo que yo pensaba. Con todo, no creo que haya allí peligro ahora.

—Quiero que te quedes, John —ordenó Ann.

—Pero Ann... —empezó a decir John.

—Si queremos morir —medió enfadado Roger—, la pérdida de tiempo en peloterías es un método tan bueno como otros. Este grupo debe tener un dirigente, y

sus órdenes tendrán que cumplirse en cuanto las profiera. Hazte cargo tú, Johnny.

—No. Debes ser tú.

Roger sacó una moneda de su bolsillo. La tiró hacia arriba al tiempo que decía:

—¡Pide, John!

—¡Cara! —contestó.

Ambos observaron la caída de la moneda y cómo esta golpeaba el suelo y rodaba unos centímetros. Roger se inclinó para ver lo que había salido.

—Todo para ti —dijo.

John besó a Ann y luego salió del automóvil.

—Regresaremos en cuanto podamos —observó.

—Volvemos a ser esclavas, ¿verdad? —comentó amargamente Ann.

—El mundo es ya muy viejo —contestó riendo Roger—. Empieza de nuevo; la edad de oro retorna.

—Tenemos que conseguirlo —dijo Roger—. Ese tipo no cierra la tienda hasta las seis. Es un negocio pequeño; sólo hay un hombre y un chico..., pero dispone de un almacén muy útil.

Ahora se encontraban en medio del caos de una hora punta en el centro de Londres. En aquel caos, eran los semáforos y la policía de tráfico quienes imponían su enérgico, pero eficaz sistema de circulación. No había signos de estar pasando nada fuera de lo ordinario. Al ponerse la luz verde delante de su coche, los habituales peatones que infringen las normas de tráfico cruzaron apresuradamente la calzada.

—Borregos para la matanza —dijo tristemente John.

—Esperemos que las cosas sigan así —replicó Roger mirándole—. Y que nosotros podamos contarlos. Hay muchos millones condenados a morir. Nuestra preocupación es evitar el pertenecer a ellos.

Nada más pasar el semáforo, dejó la calle principal para meterse en una más estrecha. Eran las seis menos cinco.

—¿Crees que nos atenderá? —preguntó John.

Roger paró junto a la acera, enfrente de una tiendecita en cuyo escaparate había armas deportivas. Puso el coche en punto muerto, aunque dejó el motor en marcha.

—Tendrá que hacerlo —respondió—. De una forma o de otra.

No había nadie en la tienda aparte del propietario, un hombre pequeño y encorvado, con cara de vendedor respetuoso y ojos incongruentemente vigilantes. Aparentaba tener unos sesenta años.

—Buenas tardes, señor Pirrie —saludó Roger—. Le cojo por los pelos, ¿verdad?

—En efecto, señor Buckley, así es. Iba a cerrar ahora. ¿En qué puedo servirles?

—Veamos. Necesito un par de revólveres y un par de buenos rifles con mira telescópica; y naturalmente las municiones. ¿Tiene armas automáticas?

—¿Y la licencia? —preguntó Pirrie con benevolencia.

Roger se había colocado frente al armero, separados únicamente por la anchura del mostrador.

—¿Cree usted que es preciso molestarse ahora en esas cosas? —dijo—. Ya sabe que no soy ningún gángster. Necesito esas armas en seguida y estoy dispuesto a pagar un buen precio por ellas.

Pirrie movió la cabeza ligeramente; sus ojos no dejaban de mirar al rostro de Roger.

—Yo no hago ese tipo de negocios.

—Bueno. ¿Y qué me dice de aquel pequeño rifle del veintidós que hay allí?

Roger señaló con el dedo. Los ojos de Pirrie siguieron la dirección indicada y, al hacerlo, Roger saltó sobre su cuello. El primer pensamiento de John fue que el pequeño hombre se había desplomado ante el ataque, pero un momento después pudo comprobar que se había desembarazado de Roger y retrocedía unos pasos; en la mano derecha tenía un revólver.

—¡Quédese quieto, señor Buckley! —gritó—. Y también su amigo. El saqueo a los armeros encierra una dificultad, y es que existe la probabilidad de tropezarse con un hombre que ha adquirido cierta habilidad en el manejo de las armas. Por favor, no traten de hacer nada mientras telefoneo.

Sin apartar su vista de los dos hombres, reuló un poco más y alargó su mano libre para coger el teléfono.

—¡Espere un momento! —dijo Roger de pronto—. Tengo algo que ofrecerle.

—No lo creo.

—¿Y si se trata de su vida? Pirrie había cogido ya el aparato, pero aún no lo había levantado. Sonriendo, contestó:

—No.

—¿Por qué cree usted que he tratado de agredirle? Ya se imaginará que no lo habría hecho si no fuera porque estoy desesperado.

—Me parece que en eso sí estamos de acuerdo —replicó cortésmente Pirrie—. No suelo dejar que nadie se acerque tanto a mí que pueda atacarme si lo desea; pero uno no concibe la desesperación en un alto funcionario del gobierno. Por lo menos no una desesperación tan violenta.

—Hemos dejado a nuestras familias en un coche, cerca de la Gran Carretera del Norte. Hay sitio para otra persona si quiere usted acompañarnos.

—Ya entiendo —dijo Pirrie—. Se trata de esa prohibición temporal para salir de Londres.

—Por esa razón queríamos las armas —explicó Roger—. Saldremos esta noche.

—Pero no consiguieron las armas.

—Por su buena preparación y no por mi falta de ella —contestó Roger—, ¡y vaya

si lo sabe usted bien!

Pirrie apartó su mano del teléfono.

—Quizá desee usted explicarme brevemente por qué necesitan con tanta urgencia esas armas y quieren salir de Londres.

Y escuchó, sin interrumpir, la exposición de Roger. Al final dijo suavemente:

—Así que una granja en un valle, ¿eh? Y un valle que puede ser defendido.

—Por media docena de personas contra un ejército —intervino John.

Pirrie bajó el revólver. Luego comentó:

—Recibí esta tarde una llamada del superintendente de la policía local. Me ha preguntado si quería yo tener aquí un guardia para vigilar. Parecía muy preocupado por mi seguridad, y la única explicación que me ha dado es que había rumores estúpidos que podrían causar problemas.

—¿No insistió en lo del guardia? —quiso saber Roger.

—No. Supongo que por la desventaja que representaría la presencia aquí de un policía.

Y dirigiéndose cortésmente a Roger, continuó:

—Ahora comprenderá usted por qué me encontraba yo tan bien preparado para cualquier eventualidad.

—Y en estos momentos —medió John—, ¿nos cree usted?

—Creo que ustedes lo creen así —contestó Pirrie dando un suspiro—. Por otro lado, yo me he preguntado varias veces si había algún modo razonable de salir de Londres. Aun sin dar un crédito total a su historia, tampoco hay nada que me fuerce a quedarme en la ciudad. Y el relato de ustedes no violenta mi credulidad quizá tanto como debiera. La vida con armas, como ha sido la mía, hace perder a uno el hábito de buscar nobleza en la gente.

—De acuerdo —dijo Roger—. ¿Qué armas nos llevamos?

Pirrie se volvió ligeramente y esta vez sí que levantó el teléfono. De forma automática, Roger avanzó hacia él. Pirrie miró la pistola que tenía en la mano y se la echó a Roger.

—Voy a telefonar a mi mujer —explicó—. Vivimos en St. John's Wood. Supongo que si ustedes pueden sacar dos coches, podrán sacar tres. Es probable que un vehículo extra nos sea de mucha utilidad.

Mientras marcaba el número, Roger le advirtió:

—Lleve cuidado con lo que dice.

—Hola, cariño —saludó Pirrie al hablar por el aparato—. Ahora mismo salgo de aquí. Creo que podríamos hacer una visita a los Rosenblums esta tarde..., sí, los Rosenblums. Prepara las cosas, ¿quieres? Estaré ahí en seguida.

Volvió a colgar el teléfono. Luego explicó:

—Los Rosenblums viven en Leeds. Millicent percibe rápidamente las cosas.

—¡Santo cielo, sí que debe ser así! —replicó con respeto Roger—. Ya veo que usted y Millicent van a ser muy útiles al grupo. Por cierto, ya habíamos decidido que este conjunto tuviera un jefe.

—¿Usted?

—No. John Custance, mi amigo.

Pirrie inspeccionó brevemente a John.

—Muy bien —comentó—. Ahora cojamos las armas. Yo las elegiré y ustedes podrán ir llevándolas a su coche.

Estaban sacando las últimas municiones cuando un guardia de la comisaría del barrio se dirigió hacia ellos. Una vez allí observó con cierto interés las pequeñas cajas.

—Buenas tardes, señor Pirrie —dijo—. ¿Haciendo un transporte?

—Son para ustedes —contestó Pirrie—. Me las han pedido. ¿Quiere usted echar una ojeada a la tienda? Tenemos que volver a por más después.

—Haré lo que pueda, señor —replicó vacilante el policía—. Pero tengo que hacer mi ronda, ya lo sabe.

Pirrie echó el candado a la puerta delantera. Mientras lo hacía comentó entre dientes:

—Hasta mi poquito de broma... Pero ha sido su gente la que ha empezado a difundir rumores.

Una vez en marcha, John dijo:

—Tuvimos suerte de que no preguntara qué hacíamos nosotros dos allí.

—Las comisarías —explicó Pirrie— son muy inquisitivas cuando se despierta su curiosidad. Pero si uno evita eso, no hay motivo para preocuparse. A partir de la Calle Alta de St. John's Wood, yo les dirigiré.

Siguiendo las instrucciones de Pirrie, pararon detrás de un viejo Ford. Con voz clara y elevada, Pirrie llamó:

—¡Millicent!

Una mujer salió del automóvil y vino hacia ellos. Tendría sus buenos veinte años menos que Pirrie, era de la misma altura más o menos que éste, y morena y atractiva, si bien algo rígida.

—¿Has hecho las maletas? —preguntó él—. No vamos a volver.

Ella aceptó esta explicación sin inmutarse. Y con un acento muy londinense replicó: —Creo que he empaquetado todo lo que vamos a necesitar. ¿De qué se trata? Le he pedido a Hilda que cuide del gato.

—Pobre gatita —dijo Pirrie—. Pero me temo que debemos abandonarla. Ya te contaré todo en el camino.

Y volviéndose a los otros dos hombres, agregó:

—Millicent y yo iremos juntos desde aquí.

Roger quedó con la mirada fija en el viejo coche que tenían delante.

—No quisiera parecer grosero —comentó—. ¿Pero no sería mejor que metieran todas sus cosas en nuestro coche? Nos podemos arreglar muy bien.

—¿Una bifurcación a la izquierda cerca de Wrotham Park? —preguntó Pirrie sonriendo—. Allí nos veremos.

Roger se encogió de hombros. Pirrie avanzó con su mujer hacia el otro automóvil. Roger puso en marcha el suyo y les adelantó lentamente. Un momento después él y John se quedaron asombrados cuando el Ford pasó junto a ellos a toda velocidad, se detuvo un instante en el cruce, y luego tiró rápidamente por la carretera principal. Roger intentó seguirles, pero en cuanto se metieron en medio del tráfico, lo perdieron de vista.

No volvieron a verlo hasta que llegaron a la Gran Carretera del Norte. El Ford de Pirrie les estaba aguardando ya, y a partir de allí les siguió a corta distancia.

Cada familia cenó en su propio coche. Una vez estuvieran fuera de Londres comerían comunalmente, pero en las actuales circunstancias un grupo comiendo en el campo podría llamar la atención. Por la misma causa habían aparcado también a cierta distancia entre sí.

Roger había explicado su plan a John y éste lo había aprobado. A las once la carretera en la que se hallaban era un desierto; los suburbios de Londres estaban ya descansando a esa hora. Pero no se moverían hasta medianoche. Aunque era una noche sin luna, había alguna luz procedente de las muy espaciadas farolas de la carretera. Los niños dormían en los asientos traseros de los automóviles. Ann estaba sentada delante, junto a su marido.

—¿Seguro que no hay ninguna otra manera de salir de Londres? —preguntó ella con un estremecimiento.

—No se me ocurre otra —contestó John con la mirada puesta en la poco alumbrada carretera.

—Tú no eres la misma persona, ¿verdad? —observó Ann—. Esa idea de planear tranquilamente un asesinato... resulta más grotesca que horrible.

—Ann —dijo él—. Davey se encuentra a cincuenta kilómetros de aquí, pero para nosotros estaría a cincuenta millones si nos dejamos persuadir y nos quedamos en esta trampa.

Y volviéndose hacia el asiento trasero en donde se hallaba acostada Mary hecha un ovillo, continuó:

—Y no es sólo por nosotros.

—Pero las probabilidades son tan escasas para vosotros...

—¿Afecta eso a la moralidad del caso? —preguntó John con una sonrisa—. Es

verdad que sin Pirrie hubiéramos tenido muy pocas posibilidades. Pero ahora creo que no son tan escasas. Únicamente necesitábamos unas buenas armas.

—¿Tenéis que tirar a matar?

—Es cuestión de vida o muerte... —empezó a decir.

Sintió un crujido fuera del coche; Roger se había acercado calladamente y se asomaba por la ventanilla abierta.

—¿Listo? —preguntó Roger—. Olivia y Steve están en el coche con Millicent.

John salió de su coche. Desde fuera dijo a Ann:

—Recuerda. Tú y Millicent traeréis los coches en cuanto oigáis la bocina. Podéis adelantaros un poco si lo queréis, pero a estas horas de la noche no habrá dificultad para oír el pito.

—Buena suerte —deseó Ann, mirándolo fijamente.

—No te preocupes.

Los dos hombres se dirigieron al coche de Roger, donde ya les esperaba Pirrie. Luego Roger condujo lentamente su automóvil, pasando al coche aparcado de John y enfilando la despoblada carretera. Como ya la habían inspeccionado antes, sabían dónde se hallaba la última curva que precedía al bloqueo. Allí se detuvieron para que John y Pirrie bajaran y desaparecieran en la noche. Cinco minutos después Roger volvió a poner en marcha el motor y aceleró hacia la barrera haciendo mucho ruido.

En el reconocimiento anterior habían visto que el bloqueo lo vigilaban un cabo y dos soldados. Era presumible que dos de estos tres individuos estuvieran durmiendo; el otro, con su metralleta al hombro, se hallaba de pie junto a la valla de madera.

El coche pegó un estridente frenazo. El soldado colocó su automática en posición de disparo.

Roger, sacando la cabeza por la ventanilla, gritó:

—¿Qué demonios hace ese tinglado en medio de la carretera? ¡Quite eso de ahí, rápido!

Aparentó estar borracho y ser un mal educado. El centinela respondió:

—Lo siento, señor. La carretera está cortada. Todas las carreteras de salida de Londres están cortadas.

—Bueno, vamos a abrir otra vez las barreras reflectantes. Por lo menos ésta. Quiero llegar a casa.

John observaba la situación desde la cuneta de la izquierda. Lo raro era que no sentía ninguna tensión especial; la sensación era de desembarazo, ligado a la escena únicamente por la admiración hacia la ruidosa discusión de Roger.

Junto al primer soldado apareció de pronto otra figura, y un momento después una tercera. Los faros del automóvil derramaban su luz a lo largo de la asfaltada carretera. Al otro lado de la barrera de madera se recortaban, si bien con cierta opacidad, las tres siluetas de los soldados. Una segunda voz, presumiblemente la del

cabo, dijo:

—Estamos cumpliendo órdenes. Y no queremos problemas. Mejor será que dé la vuelta, camarada. ¿De acuerdo?

—¡Nada de estar de acuerdo! ¿Quién se creen que son ustedes, soldaditos de tres al cuarto, para poner vallas en la carretera?

—Lleve cuidado —replicó en tono peligroso el cabo—. Ya se le ha dicho que dé la vuelta. Y no quiero oír ninguna impertinencia más.

—¿Por qué no tratan ustedes de hacerme volver? —preguntó Roger con voz áspera y cortante—. ¡Lo que hay en este país son demasiados militares inútiles, haciendo la pascua a los demás y engullendo buenas raciones!

—Está bien, camarada —repuso el cabo—. Usted lo ha querido.

Y dirigiéndose a los dos soldados, añadió:

—Vamos, muchachos. Demos la vuelta al coche de este charlatán.

Saltaron la barrera y avanzaron en medio del chorro de luz que salía de los faros.

—¡Adelante los centinelas! —exclamó burlonamente Roger.

De repente, la tensión se apoderó de John. La blanca línea del centro de la carretera separaba su demarcación de la de Pirrie. El cabo y el primer soldado se hallaban en aquel lado; el tercer militar estaba más cerca de John. Los tres avanzaban sin vacilar, protegiéndose los ojos del deslumbramiento.

Notó que el sudor le corría por los brazos y las piernas. Levantó el rifle y trató de mantenerlo erecto. En una fracción de segundo debía curvar su dedo sobre el gatillo y matar a este hombre, desconocido, inocente. Había matado en la guerra, pero nunca desde una distancia tan corta, y jamás a un conciudadano. La transpiración parecía desbordarse sobre su frente; aunque temió que le llegara a cegar, no intentó secársela por si acaso fallaba el blanco. Arcillas humanas que era necesario romper —pensó—, por Ann, por Mary y por Davey. Tenía la garganta seca.

La voz de Roger volvió a rasgar la noche, pero ahora era incisiva y sobria:

—¡Listos!

El primer disparo surgió antes de terminar la palabra, y le siguieron dos más mientras vibraba en el aire. John se hallaba de pie, con su rifle apuntando, en tanto que las tres figuras se desplomaban en el asfalto. No se movió hasta ver cómo Pirrie, avanzando desde su posición, se paraba junto a los tres cuerpos caídos. Entonces dejó caer a un lado el rifle, y salió a la carretera.

Roger bajó del coche. Pirrie miró a John.

—Debo pedirle disculpas por cazar en terreno que no era mío —dijo con la misma voz fría y precisa de siempre—. Pero estaban tan a tiro...

—¿Muertos? —preguntó Roger.

—Desde luego —afirmó Pirrie.

—Entonces los echaremos a la cuneta en seguida —ordenó Roger—. Luego

quitaremos la barrera. No creo que vayamos a ser sorprendidos, pero mejor será que tomemos precauciones.

El cuerpo que cogió John era flácido y pesado. A lo primero evitó el mirarle a la cara. Luego, en la semioscuridad del borde de la carretera, le echó una rápida ojeada. Se trataba de un mozo, de no más de veinte años, sin señales en el rostro a excepción del agujero que ahora tenía en una de las sienes y por el que goteaba sangre. Roger y Pirrie habían ya descargado los otros dos cadáveres y se dirigían hacia la barrera dándole la espalda a John. Este se inclinó y besó la parte sana de la frente; luego colocó el cuerpo en el suelo con suavidad.

No llevó mucho tiempo el quitar la barrera. Al otro lado de ésta se hallaba disperso el equipo de los soldados; también esto fue arrojado a la cuneta. Después Roger volvió corriendo al coche y apretó el claxon durante varios segundos. Sus desagradables notas se extendieron por el aire como si fuera el sonido de una campana.

Roger colocó el automóvil en una orilla de la carretera. Allí esperaron. Al poco rato oyeron el ruido de los otros dos coches aproximándose. En primer lugar venía el Vauxhall de John seguido muy de cerca por el Ford de Pirrie. El Vauxhall se detuvo y Ann se corrió al otro asiento cuando John abrió la puerta y entró en el coche. Una vez acomodado y en marcha, pisó el acelerador a fondo.

—¿Dónde los habéis puesto? —preguntó Ann tratando de atisbar por la ventanilla.

—En la cuneta —contestó él.

Luego, y durante varios kilómetros, permanecieron callados.

De acuerdo con lo planeado, evitaron las carreteras principales. Por fin llegaron a un recóndito camino que bordeaba un bosque, cerca de Stapleford, en donde acamparon. Allí, bajo los frondosos robles, y con sólo las luces interiores de uno de los automóviles, tomaron chocolate que llevaban preparado en termos. Como el Citroen de Roger podía convertirse en cama, las tres mujeres se acostaron en ella, mientras los niños quedaban suficientemente acomodados en los asientos traseros de los otros dos coches. Los hombres cogieron mantas para irse a dormir bajo los árboles.

Pirrie sugirió la idea de quedarse uno de centinela. Roger, que no estaba muy convencido, replicó:

—Me parece que aquí no vamos a tener ningún problema. Y necesitamos dormir el máximo posible, pues mañana estaremos muchísimo tiempo conduciendo. ¿Qué dices tú, jefe?

—Descansaremos toda la noche, o lo que queda de ella —contestó John.

Una vez situados, John se acostó sobre su estómago, en la postura aprendida en el

ejército por ser la más cómoda cuando se duerme en terreno escabroso. Notó que la incomodidad física era menor de lo que él recordaba.

Sin embargo, no cogió el sueño rápidamente, y cuando lo hizo, sufrió diversas interrupciones debidas a pesadillas sin sentido.

6

Saxon Court se hallaba en una pequeña elevación. Era la parte más cercana a un monte en este lado del condado. Al igual que muchas otras escuelas preparatorias semejantes, se trataba de una casa rural reformada, y desde alguna distancia tenía cierta elegancia. Su bien conservado paseo, cuyo cuidado, según había dicho Dave y, lo utilizaban maestros y correctores como medida disciplinaria, corría por un despoblado marrón que había sido campos de juego y terminaba en dos alas del estilo de los Jorge^[6], que flanqueaban un centro superior a este período y de arquitectura más fea.

En vista de que un convoy de tres automóviles podía ofrecer una apariencia sospechosa, se había acordado que sólo el coche de John subiera a la escuela, en tanto que los demás se quedaban discretamente aparcados en la carretera de donde salía el paseo. Steve, empero, se había empeñado en presenciar la recogida de Davey, por lo que Olivia decidió ir también con él. Aparte de ellos y de John, fueron también Ann y Mary.

El director no estaba en su despacho. La puerta de éste se hallaba abierta y ofrecía el aspecto de una habitación de trono vacante que daba a un palacio desordenado. En el salón y escalera principal había una continua circulación de chiquillos, cuyo parloteo era alto y excitado, y —pensó John— inseguro. De una de las aulas que daban al salón salía un murmullo de verbos latinos, pero de otras no provenía sino un constante alboroto. John estaba a punto de preguntar a uno de los niños por el director, cuando éste apareció bajando las escaleras a toda prisa. Al ver al pequeño grupo que le aguardaba, bajó los últimos escalones con más decoro.

El doctor Cassop era un director joven, no llegaba desde luego a los cuarenta años de edad, y siempre había sido elegante. Aún conservaba esta elegancia, pero la fina toga y el equilibrado birrete servían únicamente para destacar el hecho de que se trataba de un hombre preocupado e infeliz. Al aproximarse reconoció a John.

—El señor Custance, claro... y la señora Custance. Pero yo creía que vivían ustedes en Londres. ¿Cómo es que han podido salir?

—Hemos pasado unos días en el campo con amigos —explicó John—. Le presento a la señora Buckley y a su hijo. Hemos venido a por Davey. Queremos tenerlo con nosotros durante un tiempo, hasta que las cosas se normalicen.

El doctor Cassop no mostró ninguna de las dudas manifestadas por la señorita Errington ante la perspectiva de perder un alumno. Al contrario, dijo, vehementemente:

—Oh, sí, claro. Creo que es una buena idea.

—¿Han venido otros padres a por sus hijos? —preguntó John.

—Un par de ellos. Sucede que la mayoría son londinenses. Por mi parte, me

sentiría mucho mejor si fuese posible mandar a todos los niños a sus casas, y cerrar el colegio por un período. Las noticias...

John asintió. En las radios de los coches habían oído un boletín reseñando los disturbios ocurridos en el centro de Londres y en determinadas capitales de provincia sin especificar. Era evidente que esta información se había dado sólo como acompañamiento de la advertencia en el sentido de que cualquier alteración del orden público sería aplastada rigurosamente.

—Aquí por lo menos las cosas están tranquilas —comentó John.

El jaleo del ambiente se incrementó de pronto al abrirse la puerta de un aula y salir por ella una riada de chiquillos que al parecer habían terminado la clase. Al verlos, John agregó:

—... aunque ruidosas.

El doctor Cassop no interpretó la observación ni como broma ni como censura de la disciplina de la escuela. La mirada distraída que lanzó a los muchachos hizo comprender a John que, para extrañeza suya, había más que preocupación o infelicidad en aquel hombre. Había miedo.

—Supongo que ustedes no han oído nada nuevo, ¿verdad? —preguntó el doctor Cassop—. Quiero decir aparte de en la radio. Tengo la impresión... esta mañana no ha habido correo.

—Yo creo que no va a haber más correo —dijo John— hasta que mejore la situación.

—¿Mejorar? —observó el director, mirando a John—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

John estaba ahora seguro de una cosa: no pasaría mucho tiempo sin que este hombre abandonara sus responsabilidades. La inmediata reacción que siguió a esta intuición fue de ira, pero ésta se extinguió al aparecer en su memoria la imagen del joven rostro, sosegado y sangriento, que había dejado en la cuneta.

Lo único que deseó entonces fue marcharse. Por eso pidió con brevedad:

—Si pudiera entregarnos a David...

—Sí, claro. Voy a... vaya, aquí viene.

Davey les había visto a ellos al mismo tiempo. Echando a correr por el pasillo, se arrojó con un grito de alegría en brazos de su padre. En ese momento preguntó el doctor Cassop:

—¿Se llevan a David para estar con sus amigos? ¿Quizás... con la señora Buckley?

John sintió el pelo castaño de su hijo bajo su mano. Es probable que más adelante hubieran más muertes; merecía la pena aquello por lo que él mataría. Miró al director:

—Nuestros planes no son seguros —dijo, haciendo una pausa—. Pero no debemos retenerle, doctor Cassop. Imagino que tendrá usted muchísimo que hacer... con tantos niños a su cargo.

El director reaccionó al acceso de brutalidad que había ahora en la voz de John. Al asentir con la cabeza fueron tan notables su miedo y su miseria que John pudo ver señales de espanto en la cara de Ann cuando ésta lo percibió. Al doctor Cassop no le salieron sino balbuceos:

—Sí, claro. Espero... un mejor momento... Adiós, pues.

Realizó unas envaradas reverencias a las señoras y se volvió hacia su despacho, que cerró tras él. Davey lo observó con interés.

—Los compañeros dicen que el viejo Cassop está muy alarmado. ¿Lo crees tú así, papá?

Era lógico que se hubieran dado cuenta, y también que él fuera consciente de que lo sabían. Eso empeoraba la situación. John pensó que no pasaría mucho tiempo sin que el doctor Cassop lo abandonara todo y huyera. Respondió a Davey:

—Puede ser. Y quizás me ocurriera a mí lo mismo si tuviera que lidiar con tantos como sois vosotros. ¿Estás así listo para partir?

—¡*Anda!* —exclamó Davey—. Pero si está aquí Mary. ¿Es ya final de curso? ¿Dónde vamos?

—Davey, no se dice *¡anda!* —corrigió Ann.

—Sí, mamá. ¿Dónde vamos? ¿Y cómo habéis salido de Londres? Hemos oído que todas las carreteras estaban cerradas. ¿Habéis tenido que luchar para pasar?

—Nos vamos de vacaciones al valle —intervino John—. La cuestión es si tú estás listo... Mary empaquetó algunas de tus cosas. Y si no tienes nada especial que llevarte, podrías venir muy bien según estás.

—Allí está Spooks —dijo Davey—. ¡Eh, Spooks!

Spooks era bastante más alto que Davey; de figura larguirucha, la expresión de su rostro era más bien de alejamiento, como de desamparo. Cuando se hubo acercado al grupo respondió con murmullos a las rápidas y excitadas presentaciones de Davey. John recordó que Spooks, cuyo verdadero nombre era el de Andrew Skelton, había salido a relucir muchísimas veces en las cartas de su hijo durante los últimos meses. Resultaba difícil comprender qué era lo que había unido a ambos muchachos, porque los niños no suelen buscar la amistad de sus opuestos.

—¿Puede venir Spooks con nosotros, papá? —preguntó Davey—. Sería fenomenal.

—Es posible que sus padres tuvieran alguna objeción que hacer —respondió John.

—Oh, no, eso no es problema, ¿verdad, Spooks? Su padre está en Francia con sus negocios, y no tiene madre. Se ha divorciado o algo así. No hay, pues, ninguna dificultad.

—Bueno... —empezó a decir John.

—Es totalmente imposible —medió, cortante, Ann—. Sabes muy bien que no

pueden hacerse cosas como esa, y menos en tiempo como estos.

Spooks contemplaba la escena en completo silencio; parecía estar acostumbrado a no esperar nada.

—¡Pero al viejo Cassop no le importaría! —insistió Davey.

—Ve a coger todo lo que quieras llevar contigo, Davey —ordenó John—. Quizás quiera Spooks ir a ayudarte. Pero hazlo ahora mismo.

Los dos muchachos echaron a correr juntos. Mary y Steve se habían apartado un poco y no podían oír lo que John decía a su esposa:

—Creo que podríamos llevarle con nosotros.

Algo de la expresión de Ann le recordó lo que había visto en la cara del director; no era miedo, sino culpabilidad.

—No —replicó ella—. Es absurdo.

—Sabes que Cassop va a escapar en cuanto pueda. Seguro. No sé si algún otro de los profesores va a quedarse con los niños, pero aun así, lo único que se conseguiría con eso sería retardar el mal. Sea lo que fuere lo que ocurra en Londres, es probable que este lugar se convierta en un desierto en pocas semanas. Y no me gusta la idea de dejar aquí a Spooks mientras nosotros nos marchamos tranquilamente.

—¿Y por qué no nos llevamos a todo el colegio? —preguntó, colérica, Ann.

—No se trata de todo el colegio —replicó con suavidad el marido—. Se trata solamente de un niño, y por cierto el mejor amigo que tiene aquí Davey.

El desconcierto reemplazó a la ira en el tono de ella cuando comentó:

—Me parece que ya he empezado a darme cuenta del lío en que estamos metidos. No va a ser fácil llegar al valle. Y ya tenemos dos hijos a los que cuidar.

—Si la situación se trastorna por completo —pricipió a explicar John—, quizás estos chicos, como son jóvenes, puedan sobrevivir a ella. No sé qué aguante tendrán los Spooks. Pero si le dejamos, hay muchas posibilidades de que estemos abandonándole a la muerte.

¿Y cuántos niños hemos abandonado a la muerte en Londres? ¿Un millón?

El hombre no contestó en seguida. Su mirada se desvió ahora hacia el salón, invadido otra vez por una nueva avenida de chicos procedentes de otra aula. Cuando se volvió hacia su mujer, dijo:

—Supongo que sabes lo que te haces, ¿verdad? Es posible que todos estemos sufriendo una transformación, pero de distintas maneras.

—Tendré que ser yo quien me ocupe de los niños —observó, defendiéndose, Ann—, en tanto que tú te convertirás en un valeroso guerrero junto a Roger y el señor Pirrie.

—No merece la pena insistir, ¿no?

—Cuando me contaste lo que pasó con la señorita Errington —dijo ella mirando fijamente a John—, pensé que era espantoso. Sin embargo, aún no había

comprendido lo que estaba sucediendo. Ahora sí que lo comprendo. Tenemos que llegar al valle, y con nosotros los niños. No podemos permitirnos llevar nada extra, ni siquiera este muchacho.

John se encogió de hombros como dando por terminada la discusión. Davey, que ya regresaba, traía consigo un maletín; su aspecto era vivo y feliz, y se asemejaba a un oficial del gobierno en pequeño. Spooks venía detrás de él.

—Ya he recogido las cosas importantes —explicó—, como mi álbum de sellos. También he puesto dentro los calcetines que tenía de retén.

Y después de buscar con la vista la aprobación de su madre, continuó:

—Spooks me ha prometido cuidar de mis ratones hasta que yo regrese. Una de las hembras está preñada, y le he dicho que puede vender los ratoncillos cuando para.

John, evitando mirar al larguirucho Spooks, apremió:

—Bien. Será mejor que nos pongamos ya en camino.

Olivia, que hasta entonces no había tomado parte en la conversación, rompió su silencio para decir:

—Creo que Spooks podría venir con nosotros. ¿Te gustaría a ti, Spooks?

—¡Olivia! —exclamó Ann—. Ya sabes que...

—Quiero decir en nuestro coche —intervino Olivia, sin dejarla terminar a su compañera—. Después de todo, nosotros sólo tenemos un hijo, y esta situación no durará mucho tiempo más.

Las dos mujeres se observaron con fijeza pero brevemente. En el rostro de Ann se apreció de nuevo un sentimiento de culpa y el disgusto producido por éste. Olivia mostró únicamente un tímido desconcierto. De haber habido el menor rastro de condescendencia moral —pensó John—, se hubiera producido una división que la seguridad del grupo no hubiera podido soportar. Al no crearse esta actitud paternalista, la ira de Ann desapareció; únicamente dijo:

—Como quieras. Sin embargo, ¿no crees que deberías consultárselo a Roger primero?

Davey, que había seguido con interés el diálogo, aunque sin comprenderlo, comentó:

—¿Está aquí también tío Roger? Estoy seguro de que le gustará Spooks. Como él, Spooks es asimismo tremendamente ingenioso. Di algo ingenioso, Spooks.

El aludido miró al grupo con angustiosa impotencia. Olivia le sonrió: —No te preocupes, Spooks. ¿Quieres venir con nosotros?

El muchacho asintió moviendo afirmativamente la cabeza. Davey, que le había cogido por el brazo, exclamó:

—¡Ya está hecho! Vamos, Spooks. Te ayudaré a hacer la maleta.

Y cuando dieron los primeros pasos se volvieron para preguntar:

—¿Y qué hacemos con los ratones?

—Los ratones se quedarán aquí —replicó imperiosamente John—. Dádselos a alguien.

—¿Crees que nos darán seis peniques por cada uno, aparte de Bannister? —consultó Davey con su amigo.

John miró complacido a Ann; luego sonrieron ambos y John advirtió a su hijo:

—Nos iremos dentro de cinco minutos. Ese es todo el tiempo que tenéis para recoger las cosas de Spooks y realizar vuestras transacciones comerciales.

Los dos muchachos se dispusieron a marchar. Al partir, los padres oyeron decir muy seriamente a su hijo:

—Tenemos que conseguir un chelín por lo menos por la que está preñada.

Como temían que los militares les pararan en las carreteras, habían inventado tres historias distintas respecto al viaje de los tres coches en dirección norte. John creía que lo importante era no dar la impresión de ser un convoy. Pero nadie trató de investigar su marcha. Entre el considerable número de vehículos militares que circulaban por las carreteras se intercalaban automóviles particulares en un tráfico normal y de mutua tolerancia. Después de salir de Saxon Court, tomaron de nuevo la Gran Carretera del Norte y marcharon en esta dirección durante toda la mañana sin sufrir ningún contratiempo.

Ya muy entrada la tarde, se detuvieron para comer en un camino que había al norte de Newark. Aunque el día había estado nubloso, ahora brillaba el azul del cielo iluminado por el sol, con una masa de nubes marchando en dirección oeste y adquiriendo la forma de enormes olas y de torrecillas. A ambos lados del camino se veían campos de patatas plantadas con la esperanza de obtener una segunda cosecha; aparte de la ausencia de hierba en los huertos, no había nada que diferenciara la escena de cualquier paisaje campestre en un mundo de desarrollo agrícola.

Los tres niños habían descubierto un montón de tierra y con un viejo madero procedente probablemente de alguna caravana de gitanos que habrían acampado en aquel lugar años antes, se deslizaban ahora con él utilizándolo a modo de trineo. Mary les observaba con envidia y desdén al mismo tiempo. Se había desarrollado muchísimo desde su ascensión en el valle de hacía catorce meses.

Los hombres, acomodados en el Ford de Pirrie, discutían la situación.

—Si podemos llegar hoy al norte de Ripon —decía John—, mañana es muy probable que alcancemos el valle.

—Pero podríamos circular más de prisa todavía —observó Roger.

—Supongo que sí. Lo que pongo en duda es si merece la pena el esfuerzo. Lo principal es evitar los centros populosos. Una vez nos hayamos alejado de West Riding, lo más seguro es que estemos a cubierto de cualquier percance.

—No es por el afán de poner objeciones o porque me pese el haberme unido a ustedes en este pequeño viaje —intervino Pirrie—. Pero ¿no creen ustedes posible

que se hayan sobrestimado los riesgos de violencia? Hasta ahora hemos tenido una marcha muy cómoda. Ni Grantham ni Newark han mostrado señales de una inminente revuelta.

—Peterborough estaba acordonada —afirmó Roger—. Pienso que las ciudades por las que se puede pasar todavía libremente se hallan demasiado ocupadas en felicitarse a sí mismas como para empezar a preocuparse por lo que puede avecinarse. ¿Han visto esas colas a las puertas de las panaderías?

—Unas colas muy ordenadas —observó Pirrie.

—El problema es —medió John— que no sabemos cuándo va a actuar tan drásticamente Welling. Han pasado casi veinticuatro horas desde que las ciudades y los pueblos grandes han sido cerrados. En cuanto empiecen a caer las bombas, todo el país va a sumirse en el pánico. Welling confía en que será capaz de controlar la situación, pero no puede esperar el controlarla durante los primeros días. Por eso pienso que si por esa fecha podemos evitar los grandes centros habitados, nosotros no tendremos dificultades.

—Bombas atómicas y de hidrógeno —comentó, pensativo, Pirrie—. Me pregunto realmente...

—Pues yo no —cortó Roger—. Yo conozco a Haggerty. Y sé que no estaba mintiendo.

—No es desde el punto de vista de la moralidad que lo considero improbable —dijo Pirrie, sino desde el del temperamento. El inglés, al ser de imaginación perezosa, no encontraría ninguna dificultad en consentir medidas que, de acuerdo con su sentido común, llevaran a millones de personas a la muerte por inanición. Pero la actuación directa, es decir, el asesinato por el instinto de conservación, es una empresa distinta. Me cuesta creer que pueda llegar nunca a realizarlo.

—Bueno, nosotros no lo hemos hecho tan mal —repuso Roger con una sonrisa—. Y sobre todo usted.

—Mi madre era francesa. Pero usted no comprende mi punto de vista. No quiero decir que el inglés se inhiba de la violencia. En circunstancias adecuadas matará a sabiendas, y con más placer que muchos otros. Pero como es de imaginación y lógica perezosas, preservará sus ilusiones hasta el último momento. Sólo después de ese instante luchará como un tigre salvaje.

—¿Y cuándo llegó usted al último momento? —preguntó Roger.

—Hace mucho tiempo —contestó sonriendo Pirrie—. Llegué a la conclusión de que todos los hombres son amigos por conveniencia y enemigos por elección.

Roger contemplaba con curiosidad a su interlocutor.

—Estoy en parte con usted. Pero hay algunas uniones reales...

—Algunas alianzas —replicó Pirrie— duran más tiempo que otras. Pero siguen siendo alianzas. La nuestra, por ejemplo, es una muy valiosa.

Las mujeres se hallaban en el coche de los Buckleys. Millicent sacó la *cabeza* por la ventanilla y gritó a los hombres:

—¡Noticias!

Una de las radios de los tres coches se hallaban en continuo funcionamiento. Los hombres se acercaron adonde estaban las mujeres. Al verlos aproximarse, Ann dijo:

—Parece ser que hay problemas.

Aunque la voz del locutor era suave, se notaba un tono de gravedad.

—... se radiarán boletines de emergencia si se considera necesario, aparte de los diarios hablados normales. Se han producido más tumultos en el centro de Londres, y ha sido precisa la entrada de tropas procedentes de los suburbios a fin de lograr su control y mantener el orden. En el sur de Londres, una multitud organizada ha intentado romper el bloqueo militar impuesto ayer con motivo de la prohibición temporal respecto a las salidas de la ciudad. La situación es confusa. Divisiones militares de refresco se dirigen en estos momentos hacia la capital de la nación.

—Ahora que nosotros estamos fuera —comentó Roger—, me importa muy poco que cuenten con las fuerzas necesarias para escapar. No obstante, tienen toda mi simpatía.

—Hay noticias de que se han producido alteraciones más graves en el norte de Inglaterra —continuó la voz del locutor—. Nos informan de que se han originado revueltas en varias ciudades grandes, sobre todo en Liverpool, Manchester y Leeds, y en el caso de esta última se ha perdido incluso el contacto oficial.

—¡Leeds! —exclamó John—. Eso me gusta menos. —El gobierno —prosiguió el locutor— ha emitido el siguiente parte: «En vista de los disturbios producidos en determinadas regiones, se advierte a la población que podrían tomarse graves contramedidas. Si continúan los tumultos violentos, existe el peligro real de que el país se precipite en la anarquía, situación que el gobierno está decidido a evitar por todos los medios. La obligación de los ciudadanos es la de desempeñar serenamente sus funciones y la de cooperar con la policía y las autoridades militares encargadas del mantenimiento del orden.» Fin del boletín.

Un órgano comenzó a tocar «The Teddy-Bears' Picnic»; Ann bajó el volumen del aparato hasta conseguir que la música sólo se oyera ligeramente. Roger observó: —Si conducimos toda la noche, podremos llegar al valle por la mañana. No me gusta el cariz que toma todo esto. Parece ser que Leeds se ha sacudido el bloqueo. Creo que es mejor viajar mientras podemos hacerlo.

—Apenas dormimos anoche —replicó John—. Y una noche más a través de Mossdale no es precisamente una excursión.

—Ann y Millicent pueden relevaros al volante —indicó Roger.

—Pero Olivia no puede conducir, ¿verdad? —intervino Ann.

—No os preocupéis por mí —dijo Roger—. Me he traído la benzedrina y puedo

mantenerme despierto dos o tres días si es preciso.

—Les sugiero —advirtió Pirrie— que nos concentremos inmediatamente en la operación alejamiento de West Riding. Cuando hayamos decidido este asunto, entonces podremos determinar si hacemos el viaje de un tirón o no.

—De acuerdo —asintió John.

Desde la cima del banco de tierra, los niños les llamaron al tiempo que les señalaban con las manos hacia el cielo. Poniéndose a la escucha, oyeron el zumbido de motores de avión aproximándose. Sus ojos buscaron por encima del montón de tierra. Se trataba de bombarderos pesados en dirección al norte y a no más de novecientos o mil metros de altitud.

En medio de un silencio escalofriante, el grupo contempló los aparatos hasta que fueron desapareciendo en la lejanía. Aún se oían los motores y la excitada cháchara de los chicos, pero ninguno de estos sonidos alteró el cerrado mutismo en que, debido a sus pensamientos, se habían sumido los adultos.

—¿Leeds? —preguntó en un susurro Ann, cuando dejaron de ver los aviones.

Nadie contestó en seguida. Finalmente fue Pirrie quien con su tranquila y modulada voz de siempre, dijo:

—Es posible. Claro que hay otras explicaciones. Pero en cualquier caso, creo que debemos marcharnos.

En el Citroen, que ahora marchaba en primer lugar, iban Roger, Olivia, Steve, Spooks y Davey, quien había preferido unirse a sus amigos. El Ford circulaba en segundo término y el Vauxhall, que marchaba a la cola, llevaba únicamente a John, Mary y Ann.

Doncaster estaba acordonado, pero los desvíos habían sido bien señalizados. Mezclados entre un incesante tráfico militar, siguieron la dirección del nordeste a través de una serie de pequeñas y tranquilas aldeas. Pasaron por el valle de York; la tierra era muy llana y los pueblos, esparcidos aquí y allá, mostraban signos de prosperidad. La marcha la realizaron con toda normalidad hasta que al coger de nuevo la Carretera del Norte fueron detenidos por un puesto de control militar.

Al mando del puesto se hallaba un sargento que, por su deje, era sin duda nativo del condado de Yorkshire. El hombre habló a Roger con benevolencia:

—La A. 1 está cerrada a todos los vehículos con excepción de los militares, señor.

—¿Y por qué? —preguntó Roger.

—Dificultades en Leeds. ¿A dónde querían ir ustedes?

—A Westmorland.

El oficial movió la cabeza de lado a lado, pero más en señal de aprecio por su problema que como negación. Luego indicó:

—Si yo fuese ustedes volvería a la carretera de York. Si toman el desvío que hay poco antes de Selby podrán llegar a Tadcaster pasando por Thorpe Willoughby. En

cualquier caso, yo me alejaría cuanto pudiera de Leeds.

—Se dicen cosas raras acerca de Leeds —comentó Roger.

—Reconozco que hay rumores, sí —asintió el sargento.

—Hace un par de horas vimos unos aviones volando en esta dirección —añadió Roger—. Eran bombarderos.

—Sí. Pasaron por aquí. Yo me siento mucho mejor en el campo cuando esos aparatos están ahí arriba. Qué curioso, ¿verdad?, intranquilizarse cuando los aviones de uno pasan por encima. Quizás no ocurra nada, pero de todos modos yo me mantendría lejos de Leeds.

—Gracias —contestó Roger—. Seguiremos su consejo.

El convoy dio media vuelta y se fue por donde había venido. Al llegar a un cruce, en vez de seguir hacia el sur, torcieron en dirección al nordeste dejando atrás los vehículos militares y marchando a través de caminos desérticos.

—Cuesta creerlo, ¿verdad? —comentó Ann—. Los boletines informativos, los controles militares... todo eso es una cosa. Pero esta es otra: una tarde de verano en el campo, y el mismo campo de siempre.

—Un poco pelado —observó John, señalando a la tierra sin hierba.

—Pero no parece que eso baste para que haya hambre, fugas, asesinatos, bombas atómicas...

Y después de una ligera vacilación, producida por la intensa mirada que le echó su marido, continuó:

—... o para que yo me niegue a salvar a un niño.

—Los motivos son ahora evidentes —dijo John—. Y tendremos que aprender a vivir con ellos.

—¡Cuánto daría por estar ya allí! —exclamó vehementemente Ann—. ¡Cómo me gustaría estar ya dentro del valle y cerrar la puerta de David tras nosotros!

—Espero que eso ocurra mañana.

El camino que recorrían serpenteaba formando cerradas curvas a medida que ascendía por el solitario altozano. Mientras el Ford de Pirrie, en un alarde de capacidad de maniobra, iba pegado a las ruedas del Citroen, el Vauxhall de John había quedado muy distanciado de ambos. Al aproximarse este último coche a la caseta de un paso a nivel que había en la carretera, las barreras empezaron a descender lentamente para cerrarles el camino.

—¡Maldición! —exclamó John, dando un fuerte frenazo—. Si no me equivoco, nos tocará esperar aquí diez minutos por lo menos antes de que veamos siquiera aparecer el tren. Los pasos a nivel rurales son así. Voy a ver si les convengo con cinco chelines para que nos dejen pasar.

Se apeó del coche y se dirigió hacia la barrera. A la derecha se veía una árida cordillera de montículos próxima a una mina de carbón. Se asomó por encima de la

valla y miró a lo largo de la vía. No había signos de humo y la línea se hallaba totalmente expedita en ambas direcciones. Se aproximó a la garita y gritó:

—¡Oiga!

No hubo respuesta inmediata. Llamó de nuevo y esta vez le pareció oír algo, si bien no lo bastante claro como para que fuese una contestación a su llamada. Más bien parecía ser un siseo, como un sollozo, que procedía de la caseta.

Por la ventana que daba a la carretera no se veía nada. Dio la vuelta, pues, para mirar por la ventana que había en la parte de los raíles. Desde aquí pudo distinguir fácilmente el origen del leve ruido. Una mujer yacía tendida en medio de la habitación. Tenía roto el vestido y había sangre en su rostro; una de las piernas estaba doblada debajo de ella. A su alrededor había un completo desorden: cajones fuera de su sitio, un reloj de pared destrozado, etc.

Era la primera vez que John veía una escena así en Inglaterra, aunque en Italia, durante la guerra, había visto muchas semejantes. La huella del saqueador..., pero aquí, en la Inglaterra rural. La realidad casual de este horror en tan remoto lugar mostraba con más claridad que los controles militares o los bombarderos el comienzo de la sedición, y además irrevocablemente.

Todavía se hallaba mirando por la ventana cuando la memoria le sacudió y le hizo ponerse tenso. Las barreras... Si la mujer estaba ahí tendida, quizás agonizando, ¿quién había bajado las barreras? ¿Y por qué? Desde donde se hallaba no se veía ni la carretera ni el coche. Dio la vuelta con toda celeridad y a mitad de camino oyó un grito proferido por Ann.

Al doblar la esquina de la garita vio abiertas las puertas del automóvil y que dentro de éste se estaba desarrollando una pelea. Pudo contemplar cómo su mujer luchaba con un hombre en la parte delantera y que en el asiento posterior la presencia de otro individuo le impedía ver a Mary.

Instantáneamente pensó en la posibilidad de sorprenderlos. Como las armas estaban en el coche, echó una rápida ojeada a su alrededor en busca de algo que le sirviera para atacar a aquellos hombres; junto a la entrada de la caseta vio un grueso trozo de madera tirado en el suelo. Sin embargo, al agacharse para cogerlo oyó encima de él la estridente risotada de un individuo. Aunque se enderezó en seguida, no tuvo tiempo de ver sino los ojos del hombre que estaba escondido detrás de la puerta, ya que una dura cachiporra le golpeó fuertemente en la sien.

John trató de gritar, pero la voz se cortó en su garganta mientras su cuerpo vacilaba y caía.

Alguien le estaba lavando la cabeza. Lo primero que vio fue un pañuelo y que éste se hallaba oscurecido por la sangre coagulada; luego distinguió la cara de Olivia.

—Johnny —dijo ella—, ¿te encuentras mejor?

—¿Ann? —llamó él—. ¿Mary?

—Tranquilízate —replicó Olivia—. Roger, ya ha vuelto en sí.

Las barreras estaban levantadas. El Citroen y el Ford se hallaban a un lado de la carretera. Los tres niños estaban en el asiento posterior del primer coche, observando la escena, pero silenciosos. Roger y los Pirrie salieron de la garita. Mientras que el primero mostraba un rostro ceñudo, en la cara de Pirrie había la acostumbrada suavidad.

—¿Qué ha ocurrido, Johnny? —preguntó Roger.

El herido les contó lo que había pasado. Le dolía la cabeza y sentía la necesidad física de tenderse y dormir.

—Has estado casi media hora sin sentido —le explicó su amigo—. Habíamos cruzado ya la carretera de Leeds cuando os echamos a faltar.

—Según mis cálculos —intervino Pirrie—, para los saqueadores en este tipo de terreno media hora debe suponer unos treinta y cinco kilómetros. Se trata, pues, de un círculo más bien amplio. Y estos lugares cuentan con una extensa red de caminos.

Mientras hablaban los hombres, Olivia fue vendando la cabeza del descalabrado; la presión, aun siendo suave, agudizó su dolor.

—Bueno, Johnny —dijo Roger—. ¿Qué hacemos? Hay que tomar una decisión rápida.

El aludido trató de reunir sus confusos pensamientos. Luego contestó:

—¿Podéis haceros cargo de Davey? Eso es lo único que me importa. Por lo demás, conocéis el camino al valle, ¿verdad?

—¿Y tú? —preguntó Roger.

John se quedó callado. Empezaba a comprender las implicaciones de lo que había dicho Pirrie. Las probabilidades de encontrar a su esposa e hija eran realmente escasas. Y sabía que si daba con ellas...

—Si pudierais dejarme un arma —dijo—. Se llevaron también las que yo tenía.

—Escucha, Johnny —observó suavemente Roger—. Tú estás al mando de la expedición y no puedes hacer planes sólo para ti. En tus proyectos debes incluirnos a todos nosotros.

—Si no entráis esta noche al menos en la región de North Riding —insistió John, moviendo la cabeza—, es posible que no podáis llegar nunca. Yo ya me las arreglaré solo.

Pirrie se había apartado un poco del grupo; estaba observando el cielo en actitud abstraída.

—Sí, claro —replicó Roger—, tú te las apañarás solo. ¿Qué diablos te crees que eres, una combinación de Napoleón y Supermán? ¿Y qué vas a utilizar como alas?

—Quizás pudierais ir todos vosotros en el Citroen... y dejarme a mí el Ford...

—Viajamos como grupo —repuso Roger—. Si tú vuelves para atrás, nosotros iremos contigo.

Y después de una breve pausa, añadió:

—Esa mujer de la garita está muerta; creo que debes saberlo.

—Llevaos a Davey —pidió de nuevo John—. Eso es lo único que quiero.

—¡Tú eres tonto! ¿Crees que Olivia lo consentiría aunque yo lo quisiera? Las encontraremos. Y al diablo los riesgos.

Pirrie se volvió hacia ellos y les preguntó con absoluta cordialidad:

—¿Han tomado ya una decisión?

—Parece ser que la han tomado por mí —contestó John—. Supongo que aquí es donde la alianza deja de ser valiosa, ¿verdad, señor Pirrie? Usted tiene señalado el valle en su mapa de carreteras. Si le parece bien, puedo darle una nota para mi hermano. Puede usted decirle que a nosotros nos han detenido.

—He estado examinando la situación —comentó Pirrie—. Si excusan usted mi falta de delicadeza al plantear las cosas, les diré que más bien me sorprende la celeridad con que se han marchado de aquí.

—¿Por qué? —preguntó, cortante, Roger.

Pirrie indicó con la cabeza la garita. Luego agregó:

—Estuvieron más de media hora ahí metidos.

—¿Quiere usted decir... violación? —interrogó John con un hilo de voz.

—Sí. Me parece que la explicación está en que adivinaron que nuestros tres coches iban juntos, y por eso cerraron deliberadamente el paso al rezagado. En consecuencia, debieron estar ansiosos por alejarse de la inmediata vecindad, contando con que los otros dos coches vendrían en busca del tercero.

—¿Y nos ayuda eso en algo? —preguntó Roger.

—Yo diría que sí —replicó Pirrie—. Para mí que se marcharon de aquí en seguida. Por otro lado sabemos que dieron la vuelta al coche dirigiéndose hacia la Carretera del Norte, ya que dejaron bajadas las barreras. Pero no creo que lleguen a la Carretera del Norte sin detenerse de nuevo.

—¿Detenerse de nuevo? —repitió John.

Y mirando al rostro sereno de Roger, se dio cuenta de que éste había captado lo que Pirrie quería decir. Entonces él también comprendió. Haciendo un enorme esfuerzo intentó ponerse de pie.

—Todavía hay algunas cosas que debemos concretar —dijo Roger—. Desde aquí a la A.1 habrán por lo menos media docena de carreteras que cruzan ésta. Y tenemos que recordar que esos tipos estarán pendientes del sonido de los motores. Por tanto, tendremos que examinarlas una por una... y a pie.

—Pero así no nos dará tiempo a... —intervino con acento desesperado John.

—Escucha —replicó Roger—. Si usamos los coches para ir a la primera carretera, es posible que les diéramos la ocasión que necesitan para poner terreno por medio.

Al andar en silencio hacia donde estaban los dos automóviles, Spooks sacó la

cabeza por la parte trasera del Citroen y con voz muy fina y chillona, preguntó:

—¿Ha raptado alguien a la madre de Davey y a Mary?

—Sí —contestó Roger—. Vamos ahora a buscarlas.

—¿Y se han llevado el Vauxhall?

—Sí. Pero cállate ya, Spooks. Tenemos que preparar las cosas.

—¡Entonces será muy fácil dar con ellas! —insistió el muchacho.

—Sí, daremos con ellas —replicó Roger.

Luego se sentó al volante y se dispuso a dar media vuelta al coche. John estaba aún ofuscado. Fue Pirrie quien interrogó a Spooks:

—¿Fácil, dices? ¿Cómo? El niño señaló a lo largo de la carretera con el dedo antes de responder:

—Por el rastro de aceite.

Los tres hombres miraron fijamente al pavimento. Aunque la palabra «rastro» era mucho decir en aquella circunstancia, había manchas de aceite a lo largo de la carretera.

—¡Miopes! —exclamó Roger—. ¿Y cómo no lo hemos visto antes? Sin embargo, quizás no sea del Vauxhall. Lo más probable es que lo haga soltado el Ford.

—No —insistió Spooks—. Tiene que ser del Vauxhall. Ha dejado una mancha mucho mayor en donde ha estado parado.

—¡Dios mío! ¿Qué eras tú en el colegio, jefe de los Boy Scouts?

El muchacho movió la cabeza en sentido negativo.

—Nunca ingresé en los Scouts. No me gusta ir de excursión.

—¡Ya los tenemos! —dijo Roger con exultación—. ¡Tenemos a esos bastardos! Ignora esta última expresión, Spooks.

—De acuerdo —replicó amigablemente el aludido—. Pero ya la conocía yo.

En cada cruce detuvieron los automóviles y buscaron el rastro del aceite. Este no era lo bastante conspicuo como para ser visto sin bajarse ellos de los vehículos. La tercera bifurcación se hallaba a las afueras de un pequeño pueblo; allí las huellas del aceite torcían a la derecha. Un cartel indicador rezaba: Norton 1 m.

—Creo que hemos dado con ellos —dijo Roger—. Podríamos intentar adelantarles con uno de los coches lanzados a toda velocidad. En caso de lograrlo, estarían como en un bocadillo. Pienso que deben encontrarse entre éste y el próximo pueblo. Y además imagino que deben sentirse ya seguros con lo que han recorrido.

—Podría ser que ese plan sirviera —comentó, pensativo, Pirrie—. Pero por otro lado, probablemente habría que pelear. En el coche tienen una automática, un rifle y un revólver. Quizás fuera difícil llegar hasta ellos sin poner en peligro la integridad de las mujeres.

—¿Tienen alguna idea mejor?

John trataba de pensar, pero su mente estaba demasiado llena de un odio situado

entre la esperanza y la desesperación.

—Este terreno es muy llano —observó Pirrie—. Si uno de nosotros pudiera subirse a ese roble, quizás consiguiera verlos con los prismáticos.

El árbol se alzaba en el ángulo del cruce. Roger lo inspeccionó con cuidado. Luego dijo:

—Aupadme hasta la primera rama, que después me las arreglaré solo.

Como era un buen trepador, no le costó demasiado subir a una altura considerable desde la que atisbar por entre las hojas. Los que estaban abajo apenas podían verle. De pronto le oyeron gritar:

—¡Ahí están!

—¿Dónde? —preguntó en seguida John.

—A un kilómetro más o menos. Metidos en un campo que hay a mano izquierda. Voy a bajar.

—¿Y Ann? ¿Y Mary? —insistió John.

Roger descendió hasta la rama más baja, y desde ésta se dejó caer al suelo. Al contestar eludió la mirada de su amigo.

—Sí, están con ellos.

—A mano izquierda —dijo, pensativo, Pirrie—. ¿Están muy adentro?

—No mucho. Detrás de la cerca de setos. Si nos acercamos a ellos por la parte de la carretera, seguramente no nos verán.

Pirrie se dirigió hacia el Ford. Al volver traía consigo el pesado rifle deportivo que era su arma predilecta.

—A un kilómetro más o menos, ¿verdad? —comentó—. Denme diez minutos. Luego vayan con el Citroen a toda velocidad y deténganse a unos cuantos cientos de metros más allá de donde están esos tipos. Hagan algunos disparos, no a ellos, sino a esta parte de la carretera. Creo que eso les situará en la posición que yo deseo.

—¡Diez minutos! —exclamó John.

—Supongo que querrá usted rescatarlas vivas, ¿no? —observó Pirrie.

—Pero... por entonces quizás se hayan ido.

—Ustedes oirán si se marchan. Harán ruido... si salen del campo. Si ven que escapan, persígánlos con el Citroen, y no vacilen en darles su merecido...

Y después de una breve pausa, explicó:

—Mire. En ese caso es muy improbable que lleven consigo a su esposa y su hija.

Luego, haciendo un leve gesto con la cabeza, Pirrie echó a andar a lo largo de la carretera. Al poco rato vieron cómo se agachaba para desaparecer a través de una abertura que había en el cercado.

—Mejor será que nos preparemos nosotros —dijo Roger mirando su reloj—. Olivia, Millicent, los niños al Ford. Vamos, Johnny.

John se sentó junto a su amigo en el Citroen. Su rostro mostraba el doloroso

estado de ánimo en que se hallaba.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Tranquilízate —dijo Roger, mirándole—. Y considérate afortunado por estar siquiera consciente.

John notó que sus dedos se crispaban sobre el asiento del coche.

—Cada minuto que pasa... ¡Cerdos canallas! Y aun siendo eso un mal trago para Ann..., imagínate para Mary.

—Tranquilízate —repitió Roger.

Y después de mirar otra vez la hora, agregó:

—Con un poco de suerte, a esa gentuza le quedan unos nueve minutos de vida.

Un pensamiento se mezcló con sus demás reflexiones, si bien sin ninguna relevancia y por ello causándole sorpresa; tanto, que se sintió decir:

—Acabamos de pasar una cabina telefónica y a ninguno se nos ha ocurrido llamar a la policía.

—¿Y por qué íbamos a hacerlo? —preguntó Roger—. Ya se ha terminado eso de la seguridad pública. Lo que importa ahora es la privada. Y tabaleando con las puntas de los dedos en el volante, continuó:

—Así es la venganza.

Ninguno de los dos volvió a hablar durante el período de espera siguiente. Y sin decir siquiera una palabra, Roger puso en marcha el automóvil y lo lanzó a toda velocidad a lo largo de la estrecha carretera. En menos de un minuto sobrepasaron la entrada al cercado y vieron al Vauxhall aparcado detrás del seto. El camino seguía recto en unos cincuenta metros más. Roger pegó un fuerte frenazo al entrar en la curva y luego maniobró para colocar el coche a lo ancho de la carretera, de modo que obstruyera el paso.

John abrió rápidamente la puerta de su lado. Cogió la automática que había en el coche, se apeó de éste y, agachándose para no ser visto, disparó una corta ráfaga de balas. Los tiros resonaron como dardos lanzados contra el escudo de la plácida tarde de verano. Después, a lo lejos, se oyeron tres disparos más. Luego se hizo otra vez el silencio.

Roger seguía aún al volante. John le dijo:

—Voy a atravesar el seto. Mejor será que te quedes tú aquí.

Roger asintió. Aunque el cercado era espeso y estaba lleno de agudas espinas, John, ansioso por pasar al otro lado, no tuvo en cuenta ni el esfuerzo ni el dolor producido por las puntas que rasgaban su piel. Al mirar a lo largo del campo, en dirección adonde habían estado antes, distinguió unos cuerpos tendidos en el suelo. También vio a Pirrie, quien, con el rifle bajo el brazo, avanzaba lentamente. Poniéndose a la escucha, John oyó una especie de cuchicheo. Sin pensárselo más, empezó a correr hacia donde suponía que se encontraban su mujer y su hija.

Ann, sentada en la tierra junto al Vauxhall, apretaba en su regazo a Mary. Ambas estaban vivas. El cuchicheo que había oído John procedía de dos de los hombres que yacían a cierta distancia. El tercero, que estaba tendido en el suelo, se hallaba más cerca de las dos mujeres. Fue precisamente este individuo, pequeño y flaco, de cara alargada y cubierta de una breve barba pelirroja, quien al ver aproximarse a John principió a levantarse. Uno de sus brazos colgaba al desgaire, pero en el otro tenía un revólver.

John vio que Pirrie, con viveza pero sin apresuramientos, alzaba su rifle para apuntar; y oyó asimismo el sonido del disparo apagado por el silenciador, mientras el hombre caía profiriendo un grito de dolor. Un pájaro, que se había posado en el seto desde hacía rato, agitó las alas y levantó el vuelo en dirección al claro firmamento.

Pirrie cubrió velozmente los últimos metros. Sin darles tiempo a reaccionar, disparó desapasionada pero precisamente a los otros individuos, quienes chillaron al principio espantados para luego caer en un continuo quejido.

Entre tanto, John había sacado unas pequeñas mantas del coche y había tapado con ellas a Ann y Mary. Hablando en un susurro, como temiendo que la voz pudiera también herirlas, les dijo:

—Ann, cariño... Mary. Ahora todo irá bien.

Ellas no respondieron. Mary sollozaba entrecortadamente. Ann miró a su marido, pero luego apartó de él sus ojos.

En aquel momento, Roger, revólver en mano, entró por la abertura del cercado. En un rápido examen, miró a la arrebujaada mujer y a su hija y a los tres hombres heridos. Luego se dirigió a Pirrie:

—No ha sido un trabajo tan limpio como la última vez, amigo.

—Se me ocurrió pensar que los culpables no tienen derecho a morir con la misma prontitud que los inocentes. Un pensamiento extraño, ¿verdad?

En la calma de aquella tarde de verano en el campo, tanto la escena de miseria y sangre en la que él había desempeñado una función destacada, como su voz, desentonaban vivamente. Sin embargo, mirando con fijeza a John, añadió:

—Creo que usted tiene derecho a ejecutarlos.

Uno de los hombres había sido herido en el muslo. Yacía tendido en una curiosa postura, con sus manos apretadas sobre la lesión. Su rostro, como si de un niño se tratara, estaba contraído en arrugas de miseria y dolor. Pero había escuchado perfectamente lo que Pirrie decía a John, y por eso miraba ahora a éste con sumisión animal.

John dio media vuelta, al tiempo que respondía:

—Acábenlos ustedes.

Y absorto en una infeliz meditación, pensó que en el pasado había un proceso legal obligado. Sin embargo, la ley ahora era un término casual en medio de aquel

campo en donde imperaba el dominio de las armas.

John no había dirigido sus palabras a nadie en particular. Por eso, al agacharse en aquel momento para atender a Ann y Mary, no le extrañó oír por dos veces consecutivas el chasquido del revólver de Roger y los últimos estertores de los agonizantes. Entonces fue cuando su esposa llamó:

—¡Roger!

—Sí, Ann —replicó suavemente el mencionado.

La mujer se desembarazó con delicadeza de su hija y se puso de pie. Pudo apreciarse cómo apretaba los dientes para resistir el dolor, mientras su marido trataba de ayudarla a levantarse. John llevaba todavía la automática colgada del hombro, y aunque intentó detener a Ann, no pudo evitar que ella le quitara el arma de un tirón.

Dos de los tres hombres habían muerto. El tercero era el que había sido herido en el muslo. Ann se acercó con dificultad a él, y John vio que tras el atormentado gesto de temor que había en el rostro de aquel individuo empezaba a adivinarse un principio de esperanza.

—Lo lamento, señora —gimió—. Lo lamento.

El hombre había hablado con un acusado acento de Yorkshire. John recordó en aquel instante que en su antiguo pelotón del norte de África había conocido a un conductor con aquel mismo tipo de voz; fue un compañero pequeño, gordo y alegre, que había muerto en una explosión a la salida de Bizerta.

Ann levantó el rifle. El herido gritó: —¡No, no, señora! Tengo hijos...

La voz de Ann se elevó cortante:

—Esto no es por mí, sino por mi hija. Cuando vosotros..., yo me juré a mí misma que os mataría si se me presentaba la oportunidad.

—¡No! Usted no puede hacer eso. ¡Sería un asesinato!

Ann tuvo alguna dificultad para quitar el seguro del arma. El hombre la miraba pasmado, con incredulidad, y siguió mirándola igual cuando las balas empezaron a desgarrar su cuerpo. El moribundo chilló una o dos veces, y luego quedó callado para siempre. La mujer continuó disparando hasta agotar el cargador. Después, el palpable silencio sólo fue roto por los sollozos de Mary. —Lo ha hecho usted muy bien, señora Custance —elogió calmadamente Pirrie—. Ahora será mejor que descanse un poco mientras sacamos el coche de aquí.

—Yo lo haré —dijo Roger.

Montó en el Vauxhall y maniobró hábilmente. Una rueda trasera pasó por encima de uno de los cadáveres. Una vez hubo sacado el automóvil por la abertura y lo hubo aparcado en la carretera, Roger llamó:

—¿Podéis traerlas?

John levantó a su hija y la trasladó hasta el coche. Pirrie apoyó a Ann. Cuando estuvieron dentro del Vauxhall, Roger tocó la bocina varias veces. Luego, al apearse,

dijo a John:

—Hazte cargo tú. Mejor será que nos vayamos en seguida, no vaya a ser que los disparos atraigan a alguien. Olivia irá con vosotros para cuidarlas.

—¿Y éstos? —preguntó John, señalando al campo.

A través de la abertura podían verse aún los tres cuerpos tendidos sobre la tierra. Las moscas habían empezado a posarse en ellos.

—¿Y qué quieres que hagamos? —replicó Roger con sorpresa.

—¿No los vamos a enterrar?

—No hay tiempo, creo, para esa obra de misericordia —intervino secamente Pirrie.

En aquel momento llegó el Ford y Olivia se apeó prestamente para unirse a Ann y Mary. Pirrie se dirigió hacia su coche para hacerse cargo del volante.

—No importa dejarlos ahí —dijo Roger—. Hemos perdido mucho tiempo, Johnny. No pararemos hasta más allá de Tadcaster, ¿de acuerdo?

John asintió. Pirrie indicó:

—Yo iré ahora a la cola, ¿vale?

—Muy bien —replicó Roger—. Vámonos.

Tadcaster se hallaba en tensión, medio atemorizado y excitado, como se hubiera sentido, por ejemplo, cualquier pueblo fronterizo ante la perspectiva de una invasión. Los tres automóviles se detuvieron en una gasolinera para repostar, y el dueño de ella miró perplejo el dinero que le dieron como preguntándose sobre el valor que tenía. Allí mismo adquirieron también un periódico, el *Yorkshire Evening Press*, y si bien llevaba estampado con claridad el precio de tres peniques, les cobraron seis sin tratar siquiera de justificarlo. La información del diario era idéntica a la que habían oído en la radio. Y la torpe solemnidad del comunicado oficial apenas podía ocultar una sensación de miedo.

Salieron de Tadcaster y fueron a detenerse en medio de un camino vecinal próximo a la carretera principal. Habían llenado los termos en el pueblo, pero siguieron dependiendo de las provisiones que traían de Londres. Mary parecía estar ya recuperada; bebió té y comió un poco de carne en conserva. Sin embargo, Ann no quiso probar bocado o beber alguna cosa. Continuaba allí sentada, hundida en un silencio impenetrable, sin poder discernir John si ello se debía al dolor, la vergüenza o la reflexión producida por el amargo triunfo. Al principio trató de darla conversación, pero Olivia le advirtió de que era mejor callar.

El Citroen y el Vauxhall estaban aparcados juntos, ocupando así toda la anchura del camino, con el fin de comer comunalmente los ocupantes de ambos coches. La radio transmitía una insulsa charla sobre la arquitectura morisca. Daba la sensación de ser casi una parodia de la tan cacareada flema británica. Quizá había sido programada adrede. Pero el momento —pensó John— no era el más adecuado para quitar importancia a las cosas.

De pronto, cuando la voz se cortó abruptamente, su primer pensamiento fue que se había estropeado el aparato. Roger pidió a John que pusiera la radio de su coche, pero al conectarla no oyeron tampoco nada.

—La *avena* es de ellos —indicó Roger—. Oye, yo me he quedado con hambre. ¿Crees que podríamos arriesgarnos a abrir otra lata, patrón?

—Probablemente, sí —contestó John—. Pero sería mejor guardarla hasta haber salido de West Riding.

—De acuerdo —asintió Roger—. Me apretaré el cinturón un agujero más.

La voz volvió de repente, y ahora, con las dos radios en marcha, sonaba muy alta. El acento, aunque disimulado, se veía que era Cockney^[7], precisamente lo que menos podía esperarse de la B. B. C. Por otro lado, en el tono se apreciaba ira y miedo a la vez.

—Les habla el Comité de Emergencia Ciudadana de Londres. Nos hemos hecho cargo de la B. B. C. Permanezcan a la escucha de una inmediata declaración.

Permanezcan a la escucha. Les ofreceremos un intermedio musical hasta que esté lista la declaración. Por favor, permanezcan a la escucha.

—¡Vaya! —exclamó Roger—. Así que el Comité de Emergencia Ciudadana, ¿eh? ¿Y qué carajo se creen que van a conseguir, gastando el tiempo en revoluciones en momentos como éste?

Desde el otro coche, Olivia miró a su marido censurándole. Él contestó en voz alta:

—No te preocupes por los niños. La cuestión no tiene ya nada que ver con Eton^[8] o Borstal^[9]. Esas criaturas vana ser patateros, a pesar de sus buenos modales en la mesa.

Comenzó a sonar el prometido intermedio musical; se trataba del tañido, incongruente por completo, de las *Bow Bells*^[10]. Ann alzó la vista y John se la quedó mirando; aquellos variados repiques les trasladaban a su infancia, y durante un instante fueron niños inocentes en un mundo de abundancia.

—No siempre será así —dijo él en un susurro.

—¿No? —replicó ella con indiferencia.

Aunque la voz que hablaba ahora en la radio correspondía más a un locutor, seguía teniendo, sin embargo, un tono de urgencia profana.

—Aquí, Londres. Transmitimos para ustedes el primer boletín del Comité de Emergencia Ciudadana.

El Comité de Emergencia Ciudadana se ha hecho cargo del gobierno de Londres y de las jurisdicciones regionales debido a la inaudita traición del depuesto primer ministro, Raymond Welling. Tenemos evidencias incontrovertibles de que este hombre, cuya obligación era la de proteger a sus conciudadanos, había proyectado destruir masivamente a éstos.

Los hechos son como sigue:

La situación alimentaria del país es desesperada. De ultramar no va a llegar más grano, ni más carne, ni ningún otro tipo de víveres. No tenemos nada para comer, excepto lo que nosotros podamos cultivar de nuestra tierra o el pescado que podamos extraer de nuestros mares. La causa es que el contra-virus que debía atacar al Chung-Li ha resultado ser inoperante.

Al conocer esta circunstancia, Welling presentó un plan que aprobaron finalmente los miembros del Consejo, por lo que todos ellos comparten la responsabilidad de tal proyecto. El propio Welling se convirtió en primer ministro con el propósito de llevarlo a cabo. El plan consistía en que aviones ingleses arrojaran bombas atómicas y de hidrógeno en las principales ciudades de la nación. Se había calculado que si la mitad de los habitantes del país morían asesinados de esta manera, existiría la posibilidad de mantener un adecuado nivel de subsistencia para los restantes.

—¡Por Cristo! —exclamó Roger—. Esta gente no se para en barras. Lo va a decir

todo.

—El pueblo de Londres —prosiguió la voz— se niega a creer en la existencia de ingleses que pongan en práctica el proyecto de asesinato masivo de Welling. Apelamos, pues, a las fuerzas aéreas, que en el pasado defendieron a esta ciudad contra sus enemigos, para que ahora no manchen sus manos con sangre inocente. Un crimen así, no sólo deshonraría a quienes lo cometieran, sino a los hijos de sus hijos durante siglos.

Se ha sabido que Welling y otros miembros de este bestial consejo se han trasladado a una base de las fuerzas aéreas. Pedimos a éstas que los detengan para que den cuenta de sus actos ante la justicia popular.

Por otra parte, se recuerda a todos los ciudadanos la necesidad de mantener la calma y permanecer cada uno en su puesto. Las prohibiciones que impuso Welling respecto a los viajes inter-ciudades no tienen ya ninguna validez, si bien se insta a los ciudadanos para que no traten de huir masivamente de Londres, pues eso haría cundir el pánico. El Comité de Emergencia está tomando las medidas oportunas para hacerse con patatas, pescados y otros alimentos disponibles, a fin de traerlo a Londres y racionarlo justamente. Si el país es capaz de mostrar el espíritu de Dunquerque^[11], podremos sobrevivir. Se avecina una vida dura, pero podemos salir adelante.

Luego de una pausa, continuó el locutor:

—Permanezcan a la escucha de más boletines de emergencia. Entre tanto, les ofrecemos música de disco.

—Entre tanto —repitió burlonamente Roger, al tiempo que apagaba su aparato de radio—, les ofrecemos música de disco. Hasta hoy nunca había creído aquella historia de Nerón y sus gansadas.

—Entonces... —intervino Millicent— era verdad lo que decían ustedes.

—Por lo menos —comentó Pirrie—, la historia corre ahora de boca en boca. Lo que se le asemeja mucho, ¿no es cierto?

—¡Están locos! —exclamó Roger—. Locos rematados e incurables. Welling debe estar en ascuas.

—Supongo que sí —dijo Millicent con indignación.

—Pero por la ineficacia de éstos —explicó Roger—. ¡Qué manera de llevar las cosas! Yo me imagino al Comité de Emergencia como un triunvirato, compuesto de un anarquista profesional, un cura y una maestra de escuela izquierdista. Es preciso este tipo de combinación para mostrar tal ignorancia de la elemental conducta humana.

—Están tratando de ser honrados con el pueblo —observó John.

—Eso es lo que quiero decir yo —replicó Roger—. Ya sé que hablo desde la exaltada sabiduría de un ex oficial de relaciones públicas, pero no es necesario estar muy introducido en la cuestión de la humanidad de las masas para saber que la

honradez no es nunca aconsejable y frecuentemente resulta desastrosa.

—Y en este caso será desastrosa —dijo Pirrie.

—Por desgracia, así es. El país se enfrenta a la muerte por hambre; las cosas se han puesto de tal modo que el primer ministro decide arrasar las ciudades; las fuerzas aéreas jamás harían una cosa así, pero por si acaso apelamos a ellas para que no cometan tal ruindad; y el que quiera puede irse de Londres, pero mejor que no lo haga. Las noticias como éstas sólo pueden ocasionar una consecuencia: nueve millones de personas puestas en movimiento, adonde sea y como sea, pero *fuera*.

—Sin embargo —medió Olivia—, las fuerzas aéreas no harían eso. Tú sabes que no lo harían.

—Pues no sé qué decirte —repuso Roger—. Lo que sí te digo es que yo no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Me siento inclinado a creer que no. Pero *ahora* eso no importa. Y como se trataba de una cuestión de bombas de hidrógeno y de hambre, no he querido confiar en la decencia humana. Y no pensarán ustedes en serio que nadie vaya a tener esa confianza.

—Al hablar usted de nueve millones, se refiere, naturalmente, a Londres —observó, pensativo, Pirrie—. Pero también en el West Riding hay unos cuantos millones de habitantes urbanos, y no quiero decirle nada de las zonas industriales del nordeste.

—¡Por Cristo, claro! —exclamó Roger—. Esa gente se pondrá también en movimiento. No con la misma rapidez que los londinenses, pero tampoco a paso de tortuga.

Y mirando atentamente a John, agregó:

—Bueno, patrón, ¿conducimos toda la noche?

—Es lo mejor que podemos hacer —contestó el aludido—. Una vez estemos más allá de Harrogate nos sentiremos seguros.

—Tendremos que tratar el asunto de la ruta —dijo Pirrie.

Y uniendo la acción al pensamiento extendió su mapa de carreteras para examinarlo, atisbando a través de las gafas de armadura de oro que utilizaba para ver de cerca. Luego continuó:

—¿Bordeamos Harrogate por el oeste y seguimos hasta el valle de Nidd, o cogemos la carretera principal pasando por Ripon? ¿O prefieren continuar por Wensleydale?

—¿Qué te parece a ti, Roger? —preguntó John.

—Teóricamente, los desvíos son más seguros. Pero, por otro lado, a mí no me gusta nada esa carretera sobre el pantano de Masham.

Y echando una breve ojeada a la progresiva oscuridad del cielo, añadió:

—Sobre todo, por la noche. Si pudiéramos circular por la carretera principal, sería bastante más fácil.

—¿Pirrie? —llamó John.

—Como quieran ustedes —contestó con un encogimiento de hombros.

—Entonces cogeremos la carretera principal. Rodearemos Harrogate. Hay un camino que pasa por Starbeck y Bilton. También será mejor evitar Ripon. Ahora iré yo delante y tú, Roger, marcharás a la cola. Toca la bocina si ves que te vas quedando atrás por alguna causa.

—De acuerdo —replicó Roger—. Y, además, le meteré una bala a Pirrie por la espalda.

—Haré todo lo posible para no pisar el acelerador demasiado a fondo, señor Buckley —repuso Pirrie con una sonrisa.

El cielo seguía sin nubes, y a medida que avanzaban hacia el norte las estrellas iban apareciendo sobre sus cabezas. Sin embargo, la luna no se mostraría en todo su esplendor hasta después de medianoche. Pasaron por un terreno solamente iluminado de modo breve por los faros de los automóviles. Las carreteras estaban más vacías que las que habían recorrido anteriormente. No vieron ningún convoy militar; la tierra, o la tumultuosa Leeds, se los había tragado. A veces, y a lo lejos, oían ruidos que quizá fueran producidos por armas de fuego, pero sonaban a mucha distancia y eran indeterminados. Los ojos de John se desviaban de vez en cuando hacia la izquierda, como si esperase que el cielo estallara en una flama atómica, pero nada sucedió. Por allí estaban Leeds, Bradford, Halifax, Huddersfield, Dewsbury, Wakefield y todos los demás pueblos y ciudades fabriles del septentrión medio. Era improbable que tuvieran paz; pero su agonía, cualquiera que fuese, no podía afectar al pequeño convoy que rodaba velozmente hacia su refugio.

John se sentía terriblemente cansado, y para continuar despierto iba forzando su voluntad. Las mujeres habían recibido el encargo de mantener despabilados a sus maridos al volante, pero Ann estaba allí sentada, inmóvil, con los ojos fijos en la noche, sin decir nada y sin prestar atención a nada. Con una mano alcanzó las pastillas de benzedrina que le había dado Roger, y para tragarlas pudo beber sin ayuda de agua de una botella.

En ocasiones, y sobre todo cuando subía alguna cuesta, miraba hacia atrás con el fin de asegurarse de que las luces de los otros dos coches venían siguiéndoles. Mary se hallaba acostada en el asiento posterior, tapada con unas mantas y dormida. Aunque, si bien por causa de su calidad de indefensos, la brutalidad utilizada contra los jóvenes provocaba una ira y una piedad mayores, seguía siendo cierta su capacidad de recuperación. ¿Era el viento propio de la época de esquileo en que se encontraban? John hizo una mueca. Todos los corderos se hallaban ya esquilados y, sin embargo, soplaban un viento helado del nordeste.

Rodearon Harrogate y Ripon sin ningún contratiempo; las luces de estas ciudades

demostraban que todavía contaban con suministro de electricidad, lo que desde lejos les proporcionaba un estimulante aspecto civilizado. Era posible que las cosas no fueran aún demasiado malas en aquellos lugares. John se preguntó si no sería todo una pesadilla de la que se despertarían para encontrarse regenerado al viejo mundo, aquel mundo cotidiano que ya empezaba a llevar la impronta de lo irremediabilmente perdido. Habrá leyendas —pensó— concernientes a anchas avenidas iluminadas de modo celestial, de los apresurados millones de individuos que vivían juntos sin tramar la muerte recíproca, de los ferrocarriles, los aviones y los automóviles, de la diversidad de alimentos. Y particularmente, quizá, de los policías, guardianes sin cólera o malicia de una ley que se extendía hasta los confines de la tierra.

Sabía que Masham era una pequeña ciudad comercial a orillas del Ure. Como la carretera se curvaba agudamente un poco más allá del río, pisó el pedal del freno para coger la curva.

El bloqueo había sido estratégicamente colocado, es decir, lo bastante alejado de la curva como para resultar invisible desde el otro lado, pero lo suficientemente cerca de ella como para impedir que el coche adquiriera de nuevo velocidad. La estrechez del camino no permitía maniobrar para dar la vuelta. Tuvo que apretar el freno a fondo, y antes de que pudiera meter la marcha atrás se encontró con la boca de un rifle apuntándole por la ventanilla. El sujeto que lo sostenía, un hombre rechoncho vestido de escocés, dijo a John:

—Bueno. Salga fuera.

—¿Qué es lo que pasa?

El hombre se echó un poco para atrás cuando vio que el Ford de Pirrie penetraba en sus dominios; sin embargo, siguió apuntando con el rifle al Vauxhall. John se dio cuenta de que detrás de aquel sujeto había otros individuos, los cuales se apresuraron a detener el Ford. Por último llegó el Citroen, y también fue obligado a pararse delante de la barricada.

—¿Qué es esto? ¿Un convoy? ¿Falta alguien más?

Las preguntas las había hecho el hombre rechoncho en un tono jovial y acento de Yorkshire; por otro lado, la inflexión no era amenazadora.

—Nos dirigimos al Oeste —dijo John, al salir del coche—. Vamos por los pantanos. Mi hermano tiene una granja en Westmorland y hacia allí marchamos.

—¿Y de dónde vienen ustedes, señor? —preguntó otra voz.

—De Londres.

—Pues sí que se han dado prisa —repuso riendo el hombre—. Al parecer, Londres no es ahora un sitio muy saludable, ¿eh?

Roger y Pirrie se habían apeado ya; John sintió alivio al ver que ambos habían dejado las armas en los coches. Roger señaló con la mano al bloqueo.

—¿Cuál es el motivo de esa barricada? —dijo—. ¿Preparándose para una

invasión?

—Eso está bien dicho —replicó con aprobación el hombre del vestido escocés—. Usted lo ha captado enseguida. Cuando quien sea venga del West Riding, por el camino que han utilizado ustedes, no va a encontrar facilidades en el saqueo de este pequeño pueblo.

—Ya le entiendo —observó Roger.

En la situación aquella había algo que era artificial. John veía ahora con más claridad; había más de una docena de individuos en la carretera observándoles.

—¿Por qué no hablamos con toda franqueza? —preguntó—. ¿Quieren ustedes que demos la vuelta y busquemos una carretera que rodee el pueblo? Es una molestia para nosotros, pero comprendo su punto de vista.

—¡Ni hablar de eso! —exclamó otro de los hombres soltando una carcajada.

John no contestó. Durante un momento sopesó las posibilidades de volver a los coches y abrirse camino con lucha. Pero aun cuando consiguieran poder dar la vuelta, las mujeres y los niños se hallarían en la línea de fuego. Prefirió aguardar.

Era evidente que el sujeto rechoncho dirigía al grupo. Uno de los pequeños napoleones que produciría el nuevo caos. Su mala suerte estaba en que Masham lo hubiera producido tan pronto. No había sido nada irrazonable confiar en otras doce horas de gracia.

—Miren ustedes —empezó a explicar el hombre vestido de escocés—. Traten de verlo desde nuestro punto de vista. Si no nos protegemos, un lugar como éste quedaría sepultado a las primeras de cambio. Se lo digo para que entiendan que no estamos haciendo nada que no sea sensato y necesario. Puede decirse que, aparte de ser un objetivo apetecible, somos un buen panal. Todas esas moscas que tratan de escapar del hambre y de las bombas atómicas, tendrán que circular por las carreteras principales. Las capturamos y luego vivimos a base de ellas; esa es la idea.

—Es un canibalismo algo primitivo, ¿no? —comentó Roger—. ¿O es que es un hábito comer carne humana por estos pagos?

—Me alegra comprobar que tiene usted sentido del humor —replicó riendo el hombre rechoncho—. Todo no está perdido si hay algo que todavía nos hace gracia, ¿verdad? No es su carne lo que nosotros queremos, al menos no de momento. Pero la mayoría de esas personas llevarán cosas consigo, aunque sólo sea media onza de chocolate. Podría decirse que esto es una especie de peaje en combinación con unos derechos de aduana. Inspeccionamos el equipaje y nos quedamos con lo que necesitamos.

—¿Y nos dejarán pasar después? —preguntó en tono áspero John.

—Bueno, no exactamente. Pero sí que podrán dar un rodeo.

Los ojos de aquel individuo, pequeños y penetrantes, instalados en un rostro bien proporcionado, se clavaron en los de John al tiempo de proseguir:

—Ahora comprenderá usted nuestro punto de vista, ¿verdad?

—Lo que comprendo es que eso es robar —contestó John—. Y desde cualquier punto de vista que se lo mire.

—¡Ay! —exclamó el hombre—. Es posible que sea como usted dice. Pero si desde su salida de Londres hasta aquí no se han encontrado con nada peor que lo que usted llama robos, han sido más afortunados que muchos de los que les siguen. Y ya está bien, caballero. Diga a las mujeres que saquen a los niños. Vamos a hacer la inspección. Vamos; cuanto antes empecemos, antes acabaremos.

John miró a sus dos compañeros; en la cara de Roger había cólera, pero aquiescencia. Pirrie tenía su habitual aspecto de urbanidad y palidez.

—De acuerdo —repuso John—. Ann, me temo que tendré que despertar a Mary. Hazla salir un momento.

El grupo de expedicionarios se hizo a un lado para que algunos de los hombres que estaban en la carretera empezaran a rebuscar en el interior de los coches y en los maleteros. No tardaron en dar con las armas. Un individuo pequeño, de barba rapada, profirió un agudo grito al encontrar el rifle automático de John.

—Con que armas, ¿en? —comentó el hombre vestido de escocés—. Para ser nuestra primera redada, es mucho mejor de lo que esperábamos.

—También hay revólveres —observó John—. Confío en que éstos sí que nos los dejarán llevar.

—Sea razonable —dijo el rechoncho jefe—. Somos nosotros quienes tienen un pueblo que defender.

Y llamando a los rebuscadores, ordenó:

—Amontonad aquí todas las armas.

—¿Qué es lo que piensan quitarnos? —preguntó John.

—Eso es fácil de contestar. De entrada, las armas. Luego, y como ya le he dicho, la comida. Y naturalmente, la gasolina.

—¿Por qué la gasolina?

—Porque podemos necesitarla, aunque sólo sea para uso interior. Suena a muy militar, ¿no es cierto? En algún sentido, la situación se asemeja a los viejos tiempos. Pero es que ahora nos afecta de lleno.

—Nos quedan por recorrer ciento veinte o ciento cincuenta kilómetros. El Ford consume unos siete litros cada cien kilómetros, y los otros dos, alrededor de nueve litros en la misma distancia. Todos los depósitos están llenos. ¿Por qué no nos dejan cuarenta litros entre los tres?

El hombre vestido de escocés no contestó. Sólo esbozó una sonrisa.

—Abandonaremos uno de los coches grandes —insistió John, ante el mutismo del hombre—. ¿Nos dejarán treinta litros?

—Treinta litros o un revólver —empezó a explicar el rechoncho jefe— podría ser

lo que marcara la diferencia entre seguir siendo nuestro el pueblo o verlo arder. Mire usted, señor, no vamos a dejarles nada que pueda servirnos a nosotros.

—Un coche y quince litros —pidió casi desesperado John—. Así no tendrán tres mujeres y cuatro niños sobre sus conciencias.

—No. Las charlas acerca de las conciencias suenan muy bien, pero tenemos que pensar en nuestras propias mujeres e hijos.

Roger y Pirrie estaban cerca de ellos. Roger intervino:

—Alguien tomará esta ciudad y la prenderá fuego. Espero que usted viva lo bastante para verlo.

—No querrá usted empeorar las cosas, ¿verdad, señor? —observó el hombre mirando fijamente a Roger—. Hasta ahora les hemos tratado con cortesía, pero podemos ser desagradables si nos da la gana.

Cuando Roger estaba a punto de replicarle, John le cortó: —Ya está bien, Roger.

Y dirigiéndose luego al rechoncho jefe, dijo: —Les regalamos los coches. ¿Pero podemos pasar por el pueblo con nuestras familias, y tomar el camino de Wensley? ¿Y no nos podrían dar un par de cochecitos de niño que no les sirvieran a ustedes?

—Me satisface comprobar que usted es más cortés que su amigo; sin embargo, la respuesta a ambas peticiones es no. Nadie va a entrar en este pueblo. Nos vemos obligados a vigilar nuestras carreteras y los hombres encargados de ello tienen que combinar el trabajo con el sueño. Así que no podemos permitirnos el lujo de asignarles a nadie para que les vigile a ustedes, y desde luego que no vamos a dejarles atravesar la ciudad solos.

John cruzó nuevamente su mirada con la de Roger, al tiempo que pedía Pirrie:

—Quizá quiera usted decirnos lo que podemos hacer. Y qué podemos llevarnos... ¿Mantas?

—Bueno, estamos bien abastecidos de mantas.

—¿Y los mapas?

Uno de los encargados de la inspección se acercó a su jefe para decirle:

—Hemos cogido todo lo que merecía la pena, señor Spruce. Comida y otras cosas. Y las armas, claro. Willie está bombeando el combustible.

—En ese caso —dijo el señor Spruce, dirigiéndose al grupo de expedicionarios—, pueden ustedes ahora coger lo que gusten. Con todo, si yo fuera ustedes no tomaría demasiadas cosas. La marcha no les resultará fácil. Para rodear el pueblo, el mejor camino es seguir el río por la derecha.

—Muchas gracias —replicó Roger—. Nos ha ayudado usted muchísimo.

—Han tenido ustedes suerte —contestó el hombre con benevolencia— al llegar aquí antes de que empiecen las prisas. Porque seguro que no vamos a tener tiempo para charlar cuando principien otros a agolparse aquí a la carrera.

—Me parece que están ustedes muy confiados —comentó John—, pero no creo

que vaya a ser tan fácil como piensan.

—En alguna parte leí una vez —repuso el señor Spruce— que los sajones no paraban de reír y de cotorrear antes de la batalla de Hastings^[12]. Eso ocurría cuando acababan de librar una gran contienda y se estaban preparando para la próxima.

—Pero fueron derrotados —explicó John—. Ganaron los normandos.

—Quizá. Pero tardaron doscientos años en poder transitar a gusto por estos lugares. Buena suerte, señor.

John contempló los automóviles, ya saqueados de alimentos y armas, y a Willy, el joven larguirucho y animoso que estaba terminando de bombear la gasolina.

—Es probable que usted tenga la misma fortuna —replicó.

—Lo importante —decía John a los demás— es largarse de aquí cuanto antes. Luego podremos determinar el plan a seguir. En cuanto a nuestras cosas, sugiero que cojamos sólo tres pequeñas maletas. Mejor hubieran sido mochilas o talegas, pero no las hemos traído. Yo no me preocuparía por las mantas. Afortunadamente estamos en verano. Si hace frío nos juntaremos para entrar en calor.

—Me llevaré mi manta arrollada —observó Pirrie.

—No se lo aconsejo —advirtió John.

Pirrie sonrió, pero no dijo nada.

Los hombres de Masham, que ya habían recogido su botín, estaban ahora sumergidos en las sombras que bordeaban la carretera y contemplaban los movimientos del otro grupo con impasible desinterés. Los niños, medio dormidos y vacilantes, observaban asimismo cómo sus mayores recogían lo necesario de lo que les habían dejado. John comprendió entonces que ya no podría considerar a Mary como uno de los chicos. La muchacha estaba ayudando a su madre.

Por fin empezaron a caminar. Después de algunos pasos, John volvió la cabeza para ver que los hombres de Masham estaban empujando los coches abandonados y colocándolos como refuerzo de la barricada ya levantada. Por un momento se preguntó sobre lo que pasaría cuando otros automóviles principiaran de verdad a amontonarse en aquel lugar; probablemente los tirarían al río.

Siguieron subiendo trabajosamente una cuesta hasta que al llegar a una pequeña meseta pudieron volverse tranquilos para contemplar a la luz de las estrellas los tejados del pueblo que se hallaba entre ellos y los pantanos. La noche estaba en calma.

—Descansaremos aquí un rato —dijo John—. Podremos considerar nuestros planes.

Pirrie dejó caer al suelo la manta arrollada que había traído consigo, primero dificultosamente bajo el brazo, y luego, con más sensatez, sobre el hombro.

—En ese caso —observó—, puedo desembarazarme de esta manta.

—Me preguntaba —comentó Roger— cuánto tiempo iba a tardar usted en comprender que llevaba consigo un peso muerto.

Pirrie empezó a deshacer los complicados nudos de la cuerda que ataba el rollo; mientras se hallaba así ocupado, explicó:

—Esa gente de ahí abajo... cuentan con una excelente eficacia superficial, pero sospecho que van a ser los detalles menores los que van a hacerles caer. Me parece que el hombre que registró mi coche no llevaba siquiera cuchillo; pero si lo tenía, entonces su negligencia es inexcusable.

—¿Qué ha metido usted ahí? —preguntó Roger con curiosidad.

Pirrie levantó la vista; a la escasa luz de las estrellas, parecía que parpadeaba.

—Cuando yo era muy joven —contestó— hice algunos viajes por Oriente Medio, la Transjordania, el Irak, la Arabia Saudita, etc. Buscaba minerales, si bien no tuve mucho éxito. Allí fue donde aprendí el truco de esconder un rifle en una manta arrollada. Los árabes lo robaban todo, pero preferían los rifles.

Pirrie terminó de desatar el paquete; al desarrollarlo, del medio de la manta extrajo su rifle deportivo; aún llevaba puesta la mira telescópica.

—¡Bien pensado, puñeta! —exclamó Roger, soltando una carcajada—. Las cosas no se presentan tan mal, después de todo. ¡Bien por el viejo Pirrie!

El aclamado sacó además una pequeña caja, mientras explicaba:

—Por desgracia son sólo un par de docenas de disparos, pero mejor es eso que nada.

—Estoy de acuerdo —observó Roger—. Y si no somos capaces de dar con una granja que tenga coche y gasolina, no merece la pena que continuemos. Sin embargo, con un arma es diferente.

—No —repuso John—. No más coches.

Hubo un momento de silencio, roto al fin por Roger:

—No irás ahora a tener escrúpulos, ¿verdad, Johnny? Porque si es así, lo mejor que puedes hacer con el rifle de Pirrie es pegarte un tiro. A mí no me gustó la forma en que nos trataron esos canallas de ahí abajo, pero debo admitir que llevan razón. Lo que cuenta en estas circunstancias es la fuerza. Y quien no entienda eso tiene las mismas probabilidades de sobrevivir que un conejo en una jaula de hurones.

«Esta mañana —pensó John— mis razones podrían haberse basado en escrúpulos, y junto a éstos quizá hubiera sentido incertidumbre y repugnancia a la hora de imponer mis decisiones a los demás. Sin embargo, ahora era distinto.» Por eso, dijo tajante:

—No vamos a apoderarnos de ningún coche porque los coches son en estos momentos muy peligrosos. Tuvimos suerte ahí abajo. Nos podían haber llenado de plomo primero, y luego saquear los automóviles, y eso sin ninguna dificultad. Y al

final tendrán que hacerlo con otros. Consecuentemente, si intentamos llegar al valle en coche, estaremos pidiendo a gritos que pase algo así. En un coche te encuentras siempre dentro de una potencial emboscada.

—Razonable —murmuró Pirrie—. Muy razonable. —Ciento cincuenta kilómetros —comentó Roger—. ¿Y a pie? Porque no esperarás conseguir caballos, ¿verdad?

John se quedó mirando al rectángulo de tierra en el que se hallaban; tenía el aspecto de haber servido alguna vez de pasto.

—No —replicó—. Tendremos que hacerlo a pie. Es probable que eso signifique tres días en vez de unas cuantas horas. Pero si lo hacemos sin prisas, las posibilidades estarán a favor nuestro. Del otro modo las tendremos en contra.

—Insisto en que nos hagamos con un coche, y rápidamente —dijo Roger—. Existe la probabilidad de que no tropecemos con ningún contratiempo. No habrán muchas ciudades que se organicen con la misma celeridad que los de Masham; más todavía, no habrán muchas que tengan siquiera la intención de organizarse. Pero si vamos por el campo con los críos, estaremos expuestos a tener problemas.

—Sin embargo es lo que vamos a hacer —repuso John.

—¿Qué piensa usted, Pirrie? —preguntó Roger.

—No importa lo que él piense —medió John—. Ya os he dicho yo lo que vamos a hacer.

Roger hizo un movimiento con la cabeza hacia la silenciosa y vigilante figura de Pirrie.

—Es él quien tiene el rifle —observó—. Eso significa que puede hacerse cargo de la jefatura si le da la gana —contestó John—. Pero en tanto no tome sobre sí el mando, soy yo quien decide. ¿Qué dice usted, Pirrie?

—Una exposición admirable —respondió el aludido—. ¿Se me permite conservar el rifle? No creo que sea preciso insistir en que yo cuento con las mayores aptitudes para usarlo. Por otro lado, no tengo ambiciones de mando. Naturalmente, esto tendrán que aceptarlo ustedes con no más que la garantía de mi palabra.

—Desde luego que será usted quien lleve el rifle —dijo John.

—Así es la democracia —comentó Roger—. Y de ese modo debía haberlo interpretado yo. ¿A dónde vamos? —Ahora, a ninguna parte. Nos pondremos en camino al amanecer. Primero, porque todos nosotros necesitamos dormir; y segundo, porque no tiene sentido andar vagando en la oscuridad y por un terreno que desconocemos. Cada cual hará una hora de guardia. La primera será la mía; luego, tú Roger, Pirrie, Millicent, Olivia... y Ann. Disponemos de seis horas. Luego iremos a buscar el desayuno.

El aire era cálido, casi sin brisas. —Debemos dar gracias a Dios de nuevo —indicó Roger— porque no es invierno.

Y llamando a los tres niños, agregó: —Vamos, muchachos. Acostaos junto a mí y dadme calor.

La meseta se hallaba bajo la cresta de un monte. John se sentó arriba, y su vista se trasladaba periódicamente desde las figuras acostadas abajo hasta el pantano que se extendía hacia el Oeste. La luna saldría pronto; su resplandor había comenzado ya a reforzar la iluminación estelar.

La cuestión del clima favorable significaba muchísimo para ellos. «Cuan fácil sería —pensó— rezar, hacer sacrificios incluso, a los dioses del pantano para que éstos depusieran su ira.» Se quedó mirando a los tres niños que yacían encogidos entre Roger y Olivia. Ellos, o quizá sus hijos, aplacarían esa cólera.

Mientras pensaba en esto sintió una gran fatiga espiritual, como si el pasado de su vieja mismidad, su civilizado yo, hubiera sido llamado a rendir cuentas. Cuando aquello se hubo sumergido a una cierta profundidad, ¿continuó la vida siendo digna de vivirse? Habían vivido en un mundo de moralidad cuyo trazado se remontaba a casi cuatro mil años. En un día, todo eso había sido barrido.

Pero ¿no quedaría todavía alguien que hubiera resistido, que hablara aún la gramática del amor en tanto que Babel se elevaba a su alrededor? «Si los había —pensó John—, debían morir, y sus hijos con ellos, igual que habían muerto hacía mucho tiempo sus predecesores en los circos romanos.» Durante un instante creyó que le agradaría tener una fe como esa para morir así, pero luego volvió a mirar al pequeño grupo durmiente a cuyo mando se hallaba, y se dio cuenta de que para él aquellas vidas significaban mucho más que sus muertes.

Se levantó y anduvo calladamente hasta donde se encontraba Ann con Mary en los brazos. La muchacha estaba dormida, pero en la creciente luz de la luna pudo ver que los ojos de su esposa se hallaban abiertos.

—¡Ann! —llamó suavemente.

Ella no contestó. Ni siquiera levantó la vista. Al cabo de un rato, John se puso de nuevo en movimiento y volvió a su antigua posición.

Había alguien que preferiría morir en vez de vivir. El estaba seguro de ello, y esta confianza le tranquilizó.

En el período que duró su guardia, Millicent había visto dos o tres veces llamaradas distantes hacia el Sur, y luego oído prolongados estruendos. Caía dentro de lo probable que hubieran sido explosiones de bombas atómicas. La cuestión, empero, parecía ser insignificante. Casi con seguridad que jamás sabrían la historia completa de lo que estaba aconteciendo en las pobladísimas ciudades del país; y en cualquier caso, a ellos ya no les interesaba.

Comenzaron a andar en una mañana radiante; hacía frío, pero al entrar el día haría calor. El objetivo que les había propuesto John era el de cruzar la parte norte de Masham Moor y penetrar en Coverdale. Una vez allí, cogerían un pequeño camino a través de Carlton Moor, para luego seguir por el Norte hacia Wensleydale y penetrar por último en Westmorland. No muy lejos de donde habían estado durmiendo descubrieron una granja, y Roger quiso saquearla en busca de comida. Sin embargo, John se opuso a la idea argumentando que estaba demasiado próxima a Masham. Desconocían hasta qué punto los habitantes de Masham estaban dispuestos a proteger sus distritos exteriores. Pero el ruido de los disparos podría llamar la atención quizá de una ronda de vigilancia.

Por esta misma causa se mantuvieron lejos de las zonas habitadas, caminando a través de los campos desnudos o junto a los setos o paredes de piedra que marcaban los cercados. Hacia las seis y media cruzaron la carretera principal del norte de Masham, y para entonces el sol había caldeado ya el aire. Los chicos estaban contentos, y había que sujetarlos para que no corrieran innecesariamente. La totalidad del grupo tenía el aspecto de ir de excursión, si bien Ann seguía callada, como alejada, e infeliz.

Millicent se lo comentó a John cuando andaban juntos por una senda de piedras.

—Ann no debiera tomarse así las cosas, Johnny. No merece tanto la pena.

John se la quedó mirando. La limpieza era una característica predominante de Millicent, y ahora su aspecto era el de una mujer que fuera a dar su cotidiano paseo por el campo. Pirrie, con el rifle bajo el brazo, iba a unos quince metros delante de ellos.

—Me parece que lo que la preocupa no es tanto lo que pasó como lo que hizo ella después.

—Por eso he dicho yo eso —replicó Millicent. Y examinando a John con franca admiración, añadió: —Me gustó mucho la forma con que afrontó usted la situación anoche. Fue... con calma, pero no sin sensatez. Me agrada el hombre que sabe lo que quiere, y que va y lo toma.

Aparte de su cara —pensó John—, aquella mujer parecía bastantes años más joven que su marido. Su figura era delgada y algo rígida. Al advertir la mirada de él,

Millicent le sonrió. John vio algo en la sonrisa de ella que le desconcertó. Por eso dijo, cortante: —Alguien tiene que decidir.

—A lo primero, yo no creía que fuese usted la persona adecuada para mandar. Pero anoche me di cuenta de mi error.

No había sido la concupiscencia —pensó él— la que lo había desconcertado, sino la presencia de esa concupiscencia en un contexto como aquél. Sin duda que Pirrie habría sido cornudo durante algún tiempo, pero eso había sido en Londres, en aquella conejera de bulliciosa humanidad en la que el consentimiento de una deshonestidad más no tenía ninguna importancia. Sin embargo aquí, en donde su interdependencia era tan evidente como las estériles líneas de lo que habían sido los pantanos, aquella insinuación era importantísima. Es posible que hasta entonces hubiera existido una moralidad en la que el caudillo de un grupo podía tomar las mujeres a su antojo. Pero los viejos sistemas de guiñar los ojos, tocarse con el codo y lanzarse indirectas estaban tan muertos como las charlas de negocios y las noches de teatro; tan muertos y sin posibilidades de resucitar. El hecho de su desconcierto por la falta de comprensión en este sentido de Millicent, evidenciaba cuan profundamente había penetrado este entendimiento en su mente y había condicionado a ésta.

—Vaya y coja aquella maleta a Olivia —dijo, aún más tajante—. Hace tiempo que la lleva.

—Hágase como tú dices, gran jefe —contestó ella, alzando un poco las cejas—. Lo que tú mandas, se cumple.

Cerca de Witton Moor descubrieron lo que había estado buscando John: una pequeña granja, sólida y aislada. Se levantaba en un breve promontorio y estaba rodeada de patatales. De la chimenea salía humo. Aquello le inquietó por un instante, hasta que recordó que en un sitio remoto como éste ellos necesitarían probablemente para cocinar un fuego de carbón, inclusive en verano. Al dar las instrucciones a Pirrie, éste asintió y frotó a la vez tres dedos de su mano derecha a lo largo de su nariz; ahora recordaba John que antes de ir tras la pandilla que había secuestrado a Ann y a Mary, Pirrie había realizado el mismo gesto.

John y Roger se dirigieron hacia la casa. No trataron de ocultarse; al contrario, querían dar la impresión de que pasaban por allí casualmente y que el motivo de su aproximación era la simple curiosidad. John se dio cuenta de que una de las cortinas de las ventanas delanteras se movía un poco; pero aparte de eso no apreció otro signo de estar siendo observados. Un viejo can tomaba el sol junto a uno de los laterales de la casa. Los guijarros crujientes bajo sus pies, un sonido casual y amistoso.

En la puerta había un aldabón en forma de cabeza de carnero. John lo levantó y lo dejó caer pesadamente para que rechinara de modo sordo sobre su base metálica. Al oír pasos en el otro lado de la puerta, los dos hombres se hicieron un poco a la

derecha.

La puerta giró sobre sus goznes. El hombre que apareció por ella tuvo que salir al umbral para ver adecuadamente a los visitantes. Se trataba de un individuo grande, con ojos pequeños y fríos en una cara rojiza. John vio con satisfacción que portaba una escopeta.

—¿Qué quieren ustedes? —preguntó el hombre—. No tenemos nada para venderles, si es comida lo que buscan.

Aún se hallaba demasiado dentro de la casa. —Gracias —respondió John—. Pero no se trata de comida. Desearíamos enseñarle algo que creemos puede interesarle.

—Quédense con ello —dijo el hombre—. Quédense con ello y váyanse.

—En ese caso... —repuso John. Y al hablar saltó hacia el lado derecho, de modo que al apretarse contra la pared quedó fuera de la visión del granjero. Este reaccionó inmediatamente saliendo al exterior con el arma preparada y el dedo en el gatillo. — Si es un tiro lo que desea... —replicó. A lo lejos se oyó un chasquido, y al mismo tiempo la masa corporal de aquel hombre cayó hacia atrás como cuando se tira al suelo un trompo para que baile. En la caída, un dedo se contrajo. El arma se disparó ruidosamente, explotando su carga contra la fachada de la casa. Los ecos que produjo parecían fragmentarse al chocar contra el sosegado cielo. El viejo perro se levantó y ladró lánguidamente al sol. Se oyó un grito dentro de la casa, y luego se hizo el silencio.

John sacó la escopeta de debajo del cuerpo del hombre. Quedaba un tiro por disparar. Haciendo un gesto a Roger con la cabeza, pasó por encima del hombre muerto o agonizante y penetró en la casa. La puerta daba en seguida a una sala enorme. No había mucha luz, y la mirada de John fue primero a las puertas cerradas que había en la sala y luego a la vacía escalera que se alzaba en un rincón. Pasaron algunos segundos antes de que viera a la mujer que estaba sumergida en las sombras que había junto a la escalera.

Era altísima, pero tan desproporcionadamente delgada como las anchuras de su marido. Llevaba un arma y les estaba mirando a ellos. Roger, que la vio al mismo tiempo, gritó:

—¡Atento, Johnny!

La mano de la mujer se movió a lo largo del arma, pero al hacerlo también se desplazó la mano de John. El estrépito fue aún más ensordecedor por la limitación que imponía la sala. Ella se mantuvo erguida un momento, y luego, aunque se agarró al pilar de su izquierda, se desplomó al suelo. Empezó a chillar mientras caía, y continuó después chillando en voz alta y sofocada.

—¡Dios mío! —exclamó Roger.

—¡No te quedes ahí parado! —ordenó John—. Muévete. Coge esa otra arma y busquemos por la casa. Hemos tenido suerte dos veces, pero no debemos confiar en

una tercera.

Observó cómo Roger tiraba de mala gana del arma de la mujer; ésta no hizo ningún movimiento, pero siguió gritando.

—Su rostro... —indicó Roger.

—Ocúpate de la planta baja. Yo iré al piso.

John subió rápidamente las escaleras y se puso a buscar por las habitaciones abriendo de par en par las puertas. Hasta acabar casi su inspección no se dio cuenta de que había olvidado algo, esto es, que había disparado el segundo cartucho y se encontraba por tanto prácticamente desarmado. Quedaba todavía una puerta por abrir. Vaciló un poco, pero al fin la abrió de un puntapié.

Era una habitación pequeña. Una muchacha de unos quince años se hallaba sentada en la cama. La mirada que tenía puesta en el intruso mostraba terror.

—Quédate aquí, ¿comprendes? —dijo él—. No te pasará nada si te quedas donde estás.

—Las armas... —repuso ella—. Mamá y papá..., ¿qué fueron esos disparos? Ellos no...

—No salgas de la alcoba para nada —contestó John con frialdad.

Había una llave en la cerradura. La tomó y cerró la puerta tras él. La mujer seguía chillando junto a las escaleras, pero ahora menos agudamente que antes. Roger se hallaba junto a ella, observándola.

—¿Y bien? —preguntó John.

—Sin contratiempos —replicó Roger, alzando lentamente la vista—. En esta planta no hay nadie más.

Y volviendo a mirar a la mujer, agregó: —El desayuno se está haciendo.

Pirrie penetró sosegadamente por la puerta abierta. Al hacerse cargo de la situación, bajó el rifle, y comentó:

—Misión cumplida. ¿Tenía también ella un arma? ¿Hay más en la casa?

—¿Armas o personas? —preguntó John—. Yo no he visto más armas; ¿y tú, Roger?

—No —respondió el aludido, sin apartar la vista de la mujer.

—Hay una chica arriba —explicó John—. Es la hija. La he dejado encerrada.

Pirrie, señalando con el pie hacia la mujer que ahora se quejaba profundamente, dijo:

—¿Y ésta?

—Casi toda la descarga... le ha dado en el rostro —intervino Roger—. Y desde un par de metros de distancia.

—En ese caso... —repuso Pirrie.

Y golpeando la culata de su rifle, preguntó a John: —¿Le parece bien?

Roger observó a ambos. John asintió, y Pirrie se dirigió con su acostumbrado y

preciso paso hacia donde se hallaba la mujer. Al apuntar con el rifle, explicó:

—Para esto es mucho mejor una pistola.

El rifle soltó el ruidoso disparo, y la mujer dejó de gemir. Pirrie añadió:

—Además, no me gusta gastar municiones sin necesidad. No vamos a poder recuperar este tiro. Las escopetas están mejor surtidas en partes como ésta.

—De todos modos —argumentó John— no hemos hecho un mal intercambio. Dos escopetas y, presumiblemente, municiones para dos descargas.

—Me perdonarán ustedes —replicó Pirrie— que valore a dos tiros de este rifle como a media docena de escopetazos. Con todo, no ha sido demasiado negativo, ¿Llamamos a los demás?

—Sí —contestó John—. Creo que ya podemos hacerlo.

—¿No sería mejor —medió Roger— que quitáramos estos cuerpos de la vista antes de que vengan los niños?

John asintió y echó a andar pasando por encima del cadáver de la mujer al tiempo que comentaba:

—Generalmente, hay un agujero debajo de las escaleras. Sí, aquí está. Esperen un momento..., he encontrado los cartuchos de las escopetas. Cojámoslos primero.

Y atisbando en los últimos rincones del hueco, continuó:

—Me parece que no hay nada más que nos haga falta. Ya pueden traerla.

Fue necesaria la intervención de los tres hombres para transportar al granjero desde la puerta hasta el agujero que había bajo las escaleras. Luego, John salió afuera de la casa e hizo señas con la mano. El día era resplandeciente, y a John le pareció más fresco que nunca al dejar de sentir el acre olor a pólvora. El viejo perro había vuelto a su antigua posición; era realmente añoso, y casi con seguridad, ciego. No tenía sentido la existencia de un perro guardián que ya no podía vigilar; pero aquel animal —pensó él— no era más sin sentido que los millones de ciegos de los que ellos eran los precursores. Bajó el arma. En cualquier caso, aquel can no se merecía el gasto de un cartucho.

Las mujeres subieron la cuesta con los niños. Ya había desaparecido el aire excursionista; los chicos caminaban calmadamente y sin decir una palabra. Al llegar arriba, Davey preguntó en voz baja a su padre:

—¿Qué han sido esos tiros, papá?

—Ahora tenemos que luchar por las cosas —respondió John mirando a los ojos de su hijo—. Tenemos que luchar para vivir. Es algo que tendrás que aprender.

—¿Los habéis matado?

—Sí.

—¿Dónde habéis puesto los cadáveres?

—Fuera de la vista. Vamos dentro. Tenemos que desayunar.

Había un charco de sangre en la entrada y otro en el lugar en que había caído la

mujer. Davey vio los dos, pero no dijo nada.

Cuando todos estuvieron en la sala, John explicó:

—No vamos a estar aquí mucho tiempo. Las mujeres, que nos den la comida. Hay huevos en la cocina y un trozo de tocino. Preparadlo rápidamente. Roger, Pirrie y yo cogeremos lo que haya que llevarse.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó Spooks.

—No. Los chicos, quedaos aquí y descansad. Tenemos un largo día por delante.

Al igual que Davey, Olivia había contemplado los charcos de sangre que había en el suelo.

—¿Eran... sólo dos? —preguntó.

—Hay una chica arriba —contestó John—. La hija. La he dejado encerrada.

—¡Pero debe estar aterrorizada! —exclamó Olivia, dirigiéndose hacia las escaleras.

—Ya te he dicho que no tenemos tiempo que perder —dijo John, deteniéndola—. Ves a preparar lo que necesitamos. Y no te preocupes de nada más.

Ella dudó un momento, y luego marchó hacia la cocina. Millicent la siguió. Ann, que se había quedado en la entrada con Mary, comentó:

—Dos son suficientes. Nosotras nos quedaremos aquí fuera. No me gusta el olor que hay aquí.

—Como quieras —consintió John—. También puedes comer ahí si lo prefieres.

Ann no respondió; se limitó a conducir a su hija adonde daba el sol. Luego de una breve vacilación, Spooks las siguió. Los otros dos niños se sentaron en un viejo sofá que había debajo de la ventana. Enfrente de ellos, en la pared, tenían un reloj marchando rítmicamente. Como la caja era de cristal, podían ver funcionar su mecanismo al tiempo que cuchicheaban.

Cuando las mujeres avisaron que la comida estaba dispuesta, los hombres acababan de recoger todo lo que precisaban. Habían descubierto dos grandes mochilas y una pequeña, y las habían llenado con gruesos pedazos de jamón y carne de cerdo y de vaca en salazón, así como con pan hecho en horno propio. Los cartuchos para las armas fueron colocados encima de todo. También habían encontrado una vieja cantimplora militar. Roger sugirió que llenaran de agua otras botellas, pero John se opuso arguyendo que como el terreno por el que marchaban estaba bien surtido de agua, tenían bastante con la cantimplora.

Al terminar de comer, Olivia principió a recoger los platos. John se dio cuenta de lo que ella estaba haciendo cuando oyó reír a Millicent. Olivia dejó de nuevo los platos en su lugar con alguna confusión.

—Nada de fregar los platos —ordenó John—. Nos vamos en seguida. Aunque es un sitio solitario, cualquier recinto es una trampa en potencia.

Los hombres comenzaron a coger las armas y las mochilas.

—¿Qué pasa con la chica? —preguntó Olivia.

—¿Y qué quieres que pase? —respondió John, mirándola atentamente.

—No podemos dejarla... así.

—Si eso te preocupa —repuso él—, puedes subir y abrirle la puerta. Dile que puede salir si quiere. Ya no importa.

—¡Pero no podemos dejarla sola en la casa! —exclamó.

Y haciendo un gesto hacia el hueco de debajo de la escalera, agregó:

—Y menos con esos...

—¿Qué sugieres entonces?

—Podríamos llevarla con nosotros.

—No seas tonta, Olivia —dijo John—. Sabes que es imposible. Olivia le miró con fijeza. Detrás de su evidente timidez se apreciaba una fuerte resolución. Al pensar en ella y en Roger, John recordó que las crisis siempre podían producir extraños resultados en el comportamiento humano.

—Si no viene con nosotros —replicó Olivia—, yo me quedo con ella.

—¿Y Roger? —preguntó John—. ¿Y Steve? —Si Olivia desea quedarse —intervino Roger—, nosotros nos quedaremos también. Ya no nos necesitáis, ¿verdad?

—Y cuando vengan los próximos visitantes —argumentó John—, ¿quién va a abrirles la puerta? ¿Tú, u Olivia... o Steve?

Se hizo un profundo silencio. El tic-tac del reloj contaba los segundos de una mañana de verano.

—¿Y por qué no podemos llevar con nosotros a la chica si Olivia lo desea? —preguntó Roger—. Llevamos a Spooks, ¿no? Estoy seguro de que esa muchacha no puede representar ningún peligro para nosotros.

—¿Y qué os hace pensar en que va a querer venir con nosotros? —replicó, impaciente y colérico, John—. Acabamos de matar a sus padres.

—Creo que sí vendría —dijo Olivia.

—¿Cuánto tiempo quieres para persuadirla? ¿Dos semanas?

Olivia y Roger cruzaron sus miradas. Fue el segundo quien pidió:

—Vosotros marcharos. Nosotros trataremos de alcanzaros luego... con la chica, si quiere venir.

—Me sorprendes, Rodge —contestó John—. Sin duda que no he debido explicarte bien cuan estúpido es dividir ahora nuestras fuerzas.

Nadie respondió. Pirrie, Millicent y los niños contemplaban la escena en silencio. John miró su reloj, mientras decía:

—Bien. Olivia, te doy tres minutos para que hables con la chica. Si quiere venir, que venga. Pero no vamos a perder más tiempo para convencerla, ninguno de nosotros. ¿De acuerdo? Yo iré contigo. Con el asentimiento del matrimonio, John subió el primero las escaleras, abrió la puerta y le mostró a la muchacha. Esta ya no

estaba en la cama; se hallaba arrodillada, posiblemente rezando. John se hizo a un lado para que pudiera entrar Olivia en la habitación. La chica se los quedó mirando de un modo inexpresivo.

—Nos gustaría que vinieras con nosotros, guapa —dijo Olivia—. Nos dirigimos a un lugar seguro que hay en las montañas. Aquí correrías muchos riesgos.

—Mi madre... —replicó la muchacha—. La oí chillar, y luego paró.

—Ha muerto —explicó Olivia—. Y también tu padre. No hay nada por lo que debas quedarte aquí.

—Ustedes les han matado —contestó la niña.

Y señalando a John, añadió:

—El los ha matado.

—Sí —dijo Olivia—. Ellos tenían comida y nosotros, no. Hoy la gente se pelea por la comida. Nosotros ganamos y ellos perdieron. Es algo que no tiene ya remedio. Pero aun así, queremos que vengas con nosotros.

La muchacha les volvió la cara para apretarla contra las ropas de la cama. Con voz ahogada, pidió:

—Déjenme sola. Váyanse y déjenme sola.

John miró a Olivia y movió la cabeza. Ella se inclinó para arrodillarse junto a la chica, al tiempo que la echaba un brazo por el hombro. Dulcemente, insistió:

—No somos malas personas. Estamos tratando de salvarnos y de salvar a nuestros hijos, y por eso los hombres matan si tienen que hacerlo. Pero vendrán otros que serán peores, individuos que matan por el placer de matar, y quizás incluso torturen.

—Déjenme sola —repitió la niña.

—No sacamos mucha ventaja al populacho —dijo Olivia—. Vendrán de todos los pueblos, en busca de comida. Un sitio como éste les atraerá como la miel a las moscas. Tu padre y tu madre hubieran muerto de todos modos en los próximos días, y tú con ellos. ¿No lo crees?

—Váyanse —respondió la muchacha sin levantar los ojos.

—Ya te lo dije —intervino John, dirigiéndose a Olivia—. No podemos llevarla contra su voluntad. Y en cuanto a quedaros vosotros con ella... tú misma has dicho que este lugar es una trampa mortal.

Olivia se puso en pie y movió la cabeza como asintiendo. Sin embargo, cogió de pronto a la niña por los hombros y la obligó a que afrontara su mirada. Tenía una considerable fuerza en los brazos y ahora la estaba utilizando, sin brutalidad pero con determinación.

—¡Escucha! —exigió a la chica—. Tienes miedo, ¿verdad? ¿No es cierto?

Sus ojos mantuvieron a la niña como hechizada. La muchacha movió la cabeza afirmativamente.

—¿Crees que yo quiero ayudarte? —siguió preguntando.

De nuevo hubo asentimiento.

—Tú vienes con nosotros —insistió Olivia—. Vamos a atravesar las Pennines^[13], hasta llegar a un sitio de Westmorland en el que todos estaremos a salvo y en donde no habrá más muertes ni salvajismos.

La regular reserva de Olivia se había esfumado; su hablar de ahora era de amargo enojo pero convincente. Después de una breve pausa, prosiguió:

—Tú te vienes pues con nosotros. Hemos matado a tu padre y a tu madre, pero si te salvamos a ti habremos reparado en parte esa acción. A ellos no les hubiera gustado que tú murieras aquí como ellos.

La muchacha seguía mirándola en silencio. Olivia se dirigió a John:

—Espera afuera. La ayudaré a vestirse. Tardaremos sólo un par de minutos.

—Iré abajo para comprobar que todo está dispuesto —respondió John, encogiéndose de hombros—. Recuerda, sólo un par de minutos.

—No tardaremos más.

En la sala, John se encontró a Roger enfrascado en los mandos de una radio que había encima del aparador. Al oír bajar las escaleras a John, levantó ligeramente la vista.

—Nada —dijo—. He intentado coger la emisora del norte, de Escocia, de Midland, Londres... Nada.

—¿Has probado Irlanda? —preguntó John.

—Tampoco se oye nada. Y dudo que se pueda coger alguna desde aquí.

—Quizás esté estropeado el aparato.

—Di con una emisora. No sé qué idioma hablaban, aunque me pareció centroeuropeo. Y sonaba también a desesperación.

—¿Y la onda corta?

—No lo he intentado.

—Probaré yo.

Roger se hizo a un lado y John conectó la onda corta y empezó a mover lenta y cuidadosamente el botón. La aguja había recorrido ya tres cuartas partes de la esfera sin dar con nada. De pronto se captó una voz, interferida por ruidos y disminución de volumen, pero que hablaba inglés. Giró el mando del tono al máximo y le dio todo el volumen que tenía.

—... fragmentaria, pero toda la evidencia indica que la Europa occidental ha dejado de existir como parte del mundo civilizado.

El acento era norteamericano. John dijo, suavemente:

—Así que todavía colea ese bonito lema, ¿eh?

—Durante la pasada noche —prosiguió la voz— han aterrizado en distintas partes de los Estados Unidos y Canadá una gran cantidad de aviones. Por orden del presidente se ha dado asilo a sus ocupantes. El presidente de Francia y los miembros

del gobierno de este país, así como las familias reales de Holanda y Bélgica, se encuentran entre los que han entrado en esta nación. Información recibida de Halifax, Nueva Escocia, indica que la familia real inglesa y su gobierno se encuentran allí a salvo. Según la misma fuente de noticias, el depuesto primer ministro de la Gran Bretaña, Raymond Welling, ha dicho que la sobrecogedora celeridad de la crisis ocurrida en su país se ha debido sobre todo a la propagación de rumores en el sentido de que los grandes centros habitados iban a ser bombardeados con bombas atómicas como recurso para salvar al resto de la población. De acuerdo con Welling, tales rumores no tenían ningún fundamento, pero han originado un terrible pánico. Cuando se le dijo que la Comisión de Energía Atómica de aquí había detectado explosiones atómicas ocurridas en Europa durante las últimas horas, Welling declaró que él no podía dar razón de ellas, pero consideraba posible que elementos aislados de las fuerzas aéreas podrían haber utilizado tales medidas desesperadas con el objeto de hacerse de nuevo con el control.

—Lo que pasó entonces —comentó Roger— es que la situación se le fue de las manos, lo echó todo a rodar y apretó a correr.

—Un misterio irresuelto —dijo John.

—La siguiente declaración —continuó la voz—, firmada por el presidente, fue emitida en Washington a las nueve de la noche.

«Confiamos en que este país lamentará el hecho de que Europa, la cuna de nuestra civilización occidental, se haya hundido en el salvajismo. Pero desgraciadamente, con nuestro dolor y conmoción no podemos remediar lo que está sucediendo en el otro lado del Océano Atlántico. Por otra parte, esto no quiere decir que aquí haya el más mínimo riesgo de una catástrofe semejante. Nuestros almacenes de provisiones están llenos, y aunque existe la probabilidad de tener que reducir las raciones en los próximos meses, aún habrá suficiente comida para todos. En el tiempo señalado derrotaremos al virus Chung-Li, y luego restauraremos el ancho mundo que un día conocimos. Hasta entonces tenemos la obligación de preservar dentro de los límites de nuestra nación la herencia de la grandiosidad del hombre.»

—Eso es alentador —observó John con amargura.

Y al volverse vio a Olivia que descendía por las escaleras con la muchacha. Ahora que estaba vestida, se notaba que era dos o tres años mayor que Mary, y como era provinciana, se distinguía más por su salud que por sus buenos modales. La chica apartó sus ojos de John para posarlos en las manchas de sangre que había en el suelo; luego, al levantar de nuevo la vista, su rostro era inexpresivo.

—Os presento a Jane —dijo Olivia—. Vendrá con nosotros. Ya estamos todos dispuestos, Johnny.

—De acuerdo. Vámonos entonces.

—Antes de irnos —pidió la muchacha a Olivia—, ¿podría verlos... por última

vez?

Olivia pareció vacilar. John pensó en seguida en los dos cuerpos metidos a empujones en el agujero de la escalera, sin ceremonias ni remordimientos, y por eso cortó tajante:

—No. Ni a ti ni a ellos os beneficiaría nada, y además no tenemos tiempo.

John creía que la chica iba a protestar, pero cuando Olivia la apremió cortésmente que se pusiera en marcha, ella obedeció con docilidad. Echó una ojeada a todo alrededor de la sala, y luego se aproximó a la puerta.

—Bueno —dijo John—. Vámonos.

—Un último detalle —indicó Pirrie.

La voz de la radio seguía hablando, si bien con sus acostumbradas alteraciones de volumen. En aquellos momentos estaba dictando las nuevas regulaciones sobre la prohibición de acumular alimentos. Pirrie se acercó al aparador y con un solo movimiento arrojó el aparato al suelo. La caída provocó un estrépito de cristales rotos. Con golpes deliberados, Pirrie consumó su obra hasta hacer añicos la caja y destriparla. Al final puso el tacón de su zapato sobre la maraña de vidrio y metal, y presionó fuertemente hasta destrozarlo todo. Luego, desembarazó cuidadosamente su pie de los restos, y se fue con los demás.

Por causa de los niños, el viaje tendría que hacerse a base de etapas cortas. John lo había planeado para tres días. En el primero llegarían hasta la salida de Wensleydale; en el segundo cruzarían los pantanos para alcanzar un punto al norte de Sedbergh; y en el tercero arribarían por fin a Blind Gilí. Era preciso mantenerse cerca de la carretera principal, y él confiaba en que durante largos trechos hasta podrían discurrir por ella. Se le antojaba improbable que pasaran coches todavía, puesto que el ejemplo de Masham habría sido seguido en la mayor parte de North Riding. Los automóviles quedarían estancados bastante antes de llegar al Dale.

Al bajar una pendiente en dirección a Coverham, Roger dijo a John:

—¿Y si nos apoderáramos de unas bicicletas? ¿Qué te parece?

—Seguiríamos siendo muy vulnerables —contestó el preguntado moviendo la cabeza—. Y además tendríamos que encontrar diez bicicletas juntas. De otra manera habría que llevar a los niños montados en los cuadros, o incluso dividir el grupo.

—Y tú no estás dispuesto a hacer eso, ¿verdad?

—No —replicó John mirándole con fijeza—. Yo no voy a hacer eso.

—Me alegra que Olivia pudiera persuadir a la muchacha para que viniera con nosotros —cambió de conversación Roger—. Hubiera sido horrible tenerla que dejar allí.

—Te estás volviendo sentimental, Rodge.

—No —repuso Roger al tiempo que se apretaba con más firmeza la mochila

contra su espalda—. Lo que pasa es que tú te estás endureciendo. Supongo que es una buena cosa.

—¿Sólo supones?

—No. Llevas razón, Johnny. No hay más remedio que ser así. ¿Crees que lo conseguiremos?

—Lo conseguiremos, Rodge.

Las casas que veían estaban cerradas a cal y canto; si aún vivía gente en ellas, no había al menos señales de estar ocupadas. Hasta vieron menos personas incluso de lo que hubiera sido corriente en aquellos lugares. Y cuando se tropezaban con alguien, no había siquiera el deseo de saludarse mutuamente. La mayoría de las veces eran los otros quienes dejaban el paso libre al pequeño grupo, y para evitarlo daban un rodeo. Sin embargo, en dos ocasiones se tropezaron con partidas parecidas a la suya. La primera de éstas se componía de cinco adultos y dos niños pequeños. Ambos bandos se observaron brevemente desde alguna distancia, y luego siguieron cada cual su camino.

El segundo grupo era mayor que el suyo, pues contaba con alrededor de una docena de individuos, todos adultos, y llevaban a la vista bastantes armas. Este encuentro se produjo por la tarde, a unos cuantos kilómetros al este de Aysgarth. Al parecer, esta partida iba a cruzar la carretera en su camino hacia Bishopdale, en el sur. Al ver aproximarse a John y a los otros, se pararon en la carretera.

John detuvo a sus compañeros cuando se hallaban a unos veinte metros del otro grupo. Hubo un momento de observación recíproca. Luego, uno de los hombres del último bando preguntó:

—¿De dónde vienen?

—De Londres —contestó John.

Pudo apreciarse un murmullo de interés hostil. El jefe de los otros, dijo:

—No basta con que quede ya poco para los que viven en estas partes, sino que encima han de venir hasta aquí los londinenses en busca de comida.

John no respondió. Se limitó a levantar ligeramente su escopeta al tiempo que Roger y Pirrie hacían lo propio. Ambos grupos siguieron contemplándose en silencio.

—¿Y qué vienen a hacer por aquí? —insistió el hombre.

—Vamos a atravesar los pantanos —repuso John—, para luego entrar en Westmorland.

—Allí no encontrarán mucho más de lo que hay aquí —explicó el otro jefe echando una impaciente ojeada a las armas—. Si saben ustedes utilizar esas escopetas, estaríamos dispuestos a que se unieran a nosotros.

—Las sabemos usar —replicó John—. Pero preferimos seguir nuestro camino.

—En estos días la seguridad está en el número —dijo el hombre—. Los niños y todos se sienten más a salvo.

—Podemos cuidar de nuestros hijos.

Aquel individuo se encogió de hombros. Hizo un gesto a sus seguidores y éstos empezaron a marchar en la dirección que llevaban originalmente. Cuando él se disponía a ir tras ellos, se volvió junto a la orilla de la carretera y gritó:

—¡Eh, señor! ¿Se dice algo nuevo?

—Nada —respondió Roger ahora—. Si acaso que el mundo se está volviendo más honrado.

—¡Ah! —exclamó el hombre, soltando una ruidosa carcajada—. Eso está bien. ¡Entonces está próximo el día del juicio!

Quedaron contemplando el alejamiento del grupo hasta que casi hubieron desaparecido. Después continuaron su andadura.

Por el sur bordearon Aysgarth, que ya mostraba los signos defensivos que les eran familiares. A la vista del pueblo, descansaron en el calor de la tarde. El valle, que en los viejos tiempos había estado tan verde, aparecía ahora predominantemente negro en contraste con los cada vez más parduscos montes de más allá. Las paredes rocosas que serpenteaban por las laderas de las montañas ya no tenían sentido en su función de separar las propiedades. Una de las veces John creyó ver unas ovejas en uno de los declives; pero al atisbar con más cuidado desde una cercana altura, se dio cuenta de que se trataban de grandes piedras blancas. Era imposible la existencia aquí de ovejas en aquel tiempo. El virus Chung-Li había hecho su faena con absoluta perfección.

Mary estaba sentada junto a Olivia y Jane. Los niños, por una vez demasiado agotados como para andar correteando, se hallaban descansando y discutiendo de lanchas a motor, o al menos eso creyó John que era el tema si juzgaba por los retazos de conversación que pudo captar. Ann se encontraba sola, sentada debajo de un árbol. John se retrepó junto a ella.

—¿Te sientes mejor? —preguntó.

—Yo estoy bien.

La mujer parecía cansada, y John se preguntó cuánto tiempo habría podido dormir la noche anterior. Intentó explicar:

—Dos días más como éste y...

—Y luego —cortó ella sin dejarle terminar— todo volverá a la normalidad, y podremos olvidar cuanto ha sucedido, y empezar desde el principio una nueva vida, ¿verdad?

—No, no creo que sea tan sencillo. ¿Pero qué importa eso ahora? Lo que nos debe interesar es que podremos vivir decentemente de nuevo, y contemplar el crecimiento de nuestros hijos, convirtiéndose en seres humanos en vez de en salvajes. Creo que todo eso es digno de un gran esfuerzo.

—Y tú lo estás haciendo, ¿verdad? El mundo se apoya sobre tus hombros.

—Hasta ahora hemos sido muy afortunados —replicó él suavemente—. Puede

que a ti no te parezca así, pero es cierto. Afortunados al poder salir de Londres, y afortunados al llegar a este lugar tan al norte sin sufrir ningún contratiempo irreparable. La causa de que este paraje parezca desierto está en que sus pobladores se han retirado tras sus defensas y los tropeles de gentes aún no se han producido. Pero me temo que a esos agolpamientos no les llevamos más que un día de ventaja... o quizás menos. Y cuando lleguen...

Se quedó mirando a las revueltas aguas del Ure. Era una escena de veraniega iluminación solar, cuya rareza se hallaba únicamente en la ausencia del verdor tan familiar. John no creía en realidad en las implicaciones de sus palabras, pero, sin embargo, sabía que eran ciertas.

—Tendremos paz en Blind Gilí —dijo Ann, fatigadamente.

—¡Cuánto me gustaría estar allí ya! —exclamó el hombre con voz apagada.

—Estoy cansada —repuso Ann—. Y no tengo ganas de hablar... ni de eso, ni de otra cosa. Déjame sola, John.

El la observó durante un momento; luego se marchó. Cuando hubo andado unos pasos se dio cuenta de que Millicent, que se hallaba debajo de un árbol próximo, les había estado vigilando. La mujer captó su mirada y le sonrió. El valle se estrechaba hacia Hawes y las montañas de ambos lados se alzaban más verticalmente; las paredes de piedra ya no llegaban a las cimas. Hawes no daba la impresión de estar defendida, pero la evitaron por si acaso dando un rodeo por las alturas hasta llegar al sur y vadeando los afluentes del Ure, los cuales llevaban afortunadamente poco caudal en esta época del año.

Por la noche acamparon a la entrada de Widdale Gilí, y para mayor seguridad eligieron el ángulo que formaba la línea férrea y el río. Muy cerca de ellos descubrieron un campo sembrado de patatas, y, consecuentemente, se aprovisionaron bien de ellas. Olivia pudo mezclarlas en estofado con la carne que llevaban; Jane la ayudó y Millicent contribuyó también de algún modo.

Aunque el sol se había puesto ya por las Pennines, había aún mucha luz. John miró su reloj y vio que no eran todavía las ocho. Naturalmente, era el horario de verano británico y no el de Greenwich. El hombre se sonrió ante ese pensamiento de delicada y ridícula diferencia.

La marcha la habían realizado a buen ritmo, y era obvio que los chicos no se encontraban excesivamente fatigados. John consideró que en una ocasión normal podría haber forzado un poco más al grupo antes de detenerse, pero en aquellas circunstancias era estúpido iniciar el ascenso a Mossdale. En cambio, sí que podrían empezar la marcha por la mañana temprano. Se puso a observar los preparativos para la cena con aspecto satisfecho. Pirrie se hallaba de guardia junto a la vía del tren.

De pronto los niños se le acercaron. Davey, que por lo visto era el hablante del grupo, utilizó un tono de deferencia que contrastaba con su antiguo «tratamiento entre

hombres» de las cosas.

—Papá —dijo—, ¿podemos nosotros hacer guardia también esta noche?

John los examinó uno a uno: la alerta figura de su hijo, la desgarrada delgadez de Spooks, la casi cuadrada pequeñez de Steve. Aún seguían siendo escolares que pretendían convertir aquella situación en un jugueteo más excitante que lo usual.

—Gracias —contestó John moviendo negativamente la cabeza—. Os agradezco el ofrecimiento, pero ya nos arreglamos nosotros.

—Pero sí podemos realizarlo muy bien —insistió Davey—. No importa que no sepamos disparar como es debido, pero sí que podemos permanecer despiertos y avisaros si vemos algo. Nos atrevemos a hacer eso.

—Lo mejor que podéis hacer los tres es no estar despabilados después de cenar. Id a dormir cuanto antes. Nos levantaremos al amanecer, y aparte de tener que subir una cuesta muy empinada, habrá que enfrentarse a un día muy largo.

Aunque había hablado sólo superficialmente y en los viejos tiempos Davey siempre solía forzar tercamente los argumentos, ahora se limitó a mirar a sus dos amigos con resignación antes de dirigirse los tres a observar el curso del río.

Después de que Pirrie informara de que no había visto nada sospechosos en las inmediaciones de la vía férrea, se pusieron todos a cenar. Cuando acabaron, John asignó las horas de vigilancia nocturna.

—¿No cuentas con Jane? —preguntó Roger.

John pensó al principio que su amigo estaba de broma, y por eso se echó a reír. Pero luego, con asombro, se dio cuenta de que Roger había hablado en serio.

—No —respondió—. No esta noche.

La muchacha se hallaba sentada junto a Olivia; en realidad no se había apartado prácticamente de ella en todo el día. John había oído hablar a ambas durante la tarde y hasta había escuchado un corto brote de risa en Jane. Ahora miraba fijamente a los dos hombres, y en su robusto y algo gordezuelo rostro se apreciaba sinceridad y súplica.

—No nos matarías estando acostados, ¿verdad, Jane? —quiso saber Roger.

Ella movió solemnemente la cabeza.

—Bueno —cortó John—. Mejor será no darte la oportunidad, ¿no crees, Jane? La muchacha se apartó sin contestar, pero John se dio cuenta de que lo había hecho avergonzada y no por odio.

—Ann hará la primera guardia —ordenó—. Los demás, a dormir. Vosotros, niños, apagad el fuego; separad bien los rescoldos.

Roger le despertó y le entregó la escopeta que debía tener el centinela. Al ponerse en pie, y sentirse torpe, se frotó las piernas con las manos. La luna estaba en su apogeo; su luz se reflejaba en el cercano río y recortaba las sombras de las

arrebujadas figuras.

—A Dios gracias —dijo Roger—, hace el calor adecuado.

—¿Algo de lo que informar?

—¿Y qué podría haber, aparte de fantasmas?

—¿Algún fantasma entonces?

—Sí, un breve vestigio de una aparición... y además lo más rancia de todas... El tren fantasma. Me ha parecido oírle lanzar su grito de susto a lo lejos, y durante los diez minutos siguientes podría jurar que le he oído aullar a mucha distancia.

—Quizá fuera un tren de verdad —replicó John—. Si funciona todavía alguno y queda alguien capaz de manejarlo, entra en lo posible que hayan intentado un viaje nocturno. Pero, de todos modos, me parece poco probable.

—Yo prefiero creer que se trata de un tren fantasma. Un tren cargado pesadamente con los substanciales fantasmas de los hombres de los valles camino del mercado, o camiones de fantasmagórico carbón o de insubstanciales vigas metálicas que están cruzando las Pennines. Estoy pensando..., ¿cuánto tiempo crees que tardaremos en dejar de reconocer a las líneas férreas como tales? ¿Veinte... treinta años? ¿Y durante cuánto tiempo recordará la gente que una vez existieron cosas así? ¿Contaremos a nuestros bisnietos historias sobre los monstruos de metal que comían carbón y exhalaban humo?

—Vete a dormir —indicó John—. Ya tendrás tiempo suficiente para pensar en tus bisnietos.

—Fantasmas —comentó Roger—. Esta noche veo fantasmas por todas partes. Los fantasmas de mis lejanos descendientes pintados de glasto.

John no contestó. Silenciosamente se dirigió hacia la altura que debía ocupar el centinela, junto a la vía del ferrocarril. Cuando miró desde arriba, Roger ya estaba intentando dormir.

La obligación del que estaba de guardia era la de observar continuamente ambas orillas de la línea férrea, si bien la parte más lejana, la del norte, tenía más importancia porque la carretera principal estaba en esa dirección. Sin embargo, instalado en aquella posición el centinela quedaba fuera del radio de visión de los durmientes. Una vez en su puesto, John encendió un cigarrillo procurando proteger la parte prendida contra cualquier posible observación. En realidad no creía que eso fuese necesario, pero resultaba natural el adaptar los viejos trucos del ejército a una situación que contaba con tantos elementos comunes.

Se quedó mirando al pequeño cilindro blanco sumergido en su mano. Se trataba de un vicio que tendría que desaparecer, pero no le veía sentido a terminar con él ahora cuando la necesidad lo finiquitaría a su tiempo. Se preguntó acerca del período que iban a tardar los exploradores norteamericanos en desembarcar en los olvidados puertos y en penetrar en el interior de las tierras, llevando consigo conservas y

cigarros, y dejando a su paso semillas de hierbas inmunes al Chung-Li. En cada pequeño lugar como Blind Gilí, en donde quedara algún remanente inglés, esa sería más o menos la ilusión regular del día, y también el tema de las charlas invernales. Quizás fuera una leyenda lo que espoleara a los nuevos bárbaros a cruzar al fin el océano del occidente para dar con una tierra que era tan áspera y brutal como la suya.

Porque ya no creía en la posible existencia de un último minuto de tregua para la humanidad. Primero fue China, luego el resto de Asia, y ahora Europa. Los demás, y a pesar de lo increíble que pudiera parecer, caerían igualmente a su tiempo. La naturaleza estaba borrando la pizarra de la historia humana, a fin de que quedara limpia para los garabatos patéticos de aquellos que, aquí y allá sobre la faz del globo, sobrevivieran.

De pronto oyó un ruido al otro lado de la vía, por lo que se movió cautamente para investigar su origen. Al llegar a la orilla del terraplén, vio una tenue figura ascendiendo los últimos metros de la pendiente en dirección a él. Era Millicent. Le alargó la mano y él se la cogió para tirar de ella.

—¿Qué demonios hace aquí? —preguntó John.

—Chist... —murmuró ella—. Va a despertar a los otros.

Después de observar al grupo que dormía abajo, Millicent abrió el camino hacia el puesto de vigilancia. John la siguió. Estaba razonablemente seguro del motivo de la visita. Y el sereno descaro de ella le encolerizaba.

—No le toca a usted la guardia hasta dentro de dos horas —dijo—. ¿Quiere regresar y dormir un poco? Nos aguarda un día muy largo.

—¿Tiene un cigarro? —pidió ella.

El sacó uno de su cajetilla y se lo dio.

—¿Le importa encendérmelo? —solicitó.

—No creo que sea acertado hacerlo sin precauciones —indicó John—. Póngaselo en la boca y cúbralo con las manos cuando lo encienda.

—Está usted en todo, ¿verdad?

Ella se inclinó un poco al darle él fuego. Su pelo negro brillaba a la luz de la luna. John se dio cuenta de que no estaba tratando muy bien la situación. Había sido una equivocación darle el cigarrillo que le había pedido; debía haberla mandado a la cama. En esos momentos la mujer volvió a ponerse derecha, sujetando ahora el cigarro entre sus dedos curvados.

—No podía dormir —explicó—. Recuerdo un fin de semana en el que no dormí más que tres horas entre el viernes y el lunes. Sin embargo, me encontraba tan fresca como una flor.

—No es necesario que lo jure. Se nota en toda su persona.

—¿De veras? —preguntó en un murmullo.

Y luego de una pausa, continuó:

—¿Qué le pasa a Ann?

—Sé tanto como usted —respondió John, fríamente—. Supongo que a usted no le hubiera afectado en caso de ser ella... ni lo que le pasó ni lo que hizo después.

—No es tan malo eso de no tener elevados principios —repuso Millicent con afabilidad—. Uno no se sale de sus casillas cuando se carga a alguien desagradable... o cuando a uno le pasa algo grave.

—No quiero hablar de Ann —replicó él, llevándose el cigarro a la boca—. Y tampoco deseo tener un *affaire* con usted, ¿comprende? Confiaba en que, aparte de otras consideraciones, se diera usted cuenta de que esta no es la mejor ocasión para esas cosas.

—La ocasión para algo depende de que uno quiera ese algo.

—Pues se ha equivocado. Yo no lo deseo.

Ella se echó a reír, y al hacerlo bajó la voz todavía más, si bien sonó más bien ronca.

—Portémonos como gente madura —pidió—. Cometo muchos errores, pero no en ese tipo de cuestiones.

—¿Pretende usted conocer mi mente mejor que yo?

—No me sorprendería. Se lo expondré así, gran jefe. Si hubiera sido Olivia quien hubiera venido a verle, usted la habría hecho regresar inmediatamente, y sin conversación. ¿Y por qué habla en susurros? ¿Teme despertar a alguien?

John no había notado que, en efecto, hablaba en voz baja. Por eso la levantó ahora:

—Creo que es mejor que se vaya en seguida Millicent.

—¿Qué tiene de malo —preguntó ella, riendo de nuevo— que usted no quiera despertar a nadie? Me parece que ellos no se van a portar mañana tan bien como yo si no duermen. Se excita usted fácilmente.

—De acuerdo. No quiero discutir con usted. Vuelva con los otros y olvide todo esto.

—Está bien —replicó ella obediente.

Luego arrojó al suelo el cigarro a medio fumar y lo pisó con la puntera del zapato. Mas, no obstante sus palabras, acercándose a él, añadió, insinuante:

—Haré sólo la prueba de la chispa, y si no te quemas me marcharé con una buena chica.

—No seas estúpida, Millicent.

—No hay nada malo en un beso de despedida, ¿verdad? —preguntó junto a él.

Ella se echó en sus brazos. John se vio ante la disyuntiva de, o cogerla, o dejarla caer; y la cogió. Millicent era muy cálida, y entre los brazos mucho más suave de lo que él había pensado. Además sintió cómo su cuerpo se apretaba contra el suyo.

—Creo que la prueba de la chispa ha sido positiva —susurró ella.

Ambos se volvieron al oír la caída de unas pequeñas piedras. Una figura había aparecido por el borde del terraplén y les estaba observando.

Pirrie golpeó ligeramente el rifle que llevaba bajo el brazo. Había reproche en su tono al decir:

—A pesar de venir cargado con esto, he estado a punto de sorprenderles. Usted no está todo lo alerta que debe estar un buen centinela, Custance.

Millicent, que ya se había separado de John, preguntó:

—¿Puede saberse qué demonios haces vagando por ahí en plena noche?

—¿Sería inadecuado hacerte a tí la misma pregunta? —replicó Pirrie.

—Creía —repuso, desdeñosa, Millicent— que habías tenido bastante con el trastorno que te produjo la última vez que me hiciste espiar. ¿O es esa la forma en que te autocastigas ahora?

—Las abundantes últimas veces —explicó el hombre— tuve que tragar por considerarlo el mal menor. Por otro lado, tengo que admitir que fuiste discreta. Lo único que hubiera logrado con actuar es airear mi calidad de cornudo, y siempre deseé evitar esa situación.

—No te preocupes —indicó ella irónica—. Seguiré siendo discreta.

—¡Pirrie! —llamó John—. Nada ha sucedido entre su esposa y yo. Y nada va a suceder. Lo único que quiero es que lleguemos todos sanos y salvos a Blind Gilí.

—Siempre sentí la inclinación natural de matarla explicó como absorto Pirrie—. Sin embargo, en las sociedades normales el crimen es un riesgo demasiado grande. Llegué hasta el extremo de hacer planes, y algunos muy buenos, pero nunca los hubiera puesto en práctica.

—¡Henry! —chistó Millicent—. No empieces a decir tonterías.

A la luz de la luna, John pudo apreciar que Pirrie levantaba la mano derecha para frotarse con los dedos la nariz. Mientras hacía este movimiento, exclamó, cortante:

—¡Pero ya está bien!

De modo deliberado, Pirrie quitó el seguro al rifle. Instantáneamente, John alzó su escopeta.

—No —dijo Pirrie con tranquilidad—. Baje esa arma. Sabe muy bien que yo puedo disparar con más rapidez que usted. ¡Bájela! No se le ocurra provocarme temerariamente.

John bajó la escopeta. En cualquier caso —pensó— era ridículo considerar a Pirrie como una figura salida de una tragedia del período de Elizabeth I.

—Creo que debe usted explicarme algo —pidió—. Aunque la parezca absurdo en mis circunstancias actuales. Si usted quería realmente castigar a Millicent, ¿qué le impidió abandonarla en Londres?

—Una pregunta interesante —replicó Pirrie—, pero no válida. Recordará usted que aunque yo me incorporé a ustedes lo hice con las debidas reservas en cuanto a la

certidumbre de la historia que Buckley me pedía que creyera. Estuve dispuesto a romper con ustedes el cordón policial porque no puedo soportar la falta de libertad de acción. Eso fue todo.

—Podéis continuar vosotros solos la conversación —intervino Millicent—. Yo me voy a acostar.

—No contestó suavemente Pirrie—. Tú te quedas donde estás. Quédate ahí y no te muevas.

Millícent, al oír las imperiosas palabras de su marido y el ligero golpe que dio al cañón del rifle, detuvo la marcha que acababa de iniciar. Entre tanto, el hombre agregó:

—Debo decir que consideré seria pero brevemente la idea de abandonar a mi mujer en Londres. Una de las razones por las que rechacé tal pensamiento fue la seguridad de que, si nada peor ocurría que la crisis civil, Millicent saldría muy bien del trance mediante la ofrenda de sus servicios eróticos al jefe de la primera partida que se encontrase. Y no me satisfacía la idea de dejarla a tan buena suerte.

—¿Y qué le importaba ya a usted eso? —preguntó John.

—No soy la clase de persona a la que se pueda humillar así como así. Hay algo en mi carácter que podría describirse como primitivo. Dígame, Custance, ¿estamos de acuerdo en que en esta nación ha dejado de existir el proceso legal?

—Y si no es así, entre todos lo hemos invalidado.

—Exacto. Ahora bien, si falta la ley del estado, ¿qué queda?

—La ley del grupo —respondió cuidadosamente John—. Para protegerse.

—¿Y la ley de la familia?

—Esa queda dentro del grupo. Las necesidades del grupo son antes.

—¿Y el cabeza de familia?

Al oír aquellas palabras, Millicent empezó a reír en medio de un nerviosismo casi histérico. Jocosamente, dijo:

—Cómo te diviertes tú solo, ¡eh, querido!

—Me encanta verte feliz —continuó por su parte Pirrie—. Bueno, Custance, ¿verdad que el hombre es la cabeza natural de su grupo familiar?

Lógicamente, la insensata e inexorable argumentación sólo podía dirigirse a un fin específico. Por eso, dudando, aceptó John:

—Sí. Dentro del grupo... Yo soy quien manda aquí ahora. La última palabra es la mía.

Creyó ver sonreír a Pirrie; pero en medio de aquella escasa luz era difícil asegurarlo.

—La última palabra es la de esto —replicó Pirrie, dando un golpecito al rifle—. Si quisiera, podría destruir el grupo. Yo soy un marido ofendido, Custance; quizás celoso, o posiblemente altivo. Estoy decidido a hacer uso de mis derechos. Espero

que usted no me contradiga, porque no quisiera ser su enemigo.

—Conoce usted el camino a Blind Gilí —dijo John—. Pero casi con seguridad que tendría dificultades para entrar si no le acompaño yo.

—Dispongo de una buena arma y sé utilizarla. Creo que encontraría en seguida ocupación.

Hubo una pausa. En el silencio se produjo un repentino gorjeo de un pájaro cantor que John reconoció emocionado como de rruiseñor. La insistente voz de Pirrie quebró el agradable momento:

—Y bien. ¿Me concede usted mis derechos?

—¡No! —exclamó Millicent—. John, deténgale. No puede hacer eso... es inhumano. Henry, te prometo...

—Dejarlo a medianoche —cortó Pirrie—, y sin dolor. Hay instantes en que hasta yo sé hacer poesía. ¡Custance! ¿Me concede o no mis derechos?

La luz de la luna reverberó en el cañón del rifle cuando Pirrie lo levantó hacia John. De pronto éste sintió miedo, y no sólo por él, sino también por Ann y los niños. No cabía dudar de la inflexibilidad de aquel hombre; la única vacilación estaba en saber hasta qué extremo podía llegar si se le provocaba.

—Haga uso de sus derechos —contestó.

—¡No! —gritó con voz agitada y rara Millicent—. No aquí...

Torpemente, tropezando en las vías del tren, la mujer se apresuró a echarse sobre su marido. Este esperó a casi tenerla encima para hacer fuego. Su cuerpo giró hacia atrás por la fuerza de la bala, y quedó tendido sobre uno de los raíles. Las montañas devolvieron los ecos del disparo.

John cruzó las vías pasando cerca del cadáver. Pirrie había bajado ya el rifle. John se paró junto a él y miró hacia donde estaba el grupo. Todos se habían despertado con el chasquido del tiro.

—Todo está bien —les gritó—. Que cada cual vuelva a acostarse. No hay que preocuparse de nada.

—Ese disparo no fue de la escopeta —replicó Roger—. ¿Está ahí Pirrie?

—Sí —contestó John—. Puedes acostarte. Todo está controlado.

—Yo también voy a acostarme —dijo Pirrie mirándole fijamente.

—Écheme una mano primero —respondió, tajante, John—. No podemos dejarla aquí, para que la vean las mujeres cuando les toque la guardia.

—¿Al río? —preguntó Pirrie. —Es poco profundo. Probablemente se vería el cuerpo. Y además no creo que sea una buena idea contaminar el agua. Podemos arrojarla por el terraplén, hacia el otro lado del río. Me parece que eso será mejor.

Transportaron el cuerpo a lo largo de la vía hasta unos doscientos metros al oeste. Aunque había luz, la marcha resultó dificultosa. John se sintió liberado cuando tiraron el cadáver al terraplén. Al pie de éste había arbustos, y entre ellos quedó

sepultado. A la luz de la luna era imposible ver más que la blanca blusa de Millicent.

John y Pirrie regresaron en silencio. Cuando llegaron al puesto de vigilancia, el primero indicó:

—Puede usted irse a acostar ahora. Pero le diré a Olivia que le despierte para hacer el turno que le hubiera correspondido a su esposa. Supongo que le parecerá bien, ¿verdad?

—Claro, lo que usted diga —contestó Pirrie, poniéndose el rifle bajo el brazo—. Buenas noches, Custance. —Buenas noches. John contempló el deslizamiento de Pirrie por la cuesta. Podía haberse equivocado, desde luego. Quizás hubiera sido posible salvar la vida a Millicent.

Sin embargo, se sorprendió al notar que el pensamiento no le intranquilizaba.

Al amanecer flotó en el ambiente un aire de extrañeza. John les había contado que Pirrie disparó sobre Millicent, pero por los niños había dicho que de forma accidental. A Roger, empero, se lo refirió de acuerdo con lo ocurrido.

—A sangre fría, ¿verdad? —replicó Roger—. Ciertamente, llevamos con nosotros a todo un tipo.

—Sí —dijo John—. Sin duda.

—¿Crees que vas a tener problemas con él?

—No, si le dejo vivir su vida. Afortunadamente, sus necesidades parecen ser bastante modestas. Por otro lado, creyó tener el derecho a matar a su mujer.

Más tarde, cuando él se estaba lavando en el río, Ann se le acercó. Aunque el sol iluminaba en ese momento todo el extenso valle, sobre ellas tenían unas grandes y apretadas nubes. Junto a su marido, y mirando el discurrir de las aguas, Ann preguntó:

—¿Dónde pusisteis el cadáver? Dímelo antes de mandar a los niños a que se laven.

—Muy lejos de aquí —contestó John—. Puedes estar tranquila.

—¿Por qué no me dices la verdad de lo ocurrido? —pidió ella con rostro inexpresivo—. Pirrie no es la clase de persona que tiene accidentes con un rifle o que mata sin una razón.

John se lo contó todo, sin intentar ocultarle nada.

—¿Y si Pirrie no llega a aparecer en aquel instante? —quiso saber Ann.

—Supongo que la hubiera hecho regresar —respondió John, encogiéndose de hombros—. ¿Qué otra cosa podría decirte?

—No, claro. De todos modos, ya no importa.

Sin embargo, y después de una breve pausa, ella volvió a preguntar:

—¿Por qué no la salvaste?

—No pude. Pirrie estaba determinado a hacerlo. Lo único que hubiera conseguido es que me matara a mí también.

—Pero tú eres el jefe, ¿no? —insistió ella con amargura—. ¿O es que vas a cruzarte de brazos mientras unos se matan a los otros?

—Pensé —repuso él fríamente— que mi vida era para ti y para los niños más importante que la de Millicent. Y sigo pensando lo mismo ahora, estés o no estés de acuerdo.

Durante un momento se miraron con fijeza y en silencio a los ojos; luego Ann dio un paso hacia él, al tiempo que John abría los brazos para cogerla.

—Lo siento, cariño —susurró ella—. Sabes que no quise decir eso. Pero es que es tan terrible, y me parece que la situación va a empeorar. Matar a su propia mujer,

así... ¿Qué clase de vida nos espera?

—Cuando lleguemos a Blind Gilí...

—Todavía estará Pirrie con nosotros, ¿verdad? —cortó Ann—. ¡Oh, John! ¿Es necesario? ¿No podemos... desembarazarnos de él de alguna manera?

—Te estás preocupando demasiado —intervino John suavemente—. Pirrie obedece las leyes. Lo que pasa es que ha debido de odiar a Millicent durante años. Por otra parte, en las últimas jornadas ha habido mucho derramamiento de sangre, y supongo que eso le ha trastornado un poco. Pero en el valle será distinto. Allí tendremos nuestra propia ley y orden. Y Pirrie lo aceptará.

—¿Tú crees?

—Quien me preocupa eres tú —dijo él, acariciando sus brazos—. ¿Cómo te encuentras ahora? ¿Estás mejor?

—No tan mal —contestó Ann, moviendo la cabeza—. Supongo que una se acostumbra a todo, inclusive a los recuerdos.

A las siete de la mañana estuvieron todos dispuestos para la marcha. Entre las nubes que cruzaban el cielo se veían todavía trozos de azul, pero ya se habían extendido lo bastante como para tapar el sol hacia el este.

—Parece que el tiempo no va a acompañarnos —comentó Roger.

—Tampoco nos interesa que haga demasiado calor —replicó John—. Tenemos que subir una buena pendiente. ¿Todos a punto?

—Me gustaría que Jane viniera conmigo —observó de pronto Pirrie.

Todos se le quedaron mirando. La petición, por rara, parecía no tener sentido. Desde el principio, John no había considerado preciso establecer ningún orden particular de marcha, por lo que cada cual caminaba junto al compañero que en ese momento apetecía. Jane, por ejemplo, ya se había situado automáticamente junto a Olivia.

—¿Por qué? —preguntó John.

—Quizá debiera haberlo dicho de otro modo —respondió Pirrie, devolviendo la mirada al pequeño grupo—. He decidido que me gustaría casarme con Jane, al menos hasta el extremo de lo que esa expresión significa ahora.

—No sea ridículo —cortó Olivia, olvidando repentinamente sus habituales modales—. No sé ni cómo se atreve a hablar así.

—No veo ningún impedimento —replicó con calma Pirrie—. Jane es soltera y yo soy viudo.

John se dio cuenta de que Jane se hallaba observando a Pirrie con ojos muy abiertos y vivos; sin embargo, resultaba imposible interpretar su expresión.

—Señor Pirrie —intervino Ann—, usted mató anoche a Millicent. ¿No es eso suficiente impedimento?

Los muchachos contemplaban fascinados la escena; Mary volvió la cabeza. John

pensó molesto que había sido estúpido suponer que aquél era un mundo en el que podría conservarse todo tipo de inocencia.

—No —contestó Pirrie—. No considero eso un obstáculo.

—También mató usted al padre de Jane —medió Roger.

—Una desgraciada necesidad —asintió Pirrie—. Estoy seguro de que Jane se ha resignado ya a ello.

—Sugiero —dijo John— que dejemos las cosas como están ahora, Pirrie. Jane conoce ya sus intenciones. Puede pensárselo durante los dos próximos días.

—No —replicó Pirrie, alargando la mano—. Ven aquí, Jane.

Jane, sin moverse, siguió mirándole fijamente.

—Déjela en paz —indicó Olivia—. No la toque. Ya ha hecho usted bastante, sin que haya necesidad de agregar esto.

—Ven aquí, Jane —repitió Pirrie, ignorando las últimas palabras—. No soy joven, y tampoco guapo. Pero puedo cuidar de ti, que es más de lo que muchos jóvenes podrían hacer en las actuales circunstancias.

—¿Cuidar de ella... o asesinarla? —preguntó Ann.

—Millicent —empezó a explicar Pirrie— me había sido infiel muchas veces, e intentaba serlo de nuevo. Esa es la única causa de su muerte.

—Habla usted —contestó Ann— como si las mujeres fuesen otra clase de criaturas... menos que humanas.

—Lamento que piense usted así —replicó cortésmente Pirrie—. ¡Jane! Ven conmigo.

Todos contemplaron en silencio cómo Jane se dirigía lentamente hacia donde la esperaba Pirrie. Este puso sus manos entre las suyas mientras decía:

—Creo que vamos a compenetrarnos muy bien.

—¡No, Jane! —exclamó Olivia—. No debes...

—Y ahora —cortó Pirrie—, creo que podemos irnos.

—¡Roger, John! —llamó Olivia—. ¡Detenedle!

—No creo que esta cuestión nos incumba a los demás —respondió John, sosteniendo la mirada de Roger.

—¿Y si se tratara de Mary? —quiso saber Olivia—. Jane tiene los mismos derechos que el resto de nosotros.

—Estás perdiendo el tiempo, Olivia —indicó John—. Vivimos ahora en un mundo diferente. La muchacha ha ido hacia Pirrie por propia voluntad. No hay nada más que añadir. Vámonos.

Cuando se pusieron en marcha, Ann anduvo junto a su marido a lo largo de la vía del tren. El valle se estrechaba agudamente delante de ellos y la carretera, hacia el norte, parecía salirles al paso.

—Hay algo horrible en Pirrie —señaló Ann—. Una especie de frialdad y de

brutalidad. Es terrible pensar en que se ha puesto en sus manos a esa chica.

—Ella fue a él voluntariamente.

—¡Porque tenía miedo! Ese hombre es un asesino.

—Todos nosotros lo somos.

—No de la misma forma. Y tú no hiciste nada por impedirselo, ¿no? Tú y Roger pudisteis haberle detenido. No era como en el caso de Millicent, ya que os encontrabais a menos de sesenta centímetros de él.

—Y, además, tenía el seguro puesto. Cualquiera de nosotros podría haberle matado.

—¿Entonces?

—Mira, Ann. Si hubieran habido diez Janes y él las hubiera querido todas, se las podría haber quedado. Para nosotros, Pirrie es más valioso de lo que hubieran podido ser todas ellas.

—¿Y si se hubiera tratado de Mary... como dijo Olivia?

—Pirrie hubiera acabado conmigo antes de mencionármelo. Y como sabes, lo hubiera podido hacer anoche, y con mucha facilidad. Es posible que sea yo aquí el jefe, pero si aún nos mantenemos juntos es por el mutuo consentimiento. Y no importa si a ese consentimiento lo inspira o no el temor, el caso es que se mantiene. Ni Pirrie me va a asustar a mí, ni yo le voy a asustar a él; ambos sabemos que nos necesitamos recíprocamente. En cuanto uno de nosotros quedara fuera de combate, eso podría representar la diferencia entre llegar al valle y dejar de hacerlo.

—Y cuando lleguemos allí —dijo ella con vehemencia—, ¿estarás dispuesto entonces a enfrentarte a Pirrie?

—Espera a que lleguemos. Y en cuanto a lo otro...

—¿Qué? —preguntó Ann al ver sonreír a su marido.

—No creo que Jane sea la clase de muchacha que permanece atemorizada durante mucho tiempo. Ya verás cómo se sacude pronto el miedo. Y cuando lo haga... Yo no me fiaría de ella estando en su turno de guardia; Pirrie piensa llevársela a la cama con él. Me parece raro considerar a Pirrie como un tipo excesivamente confiado... y, sin embargo, ya se equivocó con su primera mujer.

—Y aunque Jane quisiera —replicó Ann—, ¿qué puede hacer? Quizá no lo parezca, pero él es fuerte.

—Ahí es donde podéis intervenir Olivia y tú. Vosotras sois quienes guardáis los cuchillos.

Ann, con una profunda mirada, trató de descubrir la seriedad con que John había expresado las últimas palabras.

—Pero no debe hacerse nada hasta que lleguemos al valle —añadió él—. La muchacha tendrá que aguantar hasta entonces, y como sea.

Mientras subían a Mossdale Head, el cielo fue oscureciéndose gradualmente hasta romper en una fuerte lluvia que barrió sus rostros. Cuando estuvieron cerca de la cima, las gotas aumentaron en cantidad y grosor, dificultando su ascenso; una vez encima de la cumbre, observaron que hacia el oeste el cielo se hallaba ennegrecido y diluviaba sobre los ondulantes pantanos. John dijo a las mujeres que se pusieran los cuatro impermeables que llevaban en las mochilas. Los niños tendrían que aprender a marchar mojados; y aunque la temperatura era más baja que el día anterior, el día seguía siendo caluroso.

La lluvia se hizo torrencial a medida que avanzaban en su andadura. Al cabo de la media hora, tanto los hombres como los niños se encontraban empapados. John ya había cruzado antes las Pennines por esta ruta, pero con coche. A pesar de la carretera y de la vía férrea que lo cruzaban, en las otras ocasiones aquel paso había dado a John la impresión de aislamiento, una sensación de hallarse en un país sin vida. Ahora experimentaba aquel mismo sentimiento, pero aumentado en más del doble. John pensó en que había pocas cosas tan desoladoras como una línea de ferrocarril en la que no era esperable la circulación de ningún tren. Y si desde un automóvil en marcha había sido monótona la visión de los parecidos pantanos, para individuos a pie, y además en lucha contra ráfagas de lluvia, tal monotonía era muchísimo mayor. Naturalmente, los pantanos estaban más pelados de lo normal. Porque si bien seguían creciendo los brezos, las hierbas pantanosas habían desaparecido. Las protuberancias rocosas sobresalían como dientes en una calavera.

A lo largo de la mañana se cruzaron con diversas partidas pequeñas que iban en sentido contrario. De nuevo se produjeron brotes de sospecha mutua y desvíamos. Un grupo de tres personas llevaba sus cosas cargadas en un pollino. John y los suyos se los quedaron mirando asombrados. Seguramente alguien, después de matar a las bestias de carga y al otro ganado, había conservado vivo a aquel borrico a base de forraje seco; pero una vez lejos de su establo, aquel animal estaba condenado a la muerte.

—Hombre —dijo Roger—, una variante de la vieja técnica del trineo perruno. Lo utilizas para que te lleve adonde quieres, y luego te lo comes.

—Sin embargo, representa una tentación para cualquier grupo que te tropieces, ¿no es verdad? —indicó John—. No creo que vayan muy lejos con eso una vez lleguen al Dale.

—Si quieren —intervino Pirrie—, les liberamos ahora mismo de ese animal.

—No —replicó John—. En cualquier caso, para nosotros no merece la pena. Contamos con suficiente comida para sobrevivir, y además debíamos estar mañana en Blind Gilí. Eso sólo constituiría un peso innecesario.

No mucho más tarde, Steve empezó a cojear, y al examinarle vieron que tenía una ampolla en el talón de un pie.

—¡Steve! —exclamó Olivia—. ¿Por qué no nos dijiste nada cuando comenzó a dolerte? El niño miró a los adultos que le rodeaban, y la seguridad de chiquillo de diez años le abandonó. En consecuencia, principió a llorar.

—No hay por qué llorar, vejete —observó Roger—. Una ampolla en el talón es mala suerte, pero no el fin del mundo.

Sus sollozos no eran los corrientes en un niño de esa edad, sino los síntomas de una experiencia infantil que se desbordaba de sus límites. El muchacho dijo algo, y su padre se agachó para oírle.

—¿Qué pasa, Steve?

—Pensé que si no podía andar..., vosotros me abandonaríais.

Roger y Olivia cruzaron sus miradas. El primero dijo:

—Nadie va a abandonarte. ¿Cómo has podido pensar eso?

—El señor Pirrie abandonó a Millicent —replicó Steve.

—Será mejor que no ande más —medió John—. Únicamente empeoraría.

—Yo le llevaré —contestó Roger—. Spooks, ¿quieres llevarme el arma?

—Con mucho gusto —asintió el preguntado.

—Nos turnaremos tú y yo para llevarle, Roger —dijo John—. Nos arreglaremos mejor. Menos mal que es pequeño.

—Roger y yo podemos hacernos cargo de eso —intervino Olivia—. Es nuestro hijo. Nosotros le llevaremos.

Ella no le había dirigido la palabra desde el incidente de Jane y Pirrie. John contestó:

—Olivia, soy yo quien hace aquí los planes. Roger y yo llevaremos a Steve. Tú puedes coger los bultos de quien en ese momento le toque el turno.

Los ojos de la mujer permanecieron en él durante unos segundos; luego dio media vuelta y se fue.

—De acuerdo, hijo —indicó Roger—. ¡Arriba!

A partir de entonces su avance empezó a ser un poco más rápido, ya que Steve había estado actuando como freno. Sin embargo, a John no le engañó aquel inmediato progreso. La necesidad de llevar a la espalda a un pasajero, aunque fuese tan pequeño como Steve, no hacía sino incrementar sus dificultades. John mantuvo al grupo en marcha hasta que estuvieron cerca de la salida de Garsdale; luego mandó hacer un alto para comer algo.

El viento, que había azotado con la lluvia sus rostros, se había calmado, pero el agua seguía cayendo y, además, con creciente intensidad. John echó una ojeada a su alrededor tratando de descubrir algo.

—Si alguien ve una cueva y una pila de leña en su interior, que lo diga. Yo no veo nada. Se trata entonces de tomar un tentempié frío y un poco de agua mientras dejamos descansar las piernas.

—¿No podríamos encontrar algún sitio seco en donde comer? —preguntó Ann.

A lo largo de la carretera y a una distancia de unos cincuenta metros se alzaba una pequeña casa. John siguió la mirada de su mujer hacia ella.

—Quizá esté vacía —explicó—. Pero para saberlo tendríamos que aproximarnos y tratar de descubrirlo, ¿verdad? Luego, a lo peor resultaba que no estaba vacía. No. No me importa correr riesgos cuando es por algo que necesitamos, como, por ejemplo, comida, pero creo que no merece la pena para estar cobijados durante media hora.

—Davey está empapado —señaló Ann.

—En media hora tampoco se secaría. Y ése es todo el tiempo de que disponemos.

Y dirigiéndose a su hijo, preguntó:

—¿Cómo te encuentras, Davey? Algo húmedo, ¿verdad?

—Sí, papá —asintió el niño.

—Pues trata de reírte secamente, muchacho.

Era un chiste muy viejo. Davey intentó sonreír. John se inclinó sobre él y le frotó el mojado pelo.

—Te estás portando muy bien, hijo. Francamente bien. El acercamiento por el oeste a Garsdale lo habían hecho a través de una franja de buena tierra de pastos que ahora, en medio de la intensa lluvia, era una senda de limo entre una serie de dispersas granjas. Desde allí vieron abajo a Sedbergh, que se hallaba entre montañas, en un valle que estaba a la otra parte del Rawthey. El humo que había sobre aquel pueblo era impulsado por el aire hacia el oeste, en dirección a los pantanos. Sedbergh estaba ardiendo.

—Saqueadores —dijo Roger.

John orientó sus prismáticos hacia el pueblo.

—Ahora llevamos dirección noroeste; y esa gente ha llegado aquí con un día de adelanto. Es para echarse a temblar un poco. Yo pensaba que esta zona seguiría todavía tranquila.

—Quizá no fuera tan malo —empezó a explicar Roger— cortar hacia el norte y pasar por las montañas. Seguramente, en el valle Lune la situación no será tan caótica.

—Cuando cae una ciudad como ésa —indicó Pirrie—, hay que pensar que todos los valles de los alrededores se encuentran en peligro. No va a sernos fácil la marcha.

John había sobrepasado con sus prismáticos el pueblo asolado y los había dirigido a la entrada del valle por el que tenían previsto transitar. Descubrió algunos movimientos, pero le fue imposible discernir lo que eran. El humo se alzaba de edificios separados. Existía la posibilidad de tomar otra ruta, la que cruzaba los pantanos hasta Kendal, pero ésa también les llevaría por el Lune. Y, además, si Sedbergh había sucumbido, ¿qué razones había para creer que las cosas fueran mejor

por los alrededores de Kendal?

—Si me permiten comentar la situación —dijo Pirrie mirando especulativamente a John—, pienso que no estamos suficientemente armados para enfrentarnos a las circunstancias que tenemos ante nosotros. Aquella gente del borrico... probablemente hubiéramos podido quitarles algún arma, aparte del animal. No creo que, desarmados, hayan cometido la temeridad de salir según están las cosas.

—Quizá no sea tan mala la situación como parece —intervino Roger—. En cualquier caso, debemos intentarlo.

John se hallaba observando ahora la confluencia de los valles y los ríos.

—No sé, no sé —dijo—. Es posible que tuviéramos que afrontar dificultades demasiado grandes para nosotros. Y entonces fuera ya tarde para retroceder.

—De todos modos —replicó Roger—, aquí no podemos quedarnos, ¿verdad? Y como tampoco podemos volver para atrás, tendremos que ir hacia adelante.

John se volvió hacia Pirrie como para pedirle consejo. En ese instante se dio cuenta de que, si bien Roger era su amigo, Pirrie se había convertido en su lugarteniente. Y lo que es más, notó cuánto dependía ya de la frialdad y el juicio de aquel hombre.

—Creo que vamos a necesitar algo más que armas. No somos bastantes. Si queremos llegar sanos y salvos a Blind Gilí, tendremos que crecer en número rápidamente. ¿Qué pensáis?

—Me parece que estoy de acuerdo —asintió Pirrie—. Tres hombres no son suficientes para establecer una defensa.

—¿Y qué vamos a hacer entonces? —comentó impaciente Roger—. ¿Construimos una pancarta en la que diga «Se acepta personal»?

—Sugiero que hagamos un alto aquí —indicó John—. Nos hallamos en pleno paso y desde esta posición veremos cruzar las Pennines a otras partidas en ambos sentidos. Además, esa gente no será desde luego saqueadores. Los saqueadores se encuentran en su salsa allí abajo, en los valles.

Volvieron a mirar la panorámica que dominaban desde aquella altura. Aun en medio de la lluvia resultaba muy pintoresca. Y a pesar del agua que caía, las casas de abajo estaban ardiendo.

—Hasta podríamos sorprender a las partidas que se aproximaran —dijo Pirrie—, con sólo que nos pusiéramos a cubierto a cien metros de aquí.

—Pero no somos bastantes para poder obligarles —intervino John—. Necesitamos voluntarios. Aparte de eso, si portan armas tendríamos que devolvérselas.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Roger—. ¿A campo abierto? ¿Junto a la carretera?

—Sí —contestó John mirando a sus sucios y mojados seguidores—. Esperemos

que no tarden mucho.

Su primer encuentro lo tuvieron alrededor de una hora más tarde, y además para ellos resultó ser un chasco. Se trataba de un pequeño grupo que, desde el valle, venía caminando fatigosamente por la carretera. Cuando estuvieron más cerca comprobaron que eran ocho personas: cuatro mujeres, dos niños (uno de ellos un chico de alrededor de ocho años y la otra una niña que parecía de menos edad) y dos hombres. Portaban dos cochecitos de niño que llevaban cargados de cosas caseras. Al encontrarse a unos cincuenta metros de distancia se les cayó una cacerola haciendo un gran estrépito. Una de las mujeres se agachó con fastidio a cogerla.

El aspecto de los dos hombres, así como el del grupo de mujeres, era miserable y de gente asustada. Uno de los varones tendría más de cincuenta años; el otro, si bien mucho más joven, era físicamente desgarrado.

—No creo que de éstos podamos aprovechar nada —comentó Pirrie.

El y Roger se hallaban con John junto a la carretera. Las mujeres y los niños se habían ido a descansar al amparo de una pared rocosa con una especie de plataforma llana en lo alto, que se encontraba próxima.

—Me parece que tiene usted razón —replicó John, moviendo la cabeza—. Me da la impresión de que ni siquiera llevan armas. A lo mejor uno de los niños tiene una pistola de agua.

Al advertir la presencia de los tres hombres en la carretera, el grupo en movimiento se detuvo, pero luego de una breve consulta susurrada y de una ojeada al humeante valle que tenían detrás continuaron la marcha. Sin embargo, el miedo se hizo más patente en sus personas. El hombre mayor, que iba delante, quiso dar la impresión de despreocupación, pero con poco éxito. La niña empezó a llorar y una de las mujeres, como si temiera que el ruido pudiera traicionarles, tiró de ella resuelta, pero furtivamente.

Cuando los vio pasar en silencio, John pensó en lo natural que hubiera sido unos días antes haberles saludado, y en lo innatural que habría sonado ahora esa cortesía.

—¿A dónde crees que podrán llegar? —preguntó en un murmullo Roger.

—Quizá hasta Wensleydale. No lo sé. Posiblemente sobrevivan una semana, si son afortunados.

—¿Afortunados... o desafortunados?

—Sí, supongo que desafortunados.

—Miren —indicó Pirrie—. Parece que regresan.

En efecto. El grupo se había alejado ya de ellos unos setenta y cinco metros a lo largo de la carretera, cuando les vieron regresar empujando incluso los cochecitos. Al volverse, la lluvia, que hasta entonces les había dado en la espalda, azotaba ahora sus rostros. La niña, a la que el aire había quitado la capucha del impermeable, se

esforzaba sin éxito por volvérsela a poner.

Cuando se detuvieron a corta distancia, el hombre mayor dijo:

—Nos hemos preguntado si estaban ustedes aquí aguardando algo; quizá, sí podríamos ayudarles de algún modo.

Los ojos de John examinaron a aquel hombre. Se trataría de un obrero manual, el tipo de individuo que ofrendaría un fiel pero ineficaz servicio de por vida. Por sí mismo y dadas las actuales condiciones, tenía pocas probabilidades de sobrevivir, si bien su única esperanza radicaría en la posibilidad de unirse a algún pequeño jefecillo napoleónico de los valles que aceptara su inutilidad a cambio de su devoción. Sin embargo, y debido a la comitiva que le acompañaba, hasta esa posibilidad quedaba descartada.

—No —replicó John—. No pueden ustedes ayudarnos en nada.

—Íbamos a cruzar las Pennines —explicó el hombre—. Pensamos que por estas partes la situación estaría más tranquila, y nos dijimos que quizá encontraríamos una granja o algo parecido en la que pudiéramos trabajar y ganar el sustento. No somos exigentes.

Unos meses antes, la ilusión de aquella gente había sido probablemente acertar una quiniela y embolsarse 75.000 libras. Sus modestísimas esperanzas actuales contaban con las mismas posibilidades de resultar bien que la obtención de dicha ganancia. John observó a las cuatro mujeres; sólo una de ellas era lo bastante joven como para poder confiar en la supervivencia a cambio de la entrega de sus encantos sexuales, si bien aparte de su juventud no podría ofrecer otra cosa. Todos estaban sucios y empapados. Los dos niños vagaban ahora próximos a la pared donde se encontraban Ann y los demás. El chico no llevaba zapatos, sino zapatillas, las cuales, naturalmente, rezumaban agua.

—Entonces —contestó John, con aspereza—, lo mejor que pueden hacer es continuar su camino, ¿no?

—¿Cree usted que encontraremos un sitio así? —insistió el hombre.

—Quizá —respondió John.

—Todo este asunto... —intervino una de las mujeres—, no durará mucho, ¿verdad?

—Sólo hasta que el infierno se hiele —replicó Roger mirando al valle.

—¿A dónde piensan ir ustedes? —preguntó el hombre mayor—. ¿También a Yorkshire?

—No —dijo John—. Precisamente venimos de allí.

—Nosotros no tenemos preferencia por una u otra dirección. Lo único que pensamos es que cruzando las Pennines encontraríamos más tranquilidad.

—Puede ser.

—Lo que mi padre quiere decir —indicó la madre de los dos niños— es si les

importaría que les acompañáramos. Eso significaría una mayor cantidad de gente para afrontar cualquier problema que se presentara. Quiero decir..., que ustedes deben asimismo estar buscando un sitio más pacífico, ¿no? Ustedes son personas respetables, y no como esa gentuza de ahí abajo. En tiempos como los que corren, la gente respetable debe tratar de unirse.

—En este país —empezó a explicar John— habrá unos cincuenta millones de habitantes. Es probable que alrededor de cuarenta y nueve millones de ellos sean respetables y estén buscando un lugar tranquilo. Pero no hay bastantes sitios así para todos.

—De acuerdo, pero esa es la razón por la que los grupos deben juntarse. Me refiero, naturalmente, a grupos respetables.

—¿Desde cuándo están ustedes en camino? —preguntó John.

—Empezamos esta mañana... —contestó la mujer, con cierta perplejidad—. Hemos visto el fuego de Sedbergh y que estaba ardiendo la granja de los Follins, y eso no está a más de cinco kilómetros de nuestra aldea.

—Les llevamos entonces tres días de ventaja. Nosotros ya no somos gente respetable. Hemos matado a algunas personas para poder llegar hasta aquí, y es posible que tengamos que matar a más. Creo, pues, que será mejor para ustedes que sigan su camino.

Las miradas del pequeño grupo convergieron en John. El hombre mayor dijo, al fin:

—Supongo que tuvieron necesidad de hacerlo. Supongo que un nombre tiene que salvarse y salvar a su familia, y como sea. Yo me vi obligado a matar en la primera guerra, y esos tipos aún no habían incendiado Sedbergh ni quemado la granja de los Follins. Hay veces en que no queda otro remedio sino hacer ciertas cosas.

John no respondió. Junto a la pared, los dos niños se habían puesto a jugar con los otros, subiendo y bajando en una especie de complicada carrera de obstáculos. Ann se había puesto en pie y avanzaba hacia su marido.

—¿No podríamos ir con ustedes? —estaba diciendo el hombre—. Haremos lo que nos digan..., mataremos si es preciso y desempeñaremos nuestra parte de trabajo. No nos importa la dirección que lleven..., a nosotros nos parecerá bien cualquiera. Aparte de mi vida militar, he pasado toda mi existencia en Carbeck. Ahora que me he visto forzado a salir de allí, no me importa la dirección que coja.

—¿Cuántas armas llevan? —preguntó John.

—Ninguna —respondió el hombre moviendo la cabeza.

—Nosotros tenemos tres para defender a seis adultos y cuatro niños. No son suficientes. Precisamente por eso estamos aquí, aguardando a otros que lleven armas y quieran unirse a nosotros. Lo siento, pero no podemos aceptar pasajeros.

—¡Pero nosotros no seríamos pasajeros! Yo puedo desempeñar un montón de

funciones. Puedo disparar inclusive, si consiguen otra arma. Fui un buen tirador en el cuerpo de fusileros.

—Si fueran usted y su compañero solos, podrían venir con nosotros. Pero con cuatro mujeres y dos niños... no podemos cargarnos de más obstáculos.

Aunque había cesado ya la lluvia, el cielo era gris y disforme, y hacía más bien fresco. El hombre más joven, que aún no había abierto la boca para hablar, tiritó de frío y se arrebujó todavía más en su sucio chubasquero.

—Disponemos de comida —observó desesperadamente el individuo mayor—. En uno de los cochecitos hay tocino...

—También nosotros tenemos bastantes víveres. Matamos para conseguirlos y podemos volver a matar.

—No nos rechacen —pidió la madre—. Piensen en los niños. No es posible que ustedes nos despidan con los niños.

—Estoy pensando en mis propios niños —replicó John—. Si fuera capaz de pensar en otros, tendría que preocuparme de millones de ellos. Si yo fuera ustedes, seguiría andando. Si quieren encontrar ese sitio de paz que buscan, háganlo antes de que lo halle el populacho.

En su mirada había ahora entendimiento de lo que John había dicho, pero indisposición a creer que éste pudiera rechazarles.

—Podríamos llevarles, ¿no? —intervino Ann, que se hallaba junto a su marido—. Los niños...

Vaciló al sentir los ojos de John clavados en los suyos; pero reaccionó diciendo:

—Sí..., no he olvidado lo que yo dije acerca de Spooks. Pero estaba equivocada.

—No —contestó él—. Estabas en lo cierto. No hay lugar ya para la compasión.

—No digas eso —pidió Ann, horrorizada.

—La compasión siempre ha sido un lujo —indicó John señalando el humo que se alzaba del valle—. Eso está muy bien si la tragedia se halla a bastante distancia, si la puedes contemplar desde la barrera. Es distinto cuando la tienes en la puerta, en cada puerta.

Olivia había venido también desde el otro grupo. Jane, que había hecho poco caso de Olivia después de su reacción por ir con Pirrie, se había acercado asimismo a los que discutían, pero se había colocado junto a Pirrie. Este la echó una profunda mirada, pero no dijo nada.

—No sé qué mal puede reportarnos el que vengan con nosotros —medió Olivia—. Es posible que hasta nos sirvieran de ayuda.

—Fíjate en que han dejado que el niño viniera en zapatillas —explicó John—, y con este tiempo. Debías de haber comprendido ya, Olivia, que no sólo el más débil, sino el menos eficiente son quienes corren más riesgo de sufrir el desastre; no nos serían de ayuda, sino de estorbo.

—Le dije que se pusiera las botas —respondió la madre del niño—. No nos dimos cuenta de que no se las había puesto hasta hallarnos a unos cuatro kilómetros de la aldea. Y entonces no nos atrevimos a volver.

—Ya me lo supongo —contestó, aburrido, John—. Lo único que digo es que no hay opción ya a olvidar las cosas, aunque sean mínimas. Si usted no se dio cuenta de los pies de su hijo, es posible que no note algo de mayor importancia. Y como consecuencia muriera alguien de nosotros. Yo no quiero correr ese riesgo. Mejor dicho, no quiero correr ningún riesgo. —Roger... —llamó Olivia.

—La situación ha cambiado en los tres últimos días —replicó Roger, con un movimiento de la cabeza—. Cuando Johnny y yo tiramos aquella moneda al aire, la verdad es que no me lo tomé demasiado en serio. Pero él es ahora el jefe, ¿no? El está dispuesto a cargárselo todo sobre su conciencia, y eso nos deja a los demás al margen. Por otro lado, probablemente está en lo cierto.

Los recién llegados habían seguido absortos el intercambio de palabras. Ahora el hombre mayor, viendo que con el asentimiento de Roger se esfumaban sus esperanzas, meneó la cabeza. Sin embargo, la madre de los niños no era tan fácil de convencer.

—Podemos seguirles —dijo—. Podemos quedarnos aquí hasta que echen ustedes a andar y luego seguirles. No pueden impedir hacer eso.

—Mejor será que se vayan —indicó John—. No tiene sentido el continuar hablando.

—¡No; nos quedaremos aquí! No pueden obligarnos a marchar.

—No podemos obligarles a marchar —intervino Pirrie, por vez primera, al tiempo que acariciaba su rifle—; pero sí que podemos obligarles a que se queden aquí después de irnos nosotros. Creo que es mucho más sensato que se vayan ahora.

—Usted no haría eso —contestó la mujer, sin convicción.

—Sí que lo haría —medió Ann, con amargura—. Dependemos de él. Váyanse, por favor.

La mujer miró intensamente a cada uno de los rostros que tenía ante sí. Después se volvió y llamó a sus hijos:

—¡Bessie! ¡Wilf!

Los niños se apartaron de sus nuevos compañeros con desgana. Como en cualquier ocasión en la que unos niños se relacionan por primera vez, el capricho de los padres iba a quebrar aquella incipiente amistad. Ann observó su aproximación.

—Por favor, John... —dijo a su marido.

—Tengo que hacer lo que más nos convenga a nosotros —indicó, a la vez que negaba con la cabeza—. Hay millones de ellos..., estos son sólo los que vemos.

—La caridad debe ser para los que vemos.

—Ya te lo he dicho..., la caridad, la compasión..., todo eso proviene de una

situación estable y de dinero de sobra. Pero ahora estamos en la bancarrota.

—¡Custance! —llamó de pronto Pirrie—. Mire allí, en la carretera.

Entre Baugh Fell y Rise Hill, la carretera ascendía recta durante un trecho de más o menos un kilómetro. En el otro vieron a una serie de figuras que bajaban andando.

Se trataba de una partida numerosa, compuesta de siete u ocho hombres, además de mujeres y algunos niños. Caminaban con confianza, y a pesar de encontrarse todavía lejos, a juzgar por unos destellos metálicos que se veían, parecía que llevaban armas.

—¡Eso es lo que queríamos! —exclamó John, con satisfacción.

—Si hablan —replicó Roger—. Quizá sean de la clase de gente que dispara primero. ¿Por qué no nos ponemos detrás de la pared antes de iniciar el diálogo?

—Si lo hiciéramos, les daríamos probablemente razones para disparar primero.

—Por lo menos las mujeres y los niños...

—Lo mismo da. Y los suyos van al descubierto.

—¿Podemos quedarnos con ustedes hasta que se vayan? —preguntó el hombre mayor del otro grupo.

John estaba a punto de negárselo cuando advirtió una mirada de inteligencia por parte de Pirrie. Este asintió ligeramente con la cabeza. John captó la indicación: aumento de personas temporal, por si sólo era el número y no la fuerza lo que desequilibraba la balanza.

—Si les apetece —contestó con indiferencia.

Se quedaron contemplando el acercamiento de la otra partida. Al poco tiempo, Bessie y Wilf regresaron a la pared, en donde seguían jugando los otros niños.

La mayoría de los hombres en movimiento parecía portar armas. John pudo hasta discernir el calibre de algunas de ellas; había un par de rifles del .300 procedentes del ejército, un Winchester .202 y las inevitables escopetas. Con creciente seguridad, pensó: esto es lo que necesitamos. Consideró que aquello sería suficiente para atravesar cualquier tipo de caos hasta llegar a Blind Gilí. El único problema era el de hacer que aquella gente se les uniera.

John había esperado que se detuvieran a corta distancia, pero al no recelar ni dudar de su capacidad para salir de cualquier apuro, continuaron sin pararse. Su cabecilla era un hombre voluminoso de rostro sanguíneo y pesado. En el cinto de cuero llevaba colgado un revólver. Cuando pasaron junto al grupo de John, aquel hombre miró a éstos con indiferencia. Era otra buena señal de que no codiciaba las armas que pudieran tener otros; o al menos no las codiciaba lo bastante como para luchar incluso por ellas.

—Aguarde un momento —pidió John.

El hombre se detuvo para mirar a John con un gesto deliberado; evidentemente lo hizo para impresionar. Al hablar se notó que su acento era de cerrado Yorkshire.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Me llamo John Custance. Nos dirigimos a un lugar que conozco, en las montañas. Mi hermano tiene tierras en un valle que es ciego en un extremo y sólo tiene unos metros de abertura en el otro. Una vez dentro, puede defenderse contra un ejército. ¿Les interesa?

Después de considerarlo por un momento, el cabecilla contestó:

—¿Con qué objeto nos lo dice a nosotros?

—La situación allí abajo —indicó John, señalando hacia el valle— es muy problemática. Demasiado difícil para una pequeña partida como la nuestra. Estamos buscando acompañantes.

—Lo que sucede —respondió el hombre— es que nosotros no queremos cambiar. Las cosas nos van muy bien.

—Les va bien ahora —insistió John—, que hay patatas en el campo y carne para saquear en las granjas. Pero la carne se agotará antes de lo que se imagina y luego no podrá encontrar más. Como tampoco habrá patatas en los campos el año próximo.

—Yo resolveremos ese problema cuando llegue la ocasión.

—Yo puedo adelantarles cómo. Convirtiéndose en caníbales. ¿Les agrada la idea?

Aunque el cabecilla seguía mostrando una desdeñosa hostilidad, John creyó captar algunas reacciones positivas en los seguidores de aquél. Probablemente, no llevarían mucho tiempo juntos y casi con seguridad que en el grupo había opiniones divergentes y quizá hasta contrarias.

—A lo mejor nos gusta entonces —replicó el hombre—. Ahora mismo no sé cómo le guisaría a usted.

—Allá usted —dijo John.

Y mirando al grupo que había detrás del cabecilla, contó cinco mujeres y cuatro niños de entre cinco y quince años, aparte de los hombres. En seguida añadió:

—Quienes no encuentren un fructífero terreno que puedan conservar, acabarán siendo salvajes, eso si sobreviven. Quizá les complazca eso a ustedes, pero no a nosotros.

—Le diré lo que a mí no me complace, señor: la palabrería. Nunca he tenido tiempo para los charlatanes.

—No va a tener usted necesidad de hablar durante unos cuantos años —cortó John—. Se verá obligado a utilizar nuevamente gruñidos y el lenguaje por señas. Me he dirigido a usted porque tenía algo que decirle, y si tuviera sentido común se daría cuenta de que les conviene escucharme.

—Con que nos conviene a nosotros, ¿eh? ¿Por qué no dice mejor que nos ha hablado por conveniencia de ustedes?

—Sería del género tonto si no fuese así. Pero ustedes pueden aprovecharse de las circunstancias. Nosotros necesitamos ayuda temporal para poder llegar a los

dominios de mi hermano. A cambio les ofrecemos un sitio en el que será posible vivir en paz y criar a los hijos para que sean algo mejor que animales salvajes.

El hombre se volvió para mirar a sus seguidores, como sintiendo el efecto que estaban produciendo en ellos las palabras de John. Incómodo, contestó:

—Nada más que palabrería. ¿Cree usted que vamos a aceptar por las buenas lo que dice y a meternos entre los gansos salvajes de las montañas?

—¿Y es que tienen ustedes algún sitio mejor para ir? Mejor dicho, ¿tienen ustedes siquiera algún sitio a donde ir? ¿Qué perjuicio les va a reportar el que vengan con nosotros y comprueben por sí mismos lo que les digo?

Aunque la actitud del cabecilla siguió siendo hostil, se apreció claramente que los argumentos de John le habían desconcertado. Por último, preguntó a sus seguidores:

—¿Qué pensáis vosotros?

—Yo creo que no nos perjudicaría ir y echar una ojeada a ese valle —respondió un individuo moreno y corpulento.

Inmediatamente se produjo en el grupo un murmullo de asentimiento. El cabecilla de la cara rojiza se volvió hacia John, diciendo:

—De acuerdo. Enséñenos el camino que conduce a ese valle de su hermano. Ya veremos lo que nos parece cuando lo veamos. Por cierto, ¿hacia dónde cae?

Dispuesto a no revelar la situación de Blind Gilí, y ni siquiera a nombrarlo, John iba a dar ya una respuesta evasiva cuando intervino Pirrie con frialdad:

—Eso no es asunto suyo, sino del señor Custance. El es quien manda aquí. Por tanto, hagan lo que él les diga y todo irá bien.

John oyó el suspiro de desmayo que exhaló Ann. Ni siquiera él encontraba justificación para la insolencia de Pirrie, reflejada tanto en los modales como en el contenido de sus palabras; aquella actitud sólo podría reafirmar la hostilidad del cabecilla del otro grupo. Aunque pensó en decir algo que limara la aspereza de la frase, se detuvo por dos razones: primera, porque comprendió que probablemente no iba a remediar la situación, y segunda, porque desde hacía tiempo tenía una gran confianza en el buen juicio de Pirrie. Este, indudablemente, sabía lo que se estaba haciendo.

—Con que esas tenemos, ¿eh? —replicó el hombre—. Hemos de hacer lo que nos diga Custance, ¿verdad? Vuelva a considerar eso de nuevo, amigo, porque soy yo quien da las órdenes a los míos, y si ustedes se incorporan a nosotros, tendrán también que obedecerme.

—Usted es un hombre grandón —observó Pirrie, con ojos especulativos—, pero lo que la situación requiere es cerebro. Y me da la impresión de que anda usted escaso de eso.

Las palabras del individuo de la cara sanguínea salieron ahora de sus labios con incongruente blandura:

—No me gusta quitarles nada a los gilipuetas, precisamente porque son gilipuetas. Ahora no hay ningún policía a la vuelta de la esquina. Yo tengo mis propias normas, y una de ellas es que la gente que me rodea debe ser educada.

Para subrayar su dicho el hombre golpeó ligeramente el revólver que colgaba de su cinto. Al verlo hacer eso, Pirrie levantó su rifle. El cabecilla, ahora irritado de veras, empezó a sacar la pistola. Sin embargo, el cañón se hallaba todavía dentro de la funda cuando Pirrie hizo fuego. Disparada a tan corta distancia, la bala levantó al individuo rechoncho del suelo y lo arrojó de espaldas contra la carretera. Pirrie, con el rifle dispuesto de nuevo, se mantuvo alerta.

Algunas de las mujeres gritaron. Los ojos de John se dirigieron a los hombres que tenía enfrente. Había reprimido el impulso de alzar su propia escopeta y se alegró al comprobar que Roger tampoco se había movido. Aunque dos o tres de los otros individuos habían intentado coger sus armas, el incidente se había desarrollado con demasiada celeridad y les había sorprendido. Con todo, uno de ellos había llegado a medio levantar su rifle. Pero Pirrie, sin demostrar preocupación, había dirigido hacia él la boca de su arma y el hombre se vio obligado a desistir.

—Es una lástima —comentó John mirando a Pirrie—. Pero no debió amenazar a nadie con una pistola si no estaba seguro de poder disparar primero. Bueno, la oferta sigue en pie. Aceptamos a todo aquel que quiera unirse a nosotros en nuestra marcha hacia el valle.

Una de las mujeres se había arrodillado junto al hombre caído. Al levantarse, dijo:
—Está muerto.

Asintiendo con la cabeza, John preguntó a los otros:

—¿Se han decidido ya?

—Reconozco que se lo ha buscado él solo —observó el hombre rollizo que había hablado antes—. Yo voy con ustedes. Me llamo Parsons, Alf Parsons.

Lentamente, casi con una disposición de rito, Pirrie bajó su rifle. Luego se acercó al cadáver, sacó de la funda el revólver y se lo entregó a John. Después se dirigió a los recién llegados:

—Me llamo Pirrie, y el que está a mi derecha es Buckley. Como he dicho antes, quien manda aquí es el señor Custance. Aquellos que deseen unirse a nuestra pequeña partida, que se acerquen y estrechen la mano con el señor Custance al tiempo que se identifican. ¿De acuerdo?

Alf Parsons fue el primero en acercarse, pero los otros se alinearon tras él. Ahora, más que nunca, se estaba llevando a cabo un ritual. A su tiempo, quizás llegara incluso la inclinación de la rodilla, pero de momento aquellos apretones de manos simbolizaban claramente la rendición de lealtad.

John mismo vio en ello un acrecentamiento de su poder. La jefatura de su pequeño grupo, que al principio había sido accidental, cobraba un nuevo significado

con este compromiso de fidelidad expresado por los seguidores de otro hombre. Aquello era un retorno al sistema de caudillaje feudal, y él se sorprendió al comprobar que no sólo lo consentía, sino que también le procuraba un gran placer. Al estrechar las manos con él, los hombres se fueron presentando: Joe Harris... Jess Awkright... Bill Riggs... Andy Anderson... Will Secombe... Martín Foster.

Las mujeres no le dieron la mano. Únicamente fueron presentadas por sus maridos:

—Mi esposa, Alicia —dijo Awkright.

—Mi mujer, Sylvie —indicó Riggs.

—Mi mujer, Hilda, y mi hija Hildegard —presentó Foster, un hombre de pelo canoso y rostro delgado.

—Aquella —señaló Alf Parsons— es Emily, la esposa de Joe Ashton, el muerto. Se encontrará mejor cuando se reponga del choque. Por otro lado, Joe tampoco la trató nunca bien.

Cuando todos los seguidores del cabecilla muerto hubieron estrechado la mano de John, el hombre mayor del primer grupo, que estaba junto al nuevo jefe, preguntó:

—¿Ha cambiado de parecer, señor Custance? ¿Podemos ir con todos ustedes?

John comprobaba ahora que, con el aumento de fuerza, cualquier caudillo feudal habría sido capaz de conceder su auxilio al débil como acto de simple vanidad. Después de la entronización, el tono suplicante de los mendigos sonaba doblemente dulce. Era divertido.

—Pueden venir —contestó.

Y arrojándole la escopeta que él había llevado hasta entonces, continuó:

—Tenga. Después de todo hemos conseguido otra arma.

Cuando Pirrie mató a Joe Ashton, los niños, que se encontraban jugando junto a la pared, se quedaron paralizados de temor. Sin embargo, pronto volvieron a su anterior actividad, y ahora, una vez abreviadas las infantiles presentaciones, el nuevo conjunto de niños estaba ya incorporado al juego.

—Señor Custance —dijo el hombre mayor—, me llamo Noah Blennitt. Aquél es mi hijo Arthur, y ésa mi esposa, Iris; su hermana Nelly, mi hija más joven Barbara y mi hija casada Katie. Su marido se quedó en el sur, al pararse los trenes. Todos nosotros le estamos muy agradecidos, señor Custance, y le serviremos con fidelidad.

La mujer a la que había llamado Katie echó una mirada a John en la que se apreciaba inquietud y blandura.

—¿No sería buena idea tomar todos un poco de té? —preguntó—. Tenemos una lata llena de té y algo de leche en polvo. El agua lo podemos coger del arroyo.

—Sería una magnífica idea —replicó John— si hubiera dos trozos de leña seca en treinta kilómetros a la redonda.

La joven, superada ahora la inquietud por un tímido triunfo y el deseo de agradar,

manifestó con vehemencia:

—Eso también está resuelto, señor Custance. Llevamos un hornillo en el equipaje.

—Entonces, adelante. Tomaremos el té de la tarde antes de ponernos en camino.

Y echando una ojeada al cadáver de Joe Ashton, ordenó:

—Pero primero que alguien quite ese cuerpo de ahí.

Dos de los anteriores seguidores de Joe Ashton se apresuraron a hacer lo que había mandado.

Pirrie se colocó al lado de John cuando empezaron a andar otra vez; a un gesto de Pirrie, Jane se había colocado detrás y caminaba a unos diez pasos de ellos. Al igual que había hecho Joe Ashton, John iba a la cabeza de la columna, que ahora alcanzaba el impresionante número de treinta y cuatro personas: una docena de hombres, otra de mujeres, y diez niños. John había designado a cuatro hombres para que fueran con él a la vanguardia, y a cinco para que acompañaran a Roger en la retaguardia. En cuanto a Pirrie, ya había quedado especificada su condición de hombre errante. Podía caminar en el lugar que prefiriera.

Mientras bajaban hacia el valle por la carretera, yendo algo apartados de los otros acompañantes, John comentó:

—Ha salido bien. Pero ha sido un poco arriesgado.

—No lo creo —respondió Pirrie moviendo la cabeza—. Lo arriesgado, y mucho, hubiera sido no matarle. Aun cuando hubiera aceptado que usted dirigiera al grupo, pienso que no habríamos podido confiar en él.

—¿Tan esencial es que yo gobierne la partida? —preguntó John, mirándole fijamente—. Al fin y al cabo, lo único importante es llegar a Blind Gilí.

—Eso es lo que más importa, es cierto, pero no creo que debemos ignorar la cuestión de lo que va a pasar cuando lleguemos allí.

—¿Cuando lleguemos allí?

—Es probable que su valle sea pacífico y privado, pero tendrá que tener algunas defensas, aunque sean menores. Porque de lo que no hay duda es de que sufrirá asedios. Consecuentemente, habrá que establecer algo parecido a la ley marcial, y será preciso que una persona la decrete.

—No veo el porqué. Seguramente... bastará con una especie de comisión, compuesta de miembros elegidos, y autorizada para tomar decisiones.

—Me parece —insistió Pirrie —que el tiempo de las comisiones se ha acabado ya.

Sus palabras resultaban ser un eco de los pensamientos que el propio John había tenido un momento antes; por esa causa contestó con cierto enfado:

—Y ha vuelto la época del noble feudal, ¿verdad? En cuanto perdamos la fe en nuestra capacidad de resolver democráticamente los problemas...

—¿Lo cree usted así, señor Custance?

Pirrie había puesto un ligero énfasis en la palabra «señor», como para aclarar que a partir de la muerte de Joe Ashton la expresión se había convertido de algún modo en un título. Excepto para Ann, Roger y Olivia, John era ahora el señor Custance; a los demás se les llamaba por el nombre o por el apellido. Era un detalle pequeño, pero no insignificante. John no pudo por menos que preguntarse si Davey, a su

debido tiempo, sería también señor por derecho de sucesión. La extravagante reflexión le hizo sentirse incómodo.

—Si ha de haber alguien que gobierne las cuestiones del valle —cortó fríamente John—, ése será mi hermano. La tierra es suya y él es la persona más indicada para cuidarla.

Pirrie se limitó entonces a levantar los brazos en un pequeño gesto de resignación burlona, al tiempo que concluía:

De cualquier modo no habrá comisión. No lo lamento. Esa es otra de las razones por las que usted debe estar al mando de la partida que llegue a Blind Gilí. Alguna otra persona no estaría tan dispuesta a considerar ese punto de su hermano. Al bajar al valle y pasar junto a los signos de la destrucción, comprobaron que si desde cotas más altas ya habían sido evidentes los destrozos, de cerca el asolamiento era brutal. Los habitantes que aún quedaban les rehuían; no les tentaba pedir ayuda a un grupo armado. Al acercarse a las ruinas de Sedbergh vieron que una partida, de aproximadamente el mismo número que la de ellos, salía del pueblo. Las mujeres lucían joyas de, al parecer, mucho precio, y uno de los varones iba cargado con distintas piezas de una vajilla de oro. El hombre, aun cuando se dio cuenta de que John le estaba observando, arrojó al suelo algunas de ellas por considerarlas demasiado pesadas. Otro de los hombres se agachó a coger una, la sopesó durante un instante, y la volvió a tirar al suelo soltando a la vez una risotada. El grupo continuó la marcha, manteniéndose alejado de John y sus seguidores, mientras el brillo del oro caído contrastaba con el color parduzco de la tierra pelada.

Cuando comenzaron el ascenso hacia el valle de Lune, procedente de una granja aislada, escucharon un agudo y continuo grito que inquietó a los niños y a algunas de las mujeres. En el exterior de la granja, y haraganeando, se encontraban dos o tres hombres armados. John pasó de largo con su acompañamiento, y los gritos se perdieron en la distancia.

Los Blennitt habían abandonado su cochecito de niño cuando dejaron la carretera a las afueras de Sedbergh, y llevaban sus pertenencias repartidas en zafios bultos que acarreaban los seis adultos. La andadura era evidentemente para ellos más difícil que para los demás, y no trataron de ocultar su alivio cuando en las alturas del valle de Lune, al borde de los pantanos, John dio la orden de hacer alto. Continuaba sin llover; las nubes se habían convertido en cirros y salpicaban el cielo a una considerable altura. Hacia el oeste, y por encima de las elevadas curvas de los pantanos, el sol del atardecer iluminaba las rizadas nubéculas.

—Mañana por la mañana nos las veremos con los pantanos —indicó John—. Creo que no estamos ya a mucho más de cuarenta kilómetros del valle, pero la marcha no va a ser fácil. Sin embargo, confío en que podamos alcanzarlo mañana por la noche.

Y señalando a una casa que había en una pequeña elevación por encima de ellos, y que tenía los cristales rotos, agregó:

—Aquello parece ser un buen alojamiento para pasar la noche. Pirrie, coja a un par de hombres y vaya a hacer un reconocimiento, ¿quiere?

Sin vacilar, Pirrie eligió a Alf Parsons y a Bill Riggs, quienes, al aceptar la elección, buscaron con los ojos el asentimiento de John. Luego, los tres hombres se dirigieron hacia la casa. Cuando se hallaban a unos veinte metros de distancia, Pirrie dijo a los otros dos que se pusieran a cubierto en una pequeña depresión. Mientras tanto él, con calma, apuntó y disparó una bala a través de una de las ventanas del piso superior. Después de la detonación del rifle, y del ruido que produjeron al caer las pequeñas astillas de vidrio, se hizo de nuevo el silencio.

Un minuto más tarde, la menuda figura de Pirrie se levantó y anduvo hacia la casa. Sin contar el rifle que llevaba bajo el brazo, su pinta era la de un funcionario del servicio civil que fuese a cumplir una tarea rutinaria. Al llegar a la puerta, que encontró entornada, la pegó una patada para abrirla del todo. Luego desapareció en el interior.

John se vio obligado a considerar una vez más lo temible que hubiera sido Pirrie como oponente si en lugar de orientar sus esfuerzos hacia la promoción del poder de otro, hubiera ambicionado para sí el ejercicio consciente del mando. Ahora se había metido solo en una casa, cuya condición de desocupada era únicamente un supuesto suyo. Si aquel hombre tenía nervios, difícilmente volvería a encontrarse en otra situación en la que fuera más comprensible un estado de tensión.

En una de las ventanas del piso de arriba apareció una cabeza —la cabeza de Pirrie—, que volvió a ocultarse de nuevo. Al cabo de una corta espera, le vieron salir por la puerta principal. Después de que se le unieran los otros dos hombres, se dirigió hacia donde estaba John.

—¿Y bien? —le preguntó John.

—Reconocimiento satisfactorio. Ni siquiera cadáveres. Sus habitantes deben haberse marchado antes de que llegaran los saqueadores.

—¿Ha sido saqueada?

—Hasta cierto punto. Pero no con mucha habilidad.

—Nos servirá de cobijo para esta noche —dijo John—. Las camas que hayan serán para los niños. Los demás nos arreglaremos en el suelo.

—Somos treinta y cuatro personas —replicó Pirrie, echando una ojeada a los circunstantes—. Y no es una casa muy grande. Me parece que Jane y yo correremos el riesgo de pasar la noche al raso.

Mientras pronunciaba las últimas palabras hizo una seña a la muchacha con la cabeza. Al acercarse a él, el estúpido rostro de provinciana de Jane seguía sin mostrar otra cosa que sumisión a lo inevitable. Cuando Pirrie la cogió la mano, John le dijo:

—Haga lo que guste. Le libro esta noche de la guardia.

—Gracias —repuso Pirrie—. Gracias, señor Custance.

John encontró una habitación en el piso superior que tenía dos camas, por lo que llamó a Davey y Mary para que se acostaran. No obstante, como descubrió también un lavabo en el pasillo, les envió antes a lavarse. Cuando hubieron salido sus hijos, él se sentó en una de las camas; desde allí, y a través de una ventana, se puso a contemplar el valle que llegaba hasta Sedbergh. Una perspectiva magnífica. Quienquiera que hubiera vivido en aquella casa —pensó—, probablemente habría estado de acuerdo con cualquier indicación, si es que ésta era necesaria, en el sentido de que las posesiones inmateriales eran tan inseguras como las materiales.

Su breve reflexión fue interrumpida por la entrada de Ann en la alcoba. La mujer parecía cansada. John, al tiempo que hacía un gesto hacia la otra cama, invitó: —Acuéstate. Acabo de mandar a los niños a asearse.

Ann, empero, se quedó de pie, mirando por la ventana.

—Todas las mujeres me preguntan a mí —dijo—. ¿Qué carne vamos a cenar esta noche?... ¿Podemos poner las patatas y confiar en que conseguiremos más mañana?... ¿Las hacemos asadas o las pelamos para hacerlas de otro modo?... ¿Por qué a mí?

—¿Y por qué no? —contestó él, mirándola.

—Porque aunque a ti te guste ser el amo y el señor, eso no quiere decir que yo quiera ser la señora.

—Quítatelas de encima entonces.

—Ya les he dicho que hagan todas las preguntas a Olivia.

—Delegación de responsabilidades —repuso John, riendo—. Eso es lo que hace una buena ama.

—¿Era preciso todo esto?... —quiso saber ella después de una pausa—. ¿Unirnos a esa gente y convertirnos en un ejército?

—No —respondió él, moviendo la *cabeza*—, de ningún modo. Por lo menos no era necesario aceptar a los Blennitts. Pero fuiste tú quien quiso que vinieran, ¿recuerdas?

—Yo no *quise* que vinieran. Lo que ocurre es que me pareció horrible abandonar a los niños. Y además no me refería a ellos... me refería a los otros.

—Con los Blennitts, y únicamente los Blennitts, hubieran aumentado muchísimo las posibilidades en contra de llegar al valle. Con estos otros lo lograremos con más facilidad.

—Guiados por el general Custance, ¿no? Y con la hábil ayuda de su principal asesino, Pirrie.

—Subestimas a Pirrie si piensas que es sólo un asesino.

—No. No me preocupa lo maravilloso que es. Es un asesino, y me desagrada.

—También soy yo un asesino —replicó él, mirándola con fijeza—. Mucha gente, que jamás hubiera pensado serlo, lo es.

—No es preciso que me lo recuerdes. Pero Pirrie es distinto.

—Le necesitamos... —dijo John, encogiéndose de hombros—, hasta que lleguemos a Blind Gilí.

—¡No paras de decir eso!

—Pero es que es cierto.

—John —llamó ella, cruzando sus ojos con los suyos—, lo que me espanta de verdad es la forma en que te está transformando. Te estás convirtiendo en una especie de jefe de una banda de gangsters... Los niños están empezando a cogerte miedo.

—Si algo me está cambiando —repuso él, enfadado—, no es Pirrie, sino algo más impersonal: el tipo de vida que tenemos que vivir. Voy a llevaros al valle, a todos, y nada puede detenerme. Me pregunto si comprendes lo bien que hemos hecho las cosas para poder llegar hasta aquí. Fíjate en esta tarde, con el valle como si fuera un campo de batalla, y eso es sólo una simple pendencia comparado con lo que está sucediendo en el sur. Nosotros, sin embargo, estamos ya aquí y podemos ver con optimismo el resto del viaje. Pero no podremos cantar victoria hasta entrar en el valle.

—¿Y cuando estemos dentro?

—Ya te lo he dicho —respondió él con paciencia—. Aprenderemos a vivir de nuevo con normalidad. No pensarás que a mí me gusta todo esto, ¿verdad?

—No lo sé —contestó Ann, dirigiendo ahora sus ojos hacia la ventana—. ¿Dónde está Roger?

—¿Roger? No le he visto.

—El y Olivia son quienes transportan a Steve desde que tú estás tan ocupado con la jefatura. Se quedaron rezagados. Cuando llegaron a la casa sólo encontraron libre el lavadero.

—¿Por qué no ha venido a verme?

—No ha querido molestarte. Cuando llamaste a Dave y, Spooks se quedó donde estaba; no se le ocurrió venir con él ni Davey pensó en invitarle. Eso es lo que quise indicar cuando dije que los niños estaban empezando a temerte. John no respondió. Se limitó a salir de la alcoba para llamar desde el descansillo:

—¡Rodge! Sube, hombre. Y Olivia y los niños, claro.

—Ahora te muestras paternalista —dijo Ann, detrás de él—. No creo que así vayas a arreglar las cosas.

John se volvió y la cogió por los brazos furiosamente.

—¡Escucha! —exclamó—. Mañana por la noche todo esto se habrá acabado. Entregaré a Dave el mando y me pondré a aprender el modo de ser patatero y remolachero. Me verás convertir en un viaje torpe, aburrido y calloso..., ¿te parece bien?

—Si pudiera creerlo...

—Te lo aseguro —insistió él, besándola.

En aquel momento llegó Roger con Steve, y a corta distancia detrás, Spooks.

—Olivia sube ahora, Johnny.

—¿Qué demonios hacíais en el lavadero? —preguntó John—. Hay aquí sitio suficiente. Podemos juntar esas camas y acostar a los niños en ellas. Los demás tenemos un fabuloso y blando suelo. Fijaos en las alfombras nuevas que hay en las habitaciones; nuestros huéspedes deben haber sido gente de dinero. En aquel ropero hay mantas.

Mientras hablaba se dio cuenta de que su tono era demasiado cordial, pues contaba con la clásica afabilidad del hombre que favorece a sus inferiores. El cambio, empero, era irreversible, ya que ambos amigos habían contribuido al distanciamiento en las relaciones y eran impotentes para volver a la antigua situación.

—Eso es muy generoso por tu parte, Johnny —observó Roger—. El lavadero estaba bien, aunque olía a cucarachas. Vosotros dos, id a hacer cola para lavaros.

—Allá van aquéllos —comentó Ann, que se hallaba mirando por la ventana.

—¿Aquéllos? —repitió John—. ¿Quiénes?

—Pirrie y Jane... Supongo que irán a dar un paseo antes de cenar.

Olivia había entrado en la habitación cuando Ann estaba hablando. Comenzó a decir algo, pero luego de mirar a John se detuvo.

—Pirrie el galanteador —dijo Roger—. Muy animado para su edad.

—Tú estás a cargo de los cuchillos —indicó Ann a Olivia—. Procura que cuando Jane venga a cenar se quede con uno bien afilado; y dila que no hay prisas en que lo devuelva.

—¡No! —exclamó con vehemencia involuntaria John.

Luego, dándose cuenta de la emoción contenida en su tono, moderó la voz para agregar:

—Necesitamos a Pirrie. La chica ha tenido suerte con él. En realidad, puede considerarse afortunada por estar viva.

—Creía que ya podíamos enfocar este asunto desde otro punto de vista —respondió Ann—. Había pensado que mañana por la noche la situación volvería a la normalidad. ¿Te interesas verdaderamente por Pirrie porque le consideras esencial para nuestra seguridad, o porque resulta que ahora te agrada como persona?

—Ya te lo he dicho otras veces —repuso, molesto, John—. No quiero correr riesgos. Quizás no le necesitemos mañana, pero eso no significa que vaya a alegrarme la idea de que incitéis a la muchacha para que le degüelle durante la noche.

—A lo mejor lo intenta por sí sola —intervino Roger.

—Si es así —quiso saber Ann—, ¿qué harás tú, John? ¿La ejecutarás por alta traición?

—No. La abandonaremos.

—Sí. Creo que lo harías —replicó Ann, mirándole con fijeza.

—El mató a Millícent —habló Olivia por primera vez.

—Y no le abandonamos a él, ¿verdad? —contestó John con exasperación—. ¿Pero es que no os dais cuenta de que la justicia y la participación honradas no sirven de nada mientras uno no tiene unas murallas tras las que refugiarse de los bárbaros? Pirrie es más útil que cualquiera de nosotros. Jane es como los Blennitts, una pasajera, una rémora incluso. Podrá continuar mientras pueda andar por sí misma, pero no de otro modo.

—Tiene realmente madera de jefe —dijo Ann, dirigiéndose a los otros—. Fijaos en la dedicación que hay en sus palabras; sorprende más por su convicción que por lo que él piensa que es justo porque lo piensa.

—Sí que es justo —respondió, acalorado, John—. ¿Tienes algún argumento para refutarlo?

—No —repuso ella, observándole fijamente—. Ninguno que tú estés dispuesto a aceptar.

—¡Rodge! —invocó John—. Tú ves sentido en lo que digo, ¿verdad?

—Sí, veo el sentido —repuso el aludido.

Y casi justificándose, añadió:

—Pero también veo sentido en lo que dice Ann. No te estoy censurando, Johnny. Tú te has impuesto la tarea de llevarnos al valle, y eso lo antepones a cualquier cosa. Y Pirrie se ha convertido en la persona de tu confianza.

John iba ya a discutir el argumento cuando, al ver a los tres frente a él, le vino a la memoria la forma en que se habían agrupado. Algún tiempo atrás los cuatro habían estado muy unidos en sus opiniones, en sus viajes a la costa, o jugando al bridge por la noche, etc. El recuerdo de todos estos detalles le hizo comprender quién era él y quiénes eran ellos: Ann, su esposa, y Roger y Olivia, sus mejores amigos.

—Sí —replicó luego de una ligera vacilación—. Creo que también yo me doy cuenta. Mirad... Pirrie me importa un comino.

—Me parece que sí que te importa —observó Roger—. Os compenetráis muy bien los dos. No se trata sólo de su utilidad. Una vez más, Johnny, no te estoy criticando. Yo no habría podido hacerme cargo de la situación porque me hubiera faltado aguante para algunas cosas. Pero de haber sido capaz de ir adelante, hubiera pensado lo mismo de Pirrie.

Hubo una pausa antes de que John replicara:

—Cuanto antes lleguemos al valle, mejor. Será formidable poder volver a la normalidad.

—¿Estás seguro de que lo quieres así, Johnny? —preguntó Olivia con ojos inquisitivos.

—Sí. Completamente. Pero si en vez de ser un día lo que nos queda de esta pesadilla, fuera un mes, no estaría tan seguro.

—Hemos hecho cosas bestiales —comentó Ann—. Quizás unos más que otros, pero todos algo... aunque sólo sea la aceptación de lo que nos ha dado Pirrie. Me pregunto en ocasiones si podremos llegar a olvidar todo esto.

—Ya hemos pasado lo peor —indicó John—. La marcha será ahora en llano y más fácil.

Mary y Davey regresaron corriendo del lavabo. Venían riendo y gritando, haciendo demasiado ruido.

—Callaos —dijo John.

El no creía haber hablado de modo distinto a lo acostumbrado. En el pasado, la orden habría tenido poco o ningún efecto. Sin embargo, ahora los niños se habían quedado callados y quietos mientras miraban a su padre. Ann, Roger y Olivia también se le quedaron mirando.

—Mañana por la noche estaremos con el tío David —comentó John, inclinándose hacia Davey—. ¿No te gusta la idea?

—Sí, papá —replicó el niño.

Aunque el tono de la voz era entusiasta, se notaba que estaba atemperado por una excesiva sumisión.

No había amanecido todavía cuando John fue despertado por el disparo de un rifle; ya medio incorporado, oyó otro tiro procedente de algún lugar de fuera de la casa. Agachado, echó mano de su revólver mientras llamaba a Roger, quien le contestó con un gruñido.

—¿Qué pasa? —preguntó Ann.

—Probablemente nada de mucha importancia. Quizás un vagabundo al que le gustan las cosas ajenas. Tú y Olivia quedaros aquí, con los niños. Nosotros vamos a echar un vistazo.

El centinela debía estar vigilando en el exterior, pero Joe Harris, que era quien tenía ese cometido ahora, estaba dentro de la casa, agachado y mirando a través de una ventana. A la luz de la luna que penetraba por aquel sitio, los ojos de Joe resplandecían.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber John.

—Los he visto cuando me encontraba afuera —contestó Harris—. Subían del valle por el camino de Sedbergh. Pensé que sería mejor no advertirles de nuestra presencia en caso de que pasaran de largo; por eso me metí en la casa, con el fin de vigilarles desde aquí.

—¿Y bien?

—Se dirigieron hacia aquí. Cuando estuve seguro de que se nos estaban

aproximando, disparé sobre el tipo que venía delante.

—¿Le dio?

—No. Creo que no. Otro de ellos abrió fuego sobre mí, y luego se escondieron en los arbustos. Aún están allí, señor Custance.

—¿Cuántos son?

—Es difícil de decir, con esta oscuridad. Puede que sean una docena... o quizás más.

—¿Tantos?

Por eso pensé que pasarían de largo.

—¡Rodge! —llamó John.

—Sí —contestó Roger, que estaba junto a la puerta de la habitación.

Había asimismo otros con Roger, pero permanecían silenciosos.

—¿Están los demás arriba?

—Ahí, en la sala, hay tres o cuatro de ellos.

La voz de Noath Blennitt surgió de pronto muy cerca de John.

—Aquí estamos también Arthur y yo, señor Custance.

—Roger —ordenó John—, manda a un hombre a la alcoba de atrás para que vigile la ventana, no vaya a ser que nos den un rodeo. Pon otros dos hombres en cada una de las habitaciones delanteras. Noath, vaya usted a situarse en la ventana del otro piso. Le daré tiempo para que pueda hacerse cargo de la posición. Cuando yo diga les lanzaremos una descarga. Quizás les impresionemos lo bastante como para que se alejen de aquí. Si no lo conseguimos, que cada cual elija su blanco. Contamos con la ventaja del terreno. Naturalmente, las mujeres y los niños que no se acerquen a las ventanas.

John oyó cómo se alejaban los hombres cuando Roger les pasó las instrucciones. En la alcoba de al lado empezó a llorar un niño: Bessie Blennitt. Al mirar por la puerta vio a la niña sentada sobre una cama improvisada. Su madre estaba calmándola.

—Yo la llevaría a la parte de atrás —dijo él—. Aquí se armará mucho alboroto.

Quedó sorprendido por su propia dulzura. Katie Blennitt contestó:

—Sí, señor Custance, la llevaré allí. Ven tú también, Wilf. Ya veréis qué bien vamos a estar. El señor Custance va a cuidar de vosotros.

—Ustedes pueden ir igualmente a la parte trasera de la casa —indicó John a las otras mujeres.

Luego, al arrodillarse junto a Joe Harris, preguntó:

—¿No ha visto nada?

—Me ha parecido ver que se movía algo. Pero las sombras son tan juguetonas...

John clavó los ojos en el huerto, iluminado por la luz de la luna. No había ni rastro de nubes en un cielo plagado de estrellas, circunstancia que influía en la suerte

de ambos bandos. La luz de la luna proporcionaba a los defensores una considerable ventaja, pero si el cielo hubiera estado encapotado, casi con certeza que los merodeadores no hubieran visto la casa, al encontrarse ésta en una elevación apartada.

Creyó ver moverse una sombra, pero luego, a no más de quince metros de donde se hallaba, estuvo seguro de que algo se trasladaba. A voz en grito, dijo:

—¡Ahora!

A pesar de que no consideraba muy elevado el porcentaje de posibilidades que tenía de herir a nadie desde aquella distancia y con un revólver, John apuntó sobre la sombra que se había movido y disparó a través de la ventana abierta. Aunque la descarga que acompañó a su tiro fue bastante desigual, no por eso dejó de ser impresionante. Se oyó con claridad un chillido de dolor y una figura giró sobre sí misma y cayó violentamente al suelo. John, anticipando la lógica réplica, se puso en seguida a un lado de la ventana. Sin embargo, sólo se escuchó el sonido de un disparo que fue a chocar contra la fachada de la casa. Después se oyeron únicamente un murmullo de voces y los gruñidos del hombre que había sido herido.

Para los individuos del exterior, la nutrida descarga de balas que habían recibido debía haber constituido una desagradable sorpresa. Seguramente que no esperarían encontrar tan bien defendida a una solitaria casa como aquella. John pensó que de haber sido él el jefe de aquella partida, y luego de comprobar la fuerza de los defensores de la casa, habría ordenado a sus hombres la retirada sin tardanza.

Además, y teniendo en mente el mismo punto de vista, estaba claro que había otras consideraciones en contra. Sin duda que la luz de la luna ayudaba a los defensores, pues había suficiente luz como para que los atacantes, en casa de una repentina intentona de asalto, fueran unos magníficos blancos a disposición de los hombres de John. Este observó cuidadosamente el nocturno cielo en busca de alguna nube. Sólo ante la circunstancia de un posible ocultamiento de la luna tras las nubes hubiera tenido sentido esperar. Pero las estrellas brillaban por todas partes.

Por otro lado, en caso de una victoria sobre los defensores, los atacantes pensarían hacer seguramente una buena redada de armas y quizás de municiones. Merecía la pena correr algunos riesgos si a cambio se obtenían armas. Y era muy probable que ellos contarán con más hombres y más armas.

Por eso se le ocurrió de pronto que su manifestación de fuerza pudiera haber sido un error táctico. Dos o tres tiros en vez de los disparados posiblemente les hubiera inducido a retirarse. Pirrie podría... Pirrie, recordó, estaba afuera, gozando de su noche de bodas.

Aunque los niños ya debían estar despiertos, permanecían empero callados. John oyó que alguien bajaba las escaleras. Roger le llamó suavemente:

—¡Johnny!

—Sí —replicó, sin apartar la vista del huerto.

—¿Qué hacemos? Uno de esos tipos está sangrando como un cerdo. ¿Volvemos a hacer fuego o prefieres que sean ellos los que empiecen a disparar?

John se sentía remiso a ser el primero en comenzar de nuevo el tiroteo. Aquella gente ya conocía su fuerza. Por otra parte, una descarga más sería una costosa merma de municiones valiosas sin esperanzas de beneficios prácticos.

—Aguardemos —respondió—. Démosles tiempo.

—¿Crees que...? —empezó a decir Roger.

—¡Fuego! —gritó una voz en la semioscuridad del exterior.

John se echó automáticamente a un lado, en tanto que una descarga de balas golpeaba la fachada de la casa y producía un estrépito de vidrios rotos. Por encima de él uno de sus hombres contestó al fuego.

—De acuerdo —indicó Roger—. Sube arriba y di a los muchachos que disparen a discreción. Y si ven que esa pandilla decide retirarse, que los dejen ir.

En esta ocasión uno de los niños había empezado a llorar aguda y temerosamente. John no albergaba muchas esperanzas de que los atacantes se batieran en retirada. Probablemente, habían considerado como él la situación, y habían determinado que sus posibilidades serían mayores si presionaban sobre la casa.

Al hacerse de nuevo la calma, John voceó:

—No queremos problemas. Dejaremos de disparar si ustedes se marchan.

Había tenido la precaución de apretarse antes de gritar en la pared de la ventana. Como réplica, dos o tres tiros chocaron contra la pared de enfrente en la habitación. Al oír la risa de uno de los hombres del exterior, disparó en aquella dirección. Luego continuó el tiroteo por parte de ambos bandos.

Mirando intensamente en la semioscuridad del huerto, al ver que una figura se levantaba de las sombras, volvió a disparar otra vez con su revólver. Algo cruzó por el aire, golpeó en la fachada de la casa y cayó a poca distancia de donde se hallaban él y Joe Harris.

—¡Agáchese, Joe! —gritó.

La explosión hizo añicos los cristales que quedaban en la ventana, pero no ocasionó ningún otro daño. De la casa salió una nutrida descarga de balas.

¡Granadas!, pensó desesperado. ¿Por qué no se le habría ocurrido antes? Muchas de las armas que ahora había desparramadas por las zonas rurales procedían de los cuarteles del ejército, y evidentemente las granadas eran de las más útiles. Aquellos hombres, pues, serían casi con seguridad soldados. La indiferencia que mostraban tenía un carácter profesional.

Era indudable que las granadas disminuían las posibilidades de victoria de los defensores. Quizás fallaran con otras, como había ocurrido con la primera, pero al final algunas penetrarían en la casa e irían silenciando las habitaciones, una por una.

La situación había cambiado repentinamente de aspecto. Teniendo el valle tan cerca, ¿iban a aceptar la derrota, y casi con certeza la muerte para todos ellos?

—Suba arriba y diga a los demás que no cesen de disparar —ordenó urgentemente a Joe Harris—. Pero que tiren a dar y no a lo loco. Que en cuanto vean a alguien que levanta el brazo, dirijan hacia él todos sus disparos. Como no consigamos mantener alejadas las granadas, podemos darnos por muertos.

—De acuerdo, señor Custance —asintió Joe.

Harris no parecía particularmente preocupado; o bien porque le faltaba imaginación para ver el significado de las granadas, o quizás debido a su fe en la jefatura de John. En este sentido, desde luego, Pirrie había hecho una buena labor, pero John hubiera cambiado ahora ese respeto hacia su persona por tener a Pirrie dentro de la casa. En aquellas condiciones, los blancos que pudieran hacer los demás serían por chiripa. Pirrie, sin embargo, hubiera cazado con cierta facilidad las vagas sombras que se movían en el exterior.

John volvió a hacer fuego al advertir un ligero movimiento, y su disparo fue secundado por una descarga procedente del piso de arriba. Después, los hombres del exterior lanzaron un rápido y concentrado tiroteo sobre una de las ventanas de la casa. Simultáneamente, un brazo se elevó en otro lugar del huerto y una segunda granada cruzó los aires. Esta también golpeó la fachada de la casa y explotó sin ocasionar prejuicios. John disparó su revólver hacia el sitio de donde había sido arrojada la bomba. Hubo un intercambio de descargas por los dos bandos. Entre el estruendo de los disparos se distinguió claramente un chillido procedente del huerto. Alguien había atinado en uno de los atacantes.

Era alentador, pero no mucho más. La eliminación de aquel individuo no influía demasiado en las probabilidades futuras. John volvió a hacer fuego y se ocultó en seguida, a tiempo de evitar una bala que le habían lanzado como réplica. Era muy posible que la pandilla del exterior no se arredraran porque sus enemigos hubieran logrado dos blancos fortuitos.

Y tampoco se sintió esperanzado, sino sólo levemente satisfecho cuando, después de otro intercambio de tiros, vio que una mano que sujetaba una granada se elevaba de entre las sombras para volver a desaparecer en la oscuridad sin haber arrojado la bomba. Dos segundos más tarde estalló la granada y desencadenó una serie de explosiones que evidenciaron la abundancia de bombas que llevaba el portador de la primera. De aquella parte del huerto surgieron chillidos y algunos lamentos de dolor. John disparó en la dirección de los ruidos y los demás le secundaron. Esta vez no hubo respuesta.

No obstante, John se sintió tan sorprendido como aliviado al ver a aquellas figuras que surgían de la oscuridad del suelo para echar a correr loma abajo en dirección al valle. Mientras él y los suyos hacían fuego sobre ellos, trató de contarlos.

Su número estaría entre el diez y el veinte, habiéndose quedado dos o tres hombres más en el huerto.

Todos, mujeres, niños y hombres, se agolparon en la habitación. En la semioscuridad John observó que sus rostros manifestaban felicidad y alivio. Todos hablaban entre sí, de tal modo, que John tuvo que levantar la voz para hacerse oír.

—¡Joe! Le toca otra media hora de guardia. Nos doblaremos en la vigilancia para lo que queda de noche. Usted la hará con él, Noah. Luego les tocará a Jess y a Roger, y después a Andy y a Alf. Yo haré mi turno con Will. Y a partir de ahora den la alarma primero... y luego pregúntense lo que puede ser.

—Señor Custance —intervino Joe—, yo esperaba que pasaran de largo.

—Sí, ya lo sé —respondió John—. Los demás que vuelvan a acostarse.

—¿Hay algunas noticias de Pirrie y la muchacha? —preguntó Alf Parsons.

—Jane... —indicó Olivia— está ahí fuera.

—Ya volverán —dijo John—. Vamos a dormir ahora.

—Si esa gente cae sobre ellos —empezó a decir Parsons—, no volverán.

John, acercándose a la ventana, llamó:

—¡Pirrie! ¡Jane!

Todos se quedaron callados. No hubo respuesta del exterior. La luz de la luna caía como el rocío del verano sobre el huerto.

—¿Quiere que vayamos a buscarlos? —preguntó Parsons.

—No —decidió John—. Esta noche no sale nadie de aquí. En primer lugar, porque no sabemos la distancia que habrán puesto por medio esos tipos de las granadas, y luego porque desconocemos si siquiera se han ido para siempre. A dormir, pues. Salgamos primero de esta alcoba y dejemos aquí a los Blennitts. Vamos. Es preciso que descansemos para mañana.

Aunque con cierta desgana, el grupo se dispersó silenciosamente. John, junto a Roger, subió las escaleras detrás de Ann, Olivia y los niños. Mientras John inspeccionaba el desván, su amigo se quedó en el pasillo.

—Creí que alguna entraba —dijo Roger.

—¿Las granadas? Sí, desde luego.

—En realidad, hemos tenido algo de suerte.

—Lo que no entiendo es lo que pasó con aquel sujeto que tenía aún bombas en el cinto. Fue verdaderamente un caso de fortuna y a ellos les tuvo que desmoralizar un poco. Pero me sorprende que el desconcierto les condujera al extremo de recoger sus cosas y largarse. No pensé que fuera para tanto.

—Sin embargo —replicó Roger, bostezando— lo hicieron. Oye, ¿qué crees que ha pasado con Pirrie y Jane?

—O bien se alejaron lo bastante como para no oír nada, o quizás los descubrieron y los cazaron. Aquella gente no tiraba mal. Y al no estar en la casa, se hallaban sin

ninguna protección.

—A lo mejor —observó, riendo, Roger— se alejaron tanto por los senderos del amor que no pudieron oír nada.

—¿Nada con aquel estruendo? No obstante, supongo que si Pirrie hubiera oído algo habría regresado.

—Existe otra posibilidad —comentó Roger—. Que Jane, por cuenta propia, llevara un cuchillo escondido en la liga. Esas ideas se les ocurren probablemente a las mujeres de modo espontáneo.

—Y entonces, ¿dónde está Jane?

—Quizá se haya tropezado con nuestros amigos. O a lo mejor ha caído en la cuenta de que aquí no sería nada popular en el caso de que viniera con la historia de haber extraviado a su reciente marido en la noche de bodas.

—Ella es lo suficientemente sensata como para comprender que, sola, se encontrará desamparada.

—Las mujeres son unas criaturas divertidas —indicó Roger—. Noventa y nueve de cada cien veces actúan juiciosamente y sin vacilación. En la ocasión centésima hacen lo otro con el mismo entusiasmo.

—Pareces de buen humor esta noche, Rodge —comentó John con curiosidad.

—¿Y quién no lo estaría, después de un respiro como ese? A aquella segunda granada le faltaron cincuenta centímetros para entrar por mi ventana.

—Y tú no lamentarías que a Pirrie lo hubieran cazado, ¿no? Hubiera sido Jane o esos tipos de las bombas.

—No especialmente. En realidad, no me lamentaría de ningún modo. Creo que incluso hasta me complacería. Ya te lo he dicho, yo no he tenido necesidad de depender de Pirrie. No estaba a mi cargo el mando.

—¿Así es como tú lo llamarías, depender?

—No se tropieza uno con muchos Pirries. La perla en la ostra, dura y resplandeciente, y por lo que respecta a la ostra, una enfermedad.

—Y la ostra —replicó John, irónicamente— es el mundo como lo conocemos, ¿verdad?

—La analogía es demasiado complicada. Además, estoy cansado. Sin embargo, tú sabes lo que yo pienso de Pirrie. En condiciones anormales no tiene precio; pero confío en que no viviremos siempre en esas condiciones.

—Antes de ahora fue un ciudadano pacífico. No hay razón para pensar que no lo pueda volver a ser.

—¿Tú crees? Es imposible meter otra vez a una perla en la ostra. Y yo espero en no tener que vivir en el valle con Pirrie detrás de mí, siempre temiendo el empujón.

—El amo del valle, si es que puede llamarse así, es David. Ni yo, ni Pirrie. Ya lo sabes.

—No conozco a tu hermano —contestó Roger—. Sé muy poco de él. Pero seguro que no ha tenido que transportar a su familia y otros acompañantes a través de un mundo que se quiebra en cuanto lo tocas.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿No? —preguntó Roger dando otro bostezo—. Estoy rendido. Vete tú a la cama. No merece la pena que yo lo haga por media hora. Iré a ver si los niños se han acostado ya.

Se quedaron parados en la puerta de la habitación. Ann y Olivia se habían acostado sobre unas mantas puestas debajo de la ventana; la primera levantó la vista hacia los dos hombres, pero no dijo nada. Un rayo de luz lunar se extendía a través de la cama doble, formada con las dos individuales. Mary dormía encorvada junto a la pared. Davey se había acostado con uno de sus brazos por encima de un hombro de Steve. Spooks, que sin gafas ofrecía un extraño aspecto de adulto, se hallaba en el otro lado; también estaba despierto, contemplando el techo.

—No creas que no estoy agradecido a Pirrie —observó Roger—. Pero estoy contento por habérmolas arreglado sin él.

En el nuevo sistema de vida, las horas dedicadas al sueño eran de nueve a cuatro, si bien los niños, cuando existía esa posibilidad, se acostaban una hora antes y seguían durmiendo hasta que estaba listo el desayuno. Empezó a amanecer durante la última guardia, es decir, la que compartieron John y Will Secombe. Al inspeccionar el huerto, John descubrió, a unos quince metros de la casa, el cadáver de un hombre de alrededor de veinticuatro años de edad con un balazo en la sien. Vestía uniforme del ejército y llevaba un broche de piedras preciosas cogido sobre la camisa. Si, como parecían, las piedras eran diamantes, entonces debía haber valido en su tiempo bastantes centenares de libras.

Había jirones de uniforme del ejército sobre el otro cuerpo muerto del lugar de la escaramuza. La visión de éste resultaba muchísimo más desagradable. Evidentemente, aquel hombre había llevado varias granadas en su cinto, y la explosión de la primera había hecho estallar a las otras. Era difícil imaginar cómo habría sido en vida. John llamó a Secombe, alejaron a rastras los dos cadáveres de la casa y los cubrieron con matas de acebo.

Secombe tenía los cabellos rubios y la tez blanca; aunque contaba alrededor de treinta y cinco años, aparentaba ser mucho más joven. Después de ocultar una de las piernas de los muertos bajo los acebos, se miró las manos con disgusto.

—Vaya a lavarse si quiere —dijo John—. Yo vigilaré mientras. De todas maneras, pronto habrá que tocar diana.

—Gracias, señor Custance. Esta es una tarea desagradable. Nunca durante la guerra vi nada parecido. Cuando se hubo marchado, John echó otra ojeada a los

alrededores de la casa. El hombre de las granadas había contado también con un rifle que ahora yacía en el suelo, doblado e inútil. No había rastros de ninguna otra arma; la del otro individuo muerto, seguramente que se la habrían llevado los demás en la retirada.

Aparte de dos o tres cartuchos con bala, y de una serie de ellos sin ella, no encontró nada más. A la luz del alba contempló a lo lejos la extensión del valle, pero no había señales de vida. El cielo seguía siendo claro. Parecía que iba a hacer un buen día.

Pensó en llamar de nuevo, pero luego decidió que sería inútil. Al ver que Secombe salía de la casa, John miró su reloj.

—Bueno. Despierte ya a la agente.

El desayuno estaba ya casi hecho y se oían entonces las voces de los niños cuando John escuchó cómo Roger exclamaba:

—¡Buen Dios!

Se encontraban en la habitación delantera desde la que John había dirigido las operaciones de la pasada noche. John siguió la mirada de Roger a través de la quebrantada ventana. Pirrie, con el rifle bajo el brazo, ascendía por el sendero del huerto. Jane caminaba a pocos centímetros de él.

—¡Pirrie! —llamó John—. ¿Qué demonios ha estado haciendo por ahí?

—¿No cree que esa es una pregunta delicada? —respondió Pirrie, con una ligera sonrisa.

Y dirigiendo sus ojos hacia el huerto, continuó:

—Así que pudieron controlar la situación, ¿eh?

—¿Lo oyeron ustedes?

—Lo difícil hubiera sido lo contrario. No llegaron a meter ninguna de las granadas en la casa, ¿verdad?

—No— contestó John, moviendo la cabeza.

—Ya me lo pareció a mí.

—Se largaron cuando empezó a ponerse al rojo la cosa —explicó John—. Todavía estoy sorprendido.

—Probablemente les desconcertó el fuego de costado —indicó Pirrie.

—¿El fuego de costado?

Pirrie señaló a un pequeño cerro que se elevaba a la derecha de la casa.

—¿Les disparó usted?... —preguntó John—. ¿Y desde allí?

—Claro —asintió Pirrie.

—Claro —repitió John—. Eso explica unas cuantas cosas. Me he estado preguntando quién de los que estábamos en la casa pudo haber atinado a aquel blanco y con aquella luz, y además matar en vez de herir. Entonces... usted tuvo que oírme cuando le llamé después de que se marchara esa gente. ¿Por qué no me contestó?

—Me hallaba ocupado —replicó Pirrie volviendo a sonreír.

Aquel día caminaron con tranquilidad y sin contratiempos, aunque lentamente. La mayor parte de la ruta corría a través de los pantanos, y en diversos lugares se vieron obligados a abandonar las carreteras para cortar por declives pelados o con brezos, o bordear uno de los muchos ríos o arroyos que fluían desde los pantanos a los valles. El sol se elevó a sus espaldas en medio de un cielo sin nubes, y antes del mediodía el calor fue tan intenso que la marcha distó mucho de ser un regalo. John ordenó hacer un alto temprano para comer, y después pidió a las mujeres que llevaran a los niños a descansar bajo la sombra de un grupo de sicómoros que había próximo.

—¿No vas a forzar la marcha entonces? —le preguntó Roger.

—Ya lo tenemos al alcance —contestó John, moviendo la cabeza—. Estaremos allí antes de que oscurezca, y eso es lo que importa. Los chavales están agotados.

—Yo también —indicó Roger, al tiempo que se acostaba sobre el seco y pedregoso suelo, y apoyaba la cabeza en sus manos—. En cambio mira que fresco está Pirrie.

El mencionado estaba explicando algo a Jane mientras señalaba a las llanuras del Sur.

—Ya no le apuñalará —continuó Roger—. Otra Sabina que regresa definitivamente al hogar. Siento curiosidad por saber cómo serán los pequeños Pirries.

—Millicent no tuvo hijos.

—Quizá por culpa de Pirrie, pero más probablemente por causa de Millicent. Era la clase de mujer que procura no tener hijos con el fin de tener más libertad para sus cosas.

—El nombre de Millicent me suena ya tan distante —comentó John.

—La relatividad del tiempo. ¿Cuánto hace que fui a buscarte a la obra? Parece que hayan pasado ya seis meses.

Los pantanos habían estado más o menos despoblados, pero cuando descendieron para cruzar la tierra baja del norte de Kendal descubrieron las huellas ya familiares del animal depredador en que se había convertido el hombre: casas en llamas, un ocasional grito en la distancia, cuyo motivo podría ser la angustia o el regocijo salvaje, la visión y el sonido del crimen, etc. Además, ya se les había sensibilizado agudamente otro de sus sentidos: por acá y por allá, el hedor agrisado de la carne en corrupción no cesaba de aguijonear su olfato.

Sin embargo, nadie interrumpió su andadura, y pronto empezaron a subir de nuevo las peladas y sombrías sierras de los pantanos en dirección a su refugio. En la vacía bóveda del cielo se oían a veces los gorjeos de alondras y calandrias, y en una ocasión un pájaro triguero corrió durante unos instantes delante de ellos. A unos

trescientos metros de distancia vieron asimismo un ciervo. Pirrie se echó al suelo para apuntarle mejor, pero antes de qué hiciera fuego el animal se ocultó de un salto tras un peñasco. Aun desde aquella distancia el ciervo parecía enflaquecido. John se preguntó acerca del alimento por el que estaría sobreviviendo. Posiblemente a base de musgos y pequeñas plantas similares.

Serían alrededor de las cinco cuando llegaron a las aguas del Lepe. Este corría con la misma urgencia y violencia de siempre; en aquel punto su curso se hallaba entre orillas rocosas, de modo que ni siquiera la ausencia de hierba disminuía la evocación de su familiaridad.

Ann se colocó junto a John. Ofrecía un aspecto de calma y felicidad que nunca había tenido desde que salieron de Londres.

—En casa —dijo—. Al fin.

—Nos quedan todavía cerca de cuatro kilómetros —respondió John—. Pero veremos la entrada al valle cuando hayamos recorrido un par de ellos más. Conozco el río de varios kilómetros abajo. Y un poco más arriba puedes meterte en medio de él pisando un resalto de piedras. Dave y yo solíamos pescar desde allí.

—¿Hay peces en el Lepe? No lo sabía.

—Nunca cogimos nada dentro del valle —explicó John, moviendo la cabeza—. Me parece que no suben tan arriba. Pero aquí abajo hay truchas. Enviaremos expediciones para pescarlas. Debemos variar la dieta.

—Sí —replicó ella, sonriendo—. Cariño, creo que voy a poder aceptar que todo va a salir bien y que de nuevo seremos felices y humanos.

—Claro que sí. Yo nunca lo dudé.

—La empalizada de Dave —señaló John—. Tiene aspecto de distinción y solidez.

Se hallaban frente a la entrada de Blind Gilí. La carretera se estrechaba en dirección al río y el alto vallado de madera corría desde la orilla del agua hasta la casi vertical ladera de la montaña, cruzando la carretera. La parte que atravesaba ésta parecía poderse abrir como si fuera una puerta.

Pirrie se adelantó para caminar con John; también examinó la barrera con respeto.

—Una excelente obra —dijo—. En cuanto estemos en el otro...

Una ráfaga brutal de ametralladora dejó a Pirrie sin terminar la frase. Durante un momento, John, desconcertado, se quedó sin saber que hacer. Y con más confusión que otra cosa, llamó:

—¡Dave!

Hubo una segunda descarga de disparos, pero esta vez corrió buscando con los ojos a Davey y Mary.

—¡Échense a la cuneta! —gritó a los demás.

Entre tanto Ann empujaba a Davey y Spooks al suelo, y Mary se apretaba contra

la zanja de la carretera. John se situó rápidamente junto a ellos.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Mary.

—¿Desde dónde disparan? —quiso saber Ann.

—Desde allí —contestó John, señalando a un determinado punto de la empalizada—. ¿Están todos a salvo? ¿Quién es aquel que hay en la carretera? ¡Pirrie!

En efecto, el pequeño cuerpo de Pirrie yacía tendido sobre el asfalto. Debajo de él había sangre.

—¡No! —exclamó Ann, mientras cogía a su marido por la ropa—. No vayas. Quédate donde estás. Piensa en los niños..., en mí.

—Tengo que ir —replicó él, forcejeando—. No me dispararán mientras le socorro.

Ann se abrazó a John. Gritó y llamó a Mary, quien también agarró a su padre por las ropas. Mientras trataba de liberarse, John vio que otra persona había surgido de la cuneta y corría hacia donde estaba Pirrie. Era una mujer.

—¡Jane! —dijo John, sorprendido, dejando de forcejear.

Jane puso sus manos bajo los hombros de Pirrie y le levantó con facilidad. Sin mirar ni una sola vez hacia el lugar de la empalizada en donde estaba montada la ametralladora, colocó uno de los brazos de Pirrie por encima de su hombro, y casi a rastras le llevó a la zanja. Después de colocarlo delicadamente junto a John, Jane se sentó para poner en su regazo la cabeza de Pirrie.

—¿Está... muerto? —preguntó Ann. Manaba sangre de una de sus sienes. John se la limpió. La herida era sólo superficial. La bala que le había rozado llevaba la suficiente fuerza, sin embargo, para derribarle. En la otra sien se apreciaba una abrasión, probablemente por efecto del choque contra el suelo en la caída. Era muy posible que hubiera sido ésta la que le mantenía inconsciente.

—Vivirá —indicó John—. Pasen la voz a Olivia de que necesitamos vendas. Y un poco de algodón.

Mientras tanto, Jane lloraba.

Ann levantó su mirada de Pirrie para dirigirlo hacia la barrera.

—Pero ¿por qué nos disparan? ¿Qué ha ocurrido?

—Se trata de un error —explicó John, observando también la empalizada—. No puede ser de otro modo. En seguida lo aclararemos.

Ann trató de detenerle cuando le vio atar un enorme pañuelo blanco en la punta de un palo.

—¡No se te ocurra hacer eso! Te dispararán.

—No —replicó John, moviendo la cabeza—. No lo harán.

—Han hecho fuego sobre nosotros sin mediar provocación. También te dispararán a ti.

—¿Sin provocación? ¿Una partida como la nuestra y con armas? Tanto me he equivocado yo como ellos. Debí ponerme en su lugar y pensar como ellos lo han hecho.

—¿Como ellos? ¡Será como David!

—No. Probablemente, no. Es imposible que él pueda controlar todo el tiempo la barrera. Dios sabe quién será. De todas maneras, es distinto si ven a un hombre solo, desarmado y con bandera blanca. No hay razón para que disparen.

—¡Pero podrían hacerlo!

—No lo harán.

Sin embargo, sentía una extraña sensación al caminar a lo largo de la carretera en dirección al vallado, y llevando por encima de su cabeza la bandera blanca. No era exactamente miedo. A él le pareció que aquel sentimiento estaba más cerca del estímulo que había experimentado a veces en estados febriles, y que era una especie de fatiga en asociación con un acceso de excitación. Empezó a medir los pasos y a contarlos mentalmente: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... Delante de él observó que el cañón de la ametralladora, que se hallaba a unos tres metros sobre el suelo y a no mucha distancia de la parte superior, salía a través de un agujero efectuado en la empalizada. Por lo visto, David había levantado una plataforma en el otro lado.

Se paró a unos dos metros y medio de la barrera y levantó la vista. De detrás del cañón de la ametralladora salió una voz:

—Bueno, ¿qué busca usted?

—Quiero hablar con David Custance —replicó John.

—Con que sí, ¿eh? Está ocupado. Y de todas formas, la respuesta sería no.

—Soy su hermano.

Hubo un momento de silencio. Luego la voz indicó:

—Su hermano está en Londres. ¿Cómo dice usted que se llama?

—Me llamo John Custance. Pudimos escapar de Londres y nos ha llevado mucho tiempo llegar hasta aquí. ¿Puedo verle?

—Espere un minuto.

Aunque no podía captar exactamente lo que decían, John oía un murmullo de voces. Después, el mismo de antes le dijo:

—De acuerdo. Aguarde ahí. Va a ir alguien a buscarle a la granja.

John anduvo algunos pasos hacia el Lepe. Desde allí oyó el ruido que al otro lado de la empalizada producía el motor de un coche al ponerse en marcha y al remontar la cuesta que conducía al valle. Sonaba a la clásica utilidad de David. Se preguntó acerca de la cantidad de combustible que tendrían en Blind Gilí. Probablemente, no mucho. No importaba. Cuanto antes se acostumbrara la gente a un mundo sin motores de combustión, así como al transporte a base de las antiguas bestias de carga, mejor.

Dirigiéndose al hombre que había detrás del vallado, preguntó:

—Los que vienen conmigo..., ¿pueden salir de la cuneta sin miedo a que les disparen?

—Que permanezcan donde están.

—Pero es absurdo. ¿Qué objeción hay a que estén en la carretera?

—La cuneta está bien.

John pensó en discutir, pero luego decidió no hacerlo. Con aquel individuo, quien quiera que fuese, tendría que vivir más tarde; si aquel hombre deseaba ejercitar su breve autoridad, mejor era dejarlo. Por otra parte, la preste2a con que había accedido a enviar a por David había calmado sus inquietudes. Aquello eliminaba al menos el temor de que su hermano hubiera perdido el control del valle.

—Voy a decirle a mi gente lo que pasa —indicó John.

—Como guste —contestó el otro, con indiferencia—. Pero díales también que no salgan a la carretera.

Pirrie se había incorporado y estaba poniéndose al corriente de lo que sucedía. Oyó sin interrumpir lo que refería John. En cambio, Roger observó:

—¿Crees entonces que irá todo bien?

—No veo por qué no. Puede que el tipo ese de la ametralladora sea de los que les agrada dar gusto al gatillo, pero una vez que estemos tras él eso no deberá preocuparnos.

—Pero no parece muy dispuesto a dejar que nos pongamos detrás de él —comentó Alf Parsons.

—Cumple órdenes. ¡Hombre!

Se oía el sonido de un motor aproximándose. El coche se detuvo al otro lado de la empalizada.

—¡Será David! —dijo John, al tiempo que se ponía otra vez en pie—. Ann, ¿por qué no vienes y hablas también un poco con él?

—¿No habrá peligro? —preguntó Roger.

—Lo veo difícil. Ahora está ahí David.

—A lo mejor quiere acompañarnos también Davey —señaló Ann—. Y Mary...

—Claro —asintió John.

—No —observó Pirrie suavemente, pero con decisión.

—¿Por qué? —quiso saber John, mirándole—. ¿Qué pasa?

—Creo que estarán aquí más seguros —explicó Pirrie, haciendo una pausa—. Considero más conveniente que no vayan todos. John precisó de varios segundos para captar el significado de la declaración de Pirrie; y sólo lo comprendió porque la observación procedía de Pirrie, y por tanto tenía que estar basada en un manifiesto realismo cínico.

—Bueno —accedió al fin—. Eso me indica la forma en que actuaría usted si estuviera en mi lugar, ¿no?

Pirrie sonrió. Por su parte, Ann preguntó:

—¿Pero qué es lo que pasa?

John oyó la voz de David que le llamaba desde lejos.

—Nada —contestó a su mujer—. No te preocupes y quédate aquí. No tardaré mucho en arreglar las cosas con David.

Había confiado en que le fueran abriendo la puerta a medida que le vieran aproximarse, pero comprendió que la prudencia —quizá excesiva, pero en conjunto justificada— era lo que lo impedía hasta que hubiera quedado clara la situación de John y la del grupo que le acompañaba. Una vez delante de la empalizada, sin conocer aún lo que estaba ocurriendo en el otro lado, gritó:

—¡Dave! ¿Estás ahí?

—¡Claro que sí! —oyó exclamar a su hermano—. Abran la puerta. ¿Cómo diablos va a entrar si no la abren?

Mientras veía abrirse levemente la puerta, acertó a distinguir un ligero movimiento del cañón de la ametralladora. No se corrían riesgos. John se dirigió hacia la abertura y comprobó que David le aguardaba al otro lado. Cuando estrecharon sus manos, la puerta se cerró tras él.

—¿Cómo lo habéis hecho? —preguntó David—. ¿Dónde está Davey..., y Ann y Mary?

—Ahí fuera. Escondidos en la cuneta. Tu ametrallador casi nos mata a todos.

—¡No puedo creerlo! —replicó David, mirando al aludido—. Les dije a los encargados de la puerta que estuvieran pendientes de vosotros, pero nunca creí que pudierais llegar hasta aquí. Las noticias de la prohibición de viajar..., y luego los tumultos y los rumores de los bombardeos... Ya no contaba contigo.

—Es una larga historia —comentó John— que puede esperar. Voy a decir primero a mi partida que entre.

—¿Tu partida? ¿Quieres decir...? Me dijeron que había mucha gente en la carretera.

—Sí —asintió John—, somos una multitud. Treinta y cuatro en total, diez de ellos niños. Todos hemos venido por la carretera desde hace tiempo. Los traeré aquí.

La expresión que ahora tenía su hermano sólo la había visto John en otra ocasión:

cuando, a la muerte de su abuelo, había escuchado que toda la propiedad pasaba a pertenecer a David. Aquel rostro mostraba culpabilidad y aturdimiento.

—Es un poco difícil, Johnny —acertó a decir David.

—¿En qué sentido?

—Ya estamos completos. Cuando las cosas empezaron a ponerse mal, la gente de por aquí principió a aposentarse en el valle. Primero fueron los Rivers de Stonebeck, y luego todos los demás. Fue precisamente su hijo quien se apoderó de la ametralladora..., la trajo de una unidad del ejército que había cerca de Windermere. Tres o cuatro de los soldados vinieron con él. Es una máquina fabulosa. Nos las apañamos muy bien pero no hay margen para los accidentes, como una mala cosecha de patatas o algo así.

—Pero mis treinta y cuatro personas trabajarán para su sustento —replicó John—. De eso respondo yo.

—No es ese el punto —observó David—. La tierra sólo puede producir para un número determinado. Y ya superamos ese número.

Se hizo un breve silencio. El Lepe discurría a su derecha. Había próximo a su orilla un hombre que atendía un fuego sobre el que se calentaba una marmita y los dos hombres que se encontraban encima de la plataforma de la ametralladora tampoco podían oír nada. Sin embargo, John se dio cuenta de que bajaba la voz.

—¿Qué sugieres entonces? —dijo—. ¿Que regresemos a Londres?

—¡Buen Dios, no! —exclamó David, cogiéndole el brazo—. No seas tonto, caramba. Estoy tratando de decírtelo... Puedo hacer sitio para ti, Ann y los niños; pero no para los otros.

—Dave —contestó John—, tienes que conseguir sitio para ellos. Tú puedes y debes hacerlo.

—Lo haría si pudiera —replicó David, moviendo la cabeza—. ¿Es que no lo entiendes? Esa gente tuya... no son los primeros que rechazamos. Ha habido otros. Algunos de ellos parientes de familias ya instaladas aquí. Hemos tenido que ser duros. Yo siempre les he dicho que tú y los tuyos debíais ser admitidos si veníais. Pero treinta y cuatro... ¡Es imposible! Aunque yo consintiera, los otros no me lo permitirían.

—¡Es tu tierra!

—Nadie tiene tierra excepto por el consentimiento de los demás. Son mayoría. Johnny..., ya sé que no te agrada la idea de abandonar a la gente con la que has venido. Pero tendrás que hacerlo. No hay otra alternativa.

—Siempre hay otra alternativa.

—Ninguna en este caso. Tráelos aquí... a Ann y a los chicos... Puedes aducir alguna excusa para ello. Los otros tienen armas, ¿no? Se las arreglarán bien.

—Tú no has estado ahí fuera.

—Ya sé que no te gusta hacerlo —respondió David cruzando su vista con la de su hermano—, pero es necesario. No es posible que antepongas la seguridad de todos esos a la de Ann y los niños.

John se echó a reír. Los dos hombres de la plataforma se los quedaron mirando.

—¡Pirrie! —exclamó—. Debe ser adivino.

—¿Pirrie?

—Uno de mi partida. No creo que hubiéramos podido llegar aquí sin él. Y ahora iba a haber traído conmigo a Ann y los niños, pero él se opuso. Logró que se quedaran allí. Yo me he dado cuenta de que se estaba protegiendo él, y a los demás también, claro, por si acaso les traicionaba. Me he sentido justamente indignado. Pero... si los tuviera aquí conmigo, dentro de la empalizada... ¿qué haría?

—Eso es grave —observó David—. ¿No puedes engañarle?

—¿Engañarle? ¿A Pirrie?

John miró a lo lejos, levantando la vista a lo largo de Blind Gilí, fijándola en sus protectores montes. Luego continuó:

—Si rechazas a esa gente, nos rechazas a nosotros..., rechazas a Davey.

—Ese hombre... Pirrie. Quizás pudiera persuadir a éstos para que dejaran entrar a uno más contigo. ¿Se le puede sobornar?

—Indudablemente. Pero la idea ya habrá penetrado en las cabezas de los demás, sobre todo si tengo que decirles que no pueden entrar en seguida como han estado esperando. No hay ninguna posibilidad de poder meter aquí a mis hijos sin que vengan los otros.

—Pero tiene que haber alguna forma.

—Eso es lo que te he dicho yo antes, ¿no? Pero como ya no somos libres... En un sentido, somos incluso enemigos.

—No. Encontraremos algún rodeo. ¿Qué te parece... si regresas y yo salgo a atacarlos con mi gente cubriéndonos la ametralladora? Tú podrías haber pasado la voz a Ann y los niños para que se quedaran tumbados en el suelo hasta que hubiéramos alejado a los otros.

—Aunque yo estuviera dispuesto a hacer eso —replicó John riendo irónicamente—, no daría resultado. Los míos podrían ser heridos. Además esa cuneta es un magnífico refugio. La ametralladora nos les amedrentaría.

—Entonces... no sé. Pero tiene que haber algún modo.

John volvió a contemplar el valle. Los campos estaban bien sembrados, mayormente de patatas.

—Ann se estará haciendo cruces por mi tardanza —comentó—. Y no te digo nada los otros. Tengo que regresar. ¿Qué hacemos, Dave?

Había tomado ya una decisión, y la agonía de la incertidumbre de su hermano no podía afectarla en nada. Al fin, Dave dijo, forzando las palabras:

—Hablaré con ellos. Vuelve dentro de una hora. Trataré de que dejen entrar a los otros. O quizás podamos pensar mientras tanto en otra cosa. ¡A ver qué discurre, Johnny!

—Lo intentaré —asintió John—. Hasta luego, Dave.

—Dales un abrazo a todos —pidió David con rostro triste—. A Davey...

—Claro que sí. No te preocupes.

Los dos hombres bajaron de la plataforma para abrir la puerta. Al cruzarla, John no volvió la cabeza para mirar a David.

Su grupo seguía esperándole en la cuneta, ahora con intranquilidad. Al unirse a ellos, vio en sus caras que no aguardaban sino malas noticias; cualquier información era de esta índole, si no iba acompañada por la abertura de la entrada al valle y por una inmediata indicación de que podían entrar en él.

—¿Cómo le ha ido, señor Custance? —preguntó Noah Blennitt.

—Nada bien —replicó.

Luego les relató a grandes rasgos la entrevista, pasando por alto la referencia a la invitación a su familia. Cuando terminó, Roger comentó:

—Ya. Pero él podrá hacerte sitio a ti, a Ann y a los niños, ¿no?

—*El* no puede hacer nada. Los otros ya lo habían aceptado y al parecer están dispuestos a mantenerlo.

—Coge lo que te dan, Johnny —sugirió Roger—. Tú nos has traído hasta aquí y nosotros no hemos perdido nada por ello. Además sería absurdo que desaprovecharas esa oportunidad porque todos no podemos tenerla.

El murmullo que provocaron los otros fue lo bastante incierto como para resultar tentador. Me lo han ofrecido —pensó John—, y no me detendrán si echo a andar mientras ellos se quedan aquí, desconcertados por su propia generosidad. Coger a Ann, y a Mary y a Davey y caminar con ellos hasta la puerta; ver cómo ésta se abre, y más allá el valle... Al mirar a Pirrie, éste desvió calmadamente su vista; su pequeña mano derecha, sus dedos tan cuidados todavía, descansaban en la culata de su rifle.

Al imaginar en su mente la tentación perdida, se preguntó sobre la forma en que habría reaccionado si, en vez de contar con la aparente libertad de acción, hubiera tenido la verdadera. El señor feudal, pensó, y dispuesto a vender tan alegremente a sus seguidores. Porque lo más probable era que la mayoría, al menos, lo fueran.

—Lo he pensado mucho —dijo, por fin, dirigiéndose a Pirrie—. Con toda franqueza, no creo que haya ninguna posibilidad de que mi hermano convenza a los otros para que nos dejen entrar. Ya me ha dicho que algunos de ellos vieron cómo sus parientes eran rechazados. Eso nos deja dos opciones: o seguimos buscando un refugio por otros lugares, o luchamos para abrirnos camino y tomamos el valle por asalto.

—¡No! —exclamó Ann con voz entrecortada.

—¿Quieres decir —intervino Davey— luchar contra el tío Dave, papá?

Los otros permanecieron silenciosos.

—No tenemos que tomar una decisión rápida —explicó John—. Hasta que vuelva a ver a mi hermano, supongo que podemos pensar en que existe todavía una posibilidad remota de arreglarlo pacíficamente. De todos modos, es cuestión de seguir pensando en soluciones probables.

—Por mi parte —medió Roger—, continúo creyendo que debes aceptar lo que se te ofrece, Johnny.

Esta vez no hubo reacción; John notó que el momento de la indecisión había pasado ya. Los seguidores volvían a considerar las obligaciones que para con ellos tenía el señor feudal.

—¿Qué piensa usted, señor Custance? —preguntó Alf Parsons.

—Me reservo la opinión hasta que regrese de la entrevista con mi hermano —replicó John—. Mientras tanto, piensen ustedes en algo.

Pirrie siguió sin decir nada; solamente esbozaba sonrisas de vez en cuando. Con la cabeza vendada, parecía un frágil e inocente anciano. Jane, en actitud protectora, continuaba sentada a su lado.

Sin embargo, cuando John se aprestaba de nuevo a volver a la empalizada para hablar con David, Pirrie indicó:

—Naturalmente, usted se fijará bien en todo lo que hay allí, ¿no? Quiero decir dentro.

—Desde luego —asintió John.

Si había habido alguna esperanza en su mente respecto a que David pudiera persuadir a sus compañeros del valle para que cedieran a su petición, aquélla quedó desvanecida en el momento en que vio otra vez la cara de su hermano. A éste le acompañaron hasta la empalizada cuatro o cinco hombres, probablemente como refuerzo de los tres que estaban de guardia y para el caso de que la partida de John se resistiera a aceptar su negativa. John observó que en el interior del vallado había colgado un teléfono, de modo que los defensores del valle podrían ser convocados rápidamente si las circunstancias lo requerían. John miró a su alrededor, grabando en su mente los detalles de las defensas del valle.

—No lo aceptan —empezó David—. En realidad no podíamos esperar que lo hicieran.

Los hombres que le habían acompañado se quedaron a corta distancia de ambos, sin disimular siquiera que no deseaban proporcionarles ninguna intimidad. Para John, aquella actitud demostraba sobre todo la pérdida de poder de su hermano.

—Así que tendremos que volver de nuevo a caminar —replicó John—. Ya le di a

Davey un abrazo de tu parte. Siento que no le hayas podido ver.

—Oye... —indicó vehementemente David—, lo he estado pensando y hay un modo... se podía intentar. Tú puedes hacerlo.

John le miró con interés. Había estado observando el ángulo que formaba la empalizada con el río.

—Diles que este sitio no es bueno —prosiguió David—, que tendréis que buscar otra cosa. Pero no os alejéis mucho esta noche. Dispón la marcha de tal manera que Ann, tú y los niños podáis escabulliros... y regresar aquí. Os dejarán entrar. Yo mismo estaré aquí esta noche para que no hayan impedimentos.

John reconoció que para otra gente y en otras condiciones, el plan podía resultar. Pero él no sintió ninguna tentación. Además, David estaba subestimando la intervención que Pirrie pudiera tener en el proyecto; error razonable por otro lado en alguien que no conocía a Pirrie.

—Sí —asintió John lentamente—, creo que eso podría salir bien. En cualquier caso merece la pena intentarlo. Pero no me agrada la idea de esa ametralladora vuestra amenazando a mis hijos esta noche.

—No hay por qué temer eso ahora —respondió David con ansia—. Cuando vengáis por la carretera, silba como solíamos hacerlo en nuestra infancia. Además hay luna llena esta noche.

—Sí —dijo John—. Es cierto.

Al llegar a la cuneta en donde estaban los demás, John explicó en seguida:

—No hay manera de entrar ahí pacíficamente. No quieren hacernos sitio. Mi hermano trató de convencerles, pero no lo aceptaron. Por tanto, tenemos las alternativas de que les hablé, o irnos a otra parte o entrar a tiros en Blind Gilí. ¿Han pensado ustedes en algo?

Se hizo el silencio, que rompió poco después Alf Parsons al indicar:

—Eso es cosa suya, señor Custance..., usted lo sabe. Nosotros haremos lo que crea que es mejor.

—De acuerdo —contestó John—. Pero primero sepan que mi hermano se parece a mí y que viste un mono de verano azul y una camisa a rayas blancas y grises. Se lo digo a ustedes para que lleven cuidado con él. No quiero que sufra ningún daño si es posible.

—Entonces, ¿es que vamos a intentar entrar, señor Custance? —preguntó Joe Harris.

—En efecto. Pero no ahora. Esta noche. Dispónganse a retirarse ordenadamente para salir del radio de visión de los tipos de la empalizada. Hemos de dar la impresión de que abandonamos la idea de entrar en el valle. Nuestra única esperanza es contar con la ventaja de la sorpresa.

Llevando a la práctica el plan indicado, los componentes del grupo salieron de la cuneta y se alejaron del valle por la misma carretera que les había traído a él. En esta ocasión, John, Roger y Pirrie marcharon a la retaguardia.

—Sigo creyendo que te equivocas, Johnny —comentó Roger—. Aún puedes dejarnos y volver con tu familia. Te recibirían.

—Me parece que no va a ser nada fácil —intervino Pirrie—; aunque sea un ataque por sorpresa. A menos que usted, señor Custance, conozca un camino para entrar por las montañas.

—No. No existe ese camino. Pero si lo hubiera tampoco serviría. Dentro, las laderas son muy escarpadas. No podríamos evitar la caída de pequeñas piedras y en cuanto advirtieran nuestra presencia les ofreceríamos un blanco imposible de fallar.

—Pero supongo —insistió Pirrie— que no pensará usted arrojar sobre ese vallado... teniendo detrás una ametralladora Vickers como esa, ¿no?

—No —replicó John mirándole fijamente—. ¿Cómo se encuentra usted ahora?

—Normal.

—¿Lo bastante bien como para subir un kilómetro de un río que es frío aun en esta época del año?

—Sí.

Roger y Pirrie se le quedaron mirando con curiosidad.

—Mi hermano construyó una empalizada para tapar la abertura que hay entre la montaña y el río, pero dio por sentado que éste era en sí mismo un obstáculo insalvable. Por las orillas es hondo y turbulento y en él han perecido ahogados muchos animales y algunos hombres. Sin embargo, cuando yo era niño caí en sus aguas por el otro lado y no me ahogué. Y es que en el mismo centro del río hay un banco de arena, y recuerdo que a pesar de tener yo solamente once años pude andar por él con la cabeza fuera del agua.

—¿Estás sugiriendo que subamos todos por el río? —preguntó Roger—. Sin duda que nos verían. ¿Y cómo salir de ese banco, si dices que las orillas son tan profundas?

Como John había pensado, Pirrie sí que captó la idea sin necesidad de mayor elaboración.

—Así que yo tengo que poner fuera de combate la ametralladora —comentó—. ¿Y ustedes qué hacen?

—Yo iré con usted —afirmó John—. Cogeré uno de los rifles. No es que crea que voy a tener más éxito que usted, pero al menos contaremos con otra posibilidad. Roger, tu misión consiste en asaltar esa empalizada una vez que hayamos acallado nosotros la ametralladora. Lleva los hombres ocultos por la cuneta y sitúate a unos cien metros de la entrada al valle. Esa barrera es abordable. Y en cuanto esa gente note que les disparamos por detrás, dirigirán la ametralladora hacia nuestra posición. Ahí es donde entráis vosotros en liza.

—¿Saldrá bien? —preguntó Roger, vacilante.

—Sí —respondió Pirrie adelantándose a John—. Creo que sí.

El y Ann se hallaban contemplando a los niños dormidos sobre la tierra. Davey, Spooks y Steve estaban hechos un ovillo, mientras que Mary, un poco más apartada, dormía con la cabeza apoyada en uno de los brazos. En voz baja, John refirió a su mujer el plan de David. Cuando terminó de hablar, Ann contestó:

—¿Y por qué no lo aceptaste? Se trata de desembarazarnos de Pirrie como sea..., ¡matándole incluso si es preciso! Ya ha habido muchos muertos inocentes, y ahora va a haber más. ¡Oh! ¿Por qué no lo aceptaste? ¿No podríamos intentarlo todavía?

El sol se había puesto ya, pero la luna no había aparecido aún. Estaba completamente oscuro. Para ambos era muy difícil ver la cara del otro.

—Estoy contento con Pirrie —dijo él.

—¡Contento!

—Sí. Yo he necesitado pensar muchas veces en ese dedo siempre puesto en el gatillo para seguir adelante, y además seguir por el camino adecuado. Ann, algunas de las cosas que me he visto obligado a hacer para llegar hasta aquí han sido odiosas. De no haber tenido la esperanza de que una vez en el valle todo sería distinto, no hubiera podido justificarlas, ni siquiera ante mi conciencia.

—Pero será distinto.

—En eso confío. Y esa es la causa por la que no voy a cometer ahora un acto de traición.

—¿Traición?

—Sí —replicó John, haciendo un gesto con la cabeza hacia los demás—. Sería una traición abandonarles ahora.

—No lo entiendo —insistió ella, moviendo negativamente la cabeza—. No puedo entenderlo. ¿No es traicionar a David el entrar con lucha en el valle?

—David ya no es libre. Si lo fuera, nos habría permitido a todos entrar en Blind Gilí. Tú sabes que sí. ¡Piensa un poco, Ann! Dejar fuera a Roger, Olivia... Steve, Spooks. ¿Qué le dirías a Davey? ¿Y todos esos pobres diablos... Jane... y Pirrie? ¡Sí! A pesar de lo mucho que te disgusta, debes aceptar que sin él no habiéramos llegado tan cerca del valle.

—Lo único que puedo decirte —replicó Ann, volviendo a mirar a los niños dormidos— es que podríamos haber estado a salvo en el valle esta noche; y sin lucha.

—Pero con recuerdos odiosos.

—¡Ya los tenemos!

—Pero no de la misma manera.

Ella hizo una pausa para continuar después:

—Tú eres el jefe, ¿verdad? La autoridad medieval, ¿no te has dicho eso a ti mismo?

—¿Y qué importa eso ahora? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

—Importa para ti. Y ahora me doy cuenta de ello. Para ti, eso tiene más valor que nuestra salvación y la de los niños.

—Ann, cariño —empezó él suavemente—, ¿de qué estás hablando?

—De la obligación. De eso se trata, ¿verdad? En realidad no has pensado ni en Roger, ni en Olivia, ni en Steve ni en Spooks como personas. Para ti lo que está en juego es tu honor, tu honor de jefe. Te has convertido en un caudillo.

—Mañana se habrá acabado todo y podremos olvidarnos de cuanto nos ha desagradado.

—No. Me tenías ya medio convencida, pero ahora te conozco mejor. Tú has cambiado y no puedes volver a ser el de antes.

—Yo no se cambiado.

—Me pregunto —insistió ella— sobre el tiempo que tardarán en hacerte una corona cuando seas el rey de Blind Gilí.

La parte más peligrosa —pensó John— era la comprendida entre la curva del río y el paraje, a unos treinta metros de la barrera, en donde la sombra de la montaña eliminaba la luz lunar. De haber iniciado la marcha cuando la luna estuviera en su

punto más elevado, el proyecto hubiera sido casi imposible, ya que la luz de la luna sería entonces resplandeciente y ellos tenían que pasar a muy pocos metros de los defensores del valle.

En la situación real se hallarían expuestos durante un trecho de alrededor de veinticinco metros a que los hombres de la empalizada inspeccionaran atentamente el río. Lo lógico era esperar que los centinelas concentraran su atención en la carretera, vía evidente de peligros, y no en el turbulento y profundo Lepe.

Pirrie, delante de él, se agachó todavía más al llegar a la zona de mayor riesgo, de modo que por encima del agua únicamente sobresalía de su persona la cabeza, los hombros y la mano que sostenía el rifle. John le imitó en seguida. El agua estaba más fría de lo que éste podía recordar, y el esfuerzo que tuvieron que hacer para superar la corriente era agotador. Una o dos veces Pirrie resbaló, y John se vio obligado a socorrerle. Representaba un consuelo que el ruido del río cubriera sus chapoteos.

Siguieron avanzando trabajosamente hasta que al fin, y para su alivio, salieron del trecho iluminado. La sombra que producía la montaña era larga, pero no muy ancha; desde donde estaban podían ver con absoluta claridad la carretera y la empalizada iluminadas por la luz de la luna. John no había estado antes muy seguro de poder contar con esta circunstancia favorable, por lo que ahora sintió aumentar sus esperanzas. Si la barrera hubiera caído dentro de la sombra, quizás ni siquiera la puntería de Pirrie les hubiera servido de mucho.

Cuando no estaban a más de diez metros del vallado, Pirrie se detuvo.

—¿Qué pasa? —murmuró John con urgencia.

—Estoy... —replicó Pirrie fatigosamente— exhausto...

Le trastornó recordar que Pirrie era un hombre viejo y de físico frágil, aparte de que había realizado un viaje agotador y había sido derribado por una bala. John se adelantó y puso su brazo libre alrededor de la cintura de Pirrie.

—Descanse un poco —dijo, suavemente—. Y si es demasiado para usted, regrese. Ya me las arreglaré yo como pueda.

Permanecieron así durante varios segundos. John notó el temblor que corría por el cuerpo de su amigo. Luego, Pirrie, al tiempo que echaba a andar otra vez, indicó:

—Vamos; ya estoy bien.

—¿Está seguro?

Sin contestar, Pirrie siguió avanzando. Pasaron por delante de la barrera y luego la superaron.

John volvió la vista atrás. Las defensas del valle se recortaban en el suave resplandor de la luna. Había tres hombres en la plataforma y otros tres o cuatro, probablemente dormidos, se hallaban tendidos debajo de ella. John susurró a Pirrie:

—¿Aquí?

—Pongámonos más a salvo —sugirió Pirrie—. Alejémonos un poco... Puedo

darles a veinte metros más...

Su voz parecía de nuevo más fuerte. John pensó en que Pirrie era probablemente indestructible. Continuó tras él, andando trabajosamente contra las revueltas aguas y notando ya en sus miembros la fatiga producida por el esfuerzo.

Por fin se detuvo Pirrie, braceó contra la corriente y se volvió hacia el vallado. Se hallaban a unos veinticinco metros dentro del valle. John se situó a la izquierda de su compañero.

—Usted encárguese de aquel de la derecha —dijo Pirrie—. Yo me ocuparé de los otros dos.

—Primero la ametralladora —observó John.

Pirrie no se preocupó de contestarle. Levantó el rifle y apoyó la culata sobre su hombro. John, más lentamente, hizo lo mismo.

El arma de Pirrie restalló con fuerza y, a la luz de la luna, se vio con claridad que el hombre de detrás de la ametralladora se estiraba, gritaba de dolor y caía al suelo desde la plataforma. John disparó por su parte a su objetivo, pero no le dio. Sorprendentemente, también erró el blanco el segundo tiro de Pirrie. Los dos hombres que quedaban en la plataforma trataron rápidamente de dar la vuelta a la ametralladora. Sin embargo, con el nuevo disparo de Pirrie uno de ellos se desplomó sobre la mortífera máquina. El otro consiguió desembarazarse del cadáver y pudo situar el arma en la posición que deseaba. John y Pirrie volvieron a disparar, pero sin éxito. Por otro lado, las figuras que había debajo de la plataforma se habían puesto en pie y corrían a coger sus armas. En aquel momento la ametralladora empezó a vomitar proyectiles con su proverbial ritmo de ruido y fuego.

Con todo, había disparado poco más de una docena de tiros cuando Pirrie obtuvo su tercera víctima y consecuentemente cesó el mortal estruendo. Y aunque los individuos que estaban en el suelo habían principiado ya a disparar sobre ellos, los silbidos de las aisladas balas se les antojaban ahora insignificantes.

—¡La escalera!... —advirtió Pirrie—. Hay que evitar que suban a la plataforma...

Su voz era nuevamente más débil, pero John le vio cargar otra vez y herir con su habitual pericia a otra figura que había comenzado a ascender por la escalera de la plataforma. En el fragor de la lucha, John intentó escuchar los ruidos que le indicaran la presencia de Roger y sus acompañantes al otro lado de la empalizada; pero no oyó nada. Sin embargo, seguramente estaban ya allí. Tratando, pues, de descubrir las figuras que debían estar trepando por la barrera, John miró con atención a la blanca línea de la puerta superior de la empalizada.

De pronto, y en un tono completamente natural y simple, Pirrie pidió:

—Coja esto.

Le estaba alargando el rifle.

—¿Por qué?... —empezó a preguntar John.

—Es usted estúpido —dijo Pirrie—. Me han herido.

Una bala silbó cerca de ellos para ir a golpear la superficie del agua. Después de examinar con más detenimiento a su compañero, John se dio cuenta de que tenía agujereada la camisa y sangre en el hombro. Cogió el arma y arrojó su rifle al río.

—Apóyese en mí —indicó a Pirrie.

—No se preocupe de eso. ¡La escalera!

Había otro hombre en la escalera. John disparó una vez, volvió a cargar y tiró de nuevo. El tercer disparo dio en el blanco. Luego se giró hacia Pirrie.

—Ahora... —empezó a decir.

Pero Pirrie se había ido. John creyó ver su cuerpo en medio de la corriente bastantes metros más abajo; pero era difícil estar seguro. Se volvió en seguida a la preocupación más acuciante: la barrera. Se veían unas figuras en lo alto de ella y una se había apoderado ya de la ametralladora y dirigía su cañón hacia abajo.

Desde donde se hallaba observó cómo los defensores restantes arrojaban sus armas al suelo. Después, helado y cansadísimo, comenzó a buscar el mejor sitio para salir a la orilla.

En esta habitación había entrado con David, pegados el uno al otro y entrelazados los dedos de sus manos para calmarse mutuamente el miedo y la incertidumbre que les producía el misterio de la muerte, en aquel caso representado por el cadáver del abuelo Beverley. La alcoba había cambiado muy poco en aquella veintena de años. David nunca había querido modernizar sus contornos.

—Querido —dijo Ann—, siento... lo que dije anoche.

Y como no obtuviera respuesta, continuó:

—A partir de ahora será distinto. Llevabas razón.

En la tarde aquel lejano día en el que el notario había subido de Lepeton para leer el testamento del abuelo, David no había podido ocultar su aturdimiento y culpabilidad cuando todos se enteraron de que le había sido legado todo, dinero y tierra, porque un buen granjero jamás debe separar ambas cosas a menos que sea imprescindible. Bueno —pensó—, al final han sido mías.

—No es culpa tuya —insistió Ann—. No debes pensar que eres culpable.

—No te habrá molestado, ¿verdad, querido? —le había dicho su madre—. Eso no significa ni mucho menos que el abuelo no te quisiera. Al contrario, estaba muy orgulloso de ti. El ya me había anticipado a mí todo esto. Sabía que David deseaba ser granjero y que a ti no te atraía esta vida. Por otro lado, todo mi dinero será tuyo, todo lo que dejó tu padre. Tendrás la mejor preparación que pueda tener cualquier ingeniero. ¿Comprendes, hijo? El había contestado que sí, pero más desconcertado que otra cosa por la seriedad de su madre. Siempre había esperado que Blind Gilí pasara a ser de David; y ni la hacienda ni el dinero podían contrarrestar aquella abrumadora sensación de desagrado y repugnancia que sentía en presencia de su abuelo muerto. En cuanto terminaron los funerales y se alzaron de nuevo las persianas, su único deseo fue olvidar aquel horror y oscuridad.

—Tendrás lo suficiente para vivir —le había prometido su madre.

El había asentido con impaciencia, ansioso por acabar esta conversación que era el último eslabón que le unía con la molestia de la muerte. En aquel momento no se dio mucha cuenta de la urgencia que había en el tono de su madre, como tampoco había notado demasiado su incesante palidez y enflaquecimiento del pasado año. Y, al contrario de ella, él no sabía que a su madre le quedaba poco tiempo de vida.

—Johnny —llamó Ann, poniéndole las manos sobre los hombros— debes superarlo.

Después de aquello —pensó—, las vacaciones con las tías y su profunda camaradería con David para hacer frente a la soledad compartida. En el fondo de todo eso, ¿no había habido ningún resentimiento por lo que tenía su hermano?; incluso ¿un odio encubierto por parte suya? Aunque no podía aceptarlo, tal pensamiento le había

atormentado siempre y nunca había sido capaz de calmarlo.

—Todo va a marchar bien, ya lo verás —insistió Ann—. Los niños podrán crecer aquí en paz, aunque el mundo se halle en ruinas. Davey trabajará la tierra del valle.

Y mirando fijamente al cuerpo que yacía en la cama, prosiguió:

—David deseó eso más que ninguna otra cosa.

—El hará algo más que trabajarla, ¿verdad? —observó John—. Davey la poseerá. Es una buena cantidad de tierra, aunque no tanta como Caín dejó a Enoch.

—No debes hablar así. Y no fuiste tú quien le mató..., fue Pirrie.

—¿Seguro? Yo no lo sé. Pero podemos echar la culpa a Pirrie, ¿no? Y como Pirrie se ha ido, se lo ha llevado el río, la tierra podrá fluir de nuevo leche y miel, y llenarse de inocencia. ¿No es cierto?

—¡John, *fue* Pirrie!

—Pirrie me dio su arma —explicó John—. Al hacerlo, ya debía saber que estaba acabado. Y cuando yo vi que se había hundido pensé en tirarlo al agua..., pero aquel era el rifle que nos había traído al valle, abriéndonos un camino de muerte a través de Inglaterra. Sin él, yo podía haber alcanzado la orilla con más soltura, porque además me encontraba agotado. Sin embargo, lo traje conmigo.

—Aún puedes desembarazarte de él —sugirió Ann—. No tienes por qué conservarlo.

—No. Pirrie llevaba razón. Uno no debe desembarazarse de una buena arma.

Y señalando al rifle que estaba apoyado en una mesa, continuó:

—Será de Davey cuando alcance la mayoría de edad.

—¡No! —exclamó ella, estremeciéndose—. Davey no lo necesitará. Habrá paz entonces.

—Enoch fue un hombre pacífico —indicó John—. Vivió en la ciudad que le había construido su padre. Pero guardó el puñal de su padre en su cinto.

Sin mediar más palabras, se acercó a la cama, se inclinó sobre su hermano y besó su mejilla. Aunque sólo unos días antes había besado el rostro de otro cadáver, entre los dos besos habían pasado siglos. Al volverse hacia la puerta, Ann le preguntó:

—¿A dónde vas?

—Hay mucho que hacer —replicó él—. Hemos de construir una ciudad.

FIN

NOTAS

[1] En latín, «dives» significa «rico». Nombre que se da tradicionalmente al «hombre rico», Epulón de la parábola, en Luchas 16, 19-31, contrapuesto «al pobre», Lázaro. (N. del T.) <<

[2] En persa significa «el mejor de los edificios». Famoso mausoleo de Agrá, India, que entre los años 1630 y 1648 mandó construir el Shan Jahan para su favorita. (*N. del T.*) <<

[3] Línea o serie de líneas pintadas en el exterior de los mercantes para señalar el límite de su carga legal. Este término se debe a Samuel Plimsoll (1824-98), defensor británico de la legislación contra la sobrecarga en los barcos. (*N. del T.*) <<

[4] Enfermedad mortal, probablemente la peste bubónica, que devastó Europa y Asia en el siglo catorce. (*N. del T.*) <<

[5] *Bauteur*, palabra francesa que significa arrogancia, altanería. (N. del T.) <<

[6] Período de los reinados de Jorge I, II, III y IV de Inglaterra (1714-1830). (*N. del T.*) <<

[7] *Cockney*, dialecto que se habla en algunos barrios de Londres, caracterizado por la pésima pronunciación de algunas letras y la introducción disparatada de otras. (*N. del T.*) <<

[8] Eton: ciudad próxima a Londres, que cuenta con una buena escuela privada para niños. (*N. del T.*) <<

[9] Borstal: cualquiera de los numerosos correccionales ingleses. (*N. del T.*) <<

[¹⁰] *Bow Bells*, campanas de la iglesia londinense de St. Maryle-Bow. (*N. del T.*) <<

[11] Dunquerque: puerto del norte de Francia, en el mar del Norte. En medio de un constante bombardeo artillero fue escenario en 1940 del reembarque del cuerpo expedicionario inglés y en 1944 del desembarco de las tropas aliadas. (*N. del T.*) <<

[12] Hastings: Ciudad en Sussex, al sudeste de Inglaterra, cerca del Canal de la Mancha. Allí se libró en 1066 esta decisiva batalla en la conquista de Inglaterra por parte de los normandos. (*N. del T.*) <<

[13] Pennines: cordillera de montañas al norte de Inglaterra, que se extienden desde Cheviot Hills hasta Derbyshire y Staffordshire; el pico más alto tiene unos 900 metros. (*N. del T.*) <<